

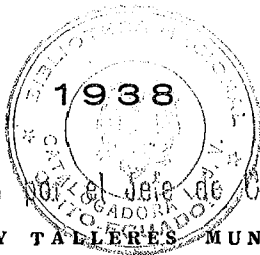


ATOMOS

NEGROS

HEREJIAS CONTRA
EL SENTIDO COMUN

MODESTO CHAVEZ FRANCO



Anotado por el Jefe de Canjes

IMPRESA Y TALLERES MUNICIPALES

VOLUMEN III

BIBLIOTECA GUAYAQUIL

SELECCION DE AUTORES ECUATORIANOS

**Fundada a iniciativa del Dr. Modesto Chávez Franco, Director
de la Biblioteca i Museo Municipales de Guayaquil i
Cronista Vitalicio de la Ciudad.**

ATOMOS NEGROS HEREJIAS CONTRA EL SENTIDO COMUN

— POR —

MODESTO CHAVEZ FRANCO

**Edición para Canjes de la Biblioteca Municipal
de Guayaquil**

**Obra recomendada para su edición al M. I. Concejo
por la Comisión de la Exposición del Libro, de 1934.**

AUSPICIADA POR EL MUNICIPIO DE 1936-37



IMPRESA I TALLERES MUNICIPALES

CREDENCIAL

Guayaquil, 24 de Octubre de 1934.

Sr. Dr. Dn.

Modesto Chávez Franco,
Cronista Vitalicio de la Ciudad.
Presente.

Distinguido señor Doctor:

La Comisión designada por el M. I. Concejo para auspiciar el número de "Exposición del Libro Nacional", en el programa de festejos del 9 de Octubre, ha considerado que su valiosísima obra, titulada "Átomos Negros", presentada por usted, es digna de especial recomendación ante el Municipio para que la edite en sus talleres.

Al llevar a su conocimiento esta resolución, inspirada en un amplio criterio de justicia, nos es especialmente grato dejar constancia de nuestra entusiasta admiración para el ilustre escritor ecuatoriano, Cronista Vitalicio de Guayaquil, quien con su excelsa capacidad creadora de pensador y artista, honra las Letras hispanoamericanas.

De Ud. muy attos. S. S.

La Comisión,

(f.) **Luis Valverde Rumbea,**

(Concejal Comisionado de Biblioteca y de la
Exposición del Libro).

(f.) **Rosa Borja de Ycaza.**

(f.) **Adelaida Velazco Galdos.**

NOTA.—El autor ha cedido esta primera edición, salvo unos pocos ejemplares, para distribuirla como obsequio de la Revista Municipal, órgano oficial del M. I. Municipio de Guayaquil.

Los ejemplares de disposición personal llevan el rubro autógrafa del Autor.

Y ESTO: QUE ES BOMBO, PERO NO AUTO

En el que fue importantísimo diario guayaquileño, «El Guante», publiqué, en 1925, algunos artículos de este libro, y al anunciar esa serie de colaboración, el periódico dijo:

UNA NUEVA Y VALIOSA COLABORACION

«Hoy tenemos una nueva grata para ofrecer al público. El Dr. Modesto Chávez Franco, profesional distinguido y literato inteligente, ameno y sutil en todas las concepciones de su pluma, empieza desde hoy, en nuestras columnas, la publicación de una serie de artículos interesantísimos que, seguramente, han de distraer o ilustrar a cuantos en ellos quieran abreviar las modernas informaciones de las almas.

«Las actuaciones literarias y las campañas periodísticas del doctor Chávez Franco son bien conocidas. El público aprecia todo lo que produce este artista del pensamiento, de psicología propia, de concepción agradable, para quien la Belleza es su hada madrina.

«Empapado de las modernas corrientes ideológicas que soplan por el mundo, él sabe adaptarlas a los medios más agresivos y a las circunstancias más difíciles, preparándolas para el triunfo definitivo.

«El Dr. Chávez Franco tiene diversas orientaciones. Su espíritu inquieto, investigador de toda emoción artística y de toda situación creadora, aún no se ha hermetizado por desengaños y desilusiones. Es seguro que su imaginación prolífica, de matices de inexhausta variedad, al plasmarse en formas definitivas, dará una obra perdurable de orientaciones precisas que marque rumbos literarios y sociales.»

«Como decimos anteriormente, el público lector de EL GUANTE tendrá un nuevo ameno motivo de atracción leyendo las producciones modernistas del Dr. Chávez Franco.

«Nuestros lectores son buenos jueces y seguramente ellos tendrán una palma luminosa para ofrecerle a quien exprime su corazón en una prosa de belleza incomparable y grandilocuente».

Gracias. ¿Y por qué no habría de insertar ese valioso y autorizado juicio aquí, si es, nada menos, que de José Antonio Campos, Efrén Alvarez Lara y Eleodoro Avilés Minuche, un trío de plumas de condor, que unido al no menos imponente de la Comisión de Exposición del Libro, que lo juzgó en 1934, superarían cualquier anhelo, si el autor hubiera tenido otro que no fuera el único de escribir lo que le plugo, porque así se lo pidieron, sin miras a la notoriedad?

Qué mejor prólogo para una obra de quien no gusta de comprometer una amistad a no siempre espontáneas y sinceras opiniones?

El prólogo es costumbre mundial en el mundo de los libros.

Es de protocolo y aristocracia que a cada autor preceda un heraldo que lo anuncie y pregone, y preconice las excelencias de la embajada que al plano de las ciencias, las artes o las letras diputan las deidades del espíritu o del intelecto para traernos un

poco más de luz a los precitos de este mundo de tinieblas: Atomo blanco.

Pero a mí el prólogo de encargo me hace el efecto del cartel en el tinglado de la feria, que pondera las excelencias que oculta la tolda y en muchos casos resulta filfa. Por eso no me gustan los prólogos de compromiso: Atomo negro.

Porque es el caso: que o lograré hacerme comprender o no lo lograré. O podré satisfacer al lector, o no podré. Entonces ¿para qué el prólogo?

Lee, pues, lector; y si llegas al final, tú le pondrás mentalmente el epílogo, a tu guisa, que es lo lógico y eso te valdrá por prefacio.

Sólo una cosa tengo que explicarte como previa: por qué llamo Atomos Negros a esta colección.

Y vas a saberlo:

Yo no respeto pero sí tolero eso que llaman el Sentido Común, puesto que es el modo y tasa de sentir y discernir de la mayoría; la mezcla o aligación o la media proporcional del criterio humano.

Pero así como cada cual es sincero cuando está a solas, hasta hacer y decir cosas que parecerían de niño o de loco, así en mis producciones íntimas como éstas, que escribí sólo para mí o para los muy míos, sin la intención de publicarlas, que hoy violo a ruego instante de los pocos amigos tenidos por mí por de buen juicio, y que lograron verlas, soy lo que en verdad soy cuando en mi aislamiento me recupero; quizá un extravagante que no pienso como ninguno, y más aún: que opino lo contrario.

Entre mis lecturas me salió al encuentro un día otra teoría cosmogénica atomista de las tantas que zapan el origen del universo material y psíquico; teoría que sustenta la tesis de la eterna existencia de dos falanges de átomos; átomos luminosos o blancos y átomos negros o tenebrosos, estableciendo así las causas del bien y del mal, del espíritu y la materia, l:

muerte y la vida y todas las imaginables e ignotas antítesis que son la característica de las vidas fenoménica y psíquica, tal como las percibimos. Átomos positivos y átomos negativos en equilibrio de fuerzas, digamos así, de número o lo que fuere, de potencia y resistencia, de estática y dinámica, atracción y repulsión, energía e inercia, de luz y tinieblas, de volición creadora latente y de volición destructora, dan en su equilibrio el caos, el pre-principium de actividad, talvez el Pralaya de la doctrina brahamánica, polarizándose en las dos grandes mitades: el polo luminoso y el polo tenebroso del Cosmos.

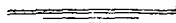
Surge en el arcano espacio tiempo un acto o volición dinámica de vida, movimiento y creación, en un punto X del universo en reposo y en potencia, y surge el *fiat*, el *verbo*, la vida, la actividad, la lucha, el vértigo creador de universos y mundos, seres y leyes. Talvez el Manhvántara, Día de Brahma o Kalpa de los orientales, y el fin de este día es la trascendencia de realizar lo absoluto al aniquilar el polo negativo y tenebroso del Cosmos. Quizá nuevo equilibrio, nuevo Pralaya. ¿Y para qué estos jueguitos? Pues para etapas y etapas sucesivas de avance de más a mejor.... Dicen....

La cosa sigue larga, naturalmente, y llega a formar un libro muy formal que puede ser admitido en el concurso permanente de esta Gran Cuestión; y si yo lo he traído a estas líneas es sólo para decirte que al conocerla se me ocurrió: Cuando yo pienso en tantos asuntos al revés de los demás, es sin duda porque soy un ente de negación, como llama el autor a los del polo tenebroso. Si la humanidad en su mayoría piensa así, pero yo asá, de seguro ella es el polo luminoso, el plano de los átomos blancos, (acatamiento a las mayorías, otra de las debilidades humanas) y yo estoy en el tenebroso, y mis extravagancias y herejías són átomos negros.

Desgracia será ello; pero qué voy a hacer? Cada cual tiene su destino en este inescrutable reparto para la recuperación del *Absoluto*, y mientras ello se realice o el equilibrio vuelva a ser, enmendada la plana o en mejor estado, o el imperio definitivo, exclusivo y eterno de la Luz y la Vida, del Bien y la Conciencia plena se establezca, no podremos los átomos negros substraernos a la zarabanda. Qué baile de negros!

Y luego?... Otro Manhvantarita? Olé, y venga de ahí. Que puede ser que en estotro nos toque ser átomos blancos.

Por eso cuando la generalidad de las gentes opinan así, yo acato: Atomo blanco. Pero yo juzgo asá: Atomo negro.



ATOMOS NEGROS
HEREJIAS CONTRA EL SENTIDO
COMUN



MI DEMONIO EN LA NOCHE O LA AUTOPSIA DE UN NOTABLE

"La felicidad está en la medianía".—Juan Montalvo.
"Son infinitos los vulgares que viven fuera del vulgo".—Ramón Pérez de Ayala.

Aquella tarde habíamos *sepeliado* al distinguido hombre público Don Ene del Vulgo.

Duelo nacional. Pomposos funerales. Discursos, coronas, tributos, esquelas, grandes avisos, biografías, retratos, banderas a medias ástas, clausura de muchas oficinas, teles-gramas y fonemas oficiales de condolencia, asistencia de corporaciones y gremios, tintaneos intermitentes de campanazas y campanitas. . . . Ni una nota se había omitido de la vulgar gama de vulgaridades con que la vulgaridad despide el tren expreso en que se marchan los vulgares a *mejor vida*.

Mejor? Quizá no: ¿Qué mejor se la merecen ni la pueden apeteecer? Si ellos son triunfadores para este mundo, y este vasallo les repleta de los tributos que les son gratos y afines?

¿Van, acaso, *allá*, a darles néctar y ambrosías? Nó: les causarían bascas, encima del Borgoña y del Champagne, de los vol-aux-vents los caviar y el paté fole-gras. A cada cual su mundo. Con sus cosas.

El señor don Ene del Vulgo había sido un hombre notable: bien nacido de antigua cepa; educado en los mejores colegios, instruido en ninguno; correctamente vestido y nitidizado, asistidor puntual a toda reunión de la élite; prudente, discreto, medido, callado, pacífico, conciliador, condescendiente, cronométrico, acompasado; de costumbres inalterables; observador del detalle, ni un sobrescrito salía de su mano sin el último punto sobre una *i* y el cuidado pliegue final.

De casa a la oficina, de la oficina a la galería del club; un bitter, dos; del club a alguna asistencia o visita; luego a casa; en casa al escritorio; cartas, cuentas, apuntes, un cigarro; al teatro, si era honesto según el sentir común; o de ópera, que también *todo el mundo* decía que era *algo* sublime y de escucharla de espaldas al escenario las damas semidesnudas y aforrados en fracs los caballeros con soslayada visión hacia el escenario.

A casa. Al diván, a la mecedora, al lecho a roncar grotescamente como cualquier carretero. Porque este pícaro cuerpo siempre se anda a contrarias con el alma cuando no son legítimos hermanos, y en cuanto ella se retira un poco, el otro hace de las suyas.

Y no es eso: Es que por más que digan los psicólogos que el espíritu se desprende un tanto de su cuerpo durante el sueño, yo creo que en los entes pesados, densos, vulgares, queda tan aferrada como antes esa cuasi concreción de instintos que el atrasado tiene por su alma. Sólo que, como la voluntad y el diestro instinto reposan, el cuerpo burdo sigue malcriado, porque no tiene la cultura innata, de esencia, que es experiencia y adelanto, sino de hábito actual o reciente. Y el cuerpo vulgar ronca, se agita, regolda, suda, cruje, resopla, se rasca, estornuda y pone en asueto todos los impulsos que reprimen la voluntad despierta y la malicia vigilante.

El de espíritu culto lo es hasta dormido; porque sobre ese cuerpo, sí, el espíritu semi-desprendido, vela; y como el cuerpo es su obediente servidor, reposa; y como es sólo una caja para él, esa caja duerme profundamente, apaciblemente, y no tiene necesidades mientras la reincorporación no integre al sér para la vida de prosa y relación, material y vegetativa.

* * *

Y quedamos en que el señor don Ene del Vulgo había sido una pérdida para el país. Fué magistrado, tribuno, legislador, juez, árbitro, consultor, oráculo, voz autorizada, opinión serena, recta, imparcial; criterio calmado y claro: fué todo lo que es un vulgar acomodaticio al criterio común. Su faz era la de un Buda, cuando escuchaba la consulta de alguna vulgaridad. Sus palabras caían como las gotas de un filtro: lentas, pesadas, claras, contables, isócronas, como eran sus pasos inalterables en subidas o en bajadas, sobre la alfombra, como ante un tren que le viniera de frente.

No hubo institución seria a que no perteneciera llamado o motu proprio, honorario o activo, presidente o vocal: su nombre era un prestigio.

¿En qué descolló el señor Don Ene del Vulgo?

En todo siempre «rayó a igual altura», dice la prensa necrológica. De modo que no sobresalió en nada. Pero sabía de todo lo que hay que saber para ser vulgar: Geografía, tal cual, la más gruesa; Aritmética comercial *práctica*; Gramática al uso corriente, corrompida con las influencias del comercio; algo de idiomas para traducciones y charlas triviales, aforismos de Codex sobre Economía y banca. ¿Qué más bagaje para ser de viso y estar a la altura de los más? Esto y una buena biblioteca con bustos y retratos, cortinajes y divanes, lámparas de fantasía, etc., etc. Esto sí: una buena biblioteca de monu-

mentales anaqueles con vidrios biselados y bolitas de bencina, bien charolada, tallada y con grandes monogramas del dueño, para poder decir en ciertos solemnes casos:

—Pasemos a la biblioteca!

* *

Y dije que aquella tarde habíamos *entumbado* al Señor Don Ene del Vulgo. Cuando me acuesto, recorro mi día, como los yogas cuando se abstraen para escuchar la voz del silencio.

Con mi Demonio a solas soy muy retozón, si he hecho bueno el día; muy discutidor, si me reprocha algo; hasta que al final, él con sus recomendadas, yo con mis dudas, me quedo dormido. Y él se va; yo no sé a dónde.

Y en veces me hace despertar fatigado, y en veces me hace despertar cantando: ¿A dónde me llevó? ¿O qué me trajo? ¡Qué sé yo! El día lo dice: O es un nuevo trancazo de la suerte el que me auguró el canto, o es algún éxito temporal el que me anunció el cansancio. ¿Ironías? ¿Revelaciones? ¿Justicia? ¿Expiaciones? ¿Progresos? ¡Vaya usted a averiguarlo cuando se ha requerido el traje de buzo para la inmersión diaria!

* *

Así pensando me dormí. Y mi Demonio se fué. ¿A dónde?

¡Sacrilego! Al cementerio, a la tumba del Señor Don Ene del Vulgo! Y sin duda se llevó un crespón astral con mi memoria; porque si no: ¿cómo lo recordaría yo, como si hubiera asistido a la macabra profanación?

—Uuuy! Si la ciudad nos viera.!

—Quiá! Los ojos materiales no ven lo que nosotros veremos ¿Ves?

Ellos no ven al través de los párpados; y cuando

ven, no ven sino al Señor Don Ene del Vulgo, aquí enterrado.

—¿Y nosotros ¿qué vamos a ver?

—Lo que tenía dentro el tal Vulgo.

—¡Qué asco!

—Eso presumo. Pero mejor dí: Qué pobreza! Qué miseria!

—¿Por qué?

—Porque nosotros vamos a hacer su autopsia, Pero no haremos cecina de sus respetables vísceras. para saber qué mal físico tuvo.

—¿Si no?

—Qué de salud ha dejado huellas en los órganos servidores.

—Autopsia extraña.

—Verás: Cavidad craneana. ¿Ves las circunvoluciones? Nada de notable: como la mayoría mediocre.

—¿Materia gris?

—Proporción deficiente. ¿Ves? Regiones afectiva, imaginativa, inventiva, retentiva, pasional. . . . Uf! Casi todas están.

Con estos ojos que ahora tenemos, podemos ver sus compartimientos como los vasitos de cera de una colmena; como las celdas de una casa de avispas. Aquí están impresas las imágenes que han almacenado las obreras de la observación y la experiencia, el estudio y la voluntad; la reina vida y el zángano ignorancia. Vé: lugares comunes, frases hechas, ideas ajenas, preceptos de almanaque, prejuicios, axiomas... de todo una cantidad suficiente; todo ordenado como en una botica los botes con sus rótulos; y para cada caso, poquito de éste, tantito de ése, hay para el despacho de toda receta de sentido común, Todo ajeno, todo comprado, hurtado, canjeado, copiado, plagiado, o adquirido en los rastros de barato y en los públicos mercados del sentido común, de la razón, me-

diocre y del discurso vulgar . . . Bah! Nada nuevo, nada apreciable, nada útil; nada. Vulgaridades; saquillo de mendigo, con un zoquete de cada cosa; baratillo de lance; zaquizamí de prendista. Deja allí esa calabaza de minucias que de cabeza no tuvo sino el asiento para el sombrero.

Cavidad torácica. ¿Ves? Corazón: Una gran glándula, nada más; una entraña, con dos válvulas; una bomba para el mecanismo. Aquí no reside nada, ni queda huella. Es como esos viejos acueductos romanos, que no revelan si en sus aguas llevaron vitalidad o pestes. Nada: ya crecerá en éste también el moho mañana; el vermes, pasado.

Válvula por donde pasó más o menos rápida la sangre, según la corriente eléctrica de las pasiones y las sensaciones. ¿Qué pasaría por aquí? Lo que ha ido al cerebro: disimulo, método, dolor, placer, odio, venganza, olvido, cariño, envidia, gula y los demás capitales y veniales. Vulgaridad! Vulgaridad! Deja allí ese cacharro que «siempre latió por todo lo noble y alentó tantos ideales», como dicen sus biógrafos.

Cavidad abdominal. ¿Ves?

—¿También eso? ¿Y para qué?

—Oh! En esta especie de mamíferos es la cavidad principal. Es la caja de distribución; aquí nacen las ideas en los vulgares. A tenerlo siempre lleno y a gusto, funcionando regularmente, se concreta el problema de la vida terrena y se condensa la comunión paradisiaca, para ellos. Allí es la morada de la *vida práctica*; ara de Epicuro, allí se quema el incienso al dios Dinero, padre del mundo *bien entendido*. Allí se creman todos los frutos de la tierra, y su humo sale en forma de fétidos sudores y regoldos por las fosas nasales y el tubo del esófago.

—¿Y al cerebro?

—No: Son efluvios muy densos éstos; no llegan a esa altura; se escapan por las válvulas de seguri-

dad de estos mecanismos bien equilibrados. ¿Lo ves? Grande, abultado, orondo, esférico, reluciente, terso y tenso; la gran retorta; el globo dentro del hombre. Medio mundo ha pasado por allí, dejándole a su paso la forma de un hemisferio.

—¿Lo examinamos?

—Sí. Sólo por una vulgar curiosidad: Para saber de qué ha muerto este varón distinguido.

—«Una violenta enfermedad nos ha arrebatado...», dice la prensa.

—Puaah! ¿Ves? Ha muerto de una apoplejía; de un hartazgo interrumpido de súbito por otro hartazgo. Dos lujurias se atropellaron, y estalló la retorta.

Pongamos la piedra en su sitio:

«Aquí yace el notable ciudadano señor Don Ene «del Vulgo. Fué modelo de civismo, de honradez, «de carácter, de cultura, de virtudes, etc., etc.»

*
**

....Desperté sonriendo. ¿No lo dije? Yo no sé qué hace de mí, mi Demonio, cuando duermo.





MI AMICOTECA

No gusto de «La paz silenciosa y sin amigos de las felicidades enormes», de que dice Zamacois.

Yo tengo amigos! ¡Oh, sí: muchos amigos! ¡Muchos! ¡Qué satisfacción!

Su número es mi vanagloria. ¿Digo mal? No: bien está: *Vana-gloria*.

Cuando estoy insomne, en vez de ponerme a contar 160 al revés, como aconsejan los especialistas, me arrullo recorriendo la nómina de mis amigos. Es un deleite sibarítico: Retrepado en un canapé, enfuego un puro, musito mi letanía de nombres de amigos; y en las volutas inestables del humo que gira, se encrespa, se enrola y retuerce, se involucra, recovequea y se desvanece, pienso en el sincerismo y fijeza de la amistad, santo bálsamo en este hospital Tierra!

¡Tengo muchos amigos!—soliloqueo con la satisfacción egoísta del bibliófilo que exclama contemplando sus anaqueles:—¡Tengo muchos libros!

Yo tengo muchos amigos: Tántos, que para evitarle embarazos a la frágil retentiva mía, he visto bueno catalogarlos y ordenarlos en índice.

Cuando estoy desvelado y hago el recuento sedante, no llego a la B sin dormirme sobre mis lauros,

en el blandísimo regazo de tantos afectos. Me sueño Petronio. ¡Oh, los amigos! ¿Qué fuera la vida sin este cesto de flores?

¿Quién dijo que los libros son los mejores amigos? Quiá: no, señor! Los amigos son los mejores libros. Verdad es que se parecen mucho y esto hizo trabucar su tesis al pensador: Libros y amigos hay sosos; los hay útiles y utilizables; los hay meramente amenos, doctrinarios, perniciosos, profundos, moralistas, sugirientes, clásicos, verdes, instructivos, sabios, sutiles, místicos, jocosos, insubstanciales, ingeniosos, arcaicos, inquietantes, etc., etc., en cuanto a FONDO. Y de «buena pasta», de media pasta, de lujo, de bolsillo, mamotretos, a la rústica, etc., en cuanto a sus formas, sin que falten casos de darse uno que otro «incunable».

A unos se les conoce por el tejuelo: con verlos por la espalda, basta. A otros hay que mirarlos de frente. A otros hay que leerles y releerles el fondo; para otros basta conocerles el prólogo, o la carátula.

¡Oh, los amigos! Mi AMICOTECA... (Estará bien dicho?)—es variadísima, compleja, heterogénea; he tenido que clasificarla y dividirla en géneros, especies, familias y grupos, para evitar enojosas confusiones.

¡Figúrense ustedes los comprometedores resultados de confundir, en un mal momento, a un «verde», verbi gratia, con un místico; a uno de «buena pasta» con uno simplemente «a la rústica»! Por eso hay tantos desencantos y fracasos en las amistades.

Los tengo coetáneos, preetáneos, y postetáneos; ocasionales, incidentales, accidentales, intermitentes, remitentes, crónicos y «jánicos»—(se me ha ocurrido llamar así a los de dos faces, como Janos)—; endémicos, circunstanciales, ornamentales, ventales y capitales. De los que resultan otros mixtos o comunes

de varios. Por ejemplo: los «circunstanciales» casi se confunden con los «intermitentes»; pero no son lo mismo, como no son iguales los «ingeniosos» a los jocosos.

Estudiemos algo de los circunstanciales. ¿Queréis? Es una de las especies más curiosas: Cuando un fin cualquiera, de exigencia plural de operantes, como banquete, trabajo político, etc., reúne en enjambre a varios conocidos—cada cual con su interés—la comunidad de codicias o de anhelos rompe los tabiques de las reservas, indiferencias o preveniciones, y el que se juzga más listo es el primer expansivo. Se descarga como un chaparrón sobre aquél a quien supone más «viado», y . . . ¡chorros...! Es un catarro! Lo ha de convencer a usted—si es el «viado» usted—de que siempre y por siempre lo ha querido, admirado o aplaudido; pero que él, más bien, el pobrecito, por modestia . . . creyendo que usted lo desdénaba . . . no se había atrevido . . . Pero ahora, que un mismo ideal los une, y que se ha convencido por sí propio de lo amabilísimo y campechanazo que es usted . . . lo abraza estrechamente con aditamento de tres palmadas en la espalda y una invitación a copita especial, o, si se tercia, un brindis en su honor. Todo es garatusa entonces. A poco, lo «titutea» con exigencia de reciprocidad y conminación de resentimiento en caso de distracción. Es confidencial, acucioso, previsor, obediente y apologista.

Pasa el turbión en cuyo seno íbamos todos; llega la nave al puerto . . . político—pongamos por caso—y los desniveles comienzan: El amigo—catarro, o asciende sobre usted, o se queda a su nivel, o baja, en la nueva «situación». Si baja, enemigo seguro; reproche ambulante, divulgador de confidencias ciertas y falsas, despellejador con fantasía desarrollada. Si queda igual, sigue el acoso, con reservas mentales, zancadilla latente, intriga que escarabajea; abrazos

tibios intermitentes, confidencias de trampa, mengua de mérito a las espaldas y ausencia de apología, y... tan tan como tan tan y tú por tú, hasta nuevo desnivel. Pero si él subió y usted quedó abajito? Allí es donde emerge el verdadero «amigo»!—¿Qué hizo él? ¿Qué se le debe? ¡Pobre chico!... Un buen muchacho... ¡Pero ya no se le puede dedicar sino dos minutos para sus impertinencias, y un saludo de arranque, cuando no zahareño, en encuentros fortuitos, con uno o dos pasagonzalos sobre los hombros, en la misma forma de los que se dan en las ancas a un burro, o al acariciar a un perro. Poco a poco, una cabeceada a la distancia, un saludo de abanicazo con la mano, que lo mismo dice: «No me detengas», que: —«Vete a paseo»! Y, por último, un ¡hola! a la distancia y a escape. Ese ¡hola! tan típico, que creo que en ningún otro lugar de habla castellana tiene el repelente dejo que le damos en el nuestro, por su aplicación e intención.

Pasó la circunstancia, pasó el amigo: Hasta otra en que con igual cinismo se presentará diciendo, muy «desfaciado», que siempre fué «el mismo». Sí: «ne varietur»; es el mismo de antes.

Y va usted, con su corazón hecho un acerico, a buscar, triste, su Índice, para acotar la nota de clave junto al tal nombre. El signo que deje dicho para los suyos en lección de experiencia:—Fulano de Tal: canalla, falso, traidor; o lo que fuere.

¡Oh! Grande alivio es tener amigos en esta caravana de la vida! El balance anual del índice arroja en el haber: mimos, guiños, risas, pellizcos, promesas, lisonjas y otros descargos; y da para el debe, engaños, insidias, calumnias, intrigas, palanqueos, robos, destituciones, egoísmos, desconfianzas. Oh, amistad! Bálsamo de las humanas congojas!

Prefiero esos que siempre piden y nunca sirven.

en retribución. Esos no terminan en enemigos: son meramente ingratos; permanecen más humanos.

Un sabio bibliófago, cura de pueblo, después de haber devorado muchas bibliotecas, se deshizo de todos sus libros, menos de uno. Conservó un descomunal anaquel siempre vacío; y allá, en el fondo, un solo libro. Al preguntarle yo el objeto de esa vanidad tan sin objeto, me dijo muy sabio y muy sincero:

—Mi hijito: allí tengo toda mi biblioteca y es pequeño aún el armario para su contenido. Después de tanto leer me he convencido de que el único buen libro es la Biblia; pero todo armario para ella es chico.

—Ah. . . . ¡Pero quién tendrá la fortuna aladínica de hallarse un AMIGO BIBLIA!

Ando en busca.

CARAS Y CARETAS

¿Risas? A ver:

Léxico: «Movimiento de la boca y otras partes del rostro, que demuestra alegría».

Bah! Sentido común. No me gusta. Ni la construcción gramatical de su definición, académica y todo.

Para mí, un artículo literario es como una mesita de agasajo a que convidamos a camaradas de buen gusto. Y el plato de sentido común sería allí pan de munición: debe excluirse.

Las ideas generalizadas son ropa de pacotilla: están a todo alcance y nunca vienen justas. Con nuevos cortes y ribetes, vengan, mientras no haya otros moldes.

Risa falsa.... No basta. Sardesca.... Sardónica.... Y no hay más risas para el Diccionario.

¡Claro! Si el Diccionario mismo podría definirse así: «Acopio de palabras para expresar el «sentido común»».

¿Y entónces? ¿En dónde incluyo la risa de que quiero tratar?

Esa risa estereotípica, pero que en cada faz tiene diverso tono, porque en amalgama con las facciones presenta un tipo en cada decorado facial. Mueca similirrisa, que es un escarnio en acto de la risa misma

Esa risa de los hombres que ríen Oh! Eso no es risa falsa y no más: Risa criminal, porque en ella gestan todas las bajezas, todas las claudicaciones, todas las renunciaciones, todas las miserias del innato aprecio al yo moral, sacrificado sin piedad al yo físico.

Cortina caricaturesca de tinglado de feria, que se recoge y despliega para exhibir monstruosidades, al son de la fanfarria de la risa, sobre el fondo del decorado rostro.

Risas de muñecos de resortes: siempre iguales, simétricas, isócronas, geométricas. Hijas de carrillos elásticos con su máximo y mínimo de extensión: carrillos de fuelle de acordeón.

Con esas risas ríen sus adeptos lo mismo cuando escuchan al sabio que cuando oyen al necio; la ríen ante una cuna como ante una lápida; en el baile como en el entierro; ríen con ella en la mañana de sol palpitante en armonías; ríen . . . en el terremoto!

Y es que la risa está en su faz como lo está en la máscara de Talía; como está en los grifos, en las quimeras, en las gorgonas, en los faunos, en los sátiros, en los buzones de correos, en los perros agitados. La misma: simétrica, rígida, sin una línea más ni una arruga menos.

Risa de arte, de arte de bien vivir, aunque sea extravagante como la moda. Risa que se viste al salir de casa, como se viste el sombrero, el abanico o la corbata; prenda social de equilibrio y bien parecer.

Risas para reír como cómicos; pero no como filósofos: en ella no ríen por cínicos, sino porque . . . (Léxico pobre!) porque son . . . cínicos!

Risas que no ríe ni la faz, pues todas las demás muecas faciales algo dicen de adentro, como aquella estudiada ya, de

«Risas hay de Lucifer»

o aquella de:

»El alma llora cuando el rostro ríe»

La de mi observación, la inefable, es otra: risa de telón de boca; decorado invariable sin ninguna relación con los dramas o las comedias *de adentro*.

*
**

Pues bien: ésa, es la que nunca ha entrado con mí pase, si alguna vez se coló en el cortejo de mis defectos.

¡Cosas del sentido común! Por la falta de esas risas algunos me juzgaron infatuado....! Ligeros....! Es que los usos del sentido común son como los vicios, de que dice Soiza Reilly:— «Hacen daño a quien los tiene y perjudican al que carece de ellos».

¿Orgullosos yo?.... Ligeros!

....Pero.... quizá hayan razón, si el convencimiento de no significar nada puede ya servir de timbre.... de timbre para llamar a la puerta del fastuoso palacio de la Señora Vanidad, en donde tantos se pavonean sin esa legítima tarjeta.

Me copiaré a mí mismo: «Nunca la loca vanidad vestida de falsas galas, detuvo su carruaje de chilladores cascabeles ante la honrada cabaña de mi modestia altiva». Confiteor.

A mí me falta esa risa y por esa falta no he ascendido. Pero no la quiero, y me conformo con la consecuencia. La veo y la soporto, hasta cuando es para mí. No se puede ser suyo en todo, porque se iría camino del manicomio. O del suicidio.

En la mayor parte de sus cosas, al Mundo hay que tomarlo en las condiciones en que pasa por nuestra época: Es tren único. Somos forzados viajeros; nuestras estaciones son inevitables.

—Pasajeros, al tren!—grita el inflexible conductor Tiempo.

Y andando! Que ni el itinerario, ni el paisaje, ni

los compañeros de tren han de ser variables a gusto nuestro.

—¡Estación! Cinco minutos para la infancia!

—¡Estación! Cinco minutos para instruirse!

—¡Estación! Cinco minutos para aprender a vivir! No hay descanso!

—¡Pasajeros, al tren!

Total: Una hora de vida. ¡Y en marcha! Hacia el túnel final o infinito....

* * *

Los viajeros que ríen son los que mejor la pasan.

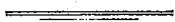
Oh, el poder de esa mueca muscular! Uno de los importantes *resortes* del *mecanismo social*.

Resorte que todos conocen, que todos manejan falazmente; saben que se engañan y son engañados. Pero los unos se visten de niños y tiran del gatillo de esa escopetita, sabiendo que no han de herir; como los otros se dan por heridos sin haber recibido el impacto.

¿Y qué no es convencional entre los humanos?

Bah! Y a cuántos tontos y pesados he visto yo encumbrarse sin más motor ni avío que el de las plegadizas alas de sus carrillos....

Aviadores de la Risa: ¡Excelsior!



BONDADES DECORATIVAS

....Y he aquí otro aspecto de los depravados natos: Hay unos, «prácticos de la vida», muy llegados a condiciones de conocer la psiquis preponderante, más acertadamente que los filósofos especulativos.

Su maldad innata les hace impenetrables a la reforma, y como en ser buenos no encuentran ventajas para «pasar esta jornada», su desarrollada perspicacia les descubre el filón en la bondad ajena.

A la sociedad la ven como un mercado; estudian sus gustos, sus necesidades; forman su catálogo de artículos de consumo, de lujo o de necesidad. Ven que las buenas cualidades son productos apreciados como adornos; que la franqueza ruda y ecuánime no priva; que la falacia y el disimulo sociales, la sonrisa, la frivolidad, la audacia, la fuerza y otras mil bujerías de quincalla, atraen, fascinan, deslumbran en la feria a la gente de mayoría y se hacen de provisiones de *última creación* para ella.

Virtudes. ¿Se cotizan también? Pues formemos un stock. ¿Gentilezas, ingenuidades, alegrías, habilidades, pasatiempos, sencilleces, candores, poesías, flores y perfumes del alma, sensiblerías; exquisiteces... vaya de todo un poco para todos los gustos.

Y a prisal! Aire? El del caso. Traje? el domi-

nante; pulcro y chic. Maletas a la mano. . . . Y a la feria de los intonsos!

Y así como los joyeros se esmeran en excitar la vanidad, los cómicos en conmovér; los jugueteros en avivar la fantasía de los niños; los estanquilleros, los patrones de lenocinios o cabarets, y los perfumistas, los jefes de garitos, y otros, en fomentar las debilidades que sirven a su ruín comercio; así estos farsantes de la bondad se pintan para su alma y su rostro los telones de boca y de fondo, las bambalinas y bastidores que han de colgar según las situaciones para hacer su papel trujaman en la feria.

Allá, en su adentro sincero, el amor a lo bueno lo creen debilidad, degeneración, simpleza o manía; y ellos, los superiores, los de ultra-visión, los avanzados, los certividentes, entran en el mundo, sonrñen, como entrando a una verbena; lo aceptan bien como lo encuentran, y puesto que a vivir vinieron, arman su caramanchel y allá van baratijas: Dan gusto a los débiles, despreciándolos en el fondo, como se da al borracho incurable o moribundo pequeñas dosis del veneno que lo alivia y que lo mata.

Llevan la tema a los simples; su medicina a los enfermos, a cambio del provecho emergente, y creen con todo ello hacer lo que el badulaque con las chucherfías que da a los salvajes a trueque del oro y las piedras cuyo valor ignoran. *

¡Oh, prácticos de la vida! Han acopiado la mercancía con que van a comerciar con la buena fe, la debilidad, la ignorancia o la torpeza. ¿Si serán éstos los superhombres, los fuertes del abstruso Nietzsche?

¡Nietzche! . . . Para mi pobre alcance fué un desquiciado de éstos, que echó por otro atajo.

Y en el tráfago diario, en el tumulto, en el garito y en el templo, en el salón y el tugurio, en las prevenções y las soirées, en los palacios y en los presidios, en las ferias de la vida, en fin, se han aprendido de

memoria y asimilado con la práctica muchas bellas acciones y nociones, muchos contrastes; muchas elocuencias, zalamerías, expresiones, máximas, mímicas, contracciones faciales muy expresivas y gran parte de la gama en la exteriorización tónica del sentimiento, para formar su equipo y repertorio, y echarse cómicos trashumantes, como Téspis en su carrerón, a la gran feria del mundo, para plantar su entarimado en donde barruntan su ganancia.

De estos farsantes salen hasta *virtuosos* de pega; porque, mutatis mutandi, aunque difieran en la estafa formal, en la esencia son unos; y por eso creo que hay aplaudidos músicos que no sienten la armonía; escultores y pintores que asombran sin que sus ojos hayan abstraído la mirada tosca, de sus telas y sus bloques; artífices, en fin, sin el sexto sentido que les haya hecho saborear las secretas fruiciones, las palpitaciones íntimas, los ledos secretos del Arte, que son voces de extra-tierra; poetas que juegan con el alma ajena, sin haber sentido agitada la suya; oradores que embaucan, cuando para ellos sólo suenan las cláusulas y los aplausos; como cantores sacados de las forjas, de las minas, de las dehesas, de las barcas pescadoras, hacen delirar a las multitudes con notas salidas *limpias* de un pecho hueco y bien formado, vacío pero perfecto, sin espíritu pero anatómicamente artístico, como el ánfora vacía de vino de la fábula.... La Harmonía reproducida por un instrumento, con todas sus exquisiteces, con todas sus frases sub-nota, saliendo nítidas de un pecho de cloaca, que está a mil leguas de la redoma esencial, de la fuente virtuosa de donde salieron para agitar el éter por vez primera....

¿POR QUE NO RIO?

A mí me han preguntado con sorpresa personas que conocen mi natural ecuánime y alegre:

—Dígame: ¿I por qué es que usted ríe tan pocas veces, a pesar de su genio festivo? Ríe usted tan poco, que su fisonomía hasta ha tomado un gesto adusto que no le cuadra.

—Hombre.....no sé si será lógica contraposición de aquello de que el alma llora cuando el rostro ríe. ¿Quizá porque mi alma ríe es que mi rostro es hosco? Pero no: es que para reír es primera condición tener bonitos dientes. I ya usted ve.... los míos parecen una estacada de trinchera vencida, a más de que el tabaco les ha dado un tinte repelente. A mí me parece un cinismo, una lisura ser risueño con mala dentadura. Un risueño así se hace antipático. A Voltaire, por reír desdentado, lo inmortalizaron cínico y le impusieron su apellido, adjetivado, a una risa terrible.

I quién dijera! Otra de las grandes pequeñeces: por mi falta de risa tengo muchos iconólatras que me rinden devotísimos, asiduos, fervientes, fanáticos, el espontáneo, gratuito culto de su odio....

IDIOMAS DE OTROS MUNDOS

Por fin! Encontré un compañero de desdicha! Ya somos dos guardacantones y podemos hablar libremente, aunque rabien los transeuntes.

¡Venga esa mano, señor Julio Camba!

¿Conque no es usted un sensitivo para la música?

Yo tampoco. Hagamos amistad en el seno de la insens...atez? Bueno: es más honrado confesarse insensato que ocultar ser mentecato.

¡Si era lo que yo me decía! Cuando veía echar la baba en mi torno a tocineros y a «sensitivas» de jazz y tangos o respetables matronas de *pucho* y chanclas, al oír óperas y nocturnos, fantasías y me-lopeas:

—Pero, Señor! ¿De qué zoquete de alcornoque sacaste el ánima que me infundiste para mi uso y beneficio?

¿Por qué no me pongo a hacer aspavientos como un espantapájaros, en cada entreacto en que se comenta la ópera escuchada? ¿Por qué, Señor, mi corazón no se abre, mi gran simpático no vibra, mis ojos no se elevan, mi espíritu no se arroba, como los de tántos que yo en el mundo conozco por necios, y a quienes, allí, en el concierto, al verlos, tengo que aclamarlos por entes superiores, y arrodillar mi alma para pedirles perdón por mi desacato?

¿Por qué, hasta el matarife, que sin pizca de piedad degüella mil bestias diariamente; por qué el matón y pendenciero, el usurero y el militar, la meretriz y la fregona, entienden que la música es el idioma de los cielos y que hasta a las bestias conmueve y ablanda; que al león hambriento hace dejar la presa para después de la audición; a la serpiente asomarse a una ventana; al cocodrilo derramar lágrimas; a la rana darse palmaditas sobre el corazón y al asno bailar un *fox*; sin que falte absolutista que asegure que es imposible exista sér organizado que no vibre con las ondas etéreas de la conmoción por la música?

¡Qué inferior soy a todos esos seres!

¿Por qué, cuando ellos abren el alma al éxtasis, a mí se me cierran los ojos hacia el sueño? De fijo que «mi reino no es de este mundo». Debo haber venido de algún otro inferior en donde todavía «el trueno horrendo con fragor revienta» perennemente.

—«Cave musicam... ha citado Nietzsche, y sus razones aduce, si razones hay en la razón de Nietzsche.

¡Déme la mano amigo Camba! ¿Conque un periódico pregunta muy sí maestro: «si puede haber seres inteligentes que carezcan de sensibilidad musical?

Y usted dice:—Yo soy uno. Pues modifique: Somos dos.

Y a mí me pasa lo que a usted: Me aterro cuando veo a toda la pisaverdería de frac o smoking y de descotes despampanantes; el tumulto de automóviles, la embriaguez de luces, el lleno completo, cuando se trata de los gorgoritos de los Fulaninis y de la música de los «vertieux».

Me aterro porque me parece que he entrado allí de matute; que van a conocer en mi cara mema o soñolienta, en mis manos lacias y quedas, que soy un precito en ese Olimpo, y van a mandar a una Musa en forma de un palquero, que me saque a escobazos.

Y no es que no me agrade la confusión inconfusa

de sonidos; ni es que no me agraden el ritmo y la armonía. Hasta el canto soporto, por más que me parece que es la humana criatura la menos dotada para el canto, y que es el hombre el que más desapaciblemente canta de los animales, sin descontar el que se acompaña con instrumentos ad-hoc que las aves no tienen en su apoyo.

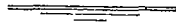
Me gusta ¡vaya! Y hasta duermo y como más a solaz, si no me ponen el grito en el cielo. Si hasta yo me auto-recreo canturreando cuando estoy alegre. Pero de moverme las fibras, de excitarme los nervios a algo extraterrestre, de acelerarme el corazón, de arrobarme y producirme otros síntomas de transporte, nó; las piernas, sí, y hasta los brazos y cintura, si es música española,ailable y zandunguera.

Pero, Señor —suplico a veces al dios de la música.— Sensibilízame! Hazme entender que en un grupo de notas hay amaneceres plácidos; que en otro está la música de un bosque; que do, re, mi, sol, la, no es un alarido de cólico sino la cántiga de una mariposa enamorada de un rayo de sol; que este calderón es un lago tranquilo; estos compases nubes que se agrupan, y estos arpegios, nieves que se deshacen, lluvia que destila, tempestad que estalla, muerte que se acerca, frío que encanija, calor que abrasa!

¡Nada! Ni frío ni calor . . .

¡Y haber nacido yo, para mayor contraste, en un 22 de Noviembre, bajo el filarmónico patronato de Santa Cecilia!

¡Santita mía . . . ! ¡Cómo te fastidiarás de tu ahijado!



EL ADAN DE NUESTROS TIEMPOS

.... ¡Y te deificaron, Esculapio! Por algo cayeron en ridículo los dioses del paganismo.

Hipócrates, Galeno, luego. ¡Malhechores de buena fe!

¿De buena fe? Sería caso de Historia; y para mí la Historia no pasa de un cuento largo o pesado, ameno o ingenioso, a capricho o a interés de narradores o de exégetas.

Antes, los hombres hacían sus cosas sin cuidarse de que alguien viniese detrás tomando notas. Después se hicieron maliciosos; nació la política; los oprimidos lanzaron el grito de protesta impotente, condensado en la conminación: «Responsabilidad ante la Historia»; y esto les dió el aviso a los opresores. Ahora bien se cuidan los tales de dejar desfigurados los hechos y a su favor los saldos.

Viene el tal historiador detrás. Hojea, analiza, se confunde entre las artes y vulpejeras de los narradores contemporáneos.... ¿Dónde la verdad? Y escribe el cuento.

¡Hipócrates! ¡Galeno! ¡Cuánto se extiende y perdura vuestro yerrol! ¡Cuántos crímenes en nom-



bre de vuestra Ciencia! . . . ¿Ciencia? Veamos: El descuido se hizo miedo; del miedo nació el arbitrio; el arbitrio pasó a yerro; de yerro a creencia; de creencia a persuasión; de persuasión a convicción (en sus adeptos); de convicción a arte de curar; a profesión luego. Se universalizó, se hizo universitaria. . . Llegó a CIENCIA. Ya se relaja. . . Como todo lo que se propaga. Hoy es modo de vivir; es comercio, empresa, trust, bluf.

¡Malhechores de buena fe! ¡De cuántos malhechores de mala fe sois padres!

*
* * *

A rendir cuentas:

¿Cuántos males extirpados?

¿Cuántas dolencias menos?

¿Porcentaje de disminución de mortalidad?

¿Alivio efectivo?

¿Inmortalización?

¿Longevidad?

¿Senectud preponderante?

¿Salud siquiera?

Ceros. . . . Complicaciones, ramificaciones, especializaciones, subdivisiones, sutilizaciones, catalogaciones. . . . El diccionario crece; y los males también.

¿Ganancia efectiva?

Ceros. . . .

BALANCE — DESCARGOS:— Disculpas: aumento de población, modos de vivir, exigencias de la vida moderna, *surmenage*, costumbres, climas, alimentación, higiene, refinamientos, manías, densidad, vida en común, viviendas, falta de aire, de sol. . . Las aguas, los polvos, las basuras, el tráfico, la crianza, la herencia, el atavismo, las grandes urbes, la moda. . . Más efugios que enfermedades.

¿Consecuencias? Claro! Todo lo que es renun-

cia de los medios de Naturaleza aparta al hombre de la vía de la vida sana y longeva; lo desequilibra. Y desequilibrado, no hay medio: o regresa lentísimamente al cauce, o va de prisa al foso: Ni raíces ni polvos, ni alcaloides ni metales, ni resinas ni extractos enderechan el esguince.

¿Y entonces? Al hijo, fuera del seno materno, no hay arteificio que lo forme. El extraviado tiene el acierto de desacertar en todos los caminos que toma por hallar el perdido: Desde que el hombre se hizo la primera cama y el primer poyo, comenzó a debilitarse, a contrariar su índole: ¿Nos habla el Génesis de los canapés de Adán?

Desde la caverna y la piel abrigadoras, hasta las incontables sutilezas y refinamientos del supercivilizado, ha venido Adán cercenando trabajo a sus músculos, fuerza y destreza a sus funciones, energía a su ánimo. Ya hoy ni puede él, ni nadie se lo permite, estar de piés diez minutos; sus posiciones más normales son la sedente o la yacente.

Un banquero se encolchona en su blando sillón por ocho o diez horas (las de trabajo). Su sillón baja, su sillón sube, gira, se recuesta, avanza, retrocede, rueda, tiene todos los movimientos que él haría. Su escritorio llama, su escritorio habla, enciende luces, agita el aire, escribe. Timbres, teléfonos, máquinas, bocinas, dictáfonos, interruptores, allí, junto a la nariz; no hay más que deslizar un brazo, mover un dedo. Un bazar de argamandijos es la mesa: cada utensilio ahorra varios esfuerzos de algún músculo, de algún órgano. ¡Oh, providente cuidado de la industria! ¡Plegadores, recortadores, perforadores, engomadores, timbradores, estampilladores, mojadores de sobres, de dedos; sacapuntas, máquinas sumadoras, divisoras, calculadoras, lápices que solos van y vienen, plumas que se entintan a sí mismas. . . .

Y ese banquero submueble está allí como niño en cesto, como un ganso cebándose para *foie gras*. Allí digiere, allí asimila, se nutre, suda; y de allí levanta perezosa y forzadamente su masa pesada, anquilosa, grasa o magra; toma un vehículo, va a su casa; lo asciende otro vehículo, si es alta; descansa en otro artefacto, hasta acabar de descansar en el lecho muelle y rebotante bajo un derrumbamiento de almohadones, las horas restantes del día de... TRABAJO!

Y acaudalados, pobres y míseros van tras esos ideales; y, hasta alcanzarlos, *mutatis mutandi*, hacen lo mismo.

Cada día trajo nueva creación; lo creado se hizo costumbre, la costumbre exigencia, la exigencia necesidad; las mil necesidades absorben el tiempo que es el que da los medios de llenarlas. ¿A qué hora, Madre Natura, quieres que tus hijos escuchen tus frugales reclamos?

Techados y paredes, tapices y pavimentos hurtan luz, cielo, aire, nutrición de vaho de tierra, calor de su seno. Ven, pues, industria; ven, ingenio; dadnos aire, luz, calor, yodo, hielo... todo lo sucedáneo artificial en nuestros abigarrados *bazares de hombres y artefactos* llamados urbes. De hombres catalogados, emperchados, entarimados, numerados, fichados, valorizados, inventariados, vigilados, pastoreados, fiscalizados, guardados como rebaños, castigados, explotados, arreados, engañados, disciplinados, hasta en sus modos y horas de andar, de dormir, de hablar, de comer, de mirar... de todo, en uso y goce de la *libertad inmanente!*

¿Cómo serán las ciudades futuras? ¿Para vivir así fué creado el hombre?

Será esto el desideratum de la perfección terrenal de que dizque estamos tan cerca en cuanto a hombres, como opinan los optimistas?

* * *

Ya hemos olvidado casi todos los instintos; muy pocos nos quedan. Organos sin ejercicio se entorpecen o atrofia. Del utilísimo pié prehensil, al casi inútil, rígido y contrahecho que apenas llena su oficio, entabado y encerrado en anormales cajas pesadas, ¡cuánto hemos ganado! Las guijas no nos punzan; pero nuestra planta es delicada, y entre ella y tu epidermis, madre Tierra, hemos puesto la piel del toro. Entre tu aliento vivificador y nuestros poros, los vellones; porque hemos dado nuestra pelambre suave al *lujo* de quedar tersos y glabros como cabezas de calvos, como axilas de perros. Para rehuir tu besojoh, padre Sol... qué quieres? Dispensa los insultantes nombres que nuestros techos portátiles tienen: «sombrellas», «sombrosos»... «quita-soles»... «velos», «anteojos»... «pantallas»...

Venid, industrias; venid, ciencias; reemplazad a madre Natura mientras nosotros buscamos metales para gozar de vuestras creaciones Quitadnos el pelo, barbero; pulid nuestras uñas, manicuro; descortezad nuestros piés, pedicuro; guisad, cocinero; tejed, hilandero; vestidme, sastre; calzadme, zapatero; bañadme, bañero; arregladme, masajista, dentista. Industriales: hacedme comer a prisa, beber a prisa, andar a prisa... dormir a prisa. ¡Prolongad el día! ¡Qué corto es ya el promedio de la vida: ¡sesenta años! ¡Una exhalación! Y yo estoy malo... No sé qué tengo... Envejezco... Decaigo... me enervo... ¿Qué será?

—Doctor: allí os dejo mi cuerpo. He perdido mis instintos: ignoro de mi naturaleza, de mi cuerpo, de lo que me conviene. Estudiad eso! Ved cómo soy, lo que soy; tomad mi máquina; me he olvidado de todo. A mis fuertes antepasados quizá les bastó, como a los brutos, una sola yerba, un solo acto, para todo malestar. Era esa la Panacea? Este reloj no

marcha; ved qué tiene, si no difiere de los otros en cada sujeto. Examinad, decidid, mandad; yo obedezco. ¿Trago ésto? Bueno. ¿Hay que cortar aquí? Proceded. ¿Extirpar acá? Sea. ¿Cambiar de climas? Arruinarme? ¿Renunciar afectos? Que se haga vuestro mandato, soberano señor de mi vida y salud. Obedezco. Soy vuestro pupilo; un niño, un desvalido, un impotente. En vuestras manos, señor, encomiendo mi cuerpo y mi futuro. Vos decís que poseéis la ciencia que fué mía, que fué de todos. Yo la abandoné, vos la usucapísteis. Vuestra es. Mandad: obedezco. ¿No hay remedio? ¿Me preparo a morir? ¿Y de qué? Amén. ¡Bendita sea la Ciencia?

*
**

Los que mueren lentamente, como los tísicos, son los que más se aferran a la existencia. Por eso es que hoy los decadentes cantan tanto a la Vida. ¡Oh, la VIDA. ...! ¡La vida que escapa, se va, se desvanece como una visión. ... Y tarde ya nos dice su secreto: a la puerta de la fosa. ... La vida es luz, la vida es aire, es movimiento, calor del suelo; el agua que va en la superficie, no la metalizada que buscas en las entrañas; no las que te combina la Química. La vida es jugos, frutos, oxígeno, frío, calor, comunión diaria de su cuerpo, sangre y savia, que son los tuyos; vida según sus leyes, no según tus rebeliones. La vida no es metal, no es artificio, no es urdimbre, mecanismo, negocio, fiebre, anhelo, engaño, astucia, defensa, daño, ataque, egoísmo, avaricia, odio.

Sudor que no reabsorbe su corteza, no ha salido de su calor; sudor que cae en alfombra, no ha caído según la Ley; no fructificará para tí sino artificio, pues artificio lo produjo.

—Oh, Vida! Vida Madre. ... Cuán presto marchas y qué tarde nos dices tu secreto. ...

Y ella contesta: —Yerras: Nunca tuve secretos para tí. Mis leyes, sencillas, las trajiste innatas en tu sér avisor y previsor, inteligente y libre, dotado y fuerte. Las abandonaste, las olvidaste, dejaste a otros el trabajo de escucharlas. Tus escapatorias te hicieron perder mi huella; me viste distintas faces porque te extraviaste de mi ruta franca; con millones de leyes tuyas quisiste sustituir una simplicísima mía. Tuya es tu agonía que dices vida. Yo no tengo secretarios, ni intérpretes, ni ministros, ni augures. Mi ley es una, clara como el sol, visible como mis obras, natural como mis actos y mis medios de los que hiciste pecados y misterios. Todo te dí, todo lo cediste a trueque del oro que te da los engaños de tu Edén artificial, «tu Vida» en los bazares de hombres esclavos en los emporios llamados libres. Hoy eres pusilánime, el ridículo te espanta; los demás te encerrarían si volvieras a mis leyes; las convenciones sociales están sobre ellas; en esas convenciones te educaron y ya son tu segunda naturaleza. El mundo es para vosotros, decís, y lo habéis arreglado a vuestra guisa. ¿Quién te va a dar ahora lo que llamas mi secreto? La ley UNA, en cada sér tiene su modalidad; en cada sér se individualiza; no puede aplicarse cánones generales; allí el error de tu llamada Ciencia: En el liquen, en el musgo, en el pedernal, en el metal, en el elefante, en el microbio, en cada uno estoy en diferente filtro. Fisiológicamente no hay una identidad: Cada uno su mal, cada uno su cura, cada uno sus instintos, cada uno su ley, cada uno su dón de vida. YO SOY. Nadie es mi ministro. Reivindica tu derecho: SE TU. Conócete a tí mismo; cúdate a tí mismo; cúrate a tí mismo..

*
**

Y la Ciencia de universidades, tutora y curadora del nuevo Adán interdicto, en nombre de la Humani-

dad y por autoridad de la ley, sigue,—dice— «arrancando sus secretos a la Naturaleza»!

Y el catálogo crece y crece. Allí están en todo su vigor e imperio, desde la sarna y la lepra del Pueblo Escogido hasta la meningitis cerebro-espinal, la neurastenia y la apendicitis, las últimas creaciones de los que perfuman el baño, se depilan, se masaján y se pulen y barnizan. Si hay una suprimida será de nombre.

Y la humanidad sigue, por su suicida abandono, tendida en la mesa de disección, dando su cuerpo para experimentadores obsesos de buena y de mala fe, a sacerdotes del amor fraternal, como a mercaderes del alivio momentáneo y a comerciantes en drogas.

¡Hipócrates! La serpiente de tu basto—la Muerte arrollándose al tronco de la Vida—es hoy más elocuente: La serpiente fué la forma del engaño en el Paraíso: Hoy sigue mintiendo: sigue siendo la causa, como entónces, de la *muerte de la Raza*.

El último gesto de Luis de Baviera, abrazándose a su médico y arrojándose con él al lago, es todo un símbolo, un poema vindicativo.

* * *

¿Y no dice la Ciencia misma que el hombre es anatómicamente semejante al cerdo?... Hijo de Adán: humíllate!

Pero tu semejante sigue siendo hijo de la Naturaleza. Si algo se ha desviado es por tu culpa, desde que se te antojó comer animales y comer cocido, y juzgaste que todo él fué hecho para tu regalo, y lo convertiste en odre de grasa y lo colmaste de tus cuidados. Así desmedras a los domesticados: ¿pues no vistes de pijamas, caretas y guantes al caballo? ¿de blusa y pantalón al perro? ¿desnudas al gallo y los has puesto también a todos ellos bajo el imperio

omnipotente del veterinario? Ya están civilizándose, están en tu vía. Pero aún mueven ellos sus narices y orejas y huelen más que tú, con tus narices rígidas y tus cartílagos estáticos.

¿Lo ves? No usan de boticas. Tampoco los campesinos, los barrenderos, los carga-muertos, los beduinos, los vagabundos. Los gitanos son bellos y fuertes: porque todos estos viven más sumergidos en el seno vitalizante de la Madre; oyen sus voces diarias. Son más hijos de ella que los esmirriados, anémicos de osamenta dibujada bajo la piel, enclenques, encorvados, peñaditos, rapados, empolvados, engomados, extenuados, desdentados, calvos, miopes, macrocéfalos, anquilosos, angulosos, ojerosos, tísicos, hijos pródigos, que de los brazos de las drogas falaces y asesinas, de los artificios de vida que se los llevan, claman, plañen desfallecidos desde las lindes de su senectud de treinta años:

—Madre. ...! Pequé contra tí, Madre Vida! ¡Heme aquí! Abreme tus brazos! Quiero Vivir. ¡Vivir. ...! Vivir.

Y talvez en su agonía escuche el moribundo esta respuesta:

—Ya es tarde, mi hijo, en esta etapa. Pero ven a mi seno, disuélvete en él, transfórmate, y más luego devolveré tus moléculas regeneradas, depuradas en el omnipotente laboratorio de mi seno. Ven a mí con ese anhelo de vivir; con él muere; llévalo en tu alma para que en otra evolución lo traigas como idea innata. Y en esa nueva etapa sigue mi ley; sé valeroso; no busques otros caminos. Ten el orgullo de ser mi hijo. Y vivirás.

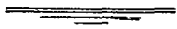
Vierte ahora en mi delantal tu saco de miserias. Te hiciste un Dios a tu imagen y semejanza y luego te dijiste hecho a imagen y semejanza suyas; así te viste hijo de la vida, y te hiciste la vida a tu manera

y la llamaste Madre. Erraste. Tu idea de lo bello se confundió: Dios el Fuerte, Dios el Vital, Dios el Desnudo, Dios el Masculino, el Omnipotente... ríe de tí, de tu cuerpo enclenque, sutil supercivilizado de la morfina y el absintio. Dios, el Padre de Adán, el gigantesco y tosco, el velloso y membrudo, lo puso en un Paraíso, ¿sabes? Terrenal, ¿oyes?: terrenal. Y lo llamó: —Hijo mío. ¿Cómo quieres tú igual vocativo, contrahecho Adán de tus paraísos artificiales? Aquél fué hechura suya; éste es tuya: súfrela.

Pero ven: duerme un instante en mi seno. Te devolveré con nuevas ropas; te haré olvidar tus yerros; te daré de nuevo tu dote. Hazte, en tu sueño, el propósito de ser tuyo y fuerte; ser mi hijo. Y vivirás. Y tu nuevo tránsito será dulce y apacible como el de los primeros patriarcas.

Así habló la Vida. Y yo la creo: la idea de lo bello humano es errónea. ¿Por qué repugna que el tipo propiamente humano fuera velludo y musculoso? Que no sea el tipo porque no se ciña las formas y coma crudo; porque duerma con el sol, con él se curta; porque beba del arroyo y coma de una sola planta? Hubiera sido, ni es, acaso, incompatible su progreso con arreglo a las leyes que son de su sér?

¡Lo que va de Babel a Esparta y de Esparta a París!



EL ALIMENTO DE LA URBE

La ciudad es un monstruo voraz y fascinante que se alimenta de miserias, de desgracias, de despojos que son los anhelos, las ilusiones; los ensueños de ciertos seres débiles por ignorancia o por ambición.

Anhelos, ensueños, ilusiones convertidos en realidades de desengaños, decepciones, desalientos, desesperaciones. Entonces están en sazón los alimentos de la urbe, la carne de la Ciudad; ya putrefacta como la apetece el buitre, ya como el insecto ágil y vivaz, cantor e inocente, libre y animoso que en pocos instantes queda convertido en un triste y quejoso guiñapo que forceja en vano entre las redes de la telaraña a que lo llevó su atolondrado vuelo. Entonces está el insecto a punto para ser manjar del arácnido: entonces está el incauto fascinado humano para ser bocado de la Urbe voraz, antropófaga y psicófaga insaciable y despiadada.

* * *

¡Pobres adolescentes campesinos que al brazo el ato de sus humildes ropas y baratijas dejan el pobre pero alegre bohío de aire libre, de sol libre, de vida libre, de contactos sanos, de alimentación frugal, de costumbres y creencias sencillas, de ideas ingenuas, de ignorancia benéfica.



Aquí vienen, camino de la Urbe, del foco del ensueño. Y talvez, infelices, no vienen por propia iniciativa; son víctimas de la paternal pero extraviada ambición de quienes quieren verlos de arcángeles en esa gloria que ellos también soñaron y no pudieron alcanzar.

Una angelical dama o un semidios de ese Olimpo se prendó de los candores y agreste salud y belleza de los aldeanitos; los quiso para pajes gentiles de su elegante morada urbana, para orgullo de exhibición de productos legítimos y primitivos del campo, como se luce un domesticado león de Numidia, un gato de Angora, un loro de Veracruz, a falta de un africano puro, un esquimal, un haway. Es el mejor de los prólogos porque siquiera ha habido buena fe del adquirente junto a su vanidad; esplendidez junto al egoísmo. Peores comienzos tienen otros.

Serán tratados como *niños*—en el estilo familiar criollo—Escuela, vestidos, manjares, golosinas, protección valiosa de por vida, dádivas generosas, prendas y adornos... y qué más. Casa suntuosa, orgullo de patrocinio, hartura de todo, y la infinita película de goces de la vida urbana en asocio perenne con la esplendidez de los señores y los niños....

*
*

Cuántas sorpresas....! Cuántos asombros....!
Cuántos deleites....! Cuántos panoramas, cuántas sensaciones insospechadas....!

Y las antes tranquilas cabecitas que al posarse hasta hace poco, tras la caída del sol, en las almohadas suavemente olorosas a suches, aromos y jazmines, soñaban con aves y nidos o en las sencillas faenas campestres, en los escasos y repetidos temas de las campesinas conversaciones, en la música de la naturaleza por los mil órganos de sus creaciones, en las escenas lugareñas, en las veladas, los velorios y

los cuentos, en las cortas frases de burdo pero sincero requiebro, se agitan ahora en la alta noche en que el descanso se inicia, como en fiebre; como en pesadilla, como en confusión de ebriedad en que el recuerdo corre fatigado, a pie, tras el tren expreso en que vuelan y se apretujan los sucesos del día. Ansia, angustia, fatiga, son los primeros sueños; algarabía, confusión, vértigo, terremoto....! Tal el cerebro como si un laberíntico cuadro cubista fuera pintura, movimiento, ruidos, luces y vida a la vez.

Y de ese recalentado tambor de la cabeza sigue saliendo y saliendo sin detenerse la película que desarrolla el operador sub-consciente ante los ojos sin pupilas del espíritu en vela.

Pandemonium de música y sabores, de charlas y perfumes, de lamentos y cánticos, de trenes y vitrinas, de salones y autos, de aviones y cinemas, de bailes y pompas fúnebres, de parques y voceríos, de radios y orquestas; cristales que se rompen, timbres que suenan, susurros de secretos, ecos de riñas, compases de fox, estallidos de neumáticos, estridencias de jazzband, humo de bencinas, requiebros callejeros, apretujamiento de transeuntes; luces, trajes, joyas, tumulto, balumba.... vértigo, ansia de despertar.... El insecto está en la red....



Pero el día trae el sedante de la atractiva realidad del sueño en orden....

Los ex-campesinos son señoritos en segundo grado: El, es a ratos ayuda de cámara o desempeña encargos compatibles con su estimación como un casi miembro de familia, puesto que se crió junto con los niños. Luego es deportista, como los niños, tenorio de maritornes de dentro y fuera, sin ningún oficio, y talvez con recónditas aficiones a oficinista, como los niños y el señor, si otras tentaciones de entre sus re-

laciones callejeras no lo empujaron fuerte hacia otras vías.

Ella: muchacha *de adentro*, a ratos; confidente y agente de las niñas; tentación y entrenamiento de los señoritos, alterna en los balcones desocupados y en los tocadores solitarios; flirtea de traspuerta con los jóvenes amigos de la casa; comparte cuando a solas los lechos, los polvos, perfumes, pinturas y más afeites que de las niñas ha aprendido a manejar a maravilla.

Los costosos trajes a medio uso o a dos tercios, son de ella; y así—grado menos o gracia más—va de compañía de las niñas, sin más distinción que un paso de retraso y algún paquetito de las compras, conciliando así la inferior condición suya con la secreta vanidad de ellas que la llevan en expresión de la largueza y el lujo de su casa.

Es cancillera, escudera y guardasellos; fiel al bando de los infractores; zalamera, traidora al bando de los mayores; espía e intrigante en las filas de la servidumbre del barrido, la cocina y el fregado; y, por último: usa melena, se riza, usa *rouge*, se depila y tiene una gillette del niño mayor para raparse la nuca, las axilas y pulirse las uñas cuando no es fácil pillar el manicure.

¿Queréis saber más de ellos?

Nada nuevo: su vuelo y sus revuelos fueron iguales a los de tantos otros insectos fascinados: Uno antes, otro después delinquieron en la casa, ya por atavismo de ingratitud campesina, ya por el uso de las mismas artes y armas con que fueron armados caballeretes; ya por despego o inconsecuencia de los protectores *niños*, ya por consecuencia de sus mismos servicios *secretos*; ya por el morbo de esa insaciable sed de urbe, de libertad y de grandeza, de opulencia y sensualismo que retienen contra todo discurs-

so y ejemplo a la víctima en la tela de la gran araña o bajo el influjo del monstruo fascinante. El estupefaciente de la vida de la ciudad, más traidor, más terrible, más subyugante que la morfina, el opio o la cocaína: la URBEÍNA—podríamos llamarlo.

Uno antes.... otro después.... fueron engullidos por el monstruo, por sus bocas de cárcel u hospital, de maternidad o cabarets, de garito o de lenocinio; digeridos en su vientre de miserias y dolores y escipidos en una morgue para ir de fardo anónimo a la fosa común de los detritus de la CARNE de CIUDAD: los suicidas, los fracasados, los delincuentes, los mendigos.... toda esa miseria con que nunca sacia el monstruo Urbe su voraz PUTREFAGIA.

BESO A USTED LOS PIES

HISTORIA DE UNOS CHANCLOS (1)

—Compañero ? Nuestro fin se acerca: viene el barrendero.

—Dentro de poco estaremos en el carro simbólico.

—El más alegórico y elocuente de los carros postimeros, después del de la guillotina: el de la basura.

—Carro que habla de la verdad sobre las grandezas, como el mortuorio fastuoso dice de la vanidad de los vivos y de la inutilidad y pobreza de los muertos.

—Creo que nos tocará ir encima del montón.

—Pues iremos como los girondinos en el cesto, cantando a bocas amplias nuestro último himno a la Libertad.

— Up! Ya estamos arriba.

—Quieres que le contemos al barrendero nuestra historia?

(1) Dedicué este artículo al Dr. Francisco Falquez Ampuero, mi compañero en estas cosas de Letras, desde nuestros años mozos.

En correspondencia de su fantasía "Beso a Ud. las manos.— Historia de unos guantes".

—Contémosela. Qué lugar más adecuado para una confesión general que un carro de basura?

Y uno de los chanclos tomó la palabra humana, y dijo así:

—Oye, barrendero: ¿Tú has oído hablar las cosas?

—Toma! Ya lo creo! Todos los días. Conozco su idioma.

—¡Cuánto sabrás!

—No lo dudes: Soy, por ellas, más sabio que tantos profesores que no saben nada de nada.... Y dicen cosas las cosas.... ¡Mira no más a tus vecinos de la recogida de hoy, y verás la enciclopedia que llevo. Pero.... habla: Ustedes me interesan, porque su vestimenta me dice que vienen de casa grande; y las miserias de las casas grandes nos place saberlas a los del sucio arroyo, los rabiosos sin envidia; los coléricos por la injusticia, que nó por el goce ajeno.

—Ustedes los de la hampa, y los que aquí vamos, somos hermanos.

—Razón tienes: somos cosas, somos desperdicios. Por eso nos entendemos.

—Los ilustrados de universidades fio saben esto.

—Pues no saben nada.

—Pobres.... Sólo aprenden lo que les enseñan sus libros. Y cuántos de sus libros que aquí han viajado les hubieran dicho cosas nuevas, si hubieran vuelto a sus manos!

—Los libros? ¡Oh! Los libros llenos de ciencia son como los hombres hinchados de vanidad: Cosas que han olvidado su origen. ¿De dónde salen los libros?

—En las basuras tienen su cuna. Desperdicios y detritus son la pulpa de su papel. De allí salen,

lavados y acicalados, a enseñar dudas o mentiras. Pero nunca hablan de lo que aprendieron en su cuna, por no descubrirse. Llenan a los hombres de ciencia falsa, y luego aquí vuelven. Ustedes mismos, amasados mañana con esos trapos y ese estiércol sobre los que van hoy ¡quién sabe qué ciencia irán mañana a propagar entre los hombres!

Oh! Si las moléculas tienen el derecho de elegir, nosotros nunca seremos libros. Nos ha ido muy bien en esta existencia. Volveremos a ser chanclos; y ojalá el destino nos depare otra dueño como la que hemos servido. Pero, ¿libros? ¡Jamás! Mentirosos.... Vendidos! En nuestro mundo no les queremos. Los libros de ciencia son los más despreciados entre las basuras.

—Algo así pasa en la humanidad con ciertos hombres: Las basuras los odian.

—Porque: o la ciencia es la vana o el científico el vanidoso.

—Venga vuestra historia.

—Escúchala: Nacimos predestinados, en una zapatería de lujo, pues fuimos hechos de encargo. Las finas pieles y el suavísimo vellón de dos roedores formaron nuestras caparazones; los tejidos interiores nos los dió la gamuza; y una fina suela delgada, flexible, pulida, aromatizada, completó nuestro sér, paramentado luego con cucos broches, guarniciones de hule y cordones de seda.

¡Qué rudas sentimos las manos del zapatero que nos daba los últimos toques!

Nos untuaron con óleo perfumado: Olíamos a Rusia: Nos pusieron con gran tiento en una cajita muy mona, y.... no supimos, desde entonces, lo que afuera pasaría.

Poco después nos sacaron. La casualidad nos puso frente a un espejo: ¡Qué hermosos nos vimos

al compararnos con los demás estilos y formas! ¡Qué correctos! Qué elegantes! Qué simétricos, entre tantos zapatos anormales y deformes! Unos en forma de habas, otros de bailejos; cuales parecían barcas, cuales empanadas; unos, cuadrados, para patas de osos; otros empinados y delgaditos, como para patas de cabras; éstos, toscazos, torcidos, extravagantes, haciendo muecas; aquellos jorobados y con tubérculos a modo de ganglios infartados o de quistes; protuberancias ascosas para dar cabida a dedos contrahechos, a juanetes repugnantes, a cayos ríspidos, a empeines hinchados, a tarsos deprimidos. ¡Qué asco! ¡Qué horror! Toda la humanidad civilizada, amorfa en esa extremidad que atrofian cada día más el buen gusto y la moda, como hoy se entienden.

¿Y nosotros? ¿Para quién seríamos? No éramos pequeñitos, esmirriados, nó: mejor: no éramos para cubrir despreciables minucias, ideales de cursis. Éramos para dos pies normales femeninos. ¡Qué gusto! ¿Cuándo vendría nuestra dueño? ¡Que viniera pronto a sacarnos de esa morgue en donde estaban exhibidas todas las deformidades de la humanidad por las patas! ¡Patas! Porque en eso se ha empeñado en convertir la moda a ese delicado y elegante miembro, no menos bello que los otros y necesario para el conjunto en el hermoso humano; esa parte tan cuidada, tan adornada y objeto de ostentación justa entre romanos, griegos y orientales: perfumados, aireados, adornados con anillos; siempre pulcros, siempre limpios sobre sus amplias sandalias ricamente decoradas, en libertad y primitiva perfección.

¡Pronto! ¡Que venga nuestra dueño, o que nos vuelvan a la caja! Que ya nos da bascas esta contemplación de escafandras, de sacos para podre, de sepulcros lustrados.

.... Pronto nos elevaron, y como en un vuelo nos llevaron al gabineté de prueba. Nos pusieron

sobre un suave cojín; una elegante dama entró y se sentó frente a nosotros.

—¿Será ésta?—pregunté a mi hermano.

—Veremos y decidiremos.

Una pierna bien torneada y mejor cubierta, con media de seda, se alzó sobre el taburete, y al punto se posó junto a mí un pie. La mano de la dama me tomó por la espalda; pero al acercar mis vírgenes fauces para englutir el pie que se me ofrecía por dueño, ví una deformidad y comprendí el engaño: No éramos para esos pies. Además: con el tibio efluvio que emanaba de ese pie, me llegó un olor chocante con el perfume mío, a que yo estaba acostumbrado desde que me ungieron: olor de pie desaseado cubierto con media de seda fina.

—Me dió asco. Y rápidamente contraí mi cavidad de la boca al fondo para repeler la intromisión....

.... Inútil su esfuerzo: mis carrillos resistieron valientemente contra un juanete horrible que me hacía crujir de rabia y de dolor, ayudado por la presión de la mano que forzaba por el dorso. Forzó la arremetida; redoblé mi resistencia; la media crujió también, y una uña contrahecha, irregular y cenicienta, asomó como media luna en un cielo de pizarra....

—Ay, no me entra!—oí que exclamó la intrusa elegantada, y me zafó de un tirón arrojándose contra el cojín.

—¡Triunfamos....!—dije jadeante a mi compañero—¡Listo! Estréchate, si te prueba!

—Descuida—me dijo—Tengo una punta de clavo que le hará mucho daño.

.... Nos volvieron a encerrar en la caja, y desde allí oímos el paso arrítmico de la dama que taconeaba con la irregularidad de una cabra sobre un tablero: pasos inseguros de pies diagonalizados por tacos piramidales que empujan a los pobres dedos hechos mazo sobre unas rígidas punteras agudas y re-

bordes inflexibles, que forman cinturas repugnantes en los empeines como vientres de sapos.

El zapatero había querido anticipar su lucro o complacer a una cliente a cambio del disgusto de otra. Pero sería inútil: estábamos resueltos a no ir sino hacia a nuestros modelos.

* * *

Horas después emprendimos viaje. Fuimos en auto. Cuando vimos la luz, era penumbra; la penumbra de un gabinete sencillo y elegante, que olía a inocencia y a aseo. Estábamos sobre un canapé, cuando entró nuestra dueño y nos puso junto a sí. Tuvi- mos la intuición de la verdad: era ella: La perfecta proporción de todas sus formas revelaban, bajo el plegable traje, su cuerpo de estatua griega. Digna base, o remate digno tenían que ser sus pies.

Agil y alegre me tomó por la espalda, y me puso frente a su pie desnudo. Ese era pie esculturalmente perfecto, cuyos dedos en gradación correcta se alineaban simétricos en su natural desigualdad, sin opresiones, sin estrujamientos, como estambres en el cáliz; sin esas deformidades que hacen de ellos, en las mártires del *chic*, unos garabatos asimétricos, retorcidos, jorobados, buídos, macrocéfalos, microcéfalos, raíces retorcidas de avidez, como sarmientos; dedos de epilépticos, de precitos, de ahorcados, de convulsos; cabezas de ofidios, de batracios, de saurios...

Este era pie cuyo reverso mostraba como caritas diminutas de niños sonrosados y lozanos, unas como llemitas de rosa y leche. Un suave aroma de flores exhalaba ese pie pulcro, aseado, cuidado con esmero.

Me apresuré a recibir el exquisito huésped, temblando del miedo de desagradarla.

Como áspera me pareció la mano del oficial que me dió el último toque, era yo, ahora, quien me sentía

duro para esa piel de rosa con tersura de pétalos de lirio. Y humilde, respetuoso, pero hambriento a la vez, recibí en la plenitud de mi boca la plenitud de esa belleza.

—¡Qué bien me está!—la oí que decía.

—¡Qué feliz soy!—no me escuchó ella.

Su pie debe haber sentido paroxismos, como yo sentía fruiciones: nuestra unión íntima se consumaba; dos aromas se confundían; dos formas se unificaban; mi cuerpo tenía ya alma; esa alma tenía ya cuerpo. Los pétalos de rosa acariciaban mi suela, sentía suavidades que rozaban en mis flancos, que oprimía yo suavemente sobre esas tersuras.

—Los hombres no saben de esto?

—Cómo no! Lo que hay es que los vulgares, por vulgares no lo descubren; los refinados, por sutiles se van a las ramas altas, sin fijarse en que también hay vida, hermosura, aroma en las raíces. Pero los que lo saben callan, pusilánimes, por temor a la crítica de los frívolos o sandios. Los hombres se avergüenzan, se ruborizan, de hablar de esto. ¿Son exquisitos? Taimados! ¡Hacen tántas cosas horribles de que debieran avergonzarse ante sus mismos ídolos! ¡Puercos!

—Nosotros los rastreros, los del ras del suelo, claro: podemos hablar de lo que conocemos. ¿Van, acaso, los zapatos, a hablar de Astronomía? Por eso las cosas somos sabias; porque sabemos sólo de nuestro mundo y de él podemos hablar con conocimiento perfecto.

*
**

Desde ese instante fuimos íntimos de nuestra adorable reina. Rara vez salíamos de su gabinete; nuestras pieles echaban lustre al continuo suave roce de la alfombra y de sus faldas, y nuestra cavidad era un espejo bruñido por el fino cutis de esas plantas

siempre puras. Nuestro perfumado original, en armoniosa combinación con el aroma de esa epidermis había hecho de nosotros unos odoríferos estuches, unos búcaros que recibían ansiosos la diaria visita de sus ramilletes.

Ibamos al baño con ella, la recibíamos al saltar de la cama con una destreza y precisión que nos había enseñado la costumbre. Le dábamos el último beso a sus pies al acostarse. Sólo al irse a la calle, cedíamos el puesto a las medias y a otros zapatos que vivían tan felices como nosotros, y que la servían a gusto de ella: amplios, regulares, sin formas de pies de faunos, de anchos tacos y adaptación justa sin violencia. ¡Ah, nuestra ama...! Ella nos enseñó en la intimidad cuán enamorada era de sí misma; cuán concedora de sus joyas; cuánto cuidaba de sus cosas.

Por ella aprendimos que la mujer es un conjunto de aromas, uno como castillo de odorotecnia en que ningún humor se parece a otro; un ramillete, si sabe permanecer siempre pulcra; un conjunto puférente, nauseabundo, repelente, si deja recalcitrar las secreciones: ni más ni menos son las bases esenciales.

Ella era la primera enamorada de sus pies. ¡Taimadilla...! ¡Cómo los cuidaba! Cuántas veces vimos sus ojos paseando miradas de satisfacción y de orgullo por sobre ellos! Cuántas veces los ponía en mil posiciones de caprichosa gimnasia en exhibiciones al desnudo; y cuántas veces movía la cabeza tras larga contemplación, y ahogaba un suspiro como diciendo:—¡Qué lástima...! Los hombres no saben lo que pierden al no apreciar esto....

Y una vez.... Ah! Una vez.... se los besó ella misma: Con deleite, con unción, como besó la Magdalena los ungidos pies del Maestro....

Pero no fueron estos los únicos homenajes que hemos visto: Otra vez fué un chiquillo, un rapaz pa-

jecillo, favorito de la casa, y admitido, por su corta edad, en tabernáculos vedados a todos.

Era en su gabinete: Se disponía a salir. Desnudo un pie sobre la otra pierna, había olvidado llevar las medias al canapé, y no queriendo pisar sobre la alfombra, llamó al chiquillo para que se las alcanzara. Llegó el muchacho: miró. Casi a la altura de sus labios estaba el artístico pie, y sin tardar en pedir excusa, arrebatado de un impulso ingenuo, quizá como Masoch, el chiquillo tomó ese pie entre sus manos y lo cubrió de besos. ¿Sabes lo que hacía la taimadilla? Refa... refa... y acariciaba con su linda mano la cabecita inquieta del rapaz. Después, le dió una palmadita en el rostro, le miró curiosa un rato, y se calzó pausadamente la media, canturreando muy alegre.

El otro fué un médico. Estaba ella enfermita. Entró él. No sabemos si ella dormía o estaba inconsciente. Nosotros estábamos sobre una silla y de allí pudimos ver la escena: Salieron los asistentes a traer algo; la enferma había sacado un pie de debajo del cobertor. El médico lo miró: indiferente primero; curioso después; atento, luego; miró de hito en hito a la faz de la enferma; escudriñó en torno... y quedito... quedito... se acercó, y besó con unción esos pies que nosotros besábamos a diario.

Por de pronto a mí, que soy el diestro, me dió celos ese desacato. Sentí que los suaves cabellos de la nutria que me vistió, tendían a erizarse... pero reaccioné luego y aplaudí al médico que ya recibía tranquilo a los que volvieron. Ese médico y el chiquillo, y ella misma eran artistas de verdad. Y eran sinceros.

¿Sintió ella?... Quién sabe? ¡Son tan misteriosas las mujeres!

*
**

Y así pasaron tiempos. Entrañablemente encariñados, ella con sus pies y con nosotros, nosotros con ella y nuestros huéspedes.

Cierta vez quiso probarse otros, y no le vinieron bien ningunos. ¿Es que sus pies se rebelaban o es que nosotros nos habíamos amoldado tan bien a sus pies como la epidermis?

Dos veces fuimos abandonados. Así son las hembras. . . . Pero nos dimos trazas para recuperar nuestro puesto.

La ancianidad nos llegó: vimos justo el reemplazo; era la ley de las cosas. ¿Habríamos, con nuestras arrugas y grietas, maltratado esos jazmines, dejando entrar porquerías?

Era justo. . . . Pero. . . . Oímos hablar de una criada a cuyo poder iríamos a parar. ¡Horror! Al caer de sus pies, anoche, resbalando sobre todos los contornos de sus pies nuestro último beso de despedida, dimos un saltito y nos colocamos expuestos a un tropezón que nos echara fuera de la alcoba. Y así fué; de allí otro tropezón fortuito nos llevó a la escalera. Rodar fué fácil; llegamos al portal y caímos bajo la basura felizmente, librándonos así de una profanación. Llegaste tú, y aquí nos tienes. Quémanos, sin piedad; gustosos ofreceremos nuestro incienso, ese aroma, mezcla de nuestro óleo original y el perfume sanísimo de sus pies de diosa, en el ara de la evolución vital y en holocausto a la Belleza.

Te hemos contado una historia. Te hemos cantado un poema que nadie cantó; que sólo nosotros podemos cantar. ¿Los hombres? Bien sabemos que muchos dieran media vida en ciertos casos por hacer prácticas las frases galantes: —«Beso a usted los pies». «Q. S. P. B.» Pero. . . . Esas son fórmulas de antañona galantería; de cuando había pies. Hoy no lo hacen. Y tienen razón, después de todo: ¿Qué mujer civilizada, chic, de hoy, tiene pies que merezcan el homenaje de un beso?

¿Abundarán?

EN UNA PARED DE CELDA

El médico amigo me permitió copiar esta divagación que el alienado había escrito en una de las paredes de su celda.

El loco se opuso; —¡Fuera de aquí!— me dijo —Usted ha de ser uno de los que viene cuando duermo. Pero ahora estoy muy en vela; sí, señor. No quiero más intrusos en mi gabinete y no he de dormir nunca en adelante.

Pero el médico lo calmó. Pude tomar la copia. Estaba dentro de una orla bien dibujada, y pregunté al doctor:

—Dibuja también?

—No sé. Esa orla se la puse yo.

—Es una aprobación?

—No. Fue un pasatiempo

—Aaja ¿Y qué manía tiene el sujeto?

—Es un dormilón, me dijo el galeno con sonrisa despectiva de materialista.

Texto—:

“Mi Secretaria hace en mi ausencia un pandemium de mi laboratorio. Es muy *confianzuda* y abusiva mi Secretaria. Pretenciosa de saber lo que yo sé, imitadora desatinada de cuanto hago y muy

entremetida en mis intimidades. Ya se ve: vivo en tan estrecha unión con ella desde hace tantos años!

Esta Secretaria es mi alma. Dije mal: mi alma es esta Secretaria.

Alma? La verdad es que no sé cómo se llama. Tal vez Imaginación, o Fantasía..... o Mente inconsciente.....

Como ninguna de las explicaciones que me han dado los estudiosos de los fenómenos oníricos me satisface, he deducido que: o yo no sueño como los demás, o los demás no sueñan como yo; lo que no es lo mismo aunque igual suene. Y por eso he venido en darme para mi uso esta explicación:

Duermo ya. Mi espíritu, mi *yo* genuino, mi tipo *real*, se ha alejado de mi cuerpo físico (su casa) en su diaria excursión nocturna, cuando el reposo es. La casa queda al cuidado y vela de la Secretaria, que es la loca de la casa. Llamémosla Imaginación, o cuerpo de pasiones, deseos y sensaciones, como la llaman algunos; cuerpo astral, cuerpo mental, o mente, según otros: fantasía, o eco del trabajo de la usina cerebral, como quieren los fisiólogo-materialistas autores de las *cerebraciones corpusculares*.

Lo que me figuro es que esa mi compañera que durante mi trabajo en vela anda por allá en la casa rebullendo sin meterse sensiblemente en mis labores, si quizá atisbándolas a hurtadillas y juzgándolas a su guisa, todo es que me ve salir que se siente dueña y reina de la casa solá. Y empieza su loqueo.

Lo primero que se le antoja a la traviesa es entrar al laboratorio cerebral, ansiosa y curiosa de mis experiencias; y haciendo torpemente lo que se le ocurre, toma de aquí, toma de allá; pone en vibración las celdillas sensitivas disciplinadas y armonizadas por mí para el trabajo de vigilia y relación, y las obliga a trabajar cansadas, laxas, somnolentes, in-

conscientes y torpes. Algunas se rebelan e inhiben, se acurrucan y acoquinan en sus circunvoluciones como los caracoles en sus espirales, y otras entran en un trabajo ilógico, extravagante, extemporáneo, inarmónico, ajeno a sus disciplinas de conjunto, y todo se trabuca y trastorna para producir mil disparates que, si para ella, mi Secretaria, son realidades, como pueden ser para un niño las sombras de una pantalla de cinema, para nadie que actúe en razón despierta serían sino locuras, estramboticismos, pesadillas, sueños fisiológicos, o naderías sin pies ni cabeza.

No quedaría peor el almacén de un fotógrafo con todas sus películas empasteladas, supermontadas en copias al azar.

Y la muy tuna se entrega luego a recibir visitas haciéndose ama de la casa vacía; y es el entrar y entrevero de imágenes, sombras, escenas, ideaciones... qué sé yo. Quizá espíritus entremetidos, quizá amigos suyos pero no míos, enemigos mismo, oportunistas de la ausencia, zascandiles del hampa; absurdos fantasmas, quizá de esos que los psiquistas llaman elementales y elementarios.

Y entran en mi menaje y operan o le sugieren a mi loca cosas muy ajenas, adversas o perjudiciales a mi modo de ser en vigilancia, contrarias a mis disciplinas, doctrinas, propósitos y convicciones. Pero ella, muy oronda, cree que se desempeña a maravilla en su papel de rectora.

Ya regreso yo. Me reincorporo y recupero lentamente.

Todo lo intruso huye en dispersión; pero el laberinto y el ambiente que me dejan es tal, que me hacen olvidar totalmente el objeto y cosecha de mi excursión. No sé si he ido, ni de dónde vuelvo, ni a qué fuí, ni qué hice o qué traje. Por largo rato dudo de si no

salí, si soy yo mismo el autor del trastorno y si esas escenas fueron verdad. Al cabo me convenzo del error, vuelvo a tomar el control y arreglo de mi casa al ambiente de la imaginación razonada. Trabajo en veces peligroso por ser lucha de lo mío con lo ajeno, de lo real con lo irreal para mí, de lo lógico con lo ilógico, de la realidad con la fantasía, del posible con lo paradójico, y que a veces me contamina y estropea el día en la lucha con lo que traje de allá en mi excursión y lo que vengo a encontrar aquí en la vida ordinaria; o en la ordinariez de la vida.....”



ULTRASUTILISMO

¿Es que para los anormales, para los morfínomanos, para los epilépticos, para todos los millones de siervos que tiene la Locura, no hay también un mundo objetivo, perfectamente real; pero que los normales, por efecto del mismo equilibrio de sus nervios, no pueden sentir?—ZAMACOIS

Así hace Zamacois discurrir a un inquietante personaje de uno de sus estudios-novelas. Pero ese personaje era un sensitivo a tal grado que ya parecía tener sólo un girón muy tenue de lo que llamamos el astral, adherido al cuerpo denso.

Lo que es una desdicha como avío para viajar en este mundo, todavía.

Y puede ser afirmativa la respuesta: Un bizco ha de ver el mundo a su modo, como un sordo mudo ha de tener de él percepciones y juicios muy diversos de los nuestros. De un sujeto chileno dijo la prensa unos días, que tenía una rarísima facultad debida talvez a una peculiar disposición del órgano visual: la de ver exactamente como al traves de los rayos X. Yo no sé, en tal caso, si aquello sea una dicha o una desgracia. Porque eso de estar viendo sólo esqueletos y de ver al través de los cuerpos opacos... has-

ta lo que uno no quisiera... acabaría por cargar al más curioso. ¡Caramba! Alguna vez ha de querer ese pobre ver las cosas tales como son.

Bueno: Pero de esto a que el chileno, el bisojo, el ciego y el mudo se pusieran de acuerdo para convencernos a los demás de que este mundo es tal cual ellos lo perciben, va un tiberio, mientras los otros veamos como Dios manda y la naturaleza nos lo enseña. Y peor si porque nos tengamos en nuestros trece, que son los testimonios de nuestros sentidos, nos pongan de atrasados e insensibles, y ellos se llamen incomprendidos y aislados, y se desfilan en lágrimas y lamentaciones o en cóleras y vituperios.

Yo no sé por qué constelación estará pasando nuestra esférica nao, o bajo qué influencias están naciendo estos espíritus de selección—como ellos se dicen.— Pero ya van para tribu; y como nos descuidemos los espectadores del mundo a la antigua, que no usamos de esos quevedos maravillosos, nos coparán y acabarán por arrojarnos del observatorio o encerrarnos en manicomios.

Contad: Mundonovitas, snobitas, inquietantes, supersutiles, modernistas, decadentes, videntes, futuristas, pre-rafaelistas, cubistas, vanguardistas, simbolistas, ultra-exquisitos, dadaistas... Mil nombres diversos y una sola morbois o paranoia verdadera.

Falta de alimentación, digo yo; deficiencia de nutrición, exceso de goces imaginativos, defectos de concepción, falta de instrucción sólida... Todo eso puede ser. Porque si avanzado progreso fuera ello, por otros modos que no fueran sus meros cerebralismos, podrían demostrarlo. Todavía la cuadratura del círculo y el movimiento perpetuo están esperando uno de esos descentrados admirables como Newton, como Copérnico, como Galileo, como Roetgen, como Hertz, como Einstein.

Algunos de esos anormales me ponen meditativo, otros me hacen burlesco. La autosugestión, cuando ya se está disciplinado, cuando se es «sujeto», es pronta, como la embriaguez en el alcohólico; y la hipnosis que la favorece, por simple que sea, es como una embriaguez, como un ensueño de droga.

Los ultra-sutiles que me ponen a meditar han de ser los productores en ensueño artificial, cuando las facultades se descentran, se dislocan y extravían sus influencias mútuas y ordenadas; y en el equilibrio psíquico o meramente cerebral se produce el laberinto que en el quieto caos se produjo al impulso del FIAT, allá, en la eternidad de las eternidades sin pretérito concebible.

Por eso los locos exteriorizan sin expresar, sin producir, propiamente, tántas y tan raras combinaciones, cerebraciones inconscientes que pueden dejar perplejos a los cuerdos, como las asimétricas partículas de un caleidoscopio producen fortuitamente admirables sorpresas de armonizaciones poliédricas y policromas.

Al escudriñar entre la confusión de esas expresiones ultra-sutiles, incoativas e incoherentes, vagas con la vaguedad hierática de las posesas pitonisas que hablan con los ojos como fijos en la inmensidad y los nervios tensos como en audición de voces de otros planos, y que hablan como respondiendo a seres que no son los que interrogan, veo el acto que sería el de inspiración de un ultra de esos.

En el natural fenómeno del sueño, como todo tiende a descansar, los nexos también se relajan, pues el haz y el mutuo influjo sólo son indispensables en su potencialidad para la vida de relación y sus derivadas manifestaciones. Por eso es que en el estado sueño hay uno como principio de disgregación, una imagen, la más propia, de la muerte. Y ese no es el éxtasis de artificio.

Aflojados los nexos, ausente o en reposo la voluntad, entonces la inteligencia, la memoria, todas las facultades e instintos; sus máquinas, sus instrumentos, los centros de sus trabajos, ora por disciplina, por hábito o por impulso propio, o por la excitación restante aunque débil, del impulso enérgico en la vigilia, continúan en un semi-trabajo en ese taller, como continúa con el impulso una máquina cualquiera que se ha detenido con cuidado; como continúa el instrumento musical vibrando conforme a sus funciones.

Ese impulso restante lucha con el contrarresto el sueño, el reposo imperativo de la naturaleza. La relajación, la flacidez, el desvahimiento van preponderando; las facultades, potencias metafísicas, (?) quedan como locuelas educandas en asueto; y como están laxos sus centros de atracción y débiles los influjos mutuos, trastruécanse éstos frecuentemente, y tal facultad ejerce sobre otra que no es su afín o no es su compañera obligada en el trabajo, y de allí resultan esas visiones paradójicas, ilógicas, inconexas, que llamamos sueños.

En el sueño profundo no hay ensueños; al menos nadie los recuerda; porque entonces la emancipación de órganos y facultades ha sido completa de tal modo, que no han habido influjos que produzcan ese semitrabajo, ese simulacro falaz de albedrío y norma.

¿No es así? Pues que lo explique la Ciencia a su autorizado modo: que yo no soy sino experimentador. Y quién sabe si ando con la mayoría; apele cada cual a su propio testimonio y sufrague. Cuántas veces, al despertar del sueño natural, no hemos rememorado mil vaguedades como de algo sublimemente disparatado, sublimemente estrambótico al cotejarlo, a la luz del nuevo día, con lo que es, para nosotros, el mundo real; pero sin borrarénsenos de la placa íntima la convicción de que hemos visto o sentido algo intraducible, hierático, como escuchado en uno de esos idiomas

con que Jehová se comunicaría directamente con las familias humanas primitivas; idiomas que hoy no podríamos ni fonéticamente repetir ni auricularmente percibir, por nuestra modificación de órganos a fuerza de siglos, transformaciones y selecciones.

Quién sabe cómo se pronunciaba el mágico *Auhm*, de los tibetanos, el *Jehová* o *Iaveh* de los semitas, de cuya tonalidad dependía el efecto del milagro?

Y si el que nos narra un sueño de esos nos parece un loco en tanto lo refiere, ¿qué derecho tiene a ser comprendido un *incomprendido* de estos ultrasensibles que nos hablan bajo la sugestión de la droga o del ensueño a los que estamos despiertos, a los que, a lo menos según el día real, tenemos el fuero de llamarnos en equilibrio? O nada tenemos que ver en sus cuentos, o no podemos con derecho, criticarlos. Amén. Pero no exijan el voto general ni lamenten la inepticia e inopia de los terrígenes equilibrados en su *su plano*.

Antójaseme que ni los mismos hiperestésicos autores de esas incoherencias traducen sus expresiones cuando las repasan en norma; y que, si las mantienen, es fiando en sus congéneres; en que serán, si no entendidos, presumidos, por sus hermanos en éxtasis, los que ellos, para justificarse, llaman de la *élite* sentimental.

Pero como no hay excentricidad que no tenga prosélitos, el apostolado se forma a poco y la divulgación y apología de la buena nueva tiene cada ferrosos que hace más catecúmenos que los convulsionarios del célebre cementerio del París de antaño.

Y ellos consiguen que los cubistas cuelguen sus jeroglíficos en los museos en vez de que decoren más expresivamente las paredes de los manicomios; y que futuristas y pre-rafaelistas se anden tirando el rollo de las pinturas desde Dibutades hasta Messon-

nier y Zuloaga para medirlas cada uno con su vara y por su canto, hasta romper el Arte, el gusto, la lógica y el juicio y la verdad por templar cada cual por su lado. Por eso el Pantheon es ya un osario común en el que llueven theos llevados por el empeño loco de esos grupos, desde que los guardianes Justicia, Tiempo, Arte y Verdad abandonaron sus puertas hostigados por el tumulto audaz de la corrupción del gusto.

Hay quien observe que no debe censurarse una cosa porque no se conforme a los tiempos y gustos en que surge, y que es más cuerdo creer que quienes nos hablan, nos pintan, nos esculpen o nos musican en formas extrañas son espíritus incomprensibles porque se han anticipado a sus tiempos. ¿O atrasado mucho? Ejemplos: el antes ininterpretable Wagner, el enigmático Strauss hoy. Bien: Y por eso eche usted dioses en el Pantheon. Todo ininteligible es Theo.

Paréceme que no: Wagner en su sitio; Pascal en el suyo; allí está bien Leonardo da Vinci; en su tiempo el genio fué genio. Pero lo sublime, lo extra-terreno, siempre trae su voz secreta, su *de allá*, que habla de alma a alma y se hace entender de todos, como se hace interpretar el mar, como enseña el firmamento, como bisbisean las pirámides, como jesean los altares en los templos solitarios, como intuye Dios.

Genios y todo, ninguno de ellos nos habló en enigmas, ni aun diciéndose enviados de los mundos superiores algunos de ellos: Chritzna, Budha, Hermes, Zoroastro, Sócrates, Kong-Fu-Tseu, Moisés, Jesús, Mahoma.

Mas si nuestros contemporáneos extra-terrestres homonizados se han atrasado o anticipado, culpa es de ellos si no los entendemos: Nazcan oportunamente y triunfarán, Hoy por hoy soliloquean.

Pero la timidez es la característica de los tiem-

pos que alcanzamos, so capa de libertad, y para que no la tomen por intonsa o estacionaria, dice: ¿Innovación? Buena ha de ser aunque no la entendamos; todo es progresar. Venite, adoremus. ¿Quién puede decir lo que de allí saldrá?

Sin mirar que todo progreso procede y sucede de antecedentes con los que se eslabona, y que si así viene, se le adopta, se le aplaude, surge e impera hasta que viene un nuevo eslabón y avanza. Lo exótico, lo excéntrico brilla, hace ruido y pasa como el bólido. Hasta hoy espera su trono Góngora y a sus alumnos Churriguera.

Va mucho de convenir en que las flores hablen, a que nos impongan su léxico los *intérpretes*.

Parece que la humanidad languideciera al expresarse en el lenguaje de las nuevas aficiones, y si ese guirigay de incoherencias e inexpressiones formara la epopeya de estos tiempos, ¿quién sabe si nos justificarían mañana o nos compadecerían?

Pero hoy la gran mayoría no tiene más que cinco sentidos y por ellos ha de entrar todo con pase de análisis para que no nos lo altere o extravíe. Cierto que en los avanzados de verdad ya los sentidos van como vagamente percibiendo algo más de lo conocido, prolongando, por decirlo así, sus alcances; pero siempre en prolongación lógica; siempre será como una nota más en el pentagrama, uno como color más en el espectro, una como línea más sobre las figuras fundamentales, una como sensación nueva sobre el órgano; pero no las combinaciones estrambóticas que nos quieren dar los supersutiles por perceptibles o percibidas.

Los normales conciben sin violencia que otras mil formas e intensidades vibratorias ha de tener el éter; que conocidas más tarde nos aumentarán los flúidos, fenómenos, figuras, fuerzas, etc., etc.; que no

sólo han de ser los pocos que conocemos, en ese inmenso e inagotable laboratorio etéreo.

Pero como hasta aquí las que llamamos Bellas Artes no son sino expresiones del sentimiento, en donde y cuando con ellas no se exprese nada, diremos que no hay ni arte ni belleza, o que no hay expresión humanizada, idiomizada, apta para pasar de cerebro a cerebro, de sentimiento a sentimiento.

Emisión, emanación, efluvio del sentimiento solo, de la sensación intraducta e inexpresa, mera vibración de las cuerdas-nervios, cerebraciones simpáticas, lira puesta al viento para que él la taña, arpa eólica, eso quede para la comunicación mental y allí estará en su terreno; porque expresada, no expresa. Para el humano comercio hay que expedir enfardeado el producto: el éxtasis no tiene lenguaje fonético ni gráfico; aún no nos saciamos con éter, aún se necesita vehículo material, no tan sólido y basto como el prehistórico; pero no tan sutil como el futuro. Sería preciso otro lenguaje, otros signos, otros símbolos, otra ideografía, como quería Espronceda otro mundo y otras delicias por cansado del siempre igual.

Esperemos el bello día de Maeterlinck: «Amanecerá quizá un día, y muchos datos anuncian que está cerca, en que nuestras almas podrán comunicarse sin auxilio de nuestros sentidos....»

Bien: Yo también lo creo; y por eso es que niego que estemos en ese día, desde que aún hay que echar mano del viejo sistema. Y menos he de creer que el jerigongo éste y tal estrávido modo de ver sea la aurora del día de Maeterlinck. Mientras ese bello sol alumbre para todos.... Palabras, hermanos en humanidad. Palabras.... e ideas.

EL NUEVO ANTROPOIDE

¡Pobre perro....! Desde que al hombre se le ocurrió hacerte su *amigo fiel*.... te *fregó*—como decimos en criollo.

Te desnaturalizó enseñándote poco a poco sus cualidades *de fondo*: Te has vuelto bajo, servil, adulator, cobarde, traicionero, ocioso, ingrato, voluble, desvalido.

Has olvidado cómo se procura el alimento; pero has aprendido a aullar chillonamente, batiendo la cola, para pedir que te lo den, crudo o guisado, según quede en las sobras de las platos.

Te encorvas y acurrucas, te orinas y tiembles bajo los puntapiés del amo o de sus criados, y atacas a traición a los que no llevan el olor de sus humores.

Te has peleado con todos los demás irracionales y has aprendido a morder a tus semejantes. Sólo convives con tus compañeros de servidumbre: con el caballo, con el asno, con el buey, siempre que no coman lo mismo que tú, en cuyo caso sabes defender la ración a dentelladas, alborotando el hogar.

Atacas o huyes —como el humano soldado— al imperio de la voz del que te manda. Haces como tuyas —por conveniencia y adulación— las amistades o enemistades ajenas; y olvidas —por lo mismo— las

injurias más groseras de tu señor. Pareces un político arribista.

Robas para tí, robas para tu amo. Defiendes lo robado ajeno; sueltas humilde la presa tuya si la requiere tu dueño.

Haces que afilas en su presencia tus uñas y tus dientes para estar presto al servicio. Y hecha alguna de tus tristes hazañas, acudes agazapado, reptante, a implorar a tu amo que pase su mano por tu cabeza o su planta por tus costillares.

Cuando estás de humor guardas tu casa, pero robas o ensucias las vecinas. Y después de haber llenado tu día de infamias, tienes— como los hombres— malas visiones en la noche.

Quizá tu gran amigo te está ya participando de su llamada *conciencia*, como en honor tuyo ha llamado a sus mejores dientes: *incisivos y caninos*.

Pobre perro... Te estás humanizando! Desgraciado de tí! Ya eres enfermizo; ya hay para tí farmacopea, médicos y clínicas. Paseas en auto, vuelas en aeroplano, navegas, trabajas comedias en público, comes en hoteles, vas a balnearios, te ponen ridículos calzones, gorras y gabanes; tienes cementerios y mausoleos....

Pronto crearás en Dios....

LA PRIMERA EVOLUCION DEL SAPIENS.

A juzgar por la experiencia de esta vida en este mundo, la más penosa de las etapas evolutivas del sér, parece la humana; esto es: la serie de vidas o humanizaciones que el Ente atraviesa desde que su animalidad, ya dotada con el instinto, en la etapa llamada irracional, es investida con un grado más: el de la razón y la conciencia, hasta que tras el dilatado recorrido de muertes y renacimientos, con sus luchas y experiencias, adquirida la ciencia posible en este globo y la perfección máxima compatible con sus condiciones, se emancipa de él, termina sus grados, digamos así, en este gimnasio y pasa a seguir su evolución en otro superior.

l tiene que ser la más penosa porque es la primera de las experiencias conscientes del dolor y el placer, del bien y del mal, de la vida y la muerte, del amor, de la familia, de las pasiones, de todo el maremagnum de impresiones y sensaciones que constituyen el paso por el Globo Tierra.

Por grados se va intensificando el dolor, a medida que el sér se entrena y fortifica de vida en vida. Mientras más primitivo, inferior, es el hombre, menos intensos o agudos son sus sufrimientos; sólo le afectan

los golpes rudos, los más materiales; desconoce los otros, no los descubre ni imaginarlos puede; la gama de sus sentimientos es, pues, corta todavía y sólo vibran los bordones.

A medida que el humano se perfecciona, se sutaliza, y se agudizan para él también el dolor y el placer y todas las percepciones; y sufre más y más cada vez. Pero así como de la algidez del dolor se produce la anestesia, llega el tiempo en que, agotada también la experiencia del bien y del mal posibles en este mundo, o compatibles con la humanidad, el ente se insensibiliza para nuestro modo de ver: ya nada le atrae, nada le inmuta; nada le conmueve, porque todo lo sabe, todo lo ha experimentado: nada desea, de todo se ha desilusionado, aspira a vida mejor que ya vislumbra. Todo lo desdeña, poco le basta: agua de las fuentes, aire, sol, vegetales, harapos y el suelo o una cueva o un rincón. Mira como un idiota, sonríe muy poco y con un rictus de compasión o desdén; habla lo preciso, si lo obligan, y pasa, pasa como un curioso sin interés, o uno que echara sus últimas miradas a la morada que va a abandonar para siempre. Ese es el hombre perfecto, el que no ha de volver. Ejemplo: Diógenes, desdeñando desde su tonel al omnipotente Alejandro que cargado de glorias y tesoros viene a rendirle homenaje y a ofrecerle todo lo que le pidiera. I luego de oírle impasible su apología, en estas dos frases se resumen los aspectos del mundo para el humano y el mundo para un divino:

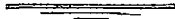
—Pide, manda, ordena, gran hombre; todo te será dado por el omnipotente Alejandro, señor y dueño del mundo.

—«Que te apartes; que me estás quitando el sol.....»

¡Claro! Ni Diógenes necesitaba nada de esas fruslerías que constituyen la llamada grandeza hu-

mana, ni el tal dueño y señor del mundo hubiera podido darle lo que le estaba quitando: un rayo de sol.....

En otra etapa las luchas y los dolores serán de otro orden, posiblemente, porque la perfección no se alcanza sino pasando por ellos; pero es seguro que no pueden ser tan duras como las primeras experiencias; estas en que el espíritu ya inteligente y libre empeña su lucha con el cuerpo tosco, deleznable, insuficiente, débil e imperfecto y con otro elemento peor: el ambiente y la convivencia con los hermanos en humanidad en tan diversos grados de progreso y haciendo la vida a su antojo cada mayoría preponderante y haciendo del mundo y su vida un pandemonium, un manicomio.....



LAS SILABAS INMORTALES

¡Que afán tan sin razón el del hombre culto: el de perpetuar sus dos o tres fonemas en que suena su apellidol

Como si algo perdurara en el mundo ni en su memoria!

Y es el individuo culto el enfermo de este mal: el ignorante, el primitivo, poco o nada piensa en ello.

¡Anhelos tenaces de perduranzal ¿Eres puerilidad? ¿Ilusión? ¿Innata remembranza de origen y destino sempiternos? ¿Eres «memoria» de que FUISTE? Eres íntima convicción de que SEGUIRAS SIENDO? ¿Por qué tu afán de sobrevivirte?

¡A cuántas sublimidades y ridiculeces, a qué yerros y daños llevas a tus enfermos, morbo anímico!

Amor y orgullo: Esencia simple y una que, según el medio, según la época, según el organismo, te filtras en cada individuo bálsamo o veneno; te truecas en vida o muerte; te resuelves en triunfo o en martirio y llevas a tu muñeco de barro al asilo de los locos, a la cárcel de los malos, al pedestal de los próceres, a la fisga de sus hermanos o a la loa de los creyentes!

Razón o necedad esta de luchar con el olvido

—ley de la renovación y el tiempo— Anhelos de hurtar una o cuatro sílabas convencionales y fugaces que nos pusieron por nombre meramente distintivo del montón, en un rincón de la Gran Casa, ignorado por los demás inquilinos; número de un penitenciado; contraseña de pase en el tren vida del anónimo tumulto, para cuatro días de viaje: sílabas que al andar del tren acabarán por no decir nada a los desconocidos que vendrán; sílabas que sólo el interesado cree oír repetir constantemente al ritmo de las ruedas en el que cada cual va escuchando el suyo. Sílabas... sonidos que al desprenderse del adherente, al dejar entre el sujeto y su nombre el trecho tiempo, al desaparecer la asociación accidental entre el hombre y la fisonomía, de la presencia con los hechos y sus ecos, acabarán, si duran mucho, en sonar como tantas otras voces y con menos sugerencias. ¿Cómo hacer amar al pasajero de hoy el desconocido paisaje y los no vistos compañeros de ayer?

Erostrato, Atila, Nerón, Aladino, Guillermo Hohenzollern, Lenine, destruyendo. Salomón, Constantino, Alejandro, Adriano, edificando; Cháves el constructor del Coloso de Rodas, Morse, Guttenberg, Fulton... Si astros quisísteis ser, llena está vuestra ambición: ya sonáis en los pocos oídos de los estudiosos, como suenan Orión y Casiopea, el Paraíso Terrenal, Palmira, Babel y Cástor y Pólux, Ulises y París, sílabas las mejor libradas del olvido, de la indiferencia, y, así y todo, discutidas de autenticidad y aun de existencia....

¿Quién sabe de los anhelosos constructores de las Pirámides; de los archisabios geógrafos y astrónomos, matemáticos, geómetras y arquitectos que las orientaron, proporcionaron y simbolizaron?

Semíramis se apropia de tu inspirado afán, ignoto hidráulica que hiciste maravillosas las aguas del

Eufrates. Y vosotros los que pusísteis vuestras almas en afiligranar las piedras de Nuestra Señora de París; y tú, el de la perdida receta momificadora; ése, el descubridor del vidrio plegable; aquél, el de los tintes indelebles; el de la magia, el del papiro, el del Zodíaco. . . . ¿En dónde están vuestras pobres sílabas por cuya repercusión os atrafagásteis, fiando a ellas la ilusión de vuestro YO eterno? ¿Y tú, astuto y previsor arquitecto del primer faro: Sóstrato, que bajo el lito recordatorio ordenado para sus sílabas por Ptholomeo, simulaste con leve arcilla esa usurpación, y bajo ella, en pétrea plana, grabaste las tuyas para no regalar tu gloria: ¿No ves cómo la arcilla prevalece sobre tu piedra y es la arcilla la que reproduce el hueco nombre de Ptholomeo, tan común ya como el del faro?

Los nombres, despegados del sujeto pasado a la leyenda, dicen tanto como los de los petrificados en momias. No he vivido mucho aún: y ya he visto renovarse tres veces un gran cementerio cuyos mármoles y bronces arrancados de sus duras cunas por el cándido deseo de inmortalizar esas sílabas, han caído como hojas; se han carcomido como todo lo que está en la superficie, pues la Tierra sólo conserva lo que guarda en sus entrañas y es obra suya.

Y . . . cosa peor: No fueron restaurados esos monumentos, porque los mismos devotos los olvidaron, o porque también ellos pasaron. Y aquellos nombres que un día contemplaron ufanos, egoístas, redimidos del tiempo y del olvido, hoy no suenan para los nietos más que los de Artajerjes, Adán, Caín o Sesostris; Casiopea, Sirio y Orión. . . .

Loca idea: La piedra y el metal no perduran sino en la roca y en la veta: puestos al servicio de lo deleznable y pasajero, de la vanidad, o el lujo, su cuna los reclama, la tierra los reivindica. Ella se

labra y levanta sus propios e inimitables monumentos para su propia gala y ornato: Se llaman Chimborazo, Gorisankar, Monte Blanco, Vesubio, Gruta Azul, Calzada de los Gigantes, Gibraltar, Niágara....

Los hombres... Los hombres no son HIJOS de la Tierra. Son sus parásitos...

Fuera de la pista, orgulloso Rey de la Creación.... Bah!



EN EL AIRE

Cuando hablé por primera vez ante el micrófono de una radio, experimenté ese sublimemente bello fenómeno que en Criptestesia llama *desdoblamiento* el Dr. Charles Richet: sentirse uno *fuera de sí mismo*; separar el doble cuerpo que integra la unidad visible humana, extrayendo y elevando sobre el cuerpo físico su doble el astral, mental o espiritual, etéreo, sutil, leve, liviano, como en la transición muerte.

Yo sentí eso al hablar *en el aire*, como hoy se dice, y aunque no puedo describir adecuadamente la impresión, pensé algo así: Qué hermoso es hablar sin fronteras. Sentir la expresión diluída en el éter. Consustancializado, difundido nuestro pensamiento con el alma universal, en una como premonición de la reintegración a nuestro origen de pre-vida.

Qué emocionante hablar como espíritu, diáfano, leve, inconsútil, sin opacidades ni pesanteces de hombres . . .

Qué frutivo es sentirse en pensamiento y palabra cerniéndose sobre el plano triste de las miserias que nutre el nidal de víboras de nuestra condición precita.

Qué sublime es emanciparse de la humanidad para sentirse más humanitario.

Así habló Jesús.

Gracias a tí, Hertz, la palabra humana se multiplica, se difunde en las ondas infinitas, amplias e irrestringibles del espacio para llevar sus ecos a los hombres, a los astros y a los dioses.

Hablar desde allá, como hablaría Jehová; hacer de nuestra voz dicción de Apocalipsis. Oh, Prometeo! Cómo deshaces tus cadenas eslabón por eslabón y reconquistas el universo para tus reclamos!

Tu alma se arranca del cuerpo; el buitro, azorado, se detiene, y la vestimenta de podre queda inerte en la roca mientras hablas.

Baño lustral del espíritu en la piscina inmensa que nos limpia de los asquerosos contactos de la envidia y la falacia, de la soberbia y el egoísmo, de la estulticia y la ingratitud, de la traición y la hipocresía de que se satura y contamina en el tráfico esta burda y permeable escafandra de materia.

Qué sabroso no hablar a nadie y hablar para todos en ecos de misterio llegados de otros mundos.

Empleemos para el bien sólo, hermanos, este nuevo dón de nuestra Madre Naturaleza. Qué bello es hablar así. Hermanos de humanidad que me escucháis en todos los ámbitos de esta radio, recibid con benevolencia mi sincero Mensaje.

Desde la estación de Quinta Piedad, del Dr. Roberto Levi Guayaquil.

DEL DIARIO DE UN SUICIDA

Felicidad? ¿Qué objeto llena en la ideología la creación de la palabra *felicidad*?

Yo no sé lo que es el dolor, porque nunca he sufrido de él. Sabrá el pez lo que *es* el agua?

Yo no sé lo que es sufrir; no sabría definirlo, porque nunca supe lo que es gozar.

La ley de los contrastes es lo que hace la experiencia, el conocimiento.

Lo que llamamos felicidad no es sino la cesación temporal del dolor; pero eso no es nada nuevo, superveniente, positivo, fuera y sobre la cesación del sufrir.

La satisfacción total y plena de todos los anhelos, será la felicidad?

Satisfecho el último anhelo, qué quedaría? Hastío, hartazgo, tristeza, insensibilidad nirvana? ¿Desdicha nuevamente? Sufrimientos? Nuevos anhelos? Las entrañas renacientes de Prometeo? I es esa satisfacción íntegra, absoluta, esa plenitud, la que nos ofrece como término último la vida evolucionada?

Sólo la alternabilidad de dicha y desdicha parece dar el goce.

Pudiera creerse que Dios se aburre, y que por eso crea, crea y es insaciable anhelo, para no aniquilarse en nirvana El también. I esa es su fiebre:

más. más..... sentirse, poseerse, darse conciencia de sí mismo; disolverse y reintegrarse, diversificarse y reasumirse, hacerse y deshacerse. No es eso el hombre de su imagen y semejanza? ¿Habría plenitud para el hombre? Francamente la perspectiva no entusiasma: Satisfecho todo, ¿a qué aspiraría?

¡Aspirar, soñar, idear, entrever, idealizar, ¿no es el incentivo del progreso, y el progreso el señuelo o el espejismo de la felicidad, y el acicate y aliento de la vida en su caravana?

La felicidad plena sería instantánea; alcanzada vendría el *spleen*; prolongada, mataría como el espasmo genésico.

He aquí una herejía: ¿Será feliz Dios? Veamos en pequeño: el sensual, el epicúreo, el harto, no son abúlicos, por abominar la vida? ¡qué es de la vida sin la voluntad, y sin ella la energía anestesiada, como con un estupefaciente? Un instante de inactividad en Dios le haría perder su conciencia? No serían estos sus pralayas?

Acojo este pensamiento que no sé de quién es, pero que sintetiza mi tesis: «El máximo desarrollo de la conciencia, es la absoluta negación de la felicidad».

O no existe ni existirá jamás *eso* que queremos llamar felicidad, o la palabra no sugiere, en ningún idioma, lo que quiso expresar su creación.

¿Será el olvido total del dolor? Volvemos a lo del pez en el agua. Ignoraríamos ahora lo que es la felicidad por no recordar, ni saber lo que es haber estado nunca fuera de ella. ¿Subsistencia del recuerdo del dolor para apreciar la comparación con su ausencia, con el no dolor? Vuelta entonces al dolor, pues el recuerdo del dolor, es dolor.

FAUSTO Y SU AMA

Remolona servidora del Pensamiento es la Palabra. Siempre en descanso, siempre amodorrada en el rincón último del laboratorio; reacia siempre a la llamada, llega tardía, torpe y débil, y sirve mal, cuando no se niega a servir absolutamente.

Espíritu y materia. Motor y pesantéz; expansividad y atracción, vuelo y cadenas, así va el alado Pensamiento, forzado a cabalgar sobre un buey.

Y hasta ahora no se urde otro medio.

¿Para qué esta conjunción repelente de alma y cuerpo? Fuerzas contrapuestas; elementos incompatibles que se han de andar tirando a opuestas metas? El pensamiento tiene su lenguaje y para usar de él no ha menester ni de músculos ni de aire, de cavidades ni modulaciones ... Aparato, al fin. Pero si se ha exteriorizar, necesita vehículo: ¡La palabra! ¡Los sentidos!

Pobre músico que escucha y siente las inefables armonías del infinito, las palpitaciones de sus ritmos, las melopeas intraducibles de esa inmensa caja de música del cosmos, y no puede reproducirlas sino por una mísera flauta de cinco agujeros....

Pobre Pan!

¡Tántalo! ¡Sísifo! Aún os podéis llamar dichosos a vista de este mártir.

La Voluntad desempeña mejor su oficio, aunque no siempre entiende lo que quiere ese divino loco, ese Fausto que contiene entre sombras y llamas en el riquísimo y alaberrinado laboratorio. Se la dieron también por servidora, pero es como esos servidores de los encarcelados, que se constituyen en torturadores.

Ella sí, obedece y transmite en la vida normal. Pero mientras la máquina se mueve... ¡Cuánta idea fugitiva! ¡Cuánto tiempo perdido! ¡Cuánta visión difumada! ¡Cuánta forma desvanecida! Hasta llegar al deslizado, pálido y laxo reflejo hablado o escrito, por la servidora reacia y torpe: la Palabra....



LA BESTEZUELA

¿Qué destino tan fiel condujo a esa alimaña a pasar a mi vista, coincidiendo con uno de mis momentos de pensión a reflexionar?

Lento caminaba la cucaracha por el suelo; desainada, vacilante, infirme su paso como de enferma. Quizá iba en congojas de parto.

Aunque: "Parirás tus hijos entre dolores" fué maldición sólo a la Varona. Por su pecado.

Y su destino,—¿lo tiene el bruto?—la trajo a pasar frente a la más cruel y sabia de las fieras: la consciente, la discernidora, la multiferoz; la humana.

Mi primer ímpetu de matarla no fué el de la perversidad: fue el de un prejuicio, el de una enseñanza errónea convertida en instinto por la frecuencia: Era un animal nocivo.

A los más esmeradamente educados en alta moralidad se nos enseña ya ese progreso: No dañes sin objeto útil a un animal. Sólo a los dañosos debemos matar.

Fuéralo éste. Dañoso ¿A qué? ¿A quién? ¿Por qué?

¿No es la intención, la conciencia, la que hace

asignable y punible el daño? ¿Qué más dañoso que el hombre? ¿Dañoso el animalito? Sí: a nuestras viandas, a nuestra alacena en donde encuentra alimentos, para él fortuitamente hallados? ¿A nuestros tapices? ¿A nuestro olfato, a nuestro ornato, a nuestra vista? Y cualquiera de estas "injurias" merece pena de muerte? ¿Sabe él de tapices? ¿Sabe de perjuicios, de costos, de propiedad y utilidad?

—No; pero es animal dañino.

Y ella seguía bamboleándose, enferma, pesada, ante la fiera colosal en meditación sobre su vida o muerte.

La vida de un minúsculo animalucho! ¡Bah! ¿Puede eso detener a un hombre a meditación?

¿Qué pierde ella? y, en cambio, ¡qué ridículo el meditar mío, si yo lo consultara!

Vencía el instinto de la fiera mayor. ¿No mueren a nuestras manos tántos animales útiles, bajo plena licitud?

Tornó a reflexionar la gran fiera inteligente, y dió la palabra a la bestia culta: Espachurrarla sobre el tapiz! ¡Qué ascoso! No: que siga. ¡Cuántas veces de una nimiedad así depende un crimen! Cuántos, después de matar con el deseo, no lo harán de acto sólo por no manchar el pavimento, por no ensuciar su arma, por no pringar sus manos y sus ropas.... por hallarlo poco artístico.... ¡Y allí media una existencia!

¡Qué cúmulo de crímenes de intención se ahogan en un día en las tumbas de las conciencias honradas! Y están consumados: en todos sus detalles, y con fruiciones de sevicia, con sádicas sensualidades!

.... Va enferma ... Y la fiera pulcra cedió el discurso a la fiera compasiva: Es caritativo abre-

viar el sufrimiento. Hasta la Ciencia lo autoriza, aún para los racionales. Guillotín.... Lebel ... Krupp.... Humanitarios, sí.

Y la fiera misericorde cedió el dictamen a la filósofa: —Todo va al perfeccionamiento: Tras esa vida sin objeto aparente o apreciable, inconsciente y mísera, otra transformación a mejor.... Sí; haré un bien matando.

¿Qué es la muerte? Mutación indolora.

Y este consejo fué el decisor: Venció la fiera humanitaria y filósofa, y su pie enorme y fuerte se posó sobre el cuerpo de la enclenque bestezuela ... Pero el impulso de la bestia misericordiosa hizo menos rudo el golpe....

Ya está....

Remordimiento? ... Creo que no. ¿De qué? "No destruyas sino a los animales dañinos" Cumplido. Principio de alta moral, riqueza de los espíritus cultivados.

Satisfecho.

Seguí leyendo. Y sinembargo.... El cuerpecito tambaleante bailoteaba sobre los renglones de mi libro; estaba en mi retina.

Miré al sitio de la masacre. ¿Ilusión? No: ¿Conciencia? No: era realidad: El bicho había reaccionado con esa vitalidad maravillosa de ciertos animalitos que después de un apabullo siguen andando sin ojos, o sin cabeza, sin cola, sin patas, sin vientre....

Andaba de nuevo; más lento y titubeante.

Y la gran fiera conmisera aconsejó rematarla.

Iba... No: Ya la fiera estaba calmada tras el acto primero. No había llegado "su hora" a la pequeña.

La fiera terrible se inclinó hacia la débil bestia,

Y se horrorizó: Desventrada, dislocada la cabeza, vuelta boca arriba en contorsiones de angustia, agitaba sus patitas desesperadamente: Una cuadrilla de hormigas voraces la asediaban en asalto: Unas pinchaban en los ojos, otras en las raíces de las alas; éstas clavaban sus alicates en el cuello; aquéllas tiraban de las antenas; otras corrían a lo largo de las patas aferrándose a la catapulta a cada formidable sacudida; otras halaban con sus pinzas tirando todas hacia abajo para inmovilizar los remos contra el suelo, mientras otras atenaceaban en las coyunturas para aflojarlas ... Tal como los piadosos faeneros del Santo Oficio.

¡Horror! ¿No siente ese martirio, acaso, esta alimaña devorada viva? Y yo el autor! ¡Oh, sabio fruto de la meditación! ¡Qué obra tan humana

No era posible dejarlo así.

¿Matar? ¿Otra vez? No: ya no. La libré de sus nuevos asesinos, mis secuaces. La recogí y guardé cuidadosamente en una cajita, en sitio abrigado y seguro.

Dormí tranquilo; pero pensaba al dormir:

¿No son el padecimiento y la expiación sólo para los humanos hombres? ¿No son sólo para su castigo los males terrenos en la materia y en la esencia? ¿Qué culpa expían los irracionales? ¿No sufren? ¿O es que también ellos. . . . Aaah! Las transmigraciones! ¿Quizá fuimos eso? ¿Por qué no? ¿La ley de la evolución no es una, al través de todos los estados vitales? No dicen que el espíritu siempre avanza o se estaciona; jamás retrocede? ¡Qué estramboticismos los de los sueños! ¿Allí iría un embrionario? ¿Un hombre futuro, un rebelde en expiación, un espíritu en marcha, en evolución al través de todos los filtros de la materia? ¿Un humano de mañana? ¿Un atra-

sado? Y yo había herido a un hermano? Tal vez le haría un bien abreviándole esa etapa inferior? No: Todo está legislado y fijo. Fuí yo un medio, un instrumento solamente....

Bueno.... ¿Y por qué fuí yo el elegido?.... Misterios de quizá qué relaciones del "otro lado".... ¡Extravagancias de los ensueños.....

Mi primer deseo al amanecer fué el de ir a ver al bicho.

¡Vivo! ¡Reaccionado! ¡Qué alivio! Lo saqué, lo encaminé por un sitio al abrigo de riesgos y de fácil acceso a sus madrigueras.

Se fué agil. Y yo, pensativo, obsesionado por el sueño reciente, lo despedí así:

—Adios, hermano: hasta otro encuentro

MI PIEDAD

Dos mendigos se me acercaron: el uno era un ciego guiado por un arrapiezo que parecía ser su hijo; el otro un degradado, un caído, un irremediable: era un borracho.

Yo lo conocía: era un irremediable.

El ciego se apresuró a pedirme en nombre de Dios, con ese como conjuro lloriqueante que todos los mendigos salmean en la misma gama, gama gregoriana en que se ingirió la frase desde que la Doctrina se apoderó de la innata Caridad para hacerla uno de sus preceptos. Y desvirtuarla.

Me pidió en esa salmodia que por trivializada y preceptuada no llama ya al corazón, sino al fastidio.

El otro no pidió en nombre alguno: hubiera sido una ironía.

Quizá último resto de sinceridad de una conciencia honrada. (1)

(1) El lector notará que en ciertos casos empleo *quizá* y en otros *quisá*. Se me ocurre usar *quizá*, cuando equivale a talvez; y *quisá* cuando equivale a quién sabe, del cual me suena como apócope. ¿Que no es así? Atomo blanco. Capricho o extravagancia del autor? Atomo negro. Piensen los gramáticos.



Con esa expresión singular resultante de la conjunción del cinismo con la vergüenza; sin humillación; con altivez casi; con esa otra especie de conjuro que el viciado tiene para los parcos, porque sabe que escalones más o menos no hacen de él una exclusividad, me demandó con voz de comatoso, y fijando la cuota:

—Un real para tomar café....

Yo no llevaba sino una moneda de dos reales. Mi in promptu fué repartirla entre los dos; pero al ir a poner mi voluntad en acto, el rapidísimo cinema del cerebro soltó su botón sin choque, y toda esta película se desarrolló ante mi vista interna, en un instante:

—¿Al ciego? ... ¡Tiene tantas necesidades....! ¿Cuál, de las mínimas, le satisfarían completamente mis diez centavos? Y si no ha de remediar ninguna, mi dádiva le hará mal; le acrecerá la intensidad de todas las que le quedan. Pasará un mal rato.

Su ceguera, considerada desgracia, excita, por sí sola, la compasión del vulgo; y muchos habrá que acorran a su súplica.

Y luego.... ¡Hay tantos oficios para los ciegos y para sus lazarillos! ¿Por qué no los ejercen éstos?

—¿Al borracho? ... ¡Pobre hermano vencido, quién sabe por qué golpes! ¡Qué poema trágico habrá precipitado a la sima a ese sér, quizá débil, pero no cobardel!

¿Quién sabe de sus luchas, de sus ayes, de sus oraciones antes de la caída? ¡Cuántos propósitos, cuántos vértigos, cuántos rebotes y empujones, cuántas rebeldías, cuánto arañar los muros del abismo.... Cuánto, durante el descenso!

Todo vicio trajo luchas con el arrepentimiento. Tras de muchos borrachos está evaporada una tragedia en los efluvios del alcohol, como en gran parte de los locos hay sólo espíritus en expiación.

La sed de alcohol no es sed fisiológica. El anhelo de la garganta es ya el imperativo de un estado de ánimo.

Tragedias ocultas, tragedias sin coturno, tragedias vulgares, tragedias sublimes, tragedias del tugurio, mil veces peores que las del palacio. ¡Pobre borrachol

A los de moral codificada les inspirarás asco y desprecio. Para esos no es pecado ni virtud sino lo que está en el precepto; y para lo que allí está como pecado, la humanidad cierra su despacho de misericordias en cuyo frontis el Buen Jesús puso en vano: "Amaos los unos a los otros". Y nadie te dará, como sí al ciego. Ese pide en nombre de Dios; tú en el del vicio, en el de la pasión ya invencible; pides en nombre de la Naturaleza. ¿Quién ha de oírte?

Y tú no puedes trabajar. No debes trabajar; eres enfermo; tu mal te lo impide; la Ciencia te lo veda; y la Caridad también; y la Moral; y la Naturaleza misma desde el fondo de tus dolencias te suplica que no precipites tu suicidio.

El fin de la limosna es procurar un bien: Yo quiero hacerlo. A tí te basta muy poco para ser feliz, completamente feliz.

Mis diez centavos.... Oh! Te darían un día entero de gozo; un nirvana de 24 siglos. Dormirías tu sueño edénico sobre el sucio pedazo de portal que se te antojase lecho de nubes, mullido césped, tapiz oriental o acolchado canapé. Todas tus ansias serían remediadas por un día, con ese tu maná que te sabe a lo que quieres.

¿Acaso mi negativa impía habría de rehabilitarte? ¡Qué infierno de torturas en un día infinito! La lucha de la razón que quiere entrar en el antro que antes fué su luminoso palacio; su ministro, la Moral, que te increpa y te grita sus crueles preceptos sin medios

para practicarlos; la doliente naturaleza que desfallece y reclama su reacción; la ironía llamándote desde la cumbre que fué tuya; el desprecio sonándote sus pitos; y tú, del fondo del barranco vislumbrando tus recuerdos . . . Apaga, Razón, tu fatídico candil, que ese enfermo necesita sueño . . .

—Tomal . . . Y dí toda la moneda al borracho.

Sentí la fruición del bien. ¿Por qué, con un acto tan contrario a la universal conciencia? ¿Por qué la mía me dijo: —Hiciste bien. Igual que una justa y pía se lo dirá a otra que prefiera al ciego? El Bien ¿no es uno?

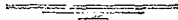
El ciego se fué conforme, al parecer. ¿Quién sabe qué proceso anticaritativo fué haciéndome en nombre de Dios, según él desdeñado por mí?

El borracho ¿me agradeció? No lo recuerdo: se fué sin hacer declamaciones. ¡Quizá fuiste riendo de mi imbecilidad!

Quisá, si al alzar febricitante tu copa temblona, echaste un terno a la salud del tonto que te prefirió al ciego?

¡Qué me importa! Yo te hice bien y quedé tranquilo; y si tú me recordaste, tu recuerdo fue una oración; y la oración va a Dios, que no vé como los hombres.

Tú oraste por mí: a tu manera; como yo hice caridad: a la mía . . .



DOS HEREJIAS

Hace algunos años escribí, para guardar en un arcón en que deposito pensamientos de inoportuna publicación; papeles que dejo —(sin dejarlos propiamente)— para mis hijos, a fin de que después de mis días de aquí los encuentren y los comenten, apropién o hagan de ellos lo que les plazca, la siguiente herejía que hoy me hace exhumar la inofensiva vanidad de haber casi coincidido con un sutil pensador a quien entonces no conocía por entero y a quien admiré luego en sus libros todos: Rodó.

MI RETABLO DE NAVIDAD se titula el artículo de Rodó en su libro «El Mirador de Próspero». Y la herejía es ésta:

«... Pero no: ... Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del Niño Dios. Antes que lamentarse porque Dios no sea niño de veras y durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre; que es niño «todavía». Cabe pensar así y ser grave filósofo. El Dios en «formación», el Dios «in fieri» en el virtual desenvolvimiento del mundo o en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. Y ¿hemos de considerarla la peor ni la más desconsoladora de las soluciones del ENIGMA?

¡Niño Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la Verdad es como Tú. Si a veces parece que está lejos o que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia y de la sabiduría y del poder, y entonces se patentizará a los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficiencia del amor. Entre tanto, duerme en la cuna. . . .

«Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios Niño que duerme y que mañana será grande! ¡Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios. . . !»

MI HEREJIA

Antes de proferir mi herejía y puesto que estoy tan lejos de la autoridad que a la otra le da el pase para el criterio público, ampáreme el escudo del mismo Rodó, con este pensamiento de su libro ARIEL:

«Todo problema propuesto al pensamiento humano por la Duda; toda sincera reconvencción que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine del seno del desaliento y del dolor, tienen derecho a que los dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos.

Nuestra fuerza de corazón ha de probarse aceptando el reto de la Esfinge y no esquivando su interrogación formidable».

Si la Ley de evolucion hacia el perfeccionamiento es una, invariable, eterna, necesaria y esencial como todas las grandes leyes fundamentales son; si todo está sujeto a esa ley preexistente o simultánea en la

materia y la inmaterial; si Dios es infinito y el hombre también lo es como espíritu, sea emanación o creación a semejanza del Grande; y si nunca —por consecuencia de la infinitud— ni en siglos de siglos llegará a la «perfección» «plena»—que es sólo la del Dios inconceptuable pero supponible—parece que cabría preguntar:—¿Dios también se perfecciona actual e infinitamente? Si es el conjunto de todas las perfecciones, ¿no es El la entidad que eternamente se integra con todas esas perfecciones hijas de la evolución?

Esta pregunta está fuera de la doctrina panteísta.

Sus incalculables millares de millones de antecedentes en evoluciones, ¿han sido la causa de su adelanto inmensurable, inconcebible e inaccesible para todos los demás que le siguieron por creación o espontáneo principio? ¿Goza El sólo de esa conquista? ¿Es El simple y uno, causa y efecto? ¿Le acompañan o acompañaron otros coexistentes en el arcano tiempo y en el caos? Pero: ¿en virtud de la ley inmutable, intensiva y apetitiva continúa y continuará su avance sin que ningún otro sér posterior en génesis lo alcance en la vía ascensional; sin que ningún otro coetáneo o semejante comparta su grado? ¿Somos pequeños dioses y El es nuestro conjunto o lo será el día de la «reintegración», polo opuesto al de la «desintegración» efectuada quién sabe por qué, «in principium»? ¿Y no será la fuerza de esa reacción misma la causa del llamado Mal, esa otra potencia con que se inicia toda religión; potencia positiva y palpable por más que la filosofía optimista la llame idea meramente negativa por ser ausencia del Bien? ¿El Mal es otro como Dios coexistente y rival del Bien?

Universo uno; «uno y diverso» es su ideología; uno y radiado; y uno es, en verdad dentro de su inconcebible variedad y diversificación bipolar y al parecer antitética, antagonica entre cada comparación par.

El microcosmos criatura humana misma, ¿no es un mero y temporal conjunto más o menos equilibrado de infinitos seres vitales y quizá inteligentes en su proporción? ¿No nos integran y desintegran ellos y otros elementos sin que nosotros propiamente tengamos parte en ello ni pongamos en sus funciones ni destinos voluntad, conciencia ni providencia, amor ni desafecto a todo ese mundo que en nosotros mismos evoluciona?

Lástima es que el gran pensador sud-americano no haya sido más asiduo en tan interesante cuestión.



LOS ESTABLOS DE AUGIAS

....¡Esos griegos de entónces....!

No quiero creerlos tan *adelantados* como los juzga la generalidad; pues hicieron muchos disparates infantiles. Quizá por eso mismo: por niños que eran, con relación a la edad, en la Tierra, de la nueva raza humana.

Pero sí los aclamo intuitivos, con esa intuición que para mí no es, en muchos casos, sino la vaguedad de un recuerdo de preexistencia que, de repente y de modo inopinado se concreta en una idea adaptable a la etapa actual del individuo. Por eso sus intuiciones son hoy para nosotros, más lejanos del origen del género humano, admirables unas, extrañas otras, ininterpretables algunas, en medio de su candorosa sencillez, como son muchas veces para experimentados y sabios las cuestiones propuestas por los niños.

¿Quién, por mucho que haya observado de la psicología infantil, nos aclararía, *verbi gratia*, por qué, en todo idioma, el niño habla el más lógico y puro lenguaje regular, que sería el ideal de la Gramática?

Y de esos simplicísimos mitos, que a primera oída parecen sólo consejas para adormecer bebés, ¡cuántas enseñanzas, cuántas interpretaciones (y no antojadizas) han encontrado los profundos investigadores pósteros?

La Gran Guerra, la colosal guerra que, como todo lo *made in Germany*, tenía que ser *kolossal*, no me causa, como tal, estupor; y sólo me horripilan, me empavorizan, el medio y el proceso de su desarrollo, por humano que soy.

Pero ni anatematizo ni alabo. Ambos bandos eran medios. Bandos tiene que haber para que haya liza. La evolución no se hace sino en luchas: silentes o invisibles, como en los organismos en equilibrio; como en los tallos, como en los sepulcros; atronadoras, magnas, formidables, como en los cráteres, en la atmósfera, en el espacio, en los campos de batalla de la raza intromisa.

Uno de los dos elementos ha de llevar, accidental o perpetuamente, el voto de lo que aquí abajo juzgamos Razón. Anatema al uno, loor al otro. Palmas al vencedor, piedad para el vencido, cuando no es algo peor que esa despectiva limosna humana: piedad! . . .

El Mundo fue atacado de una fiebre. Y no es metáfora: ¿Acaso no es un organismo y no tiene vida? Todo ha su similitud lógica en el Cosmos. ¿Y qué es la fiebre? El resultado, dice la Ciencia—de la lucha de los micro-organismos destructores o adversos, con los conservadores o favorables; buenos o malos a nuestro interés; indiferentes o quizá buenos todos al interés universal. Y si es esto último: ¿para quién, en iusticia, el vituperio?

Ven, Grecia la antigua, y dígnos: ¿No fué la tésis de la misión y destino de la raza humana en su destierro, la que quisiste expresar en tu mito de los Trabajos de Hércules? Los fundadores de muchos de tus mitos vivieron antes que tú; talvez oyeron las verdades primeras, las pocas fundamentales, de voz de los pitris o de los brahmanes, y las mitificaron, para fundar el sacerdocio. Pero tú, intuitivamente, viste las enseñanzas, las apropiaste a tu época y a los tuyos;

y como los tuyos se hicieron frívolos, tu misma intuición te dijo que así las conservarás indescifradas, porque habrías de ser madre de muchos pueblos que, al andar del tiempo, se harían meditadores y sabrían encontrar en ellas revelaciones, como bajo la letra que mata, ven ya y verán por siempre el espíritu que vivifica, de las imperecederas palabras del Gran Hermano Christo.

Y me imagino a Hércules, en espíritu, mucho más grande que el de la leyenda, contemplando sereno o curioso el proceso de la fiebre del Globo, como viera un sabio la lucha de los minúsculos microbios, sin percatarse de la sed ni de la sofocación del paciente; interesado sólo en el proceso, sean los medios hombres o gérmenes, llámense de un modo u otro, y sin decir malos a éstos, buenos a aquéllos, pues cada uno ejerce su misión y su derecho. Atento el semi-dios sólo al resultado de uno de sus DOCE TRABAJOS, que es lo que interesa al mundo, o al universo; a la Vida, o al equilibrio, o a los destinos.

Hércules está encargado de limpiar de estiércol los grandes establos de Augias. Obra de fuerza tiene que ser; de violencia, de lucha, de muerte, como todos sus trabajos. ¿Va a demorarse o enternecerse en la consideración de todo el microcosmos que se convulsionará a sus golpes?

Hay que limpiar el establo: es la obra forzosa de la Raza. Parece que este establo no fué hecho para el hombre; a él fué arrojado por castigo. ¿No dizque nació en un jardín de delicias?

Los irracionales le precedieron en la Creación. Y en la ocupación por ende. Ellos son los dueños de la casa.

Eran mansos, dice la leyenda; a nadie ofendían, convivían entre ellos.

Vino el hombre, un animal extraño e intruso en sus dominios; superior en instintos y quizá en estruc-



tura. Y la guerra fué. ¿La trajo él? No se sabe. Pero no hay más datos que desde su venida y su rebelión, después de la cual —dicen— el lobo aprendió a morder, el león a devorar; la serpiente a ser artera, el gavilán se hizo astuto, la torcaz tímida, la gacela cobarde, y el hombre todo eso junto, con más el fratricidio consciente.

Y así es; y será mientras haya hombres y bestias. O mientras no estén limpios los establos de Augias: para otra Raza. Para otra creación, para otro ciclo evolutivo. O para otro Mahnvanthara, como creen los orientalistas.

Después de todo, quién sabe si el orgulloso humano que se pavonea muy sí tal en este estercolero, llamándose dueño y rey como el pedante gallo en el corral, no sea sino la gran cuadrilla de obreros mandados a limpiar la residencia del HOMBRE, que esté por venir. Cuando la Gran Química Natura quiere sanear un pudridero, suscita vermes y escarabajos. Oh, orgulloso señor Rey de la Creación! Hércules está limpiando el establo: tú eres uno de los medios: microbio, gusano, escarabajo, Hombre. . . . ¿Qué más da para ante el Cosmos y sus obras?

¿La GRAN GUERRA? Un aspecto, nada más, de la perenne lucha. Más patético y emocionante para nosotros, porque nos tocó de cerca. Pero esta fiebre, si repetida, no matará al mundo. Dormid tranquilos, obreros.

Ahora, sí: ¡Viva la Paz! ¡Viva la evolución! ¡Viva la nueva etapa! ¿Mejoraremos? Hércules lo dirá. Pero Hércules es... .. FUERZA.

EL BAILE APACHE

¿Qué es la psicografía del tal baile llamado «Apache»?

¿Qué idea, qué sentimiento traduce esa especie de ayuntamiento en lucha frenética y brutal, entre un hombre salvajemente fuerte y una mujer degradadamente sumisa y rebelde al mismo tiempo?

¿Qué dice esa como brega de gentes de antros, de cabarets, de zahurdas, en que en actos sádicos se estrujan y arrastran, se desgrefñan y se atraen y repelen a tirones groseros esas pobres mujeres, entre las manazas de esos como sus domadores?

¿Qué revela esa faz feroz del macho; esa faz entre triste y rencorosa de la débil hembra, que se retuerce como sierpe sobre el un brazo de su *pareja*, bajo la fuerza del otro brazo rampante que sobre su rostro eleva el cerrado puño o la zarpa crispa y rígida?

Un silbido como de víbora, como de salvaje, inicia ese pujilato llamado baile o danza por el moderno estragamiento. El silbido lo da el hombre, y, como a una conjuro, como a una orden hipnótica, la hembra avanza hacia él, cuadrada en jarras, en actitud desafiante y lasciva: El la toma de una mano, le da un tirón brutal y la ciñe a su cuerpo; ella quiebra y ondula el suyo plegándolo como sierpe a un basto; y la danza principia: Balanceos duros, movimientos brus-

cos, rudos; anadeos de burdo sensualismo; tirones y conversiones violentas; desprendimientos súbitos y arrojado final como de hartura, como de asco, como de desprecio, y caída de rodillas o a lo largo sobre el suelo, ella, lanzada como reptil que acabara de dar su mordedura. Media vuelta del *galán* con un último gesto de triunfante desdén, y alzamiento rebelde de la repudiada, como un último gesto de odio insatisfecho.

¿Qué es ésto?

¡Y todo ello acompañado irónicamente por el ritmo de una danza. . . .!

¡Oh, Civilización: Cuánto has triunfado sobre la barbarie de los pastoriles bailes de la Arcadia!

Y qué risa burlesca me provocan tus pudibundeces con que llamas obscenos los bailes rituales del paganismo.

Esos, eran ritos de creencias religiosas; y en donde ritos y religiones median, desaparece lo honesto u obsceno relativos, y todo es relativo en las costumbres, según los tiempos y lugares. ¿No lo es ésto en el tuyo?

Más grosero, obsceno y antiestético; más repugnante, inhumano y primitivo es este hijo del arroyo de la petulante civilización del siglo Veinte. Quizá lo condenarían hasta los espartanos y lacedemonios.

Y éste no es baile ritual; ni es brote del alma del pueblo. A lo más, concreción de efluvios de cloacas, de tabernas, de cuchitriles, de lenocinios--morgues, de antros de vicios y degradaciones, de crematorios pestilentes de los últimos bagazos de la comunidad que se estruja en las grandes urbes.

Si no es la expresión del despiadado *nietzchismo*, extracto tóxico de tu filosofismo, oh, gran Civilización! Y si es así, quiera la Belleza que no suba a las academias ese repugnante feto teratológico de nuestros extravíos de sensualidad.

¡Oh, exquisita Civilización! Ostenta, más bien, a tu legítimo hijo: al Snob, al ultra-sutil y supersensual Benjamín de la estirpe, en una danza delicadísima, arrítmica, incoherente y tambaleante, en pleno ensueño de éter, de morfina, de opio, o cualquier otro de los estimulantes que tu gusto cultivado hurtó al Oriente para enervarte, degradarte y afeminizarte. Ésa sería la psicográfica de tu época en los más *avanzados* emporios. Consúltalo a un filósofo «Perfeccionista» de la cruel secta nueva, la de los *fuertes* y *super-hombres*, para que lo discuta con otro de la de los *mundo-novitas* que tienden a mantener a los suyos con jugo de luz de luna.

Pero no: no es psicografía de la época la del baile *apache*: la es de la mujer solamente. De la hembra de todos los tiempos, de la que dijo el Eclesiastés: «Y yo he hallado más amarga que la muerte la mujer, la cual es redes y lazo su corazón; sus manos como ligaduras. El que agrada a Dios escapará de ella, mas el pecador será preso en ella».

Y esto lo decía un Viejo Sabio experimentado en toda suerte de hartazgos: Es resultado de tomarse en cuenta.

Pasan los siglos, y un pensador de hoy, quizá sin hojear para ello el libro de Salomón corrobora:

«—La mujer es una máquina terrible:—terrible porque es hermosa—de generación y destrucción. Para que el hombre no tuviese miedo de su hembra, la Naturaleza le dió el deseo.»

Estos dos eslabones enlazan muchos siglos de estudio.

Es la Psicografía de la mujer. De la hembra de todos los tiempos que, en el fondo, en la índole base, es la misma bajo el manzano del Paraíso, bajo la lienda de Olofernes, en las salas de Salomón, tras las cortinas del trono de Herodes; bajo los solios como

en los tálamos; en Eleusis y en Lesbos como en los claustros y el Vaticano; en la bohardilla y la taberna, en la selva y el café-chantant, como en la corte y el sarao, el auto y el palco.

Los adulos que poco a poco le ha ido dando la *civilización*, que es el afeminamiento del fuerte que va abandonando su cetro como Hércules y Sansón entre las faldas de Onfala, Deyanira, Iole y Dalila, para tener por premio la traición de las tijeras y la túnica quemante. Los fingidos respetos, derechos, delicadezas y zalemas con que le han venido obsequiando los cambios de teorías y costumbres, no han modificado sino la piel de la gatita y suavizado un tanto, por adaptación a los nuevos tratos, el instinto de la fierecilla enemigo del Adán complaciente y cándido. ¿Quién no es dócil al regalo? Pero falte éste, y veréis en todas sus horribles primitividades al verdadero Angel tentador y perdedor, encarnado. ¿No fué la Varona la verdadera perdedora? ¿Quién sabe si lo de la invitación de la Serpiente fué una excusa? ¿Acaso alguien había pecado antes en la Tierra? La serpiente—que ella dijo—pudo ser su propio aguijón íntimo de su recuerdo de culpa.

La leyenda del Paraíso tiene mucho fondo: la tentación con la manzana no representa, quizá, sino la repetición, bajo la nueva forma de encarnados ya, de la precedente tentación cuando espíritus libres. La soberbia perdió al Angel bueno e inocente, ministro y alto obrero en la creación sin fin: Unos perdieron a los otros, y sugeridores y cómplices bajaron al Valle de Lágrimas; pero con pena graduada: Para unos la debilidad, sujeción, vasallaje; la carga, la afrenta, las mortificaciones de la procreación y del sexo; inferioridad intelectual y afectiva, pudor, atractivo para el fatal cumplimiento de la pena; apetito pronto a despertar, humillación y pasividad en el amor mismo, bajeza y abyección tristes en el trasun-

to material de la pasión; sufrimiento pasivo de humillación en la repulsa consiguiente a la satisfacción del hombre, que es arrepentimiento de la recaída, ciencia mortífera del Fruto del Mal, remordimiento instintivo de la reincidencia en la rebelión que fué in principium.

Fortaleza física y espiritual para el otro; superioridad intelectual y sensitiva, innatos sentimientos de virtudes como vagas remembranzas de antiguas dotes; valor, espiritualidad y otras prendas que en el otro sexo no existen o son incoadas, y que la misma bondad y exquisitez de éste han ido suponiendo en el contrario, para idealizar al ente compañero en su destierro. Verdad desnuda. Traedme las mujeres que nos hayan dado lecciones de ciencia o virtud, de delicadeza sentimental, de adelanto espiritual. No las excusan sus condiciones adversas en la sociedad de antaño; tiempos hace ya que alternan con nosotros en libertad y disfrutan de los beneficios. Entre masculinos parias, esclavos y desheredados tuvo el mundo muchos de sus sabios y héroes en todos los tiempos.

El alma es asexual. La forma es bisexual en la Tierra, para que la expiación sea: Angeles rebeldes, rencorosos, vueltos malos, insurrectos y enemigos, llevan vestes carnales distintas, y la lucha y la tentación, la incitación y la rebeldía siguen bajo otra faz en el presidio expiatorio.

Aún después de la desencarnación quedan súcubos que hasta en el sueño nos persiguen, dicen los estudiosos del mundo espiritual.

Los ascetas que los maldicen están en razón. Fijaos: los de adelantado espíritu, los avanzados en la marcha de nuestra raza; los ya próximos a redimirse de la esclavitud a la materia, han sido castos: Moisés, Budha, Zoroastro, Chriztna, Hermes, Kong-Fu-Tséu, Alejandro, Jesús, Francisco de Asís, Luis

de Gonzaga, Galileo, Sócrates, Colón, León XIII y millones más, venid a ratificarlo, si volvéis a este desierto.

Los primeros pueblos que las sometieron a duras y humildes condiciones, estaban más cercanos del secreto: tenían la herida y el rencor más frescos. Los *atrasados* de hoy, si hacen igual, es porque, si *atrasados* respecto del avance *nuéstro*, en verdad están más cerca del origen . . . o del fin: la reconquista de la Ignorancia del Mal; la recuperación de la inocencia en sólo la Ciencia del Bien.

Ni masculinos ni femeninos esenciales hay, sino autores y cómplices, instigadores y condescendientes, fuertes y débiles, si queréis; y es por eso que al que fué débil espiritualmente, se le dotó de fuerzas para la lucha que iba a continuar en la expiación.

Y aún... El hombre es débil...

Sólo el estado de maternidad redime al rebelde encarnado en sexo: porque esa es su misión, pena y afrenta. Sufrimientos le cuesta: ha expiado. Y lo quiere, porque ese fruto es suyo, y porque... ha traído un rebelde más.

Sér extraño con extrañezas intraducibles, quizá procedentes de su superioridad jerárquica *allá*; sutilmente diabólico y perverso, espíritu de mal, de soberbia y rebeldía: acerbo e incolmiserero. Estudiadle y lo veréis: en donde la piedad masculina lloraría, la suya permanece impasible. Si juega a la misericordia y al dolor, a poco que queráis los trocaréis en risa. Pero cuando su furia o resentimiento marcan una puerta, una reputación, una vida, no hay piedad que revoque sus atroces sentencias; al menos si la víctima es de su mismo sexo: si es un co-autor *de allá*. La mujer nunca ama a la mujer siendo la que más lo finge; cuando entre ellas son íntimas, casi siempre las liga algún hilo de mal.

La Iglesia pseudo-Cristiana, que tánto ha sabido, echó siempre mano de esta marinería para no dejar zozobrar su *barca*.

El infierno de torturas físicas se aviene con el sadismo ingénito del rebelde hecho femenino; y éste ríe de las creaciones de su cómplice hecho masculino. . . . y teólogo, canonista, intérprete, doctor de la Iglesia.

Y cuando gradualmente la Iglesia fué haciendo al Dios iracundo, vengativo, soberbio, exigente, regañón y mandón, imperativo y fuerte, castigador y duro, celoso y esposo de almas, la mujer sintió por Él atracción humana, y lo amó: es decir: se inclinó a sometérsese, como las de Cortona, como las Teresas de Jesús:

“Que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera”.

Si convencidas de un Dios manso, del Dios bueno, del sufrido, del perdonador. . . . reirían de Él como de un bobo. . . . Y lo engañarían, a su modo. ¿No hay millares que creen engañarlo a diario?

*
*
*

¿Ya véis por qué sigue obediente y gustosa la pareja al rudo compañero en el baile Apache? ¿Ya véis cómo, en lo íntimo, goza con sus apretujones y sacudidas?

El bajo pueblo, que no sabe el refinamiento del disimulo, no oculta su adhesión y admiración al fuerte que pega y manda, al que domina con el gesto y con el puño; al que hasta en sus expansiones íntimas es tosco y fuerte como un toro, exigente e imperativo: a ese le sigue fiel do vaya; su orgullo es sometérsese y en su defensa dejaría la vida.

Su motivo tiene la frase: “El hombre y el oso, mientras más feo, más hermoso”. La misma devoción es en las clases cultas; pero disimulada o reprimida.

mida. Es la ley de castigo: el Angel que fué fuerte allá, vino débil y sometido aquí. El débil y obediente allá, vino fuerte y dominador acá. Había que contrastarlos para la expiación.

Los hombres afeminados son arteros, ladinos, zalameros, malignos con malignidad femenina; quizá sean espíritus algo evolucionados ya, recién reencarnados en masculina forma, que han ascendido por expiación, que van perdiendo algo de la ciencia y el poder o el recuerdo del Mal, y que conservan hábitos y atavismos de las anteriores vestimentas. Se me antoja que el estado hombre es un progreso de rehabilitación del rebelde autor: el femenino.

La mujer ahombrada puede ser un espíritu en el estado de la transición al masculino. Generalmente es honradota, compasiva, poco sensual.

*
**

Volvamos a la Eva. Fijáos: ¿No véis en el fondo profundo de toda mirada femenina una lumbre luciférica? Buscadla: en cualquier estado: Cuando llora es destello de dolor en protesta, no humilde. Rara vez se vislumbra la resignación que redime, sino la meditación inconsciente, que es apóstrofe.

Cuando goza, cuando ríe, hay triunfo de malicia, regocijo de conquista, de victoria. Cuando halaga, cuando se entrega, cuando acaricia, ved la lumbre vívida y rediviva de la primera tentación de precaída. Allí está, en la mueca trágica como de dolor infinito y de odio intenso, de avidez y angustia con que el amor se actifica en cruel congoja, Allí está en los halagos que siguen cuando iniciado el hastío, como en compensación del daño causado. «Amor es una pasión infernal que mucho tiene de odio y venganza» —dijo un pensador ecuatoriano.

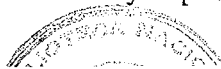
Allí está, y en el fondo de esas sonrisas hay un amargor de daño y de falacia. Sabe que ahora im-

pera, y que luego será esclava; que ahora es ídolo y luego carroña, cuando el catecúmeno *recuerde* la Ciencia del Bien y del Mal; cuando reconozca a su perdedor y caiga y se precipite con él de nuevo en el Valle de la Expiación.

... Cuando se afra, cuando odia: ved su lumbré: eso es terrorífico, de algo sutilísimamente péfido, inextinguible e implacable.

El Hacedor al condenar al hombre a la vestidura de la carne, lo animalizó, y en apetitos y medios hubo de asemejarlo a los brutos, porque tenía que adaptarse a las condiciones de este Globo; y en el acto que más se parece a la creación, que quizá fué la causa de su soberbia, puso el símbolo y el recuerdo. Por eso el humano es el único de los animales que de tal natural función no puede separar ni el arrepentimiento ni la vergüenza.

Los ascetas, anacoretas y otros penitentes, huyeron de las tentaciones de la carne, y vieron en ella la recaída; porque el recuerdo o el estudio les decía que ese comercio no era, en verdad, para el inteligente, sino la reconciliación con los instigadores rebeldes de ab-eterno; que era la reincidencia, ley fatal de dolor y pesadumbre. Y por eso, en los que más grados han alcanzado en lo que aquí llamamos progreso, que es adelanto material, en la vida civilizada, en conglomeratos, la inmersión en la materia es más densa: han vivido más, han reincidido más; la atracción sexual es más poderosa, pues no han hecho por contrarrestarla; el refinamiento es mayor por la saciedad, y



la salacidad rebusca sutilezas, secretos y extravíos, y la lumbrera interna de que os he hablado, es más viva e intensa.

Más resignada y sinceramente humilde es la mujer primitiva, la atrasada, según nosotros; la adelantada quizá, según otros ojos.

Porque... .. Sabedlo: El hombre desciende aún....

*
**

Esto me dijo un filósofo que parece salido del mundo antiguo.

—¿Sabéis ya del Baile Apache?

—Sí. ¿Eso dice la Ciencia?... .. Atomo blanco.

—Pues yo no opino aún así... .. Atomo negro.



EL GIGANTE PTHOS

Fantasia sobre el origen del hombre.

Tema de Victor Hugo.

La Tierra se estremeció cuando dió a luz al Hombre.....

Pthos, el Gigante, fué soterrado en castigo de su rebelión.

Cuando se recobró del aturdimiento de su caída, cuando despertó de su torpor profundo, se encontró encadenado y subterrizado: Montes sobre montes se arrumbaban encima de él.

Gigante, rebelde y poderoso, descendiente de titanes y semidioses, sintió que su aliento divino le ordenaba reconquistar su libertad y su poder.

Y comenzó su enorme obra de topo: obra de tiempo, de paciencia, de dolor, de desalientos y reacciones, de fuerza y lucha, sin más auxilios que su voluntad inflexible, su soberbia, su fuerte naturaleza, su espíritu inmortal y sus propios instintos, únicos residuos que le quedaban como reminiscencias de hábitos de fuerzas y virtudes de que había sido desposeído en su caída.

.... Y el Gigante comenzó a distender sus poderosos músculos que ignoraba tener; y sentía que sus

fuerzas y facultades eran ahora nervios, huesos, miembros. . . . Que era una bestia fuerte y consciente, en un mundo inferior. . . .

Que sus cadenas eran leyes, otras fuerzas de la materia que le envolvía, que le ataba, que le ahogaba más que la masa que le oprimía. . . .

Y las ligaduras fueron cediendo. . . . cediendo. . . . hasta aflojarse.

Los montes vacilaron, trepidaron los muros de granito, crepitó el antro. Las entrañas de la Tierra se estremecían en orgasmos de parto. . . .

Y fué la obra lenta, intensa, incontenible del feto, de abrirse vía al desgarrar entrañas. La tierra temblaba en el más difícil de sus partos. . . .

¡Cuántos tiempos, a la medida de los mortales, emplearía ese sepultado para darse paso a través de miles de estratos, zonas, reinos, climas, elementos, vidas, hasta lograr sacar medrosamente su cabeza rebelde y atónita, por un punto de la superficie; y mirar, pasados el deslumbramiento y la estupefacción, otra vez el sol, el cielo, la tierra vegetada. . . . Para volver a lanzar, soberbio irreduto, en su último rugido de bestia, que fué su primer palabra de Hombre, un nuevo apóstrofe de venganza a los dioses triunfadores!

*
**

Y Pthos, el Gigante enterrado vivo, el alma inhumada, el Espíritu vestido de músculos y huesos, recubierto de piel y pelambre, y armado de uñas y dientes, desgarró, al cabo de siglos, la última capa más tierna de su gran capuz: el himen de la virgen madre; y su cabeza rebelde emergió sobre el haz como un reto, como un triunfo, como una protesta; y vió la luz. Pero aturdido, torpe, porque salía de las tinieblas. . . . cerró los ojos, aflojó sus músculos fatigados. . . . Y Pthos durmió su primer sueño de Hombre-niño. . . .

*
*
*

La Tierra había dado a luz su hijo legítimo. Quizá lo primero que hizo Pthos fué llorar. Quizá la madre lanzó un enorme grito y lloró también, y su lamento se perdió entre la música de los mundos.

Pthos lloraría por su raza humanizada; por ese ejército rebelde o quisá qué, inhumado en castigo o en venganza, dos ideas cuyos extremos se confunden.

Y quiso pensar, recordar en un sueño, fugaces vaniedades de otro sueño dilatadísimo, negro y profundo: Tenía la obsesión de «haber sido». El «había sido», y fué, desde el Principio. Desde el principio.... de qué?

....Luz.... Luz plena ... Verdadera luz ...
Vida.... Vida esencial.... Ciencia.... Poder!.... Ah,
sí.... Poder! Libertad!.... Triunfo perenne.... Felicidad incomparable.... Nada.... Caos.... Noche impenetrable ... Quietud aterrante.... Estremecimientos formidables.... Torbellinos.... Vértigo.... Cataclismos.... Choques de masas.... Inmensidad ...
Silencio.... Explosiones horribles.... Trastorno universal.... Rayos! Luz.... Fuego!.... Mucho fuego.... Fuego voraz...., inextinguible, inmenso....!
Océanos de corpúsculos en lucha ... Noches.... Auroras.... armonías.... Y YO ERA.... qué?....
Incontables millones como yo.... ¿Dónde están?.... Creación ... de qué?.... Sí.... Yo creaba.... Fui alto obrero ... Seres superiores guiaban.... Y ellos, a su vez.... El ... ¡Ah.... Sí.... El.... El Sin Nombre.... El Inabarcable ... El Arcano.... El Misterioso.... El Inaccesible.... EL SECRETO.... Sí.... El.... ¡El.... ¡El....!!!

Nó! YO SOY! Somos! Podemos!.... ¡Horror!... ¡Ay...! ¿Qué?... No más.... Noche.... Noche ho-

rrible ..! Dolor ingratable.... ¡Ira.... Soberbia...!
Blasfemia!.... Pesadez ... Inercia.... Torpeza....
Impotencia.... Sueño.... Tinieblas.... Nada....

No puedo recordar.... Fué un sueño, sin du-
da.... Oh, desesperación del recuerdo junto al ol-
vido!

...Después....Sí.... Un destierro, un antro
de castigo Allá, abajo,.... abajo....inferi....
Nosotros mismos concurrendo como artífices y obre-
ros a hacer nuestra cárcel.... Sí: bien empleados
nuestros poderes imperfectos....

YO FUI: Me arrojé en la nebulosa; tuvé por
manto el torbellino, floté en el fuego, me encerré en
el núcleo, me adherí en la condensación primera: gra-
vité en el primer granito del andamiaje; y de estrato
en estrato subí, abriendo mi cárcel, rompiendo las en-
trañas de mi madre....

Yo fui inerte en la piedra, duro en el metal, savia
en la planta, instinto en el rudimentario bruto; ánimo
inconsciente, vestí todos los capuces, todas las esca-
mas, las plumas y las pieles; atravesé todos los ele-
mentos; recorrí la gama de todas las voces, del infu-
sorio al simio....

.....Después?..... Nada . . ¡Oh, suplicio del
olvido....! ¡Oh, desesperante obsesión del recuer-
do

....Tengo sueño ...

*
**

Pthos duerme.

Meditemos nosotros....

LA REDENCION DE PHTOS

*La Mente duerme en la piedra,
sueña en la planta y despierta
en el hombre.*

Filosofía oriental.

.....Duerme Phtos. Meditemos nosotros ante este primer sueño, el bíblico; el de Adán, quizá, que al despertar iba a encontrarse con la hembra hermana hecha carne y alma, de una de sus costillas.

¿Hagamos un cuento: ¿Queréis? Como nos lo hicieron a nosotros. ¿Por qué repugnaría a la razón éste su viaje que Phtos se empeña en recordar? ¿No nos acontece con frecuencia fenómeno semejante a sus descendientes?

Que este globo no fue HECHO PARA el hombre, está a la vista: nada es connatural con él aquí; todo le es reacio, adverso, ajeno. Las leyes del uno o las del otro fueran diferentes de lo que son, de haber sido hechos el uno para el otro. Tal como se influyen, más parecen en pugna.

Vino él a esta mazmorra, nadie sabe POR QUÉ.

Bien: ¿Fué hecha primero la cárcel? ¿Fué primero el delincuente? ¿A qué ley repugna la intuición de Phtos, de haber sido coetáneo con la nebulosa en que se arropó, quizá en una de las muchas evoluciones de nuestro planeta?

¿Hacer primero la cárcel? Parecería una mediocre previsión humana, nó de un Hacedor Supremo, y un escrito fatalismo de que el futuro sér HOMBRE habría de delinquir, necesariamente.

Y si precedió la cárcel, ¿por qué no fué ocupada desde luego? ¿Por qué esperar que estuviera redondita y maciza, tibia y fructífera, para que la rebelión

se efectuara, o para entonces arrojar en ella a los rebeldes que hasta allí hubieran estado en un limbo esperando el advenimiento de la comodidad?

¿Qué desnaturaliza el que, contemporáneamente con la causa, el Padre o la Fuerza Castigadora o la Sanción Natural hubiera arrojado esa alma que iba a humanizarse, en la nebulosa que le serviría de crisol y de filtro; en cuya materia habría de envolverse y adaptarse, para con ella depurarse en incontables transformaciones, hasta volver a polvo cósmico, echando de sí, al fin, el Alma redimida y consciente; y que esa misma Alma de una raza, de una legión, o lo que fuese, haya sido en el éter en reposo el Alma agitadora, vital y directriz que iba a imprimir sus evoluciones a esa Materia, obediente a las leyes de la Gran Causa?

¿Un cuentecito, verdad? ¿Y qué no es cuento y fantasía en este enigma en que ningún Génesis garantiza por auténtico un rayo de luz traído de ese caótico origen?

Y como en esto de discurrir sobre puntos que nadie ha de esclarecer, hay mayor garantía que en disparatar sobre disparates conocidos, imaginemos a la primitiva humanidad casi monstruosa, despertando tórpida y desperezando, pesada, sus duros y grotescos miembros, al salir de un sueño negro y profundo como pesadilla de inenarrables trabajos, sueño macabro cuyo principio le era desconocido.

¿Cuándo empecé a dormir? ¿De dónde vine? Fueron quizá, las vaguedades que quiso modular su torpe boca en el primer mugido

¿Cuándo empecé a dormir? ¿De dónde vine? He allí el enigma. Alguien presume --pero fundado en algo que no es antojo-- que las esfinges, esculturas favoritas de los pueblos más antiguos, son un símbolo de la génesis y marcha del hombre en la tierra: de su evolución en la materia, desde los estados ani-

males inferiores hasta su etapa actual, sin discontinuidad, tal como se grafica en este cuerpo que, comenzando en sus miembros inferiores con formas de diferentes animales de todos los elementos, miembros heterogéneos que, sin embargo, se armonizan para formar un cuerpo, se corona con una cabeza humana sobre la cual hay un velo, para expresar que después de la cabeza inteligente del ser superior en que la cadena animancia remata, no hay sino el velo, el misterio, la ignorancia o el olvido.

Y la Ciencia corrobora: que en los tres órdenes principales en que hasta aquí percibimos la vida, el proceso viene desde el estado rudimentario, incipiente, en cada orden, hasta el grado superior del mismo. Que éste, sin romper el nexo, se eslabona con los entes inferiores del rango superior; rango que, a su vez, progresa por grados hasta llegar a eslabonar su más avanzado producto con los inferiores del grado superior; y así, la cadena que comienza en el rudimentario mineral avanza hasta producir un eslabón medianero con el vegetal, eslabón que participa de las cualidades de ambos; y este ramo, a su vez, une su más avanzado fruto con el primer rudimentario animal, que es mitad vegetal. Sigue la cadena, y al llegar a sus últimos eslabones, entra la INTELIGENCIA HUMANA a examinarse a sí misma; y como con ella entra el orgullo o la ignorancia, entran la confusión y la disputa; y allí el nacer de teorías y de antojos, de religiones y fantasías: —Que si falta un eslabón..... —Que si no falta —Que si es el mono el penúltimo..... —Que si es el Hombre de las Cavernas..... —Que si el Antropoide —Que si el Pitecantropos..... —Que si éste, que si aquél —Que si sí Que si no ¿Quién viene a poner en paz a animalitos soberbios que no quieren convenir con esos nobilísimos blasones de su titánico trabajo? Que no creen poder decirse creaturas de Dios,

con tal irracional abolengo? —(que no es tal, sino un antecedente de sí mismo, como lo es el espermatozoario)— sino, mejor, así: hehecitos de barro, sopladitos por el escultor; adormiditos en un jardín y despertaditos con linda mujer al lado, y rodeados de flores y frutos, músicas, aromas y gorjeos, y todos los animales inferiores bailándoles danzas bucólicas para entretener a sus reyes, hasta cuando éstos hagan su bellaquería y sepan desde entonces lo que son las garras y los agujones, los colmillos y los cascos de sus antiguos amigotes; las espinas, los venenos y los obstáculos de los vegetales, la oposición y la rebeldía de los minerales, la malicia y el egoísmo de los hermanos en plano y en especie, y la rudeza e impasibilidad de las leyes y fenómenos de la casa toda revuelta por su culpa infantil de una pura golosina, de comerse una manzana!

¿Cuentecito, verdad? Y qué no es cuento en este asunto, hermanos en estudio? Sigamos el nuestro.

¿Cuándo empezó a dormir? ¿De dónde vino? He allí el simbolismo de la Esfinge: La cabeza humana comenzaba a emerger del cuerpo bestial pluri-forme.....

El pasado estaba borrado totalmente; el porvenir herméticamente se velaba. La memoria y la presciencia dormían también en esa cabeza recién salida del sueño de la piedra, de la planta, de la bestia: dormían encadenadas en las circunvoluciones del cerebro recién organizado para nuevas funciones; dormían en su cárcel de materia; cárcel inmensa en su pequeñez, en donde en innúmeras celdillas que tanjen por tabiques tenues pero infranqueables, dormían también las prisioneras Facultades de la vencida y antes prepotente Psiquis.....

Sólo la materia animada había despertado de su sueño de cansancio, como despierta todos los días.

Principia la vida en la nueva etapa: En las lóbregueses de su cerebro, esa cabeza de Pthos, múltiple y simultánea o sucesivamente aparecida en diferentes puntos del globo, con diferencias accidentales, según — (quizá)— los fenómenos sufridos, las zonas atravesadas, los trabajos hechos, las épocas o edades vividas, etc., etc., esa cabeza tenía, pequenísima pero vívida, como luz de noctiluca, una chispa fulgente que, como lámpara central de ese maravilloso panóptico de pasiones presas, el Angel bestializado percibía como un enigma de vida, de alguna esperanza de Rehabilitación, para volver a ser Dueño de Sí Mismo y colonio o conquistador de su nueva morada como Hombre.

Esa chispa era la Inteligencia que, sin haber abandonado nunca sus envolturas, fulgía ahora, más clara y en nueva faz, para la nueva jornada. Partícula imponderable, ideal reflejo del Gran Foco de Ciencia indivisible y sin comienzo; precioso dón del Gran Origen; brújula fiel para recorrer en millares de ciclos evolutivos el laberinto VIDA, hasta regresar a la cima del Saber reconquistado, de la Ciencia del Bien sólo, depurado de la escoria del Mal aprendido y que arrojó como impureza la también depurada materia de la nebulosa que le sirvió de crisol.

¿Cuentecito; verdad? ¿Y qué no es cuento en esta materia? Oh, teólogos, filósofos y exégetas! Oid el nuestro:

El Angel de Luz ha vuelto a la Luz, tras de su viaje expiatorio, redimido por su trabajo y su martirio. ¿Y no esto más racional que lo del infierno, el purgatorio, el limbo, la eterna pena y las INDULGENCIAS y remisiones gratuitas llevadas en contabilidad estricta? ¿La redención por misericordia, etc., que serían arrepentimiento o yerro inadmisibles en la Sabia Causa? ¿No más lógico que la vida única y desigual en duración y circunstancias, inequitativa,

fatal, ignorante e irresponsable? ¿No más noble que esa lucha grosera de dos Potestades, tan Dios el UNO en el BIEN como el OTRO en el MAL, grotescos cazadores de hombres, que se los pelean a astucias y agasajos como objetos de sus perpetuas venganzas o codicias? ¿No más lógico que hacer a estas pobres criaturas víctimas indefensas de un pueril engaño de inteligencias y malicias superiores y sin haber sido parte ninguna en el reino de pre-vida e inmortalidad?

Cuentecito; ¿verdad? Cotejemos nuestros cuentos, oh, ricos creadores de fantasías, a ver cuál adormece mejor a los inocentes adamidas.

¿No splende así más justo y bueno El Gran Principio; más culpable no aparece la ingratitud, si queréis, y más satisfactorio el perdón?

Si no hubiera Dios, habría que inventarlo—se ha dicho con gran filosofía.— Pues si en alguna mentira hemos de poner fe, bendita la que más nos ennoblece y la que mayor consuelo presta y mejor predispone a la lucha y al Bien por el Bien mismo.

El Angel redento ha cantado el *hossanna*. Ha lanzado como nota extrema de la gama que comenzó en el primer mugido, la última nota del glorioso himno del Resurrexit!

El humano se redimió; redimió su raza con su labor en el presidio. Pthos ha expiado y vuelve a ser Dios. Esa chispa que trajo se convirtió en llama por el esfuerzo, y a medida que la materia perdía su densidad, el hombre se espiritualizaba. Pero esa llama no es ya el producto ficticio de la ilusión, de la soberbia y la ambición que quisieron sin mérito y sin trabajo adueñarse prematuramente de facultades reservadas a la evolución, al propio esfuerzo de la Criatura de la Gran Causa Primera o Avanzada, que es toda actividad y vida. Por eso el castigo de la Sanción Natural: Conocer el Mal habría de costarle dolores,

para que pudiera luego apreciar el valor del Bien, de la Ciencia. Venció la labor a través de incontables vicisitudes: Gloria al Adán triunfante, al Luchador redento!;

.....

PTHOS despertó.

¿Soñaría ésto?

El Pthos pagano, el Prometeo y el Angel de Luz caído, de los católicos, se parecen mucho. Todos pueden simbolizar legiones como las que arrastró en su caída el Querub soberbio, de combatientes por su causa, que vió el apocalíptico Juan en su delirio en Patmos.

.....

..... El Gigante despierta.....

Monstruoso, pesado, disforme, grotesco, borracho de luz, estúpido, lento, bovino.....

Y empieza su vida racional:

Los instintos fueron los primeros en despertar en esa inextricable mazmorra en que todo dormía, sin más luz que esa chispa vívida entre las tinieblas, única herencia del Espíritu humanizado.

La intuición luego, por los instintos ayudada, vino a decirle en íntimo secreto: —Tú eres efecto y no causa; hijo y no padre; subordinado y no señor. Doblega tu cuerpo, inclina tu frente. Pecaste. Adora a tu Causa, descubre tus energías, lucha, labora, conquista, regenerate. Esa chispa que tienes, parte es indivisa del Gran Foco. En sí lleva un apetito incontrarrestable; hacia El tenderá incesantemente; y la lucha enérgica y multiseccular ha de ser con tu materia pesada y tosca, que por veste se te ha dado, por prisión, por crisol y por tamiz.

Y el hombre vió en lo interno su chispa; se vió FUEGO, y encaminó sus tardos pasos a la montaña, y en la cúspide puso lumbre, como expresión de la Gran Causa sin Causa. Y adoró al FUEGO, viendo en la llama la Ciencia sin principio. La primera expresión de inteligencia; la primera lección para la Humanidad que IBA a SER.

Y el culto al fuego es el más remoto.

La Fe y el Amor a la intuición siguieron, y las Facultades fueron despertando, ordenándose apresadas a la lucha, disciplina y combinación que las prepararían para la lid gigantesca al través de las edades y de las ignorancias, de las pasiones y de los errores. La criatura estaba armada: El hombre iba a luchar con el hombre. El mayor enemigo del hombre era el hombre mismo.

Una conseja, ¿Verdad? ¿Y qué no lo es en este secreto, hermanos en las sombras? Sigamos con la nuéstra.

Pero la materia reclamaba sus derechos. El Cuerpo primitivo, pesado y membrudo, gigantesco y tosco, pedía a su prisionera Inteligencia el diario forraje para el camino. Y el hombre tuvo de bajar de la montaña e inclinarse de nuevo, ya en las faldas, para arrancar a la tierra la primera puñada de raíces; para urdir la primera astucia de caza a la primera alimaña de los setos, para trabar la lucha cuerpo a cuerpo, de bestia a bestia, con la primera fiera de los bosques.

Hubieron de dividirse las tareas, y en tanto que unos hacinaban los frutos en las cuevas para sustraerlos a los rigores de la naturaleza que también contra él luchaba, otros se encargarían de conservar siempre vivo el Agni, el fuego sagrado, la antorcha de la Ciencia y de la Fe, la expresión de la Causa ignota. Así nació el sacerdocio.

La vida tranquila y contemplativa, la severa disciplina moral a que habían de someterse los sacerdotes; el estudio y la observación constantes del gran libro de la Naturaleza, fué dignificando a esos hombres y elevándolos sobre los que abrían los surcos en el valle y apacentaban los ganados. El sacerdocio permanecía en las cumbres o en los bosques; el pueblo hormigueaba en los llanos, y sólo en los días de plegarias se reunía en torno de los que ya habían llegado a ser sus maestros y sus jueces.

Las conquistas hechas en el silencio del Tabernáculo, no era ya capaz de interpretarlas la multitud ignara, ruda y selvática. Un abismo mediaba entre el Sacerdocio y el Pueblo. La instrucción fué ya patrimonio sólo de los grandes iniciados, de los selectos como de ánimo fuerte. Para la multitud torpe y supersticiosa, materialista y fanática, hubo de crearse las fiestas y pompas del culto externo, que hirieran sus sentidos, y las ficciones acomodaticias a sus apetitos y pasiones que no tenían el freno de la razón madura, del carácter austero.

La lámpara del Saber ardía sólo en los antros de las criptas y de las cuevas. Allá, afuera, la fantasía creaba sus dioses, relajada la idea primera, y uncía las divinidades del Empíreo al carro desenfrenado de sus pasiones. Por eso los maestros Chrizna, Hermes, Zoroastro, Buhda, Moisés, dominaron a sus razas; por eso los druidas y los anfictiones fueron legisladores.

Olvidó el hombre poco a poco sus recuerdos primeros y dejó a otros el encargo de que le hicieran religiones y de que le hicieran dioses.

Pasan siglos. . . . Y genios y progresados se levantan entre los hombres; paladines sublimes de la enseñanza y del amor, verbos de la democracia, hermanos y amigos de la Humanidad, profanadores sublimes de los egoístas Misterios, sacan las verdades pu-

ras que velaban las lámparas del esoterismo, y salen con pródiga mano a derramarlas entre las multitudes, a costa de sus propias vidas. De estos superhombres fueron Sócrates, Platón, Aristóteles, Jesús. Ellos llamaron al recuerdo de la posesión de esa chispa que es Vida, que es Fe, que es Libertad, y reivindicaron para la Humanidad el apotegma consolador y grandioso: —«El mejor amigo del hombre es el hombre». Llor a ellos, llor sobre todos a Jesús, el Gran Maestro de la Humanidad, el divino humanizado en Nazareth; el Adán rehabilitado, quizá.

Pero allá, en el Occidente, se había levantado una raza tan viril como ambiciosa, tan gallarda como corrompida: Roma, reina del orbe, imponía a sus conquistados sus orgías y bacanales, su sensualismo y sus crímenes, su rudeza y su abandono. Ya habían pasado sobre el Oriente los cascos de las hordas de Alejandro y de Jerjes, machacando cráneos, abatiendo cúpulas y capiteles, soterrando elocuentes papyrus, monumentos y jeroglíficos: toda una rica civilización yacía enterrada quizá para siempre por el furioso simoun que había pasado sobre ellas, borrando las huellas de los primeros hombres, y la orgullosa y ebria Roma vino a completar la obra del retroceso intelectual. La luz valientemente difundida por los discípulos huyó despavorida ante ese cataclismo, dejando arroyos de sangre generosa humeante, jirones de su piel, pedazos de sus entrañas, y la instrucción volvió a buscar refugio en las catacumbas y en los claustros. Retrocedió: Volvió a ser el sacerdote, el guardián y el tesorero de la Ciencia hasta entonces recuperada por el trabajo. El esoterismo recobró su imperio: el firme imperio que siempre adquiere la ciencia sobre la ignorancia. Pero más experimentados que los primeros, supieron hacer arma poderosa de la cátedra. Dividieron, como aquéllos, la enseñanza en dos partes: la secreta o

de verdad, para los iniciados; la externa, la de las ficciones, conminaciones y cánones, para la multitud ignara que así debía permanecer en su letargia para mejor provecho de la clase ilustre. Y ésta, como entonces; pero más sabia y experimentada que entonces, ocupó los tronos y las cátedras, impuso los libros y los códigos, encerró a los osados dentro del círculo oprimente del misterio y del anatema sostenido por las hachas y las picas puestas al servicio de las bastillas y de las mazmorras.

Y entonces como antes, surgieron caudillos paladines del altruismo, benditos divulgadores de verdades, hermanos de la Humanidad, que también vertieron su sangre, que ha sido el óleo con que se ha sustentado la llama del saber creciente, siempre amenazada de extinción, siempre soterrada bajo ruinas, siempre asilada en los antros, siempre perseguida y errante; pero latente y fúlgida siempre, como estuvo la primera chispa en el obscuro cerebro de la Humanidad que despertaba en Pthos.

Y cayeron triunfantes los Copérnico, Galileo, Giordano, Lutero, Huss y de Praga, Calvino, Savonarola y hasta el mismo Colón, que tuvo la audacia de presumir que el mundo era redondo. Y tras ellos sus huestes emancipadas, dejando arroyos de sangre que hubieran podido ahogar a los ejecutores de la Inquisición y de la San Bartolomé.

Y pasan siglos Y la Verdad amordazada, el Pensamiento encadenado, Pthos en expiación, debatiéndose heroico entre sus amarras, desgarrándose sus carnes en la roca. Ha triunfado el esoterismo científico y calculador; pero por allí fermenta el germen nuevo de la libertad verdadera, la que no habrá de ser ya jamás esclavizada. Las víctimas de Roma, de la Galia, de la Hesperia reviven en los Barnave, Dantón, Desmoulins, Mirabeau, Vergniaud, Roland, Malesherbes, y esa brillante legión de hermanos de la

humanidad escribe con su sangre generosa el gran Código de los Derechos del Hombre, entre los cuales ocupa el primer puesto el derecho a instruirse; reivindica para siempre el patrimonio que por ser común debe repartirse; levanta vigorosa la demoledora piqueta ante la Bastilla, y sobre el glorioso 89 erige el faro de luz universal, luminar inmenso de libertad, cuyos rayos, como los del sol, van a alumbrar ya todos los confines del globo. Ved allí, cómo arde, pura y gigantesca sobre esotra cumbre, la llama de la Ciencia que, como personificación del Gran Sér, encendió el primer hombre—que con tardo paso ascendió a la montaña.

La chispa es ya flama; pero ahora no es el fruto del robo sugerido por la soberbia. Libre estás, Gigante! Tuya es la llama. Asciende; sube al Émpíreo, orgulloso de tu legítima conquista. Ese es tu patrimonio acrecentado por tu propio esfuerzo. Ya eres digno hijo del Gran Sér que es todo actividad, fuerza y vida. Vas a saciar la sed que te abrasaba. Ascende; sube y canta libre la última nota del himno del resurrexit, que comenzó en tu primer mugido.

.....

Pero..... Cuántas evoluciones te faltan aún en la superficie y quizá en la nueva nebulosa todavía, Pthos! Aún te envuelve la materia y sus leyes te entran y castigan en esta tu primera etapa de vida racional, en esta tu infancia de hombre. Y aún gurreas; aún odias, aún protestas, aún ignoras. Sabes mucho del Mal y poco aún del Bien. Desciendes, todavía. Te inhumas. Sólo estás en la superficie de este mirador rotatorio y traslaticio en que se te puso para que fueras viajando en el universorama, para excitarte, con su vista, a volar de esta prisión a tu Patria sin linderos, mirando ya las otras naves que

acompañan a la tuya en la ruta de esta innumerable escuadra que navega con sus tripulaciones en diversos grados de progreso, hacia los fines que los de este barco aún no averiguamos. Boguemos, hermanos; boguemos. Allá, por la lejana constelación de Hércules hacia do vamos, hay un faro que nos indica una estación o un puerto; una evolución, un paso más, cuando el cataclismo sea y esta veste de materia cambie de forma y reaparezca menos dura y exigente, menos tosca y disformé. Boguemos, boguemos. Y recemos con Víctor Hugo:

«Nosotros vamos al Amor, al Bien, a la Armonía. Vivientes que flotáis en el enigma infinito: Un mástil augusto que ven todos los ojos, conduce vuestro navío al través del abismo; y Jesús abre sus brazos sobre la verga sublime de ese mástil misterioso».

..... Todavía está el velo sobre la cabeza de la Esfinge, y esa cabeza emerge aún del cuerpo bestial pluriforme. Ha salido del antro, del infierno, si queréis. Ya está en la superficie; pero cuántas veces tendrás que recaer en ella, mientras el globo acuse ser bueno para tu morada! ¿No ves que todavía esta gran toronja tiene jugos? Apenas, la avidéz vampiresca de la raza que la chupa va dejando estériles los polos, y la vida afluye en corrientes poderosas, como el jugo materno a las ubres, hacia el ecuador, en donde está pujante de vida y fuerzas. Cuando los jugos vayan agotándose y los polos avancen, y el ecuador se hiele. Prepárate para otra etapa, PTHOS.

La frase de Dn. Ramírez

“El despego de las cosas ilusorias, el convencimiento de su nulo valer, la facultad de suplirlas en el alma con un ideal inaccesible, pero más real que ellas mismas; la certidumbre de que nada, si no lo queremos, puede esclavizarnos, es ya el comienzo de la libertad”.

A. Nervo.

Detrás del telón de fondo de la vida se habla más que en el escenario. ¿Por qué no aguzamos la voluntad para escuchar?

Un anciano campesino era TENDALERO en una finca de cacao. Estaba en la labor menos ruda de las tantas que el tal grano requiere hasta su venta: la de *dar pié* a la almendra húmeda y gomosa, de película fragante y dulce, hasta que ésta, secada por el sol, se adhiere como fina cápsula al grano, perdidos ya su sabor y aroma, viscosidad y color.

El tendalero no tiene otro hacer que pasearse descalzo, arrastrando como un presidiario engrillado los pies entre el grano tendido al sol, abriendo surcos longitudinales o transversales, a fin de que toda la semilla seque por igual; *alagartarla*, si amaga lluvia, cubrirla con las mantas. Es el asoleo.

El trajin del tendalero es una especie de premio y distinción otorgados al peón más anciano o enfermo, al más honrado y sufrido; al caballo viejo que ha deja-

do sus energías en la savia del mateaje, en el jugo del potrero, en el suelo del desmonte, en la sarteneja de la sabana, en el lodo de las *tembladeras*.

De vez en cuando come en la cocina de la casa de la hacienda; desempeña los oficios pequeños de provisión de agua, leña, etc., si está más a mano que el muchacho de turno; puede fumar su cigarro en los ratos de sombra en que sus pies no hacen falta al grano; puede dejarse arañar y hacer el burro por los *blanquitos* —(así llama invariablemente a los hijos del patrón aunque sean negros)—; servir de niñero, ayo, guía o estribero a la *niña*; llevar o traer chismes a la *patrona*, y gozar de cierta confianza, tratado familiarmente por sus amos y llamado *ño* Fulano por la servidumbre.

Ese viejo galeote ha llegado ya al fin de su *carrera*: En veces el patrón le ha perdonado in pectore—su deuda: la eterna deuda que lo ha acompañado desde su niñez, que quizá heredó de su padre, peón *concierto* también, o de su viuda madre, lavandera de la hacienda.

Se le ha perdonado in pectore, porque hay que tenerlo hasta su última hora atado con ese cabestro para que no falle la máquina. Y cuando ya sus hijos, a su turno, estén también *concertados*, para que a la muerte del padre pasen a la categoría de protegidos o ingratos, merced al *cariño* que a aquél se le tuvo, y a ser quizá AHIJAOS de los patrones o de los *niños*.

—¿Cómo está don Ramírez?— lo saludé plegando a la costumbre campesina nuestra de *donnificar* el apellido.

—Ahí, mi niño: lidiando siempre, como er piojo en arquitrán, mala la comparasión.

—Me alegro de verlo ya en un trabajo más suave.

—Sí: esto es más descansao. Ya estoy canso y viejo, pues, niño. Pero di antes, usté me conosió: yo

era fuerte y masiso y rebusto como er guachapelí.

—Ah, sí! ¡Una buena palanca!

—Y de vera! Que pa la tumba era güenaso, lo mesmo que a la costiya y al argueneo. Dende chico mi hi criaio en eso.

—Y domaba usted chúcaros!

—Ay, niño... No había cerreros pa mí. Y subía parmas, y era er guía en la rosa y sacaba mi camino er primero, y me pasaba los ríos con er ganao a cola e cabayo, y boyaba y barseaba y rejaba; y hi sido desmontero y capador, curandero, pescador con fija, harpón u atarraya, y cuanto hay, niño: Der monte, todo lo que me digan. Ora ya estoy viejo, inutir... Je, je, jee... Así es la vida...

—Pero ahora sí es usted feliz. Su patrón lo quiere mucho, y....

—Je... je... je...! Ay, niño: la felicidad no es de este mundo... me dijo el viejecito mirándome serena pero melancólicamente.

* * *

.... La felicidad no es de este mundo.

Me dijo esta vulgaridad el viejecito con tal sinceridad, tan serena y llanamente como esas adorables palabras de Jesús: blandas, ténues, diáfanas como un celaje plácido de tarde otoñal; pero profundas, inabarcables como ese cielo, que me dejaron pensativo en largo rato.

Esa trivialidad que tántas veces había oído en tántos tonos, de tán distintos labios y de tántas graduales inteligencias, ¿por qué, en ninguna vez me sugirió tánto como en ésta? ¿Por qué me pareció haber oído al mismo Jesús decirme:—Mi reino no es de este mundo?

Ah! Sí: era una voz detrás del telón de fondo de la vida la que había escuchado.

Y la voz seguía así:— Cierto: la felicidad no es de este mundo; así lo oyó también Schopenhauer. Pero no es extraña a él. A él viene a diario; pero viene como un recuerdo: vago, fugaz, de lejano y confuso sueño.

El que la tiene de visita no siente el dolor; el que la tiene de compañera constante es el que vive su última etapa de evolución en este globo. Parece que a los de este rango fué que aludió Jesús cuando dijo:—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque ellos verán a Dios. . . .!

El algo que para mí envuelve el infantil mito de la desobediencia del hombre en comer una fruta vedada en su Paraíso, es el de la repetición, bajo su nueva forma de encarnado, de *enterrado*, propiamente, de un hábito, de un recuerdo de rebeldía. El hombre, desde que vino a este globo, vino juzgado ya y a sufrir el castigo. Su misma vestimenta, pesada y menesterosa; su limitación dentro del tiempo y el espacio; los accidentes secuenciales, su lucha entre apetitos y advertencias, todo eso es ya su castigo, desde su más tierna invalidez, no impuesta a ningún otro animal.

Su soberbia, protesta, rebelión, reclamo, fracaso o lo que fuese, fué ALLÁ. Cayó vencido; vino aquí y no podía venir a ser feliz: era un extraño, tan extraño como un martiano, un selenita, un heliocita.

Por eso todo lo ve aquí adverso, huracán, hostil, rehacio, doloroso, en lucha contra él; no es eso: nada lucha contra él; todo es meramente ajeno, indiferente, impasible; es él quien ha de luchar para adaptarse y defender su vida temporal terrena que es su martirio mismo, como el presidiario ha de cuidar su carlanca para hacerse menor el daño. Tiene intuición de su inmortalidad: sin ella ya no existiría la raza desterrada. Es superior en inteligencia y experiencia a los seres propios y adecuados de este globo inferior

a su categoría, y por eso son sus luchas y sus decepciones, sus crueldades, sus impiedades para los inferiores, sus triunfos y conquistas sobre los elementos y los medios en lenta y tenaz obra de siglos. Y aún no se adapta, ni se adaptará jamás; en tanto progrese en espiritualidad, más pesado y grotesco sentirá todo.

EL POBRE DE ESPIRITU es el vencedor. Ese ya no lucha porque no tiene contrarrestos. Todos los ha vencido; no se ha adaptado, sino que se ha emancipado de sus molestias; se ha desmaterializado, pues mientras más el espíritu se depura, menos se amalgama con la materia; ese resucita, se exhuma, propiamente. Ha venido, en última etapa, a recorrer su campo, a despedirse de sus compañeros de presidio, dejándoles algún recuerdo: su doctrina, su ejemplo, su último sacrificio.

Ni los Francisco de Asís, ni los Bruno, ni los Jerónimo son todavía del tipo redento: Gran paso dieron hacia el fin; pero dolor sintieron y abnegación necesitaron para arrancarse violentamente girones de la veste; para renunciar a las trabas consideradas aquí como bienes, en su semiadaptación. Los otros, los de nuestro tipo en estudio, ya no hacen esfuerzo: su abominación, su desprecio de esas ilusiones es naturalísimo, inviolento: ya los ha vencido antes, millares de veces. Ese es ya dueño de la felicidad porque él tampoco es ya de este mundo. Va a morir, ahora sí, verdaderamente, para la vida de este globo; va a cumplirse en él el otro apotegma de Jesús:—La muerte es el principio de la verdadera Vida. Este es el caso de la otra sentencia de Nervo:—La muerte es el principio de la libertad *absoluta*. Pero esta es la muerte del SIMPLISIMO, del perfecto, del purgado. La de los demás son sólo etapas, entre actos de cansancio hasta llegar a la definitiva.

Durante esas etapas es que tiene justeza estotra máxima:—“La felicidad fué una bella mentira que

trajimos del cielo". Bella mentira que es recuerdo de un pasado mejor, anhelo de reconquista, acicate en la brega.

Pero mentira bella que será realidad un día para Jesús, para Diógenes, para Sócrates y para muchos sin nombres que, pobres y mansos, pero altivos y serenos, desdeñosos o indiferentes para el mundo y sus glorificaciones, sus placeres, sus sensualismos, sus falsas ciencias, sus metales y sus laureles, sus risas, sus locuras o sus lloros, pasan . . . tranquilos, olvidados, desconocidos, silentes, despreciados o acusados por la estulticia inmisericorde de los atrasados engegucidos, y son huéspedes de los hospicios, de los portales, de los pesebres, de los puentes y caminos, de las grutas, de las buhardillas, de los claustros, de las casas de orates, o de un tonel, como Diógenes.

Su reino no es de este mundo. De él solo ocupan ya un estrecho perímetro en que ambulan sin interesarse en nada. El aire, el sol, el agua y las raíces, que de nadie son, o la pequeña dádiva que no piden, constituyen toda su riqueza y últimas vituallas para el último viaje. Nada necesitan de los hombres y muy poco ya de la Tierra. Pasan . . . pasan . . . desligados, extranjeros otra vez como al principio; pero ya vencedores, como se irán, y no vencidos, como vinieron. Ni afectos ni ambiciones. Si acaso, amor, lástima para sus semejantes que van a dejar de serlo. Nada los deslumbra, nada los conmueve, y el mundo los conceptúa . . . pobres de espíritu. ¡Bienaventurados ellos; pobres nosotros . . . !

Bienaventurados esos que ya nada le piden ni le deben al mundo; que nada llevan de él, y pasan. . . pasan como sombras que vinieran a visitar, curiosas o por costumbre, su antigua morada purgatoria en última despedida.

Bienaventurados los que pueden responder tan simplemente como Diógenes, al *pobre Dueño del Mundo*, el Gran Alejandro:

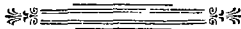
—Pídeme algo, admirable Diógenes. Soy poderoso. Puedo darte todo lo que pidas.

—Que te apartes, porque me estás quitando el sol....

El Gran Conquistador no podía darle un rayo de sol y el agasajado no necesitaba más del mundo.

*
* *

Toda esta meditación me provocó la adorable frase de don Ramírez, tan trivial y elocuente, tan amplia y sencilla como las de Jesús, y que, oída de otro manso y humilde como él, de este pobre de espíritu, que me hablaba detrás del telón de fondo de la vida, me reveló la idea que en el fondo llevé incoada hasta entonces: la de la VERDADERA VIDA.



EXTRAVIOS Y PARADOJAS

Mediten los belicófilos: ¿Merece estímulo, parabienes y loas el que inventa, perfecciona, imita o aplica un nuevo elemento mortífero, exclusivamente intencionado y destinado a la matanza de humanos? Porque bien haya el que halló la dinamita con el propósito de aplicar su fuerza a la industria; bienaventurados todos los creadores de elementos para el progreso, si en su conciencia queda la satisfacción de que, si su sano propósito se desvió luego hacia las matanzas, culpa fué de la ferocidad y salvajismo ajenos. Así ha perdonado la historia al doctor Guillotin, que quiso ahorrar la agonía horrible de los ahorcados, de los ejecutados en el tajo por el hacha, de abreviar el espanto de otras penas análogas; pero al creador, perfeccionador o aplicador de la bomba explosiva, torpedos, gasés, fuego líquido, por ejemplo, yo me lo imagino un inhumano ocupado en su laboratorio en la más abominable de las acciones que pueden medrar en el espíritu feroz, incipiente, de un atrásado recién salido de la caverna con el instinto acometivo y defensivo, última remembranza de la bestia. Y que haya quien llame feliz éxito al resultado de tan atroz intención? De fijo los que tal alaban no han medido la trascendencia de sus palabras. Ah, si pudieran leer en la pelícúla del astral y llegaran a saber que el concatenamiento causal-circunstancial destina-ba uno de esos elementos contra él o los suyos.....!

No: Esas cosas no deben alabarse. El silencio sólo, sería un saludable reproche, una fuerte lección de moral, un severo llamamiento a la razón.

Un recuerdo patético me adviene siempre en estos casos:

En uno de esos depósitos de hombres llamados héroes cuando triunfan en la matanza humana; cobardes y menguados cuando son vencidos; traidores cuando no opinan como los que los mandan; altivos, valientes, dignos, cuando están cónsonos con la mano que oprime. En un almacén de esos enclaustrados hermanos de la desolación y la matanza, vestidos bajo el hábito del *orden*. En un bodegón de esos hombres armados para matar a sus hermanos; en un emporio de esos que los "guías de hombres" edifican, poniendo en el frontis:—"Mataos los unos a los otros", después de haber borrado metódica y disciplinariamente de la conciencia de los almacenados la humana frase del "Redentor de Hombres":—"Amaos los unos a los otros", para sustituirlas con ridículas y criminales divisas de falaces motes—como para llevar la contraria a la proclama de paz y amor que trajo de lo alto el Inspirado de Galilea, para que con voces extraterrenas resonara sobre el humilde techo de su pesebre-cuna: "Paz en la tierra a los hombres".—En un cuartel de soldados, en fin, vi esta inscripción, pintada expofeso en un muro interior y dentro de una orla de oliva.....(qué sarcasmo!). Oid:

"El tirador que hace mayor daño al enemigo no es el que gasta mayor número de cartuchos, sino aquél que apunta con mayor calma y sangre fría, aprecia bien la distancia y hiere con más frecuencia en el blanco" (!!!)

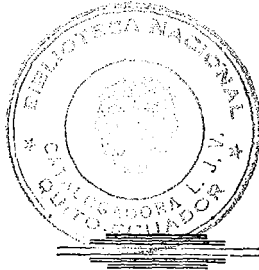
Qué lección de humanismo! Qué de moralidad! Ah! Pero eso está segregado del Decálogo y es una excepción post-Cristo! Con la milicia no se mezcla Dios sino cuando conviene a las huestes de Moisés, de

Josué, de Mahoma, de Juana de Arco, del Papa o de Guillermo Hohenzollern. Es decir: cuando Dios quiere ponerse al servicio de los hombres. Esta rama independiente se llama Educación Militar. Seultz afirmaba eso. Seultz firmaba ese evangelio. "Calma y sangre fría.....al matar. Aprecio de distancia....."

Menos mal si se tratara de lucha brazo a brazo, salvaje, primitiva, feroz; pero al fin varonil, humana.

"..... Herir con más frecuencia al blanco....."
Y pensar que ese blanco aconsejado es el pecho, el corazón, el cráneo del hermano..... Y en veces quizá del hermano débil, forzado, quizá indefenso, quizá atado a un poste, quizá de rodillas y vendado, quizá de espaldas, quizá inofensivo.....

No sé qué me impresionó más: si la primitividad o el refinamiento en el mal del que produjo esa lección, o el entusiasmo del que la eligió como buena, para ponerla entre olivos.....!



La última trinchera del pudor

El traje femenino espartano era éste: túnica corta de lino o de lana, sin mangas, fija en los hombros por medio de broches; axilas visibles y depiladas; la túnica, o más bien camisa corta, se recogía sobre las rodillas con un cinturón, pero a cada lado se abría por su parte inferior, de modo que la mitad del cuerpo quedaba al descubierto, y cuando las jóvenes se ejercitaban como los mozos en la lucha, la carrera y el salto —(hoy deportes)— todo su desnudo era visible, como el de cualquiera cortesana en la intimidad.

Más o menos es el traje imperante hoy; pero con muy diversa inspiración. Los espartanos quisieron formar un pueblo de guerreros fuertes. Para ello los ejercicios y el aire libre y las intemperies.

Las mujeres debían también fortalecerse para incrementar por su parte la robustez de sus hijos. El deporte desviaba a la juventud del sensualismo, de la lujuria, del abuso de excitantes; la vida deportiva unía y mezclaba sin peligros a los dos sexos, que así más se ligaban por los accidentes del deporte que por la atracción sexual a la que gradualmente se iban haciendo indiferentes, de tal modo que la visión de formas desnudas no alteraba ni a unos ni a otras.

La cínica ostentación de las modas actuales no está inspirada en esos fines, sino en otros muy diversos.

Los tocados excitantes actuales han ido rápidamente ganándole sus trincheras al pudor femenino. Lo han desalojado del cuello, de los senos, de los brazos, de las axilas, de las espaldas, del vientre, de las piernas . . . Y hoy, el último refugio, el postrer reducito en que el rubor se recoje y acoquina como la Cenicienta en la cocina, y tímido y avergonzado se defiende contra los embates del desnudo, es . . . (quién lo hubiera imaginado): los extremos más humildes del conjunto bello: los pies. Su último palacio interior, el sexo, el cantado alcázar del autor del Cantar de los Cantares, fué también abandonado ya por su fundador y dueño el pudor, que ahora lo ve desde abajo, difumado y revelado y relevado por el ceñimiento y ajuste de sutiles telas sobre su fachada quizá sin musgo: es casi una faz con velo, fácilmente adivinable.

La moda autoriza exhibir todo desenfadadamente. Todo: menos los pies, que bellos por la conservación de su libertad en adecuados calzados, sí exhibían al desnudo las espartanas.

Hoy, hasta la más engreída de sus formas, la más convencida de su hermoso femenino, sabe que esas son las únicas partes disformes de su cuerpo, porque en ellas la moda misma viene haciendo horrores desde hace mucho tiempo.

Una revista de Arte, francesa, trae las lamentaciones de escritores y pintores por lo casi imposible que les es conseguir modelos cuyos pies sean copiables. Todos son haces de dedos deformados, de talones deprimidos, de callosidades y protuberancias —dicen— que todas se niegan a desnudar para no dar la vergüenza y desilusión que va de la miseria que está cubierta bajo el lindo calzado. Por eso en los pies, en ese humilde arrabal, se ha ido a esconder el pudor, y para defenderlo, la mujer se ha creado con su perpetua alarma un sentido auxiliar en esas extremidades. Probadlo: Aunque la mujer no os

mire, os está mirando desde sus pies el sentido auxiliar; el pudor perseguido está allí en vigilancia y sus avizores y azorados ojos atisban la dirección de los ojos buscadores masculinos que van tras ese último refugio, tras esas formas que son las únicas que la moda del semidesnudo le mezquinan.

La mujer moderna os enseñará todo si sois su amante o pretendiente; poco a poco, todo, menos sus pies. Talvez eso será lo último que os muestre y cuando ya seáis muy íntimo, y siempre será entre protestas, temores de vuestra desilusión, rubores y negativas, entre luchas y relámpagos de visión, por daros gusto y sacrificio al empeño que llamará extravagancia, cuando menos.

Queréis vengaros del desdén de alguna bella? Queréis correr a una ensimismada, pretenciosa o coqueta? Haced esta prueba segurísima: miradle los pies sin que ella se percate. En el acto parece que un sentido interno, que otros ojos, os han visto, y ella comenzará a moverse azorada, sin saber por qué; a cambiar de posición sus pies, a hacer mil ensayos por ocultarlos, y acabará por correr su mirada y dar con el curioso y encenderse en rubores o en cólera o en quién sabe qué. Corrida inmediatamente; es el rubor que allí está en vela como Diógenes en su tonel de los arrabales de Atenas, de esa cuna del Arte y la Belleza, arte y belleza que han desaparecido de los pies femeninos, y ahora sin esperanza, pues esa deformidad sí que no la arreglará la moda si no es en centurias de enmienda. La adaptación hace perder las formas en la *cromatina* de los seres vivientes.

SINCERIDADES EN MI ALCOBA

PLEGARIA A VÍCTOR HUGO, UNO DE MIS PENAZES (1)

Luchemos, espfritu, i venceremos, porque nos guía Dios. Es la antorcha que precede al ejército humano, el Dios de Eva i de Débora. Llegará día, i llegará mui pronto, mañana, en que todo cambiará de forma, i en que el universo se abrirá en la inmensidad como flor gigantesca.

Víctor Hugo

Ya debo resolver el más delicado de los problemas que entre mis temas traje a esta escuela de experiencias: y mi razón se ofusca, Padre Hugo.

Oh, tú, el clarovidente sibilino, que supiste leer al través de la Leyenda y de la Historia las verdades esotéricas que los siglos guardaron para los inquisidores honrados, ocultas bajo los signos y los jeroglíficos fementidos trazados por los buriles y las llanas de la Ciencia, hecha Egoísmo.

Oh, tú, traductor sapiente del lenguaje de las piedras en estrofas, de la inercia petrificada en poesía;

Oh, tú, intérprete y predicador de los dolores de los abatidos;

(1) Dedicado a la inmaculada memoria de mi padre, Dn. Modesto Chávez Cora, quien condensó, para mi aprendizaje, en sabios aforismos, su experiencia.

Oh, tú, omníglota admirable, que de todos los patoás, los apóstrofes y las blasfemias del bajo fondo, supiste hacer un lenguaje digno de que lo escuchara el Padre Comun de los Proscriptos;

Oh, tú, cuya palabra, como la del sublime Apóstol de Galilea, fue para todas las edades, porque bajo la letra que parece pusiste el espíritu que perdura;

Oh, tú, cuya mirada cronoscópica tuvo precisas percepciones en las tres esferas del silente reloj sin horas que marca la marcha de nuestro tumulto en esta Bola en que quiere equilibrarse en su viaje hacia rumbos todavía ignorados;

Oh, tú, que con ojos sin pasiones desde allá nos ves, santo Hugo; ayúdame a resolver mi problema, tendiendo una mirada al rincón que para nacer y vegetar eligió quizá mi albedrío de pre-vida, como medio de expiación y disciplina:

Mira esta alma nacional en que la mía se aniega; evoca el porvenir y dime: ¿Debe persistirse aquí en ser bueno?

Tu videncia dijo: «Por todas partes se ven buitres y cuervos, ¿pero dónde están el cisne, la paloma y el alción?»

Y así, desolado, lo he inquirido yo, Hugo. Y por tí, y en tu nombre, me respondió el Océano:

«Hombre: ser malvado es tu castigo; pues sé malvado. Todos vivimos sufriendo, y la golondrina que se llama esperanza huye de nuestro invierno. Nuestra noche es tan fatal, que si la Compasión preguntase:—¿Dónde está este mundo? yo tendría miedo de que Dios respondiera:— No lo sé»

¿Debo acatar la voz del Océano? La voz del mar es uno de los ecos de Jehová, tú lo has dicho; y en otro de sus sobrecogedores bramidos, tú escuchaste esta desoladora admonición: «No tratéis en mi esfera de ser hermanos y hacer en esta tumba, con vuestros espíritus reunidos, una inmensa antorcha,

porque los hombres llegarían a ser ángeles, y ya no abejarucos. Vivid en guerra, como en un ensueño, gavilla temblona. Haced como hicieron vuestros padres: aborreceos; poned barricadas en vuestras Sodomias; dovoraos unos a otros, como los lobos».

Eso escuchaste tú; mas yo quiero oírte a tí, porque debo hablar para otros, Hugo.

Dicen los sabios que las transformaciones, las transmutaciones, lentas o rápidas, exigen la presencia de elementos contrapuestos, al parecer, pero afluentes a un fin justo: bueno y malo relativos. Y que sin descomposición no hay fermentos; sin fermentos no hay depuración; sin podre no hay vermes; sin vermes no hay desintegración, distribución, evolución, reintegración. . . . ¡Oh, la epopeya del Gusano. . . . !

¿Entonces? ¿Esto decae? Fermenta? ¿Va a transformarse? ¿Por qué abunda el mal? ¿Va a preponderar? ¿Por qué lo malo es hoy plausible? ¿Por qué cunden la debilidad, la tolerancia, la brutalidad, la indiferencia, la timidez, la indolencia, la impiedad, la ignorancia, la medianía, el cinismo, la inhumanidad, el egoísmo, el crimen, la falacia y la osadía, formando carácter o «moral social»; ars vivendi que ha de aprender el sociable, si prosperar quiere?

Y es aplaudido el ladrón, adulado el tirano, laureado el ignorante, absuelto el malhechor escandaloso y lisonjeado el perverso astuto?

¿Por qué es exaltado el inepto, encumbrado el débil, consultado el necio, autorizado el obediente y proscrito el altivo, preterido el erudito, esquivado el veraz, apostrofado el sincero, aislado el justo, odiado el talentoso, desechado el probo, acosado el libre, pospuesto el íntegro, compadecido el culto, mofado el retraído, ofendido el imparcial, perseguido el independiente?

¿Por qué, los pocos herederos de otros tiempos y almas, los últimos bayardos de otras educaciones y

enseñanzas, tímidos atisban, y como cristianos de la persecución buscan el silencio y las sombras de los santuarios íntimos para alabar en secreto lo bueno, cuidando de que afuera no trascienda ese pecado contra las costumbres dominantes?

Tiempos hace dijiste para hoy: «La cobardía pública hace las paces con la infamia de los magistrados. El público está frío para el bien y para el mal, para el crimen y para el derecho. El colmo de la caída es la indiferencia; la ignominia va atada a la cadena de plata de la paga».

«Desde que el poderoso se apodera del débil, entre el uno y el otro existe una ley, por cuyo artículo primero el uno es el señor y el otro el arrendatario; sus hijos son villanos y sus mujeres siervas. Sin compras y sin cesiones los fuertes se apoderan de las cosas; la fuerza es el manantial de la ley, la aldea es del que puede apoderarse de ella; las cimitarras hacen los mejores contratos; el que pueda tomar, debe tomar, y el escribano que otorga la mejor escritura es el león».

Este es el cuadro, Hugo. Hablas para mi época y mi horizonte. ¡Santo Hugo! Ya para mí no te pido «remedio»; ni lo quiero. Voy a mi fin contento y satisfecho; con la mirada fija en la Vida, emigraré tranquilo de la patria que me arrebataron las conquistadoras costumbres.

Y digo con el Cid: «Rey: prefiero ser montañés en mis montañas que rey en tu reino».

«El Cid sigue la costumbre de ser recto, severo y franco; quizás esto no es prudente; pero es honrado».

«Lejos de vuestros infames palacios que llenan los aduladores, la dignidad brota en nuestras almas como la yerba en nuestros feudos».

«Rey: tú sabes que mi mejor comida es el pan moreno; ya sabes que me alimento con cualquier raíz, por la noche, después de haberme batido con el día».

«Porque he observado en mi tristeza, que la gloria no reconoce a las altezas, y que se pasa muy bien sin ellas».

«Yo he observado en Alba y Gerona las afrentas hechas a hombres honrados que merecían un trono, y los ataron a la picota». «Y también con gran dolor, que tus verdugos abatían frentes que se acostumbraba a saludar más que a la tuya, Rey».

«Estoy amurallado en mi fé, y los espectros de mis antepasados siempre están a mi rededor».

«Rey: Yo soy un hombre probo de probidad antigua. Jimena repasa mi ropa pero no mi lealtad».

«Toco a la antigua la campana de mi campanario, y hallo incómodo tener bellacos cerca de mí».

«Bajo el fango del robo, de la avaricia y de la traición, no quiero que se pudra la ensambladura de mi casa».

Esto, Hugo, es código para mí. Pero ... Tengo hijos varones; y en sus serenas frentes, limpias páginas que de «allá» traen en blanco, y en las que aún la duda ni el dolor no han puesto sus borrones, mi conciencia de padre ve dibujarse uno como interrogante. Y ese interrogante es el de la esfíngica pregunta para mí, que dice:

—¿Qué vas a hacer de nosotros, Guía? Ya es tiempo: resuelve. ¿Nos conviene ser buenos? ¿Nos interesa ser malos? ¿Nos traes para triunfar en esta vida? ¿Hay otra? Es para ésa que nos prepararás, o es para la presente? El mal abunda, ya lo ves; el mal triunfa; la mediocridad y la ignorancia gozan; la bajeza, la debilidad, la pasan magníficamente. Qué has obtenido tú, alistado en el contrario bando? ¿Hemos de seguirte? ¿Nos preparamos al sacrificio? ¿No es para VIVIR «aquí», que hemos venido? Nos vestiremos los trajes de la época, o nos lapidarán como a locos o insurgentes.

¿Eres padre terreno o celestial? Si terreno, cumple tu misión: enséñanos el camino de la bienandanza temporal. Si no nos has de dar ese camino, sácanos de aquí; sácanos de aquí, padre, que seremos desdichados.

¡Resuelve, padre! El tiempo urge, vuela! Ya estamos en los bastidores del escenario que nos toca. ¡Llaman a escena! ¡Pronto! Nuestros papeles!

.....Y yo Oh! Yo no sé aún qué decidir, Padre Hugo! Tú, que vés al través de las almas nacionales, ve ésta en que se aniega mi alma! Resuelve! Dicta! Mi razón se embrolla! ¿Son para aquí mis hijos? ¿Debo hacerlos triunfadores o vencidos; victimarios o mártires? Y yo..... responsable de sus destinos? Oh, Hugo..... ¡Ayúdame a huír de ser Pilatos! Yo soy padre!

* * *

.....Mi cabeza había buscado su refugio en los senos de las manos. Sentí algo como un fluído, como una malla astral dulcemente envolvente como un manto sutilísimo y fielmente plegadizo a mi cuerpo; mi discurso se detuvo sin violencia, como descansando también en un regazo adecuado y simpático, como el del sueño natural; y entonces oí sin oír, en expresión que no fué de idioma alguno, tal vez en el lenguaje universal de la intuición, ésto solamente:

—Toma. Lee. Confórtate. Para tí es.

Y en la base de la oquedad piramidal que mis brazos delineaban sobre la mesa, con mi cabeza por vértice, sentí la presencia de un objeto que antes no estuvo allí. Deshice mi posición, y miré. Frente a mí, sobre el escritorio, estaba abierto un libro que no era de mi biblioteca. Ví el título: LEYENDA DE LOS SIGLOS.—Víctor Hugo. No conocía ese libro;

pero mis ojos fueron rectos a estos párrafos, sin titubear entre otros, como si un dedo invisible y sugeriente me los indicara.

«Es conveniente que los que Dios honrosamente eligió para vivir en época de riesgos y de trastornos, caminen hacia adelante rectos hacia su fin y no sepan caminar hacia atrás».

«La clara vista del honrado molesta a la de los traidores. Cuando sobreviniendo con el antiguo honor ya extinguido en los demás, alguno de ellos entra en sus casas a la hora del festín, sus firmes pasos hacen temblar los vasos, las espadas y los corazones».

«Del paso del Euripe proceloso, negro y traidor, dependía la salvación de la patria; y cuando los débiles flaqueaban ante lo negro y lo supersticioso, Temístocles dijo: — Reyes: Conozco que todo miente; el porvenir engaña al presente, la luz es miope, el aire fugitivo y la onda cobarde; la muerte es una mano que nos coje y después nos suelta; estimo en poco el inestable oleaje; pero comprendo que se mueve menos cuando lo huellan pies valientes, y que debemos tratar al agua, como tratamos a la vida: con fuerza y con desdén; y ya que no tenemos otro medio que la batalla ¡oh griegos! Intentémosla! Cesen de dudar los corazones, y opongamos la firmeza del hombre a la traición de las cosas».

Y yo pensé:

Confía: El día llegará. El hombre es elemento. Pasa; pero goza de sus obras, si buenas; las padece, si malas. Siempre asiste a ellas, en cuerpo o en espíritu, en una etapa u otra, bajo esta forma o aquella, siempre inteligente y sensible.

Y ví el libro y decía:

«El día llega: El hijo de la Tierra indómita, un Titán, con la frente sombría, espumosa la boca, Pthos, el Gigante, el descendiente de los colosos vencidos en la corrupción olímpica, mientras en las altu-

ras los dioses embriagados juegan con alegría sentados a la mesa real, él medita en la espesura debajo de una montaña, atado, sepulto en un subterráneo, solo, porque la victoria feliz canta y olvida.

Pthos medita, sondea, cava y hojea el pasado, el porvenir y la nada. Duro es para un Gigante el verse encadenado! El pigmeo es quien no se avergüenza de su pequeñez. Sólo los corazones de los titanes sufren la gran tristeza.

«El volcán se apaga por grados; pero el vencido sangra y medita asombrado. Ha de despertar».

«Espera: Las nefandas ciudades viven confiadas en el triunfo del mal, sin inquietarse de que tienen por vecino al mar. Para hacer un desierto, Dios, dueño de los vivientes, empieza por dar tiranos y concluye por enviar vientos,

«Oye: En donde hoy se encrespan las olas del Mar Muerto fueron las ciudades en que el mal triunfó con todos sus irónicos esplendores. Había en ella torres, bazares, fábricas, arcos, palacios, laúdes melodiosos, y monstruos de metal que llamaban dioses. Esa ciudad era alegre y corrompida. En sus plazas las horcas hacían reír al populacho, y cantaban coros que incitaban al olvido de todo. El hombre era la sombra que dura un instante; golpes de martillo se oían caer sobre los yunques desde la mañana hasta la noche; los buitres se posaban espulgándose con el pico en las bóvedas de las templos, sin miedo de ser perseguidos, sabiendo que los ídolos feroces aman a las aves perversas; las águilas conocían bien que no infringían ninguna regla si volaban a los altares a participar del asesinato con los dioses. Las charrangas sonaban de día y de noche temiendo que el dios feroz se durmiera; allí acudían las mujeres para prostituirse.

«Pero un día el Océano empezó a agitarse, sin cólera; roía las rocas y las dunas sin hacer esfuerzos,

sin choques, como un trabajador que sabe que tiene el tiempo necesario para cumplir su tarea. Y lentamente, como escondido minero, el agua avanzaba por bajo de la tierra: en vano sobre ella se hubiera puesto el oído para escuchar; el agua cavaba sin rumor y sin violencia, y la ciudad hacía ruido sobre este silencio; hasta que al caer de una tarde, a la hora en que Sirio, como un siniestro emir aparece trémulo en el espacio, dando la señal de marcha a las estrellas sin número, se vieron de repente casas, cúpulas, arcos y pilares, toda la ciudad, en fin, como un sueño, hundirse en no sé qué espantosa sombra, en un instante, con el pueblo, con el ejército y con el Rey, que estaba bebiendo y no tuvo tiempo de levantarse de la mesa. Mientras de una vez, desde la base a la cumbre, se abismaba aquel caos de palacios y de torres, se oyó subir un feroz murmullo, vióse abrir bruscammente como una boca, un agujero que lanzó un salto de amarga espuma. Toda ella se desvaneció; sólo quedaron las olas. Ahora sólo se vé a lo lejos el agua profunda movida por los vientos, y sola bajo los cielos. Tal es la oscilación de las olas misteriosas».

*
**

El libro misteriosamente traído a mi gabinete, parecía tender a cerrarse, como en indicación de haber concluído su objeto.

—Es fiel la alegoría, sabio el consejo, Hugo, dije sin decir. Y otra vez oí sin oír. Oí una voz que me habló de mi patria. Ah! Pero eso no lo repetiré yo, porque me hiere y apena el que lo dijera el Víctor Hugo francés. Quisiera para mi patria ahora un verbo y un vidente así: otro Hugo. ¿Le escucharían? Le creerían sincero?

Las hojas del libro se echaban unas sobre otras como obligadas por el sopro directo de una brisa que no había, en tanto que yo escuché sin oír: —Cumple

tu misión. Edúcalos para mártires obreros de la reforma, échalos al circo ahora y sean gérmenes de la epopeya. En el reparto de misiones les ha tocado esa. Santísima tarea. Bendícela. La redención pide mártires que fieros y admirables, como Elcys de Verona ante Othón, sepan decir a sus jueces: «—Tenéis razon, príncipes. Tengo más estatura de la que toleráis que se tenga. Os llevo de ventaja toda la cabeza: cortádmela!»

El teúrico soplo había doblado la última hoja del libro que ahora, inerte y mudo, volvía a ser cosa, el que antes ví como a un inteligentísimo sér que vivía ante mí.

Lo tomé con supersticioso respeto, temiendo se me desvaneciera como uno de los libros misteriosos que llevó al César la sibila de Cumas, y lo coloqué en una percha de mi biblioteca

Y allí está. ¿Quién lo trajo? ¿De quién es? Sus páginas inmaculadas de uso no denuncian propiedad anterior. Y desde entonces ese libro cabalístico es mi oráculo y devocionario. Cuando he de consultarlo, invoco a su autor; y el libro ante mí se abre solo y atrae mis miradas hacia los pasajes en que debo leerlo. Y yo, antes, oro así, con este como dulce ritornelo de una risueña promesa de esperanza:

«Juzgarse a sí mismos severamente; vivir de abnegaciones, de martirios y de sacrificios; ser escudo para el débil y blanco del destino; avanzar considerando imposible el regreso; no utilizar jamás para evadirse, para huir, lo que ha servido para ganar las alturas al asalto, tal es la ley del bueno. La ley del deber, la del Calvario que sonrfe a los valientes con su frente severa».

LA ULTIMA HOJA

La brisa soplaba insistente sobre el bloc de mi calendario desfoliable, y la hoja encimera iba desprendiéndose más a cada embate.

Me interesó la lucha.... Pobrecilla.... ¡Cómo se sostenía contra los golpes la débil hoja de papel! ¡Cómo se aferraba al bloc por sus últimos ligamentos de frágil goma reseca! Como el pequeñuelo a la madre, como la hoja al tallo, como la vela al mástil, batía y batía sus cantos como implorando auxilio....

Parecíame ver el girón de tela en las manos del naufrago, abrazado al trinante mástil de su barquilla que zozobra.....

Tembló ... Tembló.... y no pudo más: una nueva ráfaga la desprendió: se desplomó como sobre el abismo, y cayó planeando o rotando como aeroplano sin piloto; y cayó, se arrastró por el pavimento y allí dió sus últimas convulsiones; se agitó cual epiléptica, tembló de nuevo, se arrastró un poco más, se estiró y quedó inmóvil....

*
**

Y esa hoja era un día, un día de mi vida, que quería hurtarme, quería cobrarme anticipadamente el incolmísero Tiempo, avaro de instantes.

Y el anhelo de vida despertó airado contra el ladrón; tocó su resorte, movió su mecanismo, y yo me precipité, avaro también de mis minutos, sobre la

hoja inerte, que era un día mío. Arañé el suelo al temor de errar el asalto; y estrujado, en mi puño, corrí, con mi día recuperado, a reponerlo en su trono de vida, y mientras, miraba furioso al soslayo como si hubiera de ver al imaginario ladrón.

* * *

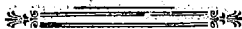
Así se van los días de la corta vida nuestra, uno a uno, arrancados por nuestra mano, y el bloc disminuye sin que nos percatemos.

Cae la última hoja. Suenan los repiques de las doce de la noche. Alegrías! ¡Cenas! ¡Petardos! ¡Qué anomalía!

Y cuántas veces, insensatos!, nuestra impaciencia arranca haces de folios imaginativamente, para ver de anticipo el soñado día futuro, que quizá sólo nos trae un capricho, una futeza, un desencanto; y no consideramos entonces que son contadas las hojas de ese bloc de vida, y que ha de llegar, fatalmente, la última.

Y ya en ella es el aferrarse al cuerpo, el luchar contra la muerte, el adherirnos con nuestras debilidades, el agitarnos y pedir socorro cuando el alma atribulada se abraza al mástil de su cuerpo deleznable; entonces el turbarse y llamar sin saber a quién, porque se ve disfumarse entre las brumas las playas fantásticas de la ilusión que se llamó vida. . . .

Y la última hoja que se agita en un calendario es quizá la postrer visión de un moribundo. . . .



¿PIENSA EL CADAVER?

Yo creo que sí. Nunca pierdo ocasión de acercarme a los féretros descubiertos y me abstraigo largos ratos en la contemplación de los rostros de sus ocupantes.

Todos los que he visto tienen el rictus de una meditación profunda, de la abstracción o concentración en algo muy grave, solemne, absorbente, hierático. Unos parecen en éxtasis auditivos, en arrobos, en sobrecogimientos como el que escuchara una acusación terrible o presenciara valeroso un cataclismo; otros como si estuvieran arrebatados por la audición de una de esas músicas ininterpretables pero subyugantes y misteriosas de un Wagner, de un Beethoven, de un Bach.

Hombres, mujeres, niños, adultos, adolescentes, ancianos, todos toman máscara de tragedia, ceños de misterios, de grandes iniciaciones. Aun los párvulos mismo, si bien unos parecen plácidamente dormidos, no es en un sueño de cuna; es en un continente discrepante con su edad humana, y algunos revelan sufrimiento pero de algo que no es la huella del mal que los mató.

El cadáver piensa. Los que sondean los misterios de la vida y de la muerte, dicen que el ser humano tiene tres cuerpos más, adherentes al físico: el cuerpo astral, o peri-espíritu; el mental y el espiritual o causal, que en escala se gradúan de plano en plano

superiores, en donde ejercen sus actividades propias independientes, pero siempre en relaciones e influencias mútuas con el físico mientras vive; cuerpos o hipóstasis que son más sutiles, más inmateriales, más fluídicos y espirituales mientras mayor es su alejamiento (sin ruptura) del cuerpo carnal, su ancla en el mundo y la vida fisiológica.

Y dicen quienes lo han averiguado hasta la evidencia, que el segundo de estos cuerpos, ectoplasma, para unos; peri-espíritu para otros; astral, para éstos; cuerpo de pasiones, sensaciones y deseos, para aquéllos; inconsciente, subconsciente, etc., para los demás, es el gemelo y congénito del físico o biológico, su más cercano, el menos separable, el más adherido y conatural y por tanto el más material y materializable de los tres, y el cual, por su vida así íntima con el físico, es su copia exacta, su impronta, su fantasma y reflejo visible con frecuencia, durante y después de su disyunción por el fenómeno muerte.

Que este es el compañero más fiel, que no abandona a su hermano físico, a su cómplice en la vida, hasta que se convence, por sus esfuerzos porfiados inútiles, de que su reincorporación, reintegración y resurrección son imposibles; esto es, hasta que la desintegración por la putrefacción se opera. Que entre tanto él sigue en relación con el cadáver, unido, atado a él con un lazo fluídico irrompible, aunque en relación cada vez más débil y confusa con éste y los otros dos a quienes transmite sus vibraciones, hasta que él, a su vez, terminada su misión, languidece y muere también o se reabsorbe en el superior o queda vagando como vedija, como girón de neblina desprendida, como saco, cápsula o capuz sin ánima ya, cascarón que se disuelve en el inmenso laboratorio del éter, al fin.

Y si esto es así, como la ciencia y la práctica lo aseveran, el cadáver piensa mientras no se disgrega.

La perspectiva no es atrayente, claro está; pero así es y las leyes de natura son inflexibles mientras no las conozcamos y logremos modificarlas.

Pero leyes sabias i proporcionadas a la resistencia de los seres, si así lo tiene ella dispuesto. Por eso, consciente y compasiva, al parecer, la de la muerte, desde que el enfermo cae grave, o desde que un accidente mortal, por violento que sea, se inicia, lo primero que hace es obnubilar al paciente o hacerlo entrar gradualmente en anestesia, resignación, indiferencia, serenidad, letargo, coma, etc.. etc.—el sueño de la segunda cuna.

Quizá no piense, propiamente; esto es: no discorra, no racione el cadáver, porque ya todo está alterado en él y el curso va rápido. Pero por lo menos ha de experimentar algo así como ensueños, pesadillas, asombros, como en el sueño físico. Pero algo hay debajo de ese rictus cadavérico; algo que se adivina y que se refleja visible.

El vivo y sano dormido tiene también el rostro, quieto y sin embargo está soñando quisá qué escenas. ¿Por qué no el que acaba de dormirse en la cuna del segundo nacimiento a otra vida tan diversa?

Fíjate, lector, en los rostros de los muertos; no les tengas miedo, y así perderás el tuyo a tu propio tránsito. Bueno es familiarizarse con el misterio. ¿No nos familiarizamos con el submarino, con el avión, con el radium, con la guerra y con tantas cosas terribles que nosotros mismos nos hemos hecho para convertir en infernal laboratorio este destierro que nos fuera menos penoso sin nuestras propias locuras?

I..... Pero no todo lo he de pensar yo solo, inteligente lector. Quiero que tú colabores en este libro de extravagancias que parece una canastilla de sastre. Por eso en cada artículo voy dejándote una buena parte para que tú la pienses.

CAMPANAS RUSTICAS

Así como una mujer a quien jamás hayamos mirado, se nos hace simpática y nos da la idea de que es bonita, sólo por el eco de su voz cantarina que nos impresiona como una música, así me prendé de una aldea por la voz de sus campanas cuyos repiques me despertaron.

Las aldeas tienen sus voces. ¿Verdad? Voces que las caracterizan: porque ya son los rumores de sus ríos o de sus brisas, de sus huracanes o tempestades, de sus selvas o sus frondas; ora de sus molinos, de sus cascadas, de su mar; ya de su fauna, de sus comercios, de sus faenas predominantes, de sus cantos, de sus industrias, de sus trenes o sus carros, de sus instrumentos musicales favoritos.

Pero cuando sus campanas son como una ronda de jóvenes campesinas, frescas y bullidoras, que llaman en corro festero a nuestras ventanas al amanecer, o que de lejos gritan la hora del descanso al atardecer, las campanas de las iglesias aldeanas imperan en mi gusto sobre las demás voces.

La campana es la voz cantante en el coro agresivo de la aldea: allí la amo, la deseo, la escucho con placer, me inspira la oración, me acerca a Dios.

En la ciudad la detesto por impertinente, entrometida y necia; por innecesaria y discordante, por anacrónica e hipócrita, por mercenaria y servil, aduladora y politiquera, corruptora y falaz, retrógrada

y desafinante, supersticiosa y fanatizadora, voluble y simoníaca.

La Iglesia la ha perpetuado; pero desde que su tutora se hizo falaz, ella también se hizo. El templo alargó su garganta sobre los tejados para hacer oír mejor sus ficciones, y en su faringe colgó esa úvula mentirosa que es ahora su mejor recurso, como que es la voz de su elocuencia. Y allí está, en el alto fastigio, colgada de una viga, atada por las orejas como una fanática creyente, con su como almidonada crinolina. Y tiesa y espetada, rígida en sus exteriores como una austera y orgullosa dama de acomodaticias creencias, de esas taimadas piadosas del apostolado de inconvictas, se deja gastar los flancos sin moverse de su horca, como las otras sus escarcelas, arrellanadas en sus mullidos reclinatorios.

La campana aldeaniega es buena amiga y la principal del pueblo. Ingenua, fraternal, jamás disgusta a nadie; canta y alegre cuando todos ríen, y sólo llora cuando lloran todos, porque la muerte de un vecino es un acontecimiento importante que a todos, y a ella, contrista.

Ordenadora como buena interesada que es en las cosechas, ella llama a la labor cariñosamente, y advierte las horas propicias al descanso, a la oración y a la fiesta; y salta de gozo y se contonea lanzando sus más alegres e ingenuas notas, cuando el pueblo reunido en su plaza se agita y atrafaga acicalado con cintas de colores y con ropa blanca bien planchada, por entre el humillo de los buñuelos, el pastel y el puerco ahornado; entre el estrépito de las camaretas, los petardos y la murga y el rum-rum de las guitarras, los acordeones y los organillos.

CUENTOS DEL ARROYO

LOS ARROJOS DE LA RESACA

I

EL NUMERERO

—Señorcito... Cómprame, por Dios, un numerito de lotería... ..

Es un rapaz de seis años, que ha avanzado hasta media escalera de una casa.

Llora. Con la sinceridad inimitable de sus seis añitos.

—Por Dios... .. señorcito... ..

—¿Por qué lloras, nene?

—Por... .. que... .. mim... .. mim... .. mi mamita me ha pegao... ..

—¿Y por qué te pegó?

—Porque no... .. he ven... .. vendido números todavía... ..

—¿En dónde está tu madre?

—Aquí... .. abajo, en el portal... ..

—Señora... .. ¿Por qué pega usted a esta criaturita, si no ha podido vender los números?

—Vea que señor! Porque ya son las diez der día, señor, y tuavía no tenemo ni pa comer. Y ér se

estao jugando por los portales, porque es un curtido y un desconsiderao.

—¿Es su hijo?

—Porque es mi hijo y tengo er derecho de madre es que lo hi castigao, pa que aprienda a ganarse la bida y a mantener a su madre.

—El está todavía en la edad de los juegos, señora. Pero usted es joven y sana, según se vé. ¿En qué trabaja usted?

—Bastante que hacer tengo en mi cuarto pa ellos mismos; y pa eso siquiera tengo hijos: pa que me mantengan.

—Pero a esta edad la obligación de los padres es mantenerlos y educarlos y no forzarlos a que nos mantengan, y menos en esta clase de trabajos que los corrompen....

—¿Y qué hay que haser? El pobre es pobre y no tiene tiempo pa la letra.

—Pero hay muchos trabajos honrosos para mujeres como usted....

—Sí: Lavao? El tal lavao no deja nada, y a lo mejor le roban a una la ropa ajena y queda esclava. ¿Cosina? Ni dejan sacar comida ni reciben cosinera con hijos. ¿En qué trabaja una y mantiene estos hijos que Dios le ha dao?

—¿No tiene padre?

.... Padre.... ¡Los taitas de ellos son padres de perros! Cuando les da la gana la botan a una y la dejan fregada. ¿Y qué justicia hay pa ellos?

—Cierto....

—Anda, Nicolás! Ahí está ese señor llamando un numerero. Corre, antes que llegue otro!

—Tome usted eso para su hijito, señora. Pero prométame no maltratar más a ese angelito.

—Angelito....! Si supiera usted lo que es ese condenao.... Gracias, señor; Dios se lo pague....

.... Y esos arrojos de la resaca siguieron orillando por los portales, mientras el río de la civilización seguía su curso por el cauce de la calle.

II

SU EMPRESARIO

Por entre las mesitas de la acera de uno de los bares más concurridos, trajina una mujer todas las noches.

Ante cada una de las que ve ocupadas por hombres, se detiene y clamorea: —Caballerito.... Una limosna, por el amor de Dios....

Es bella con belleza prematuramente marchita y va trajeada con ropas desgarradas y trascendentes a mugre, a suarda. Desgreñada.... ¿Será el traje *de brega*?

Soporta impasible el examen desenfadado, irónico, lascivo, picaresco, repelente o despreciativo de quien quiera dignarse verla, cuando no la dicen sin mirarla: —Perdone, señora! O bien: —Márchese usted! Qué fastidio! No puede uno sentarse ya en estos sitios! Oiga, mozo! Haga retirar esa mujer!

Y el mozo, chasqueando la servilleta como un zurriago: —Váyase señora! No mortifique aquí. Ya se lo he dicho todas las noches!

Cuando esto no sucede, ella resiste impávida el examen, como resuelta a recibir o una dádiva, o una repulsa, o una proposición. Todo: pues su faz no imita bien ni el dolor ante una mesa, ni la sinceridad ante otra, ni el hambre ante aquélla, ni la malicia ante ésta. La frase suplicante no es sino la llamada de atención. Tras esa llamada... .. lo que venga... ..

Terminó su recorrido. Tuerce por la esquina y se interna en la semisombra. De detrás de un pilar

sale un mocetón robusto, de crespos aladares negros sobre las sienes, adecentadamente vestido. Se le acerca, y a media voz le dice rápidamente:

—Cuánto?

—Toma.

Y la mano de la vergonzante se abre dentro de la manaza de él, abierta ampliamente.

—Nada más?

—Sí: ahora a las diez tengo que estar en el cuarto sola.

—Bueno; vamos al otro salón, que hay más gente . . .

. . . . Y esos arrojios de la resaca siguieron orillando por los portales, mientras el río de la civilización seguía su curso por el cauce de la calle . . .

III

EL RESBALON

El es un mocetón del pueblo. Está en *aguaité*, *confiándola*. Ya sale ella. Va de mandado de la casa patrona en que se cría. Es jovencita y agraciada; hija del pueblo también. Ya sale. Risueña hace señitas de guías al que la esperaba. Finge despreocupación y guarda la distancia prudencial hasta librarse de la vista de *las vecindades* que la conocen.

En otra calle se unen.

El, falto de frases de requiebros; tímido como todo enamorado que siempre teme el ridículo y juzga más avispada a la requerida, aunque la sepa del mismo nivel, suple las expresiones con una tímida invitación:

—Entremo aquí a tomar un fresco. ¿Querés?

—Ay! Yo no! Nunca hi entrao con naide a estos salones, más que con las niñas u los niños.

—Qué tiene?

—Uuuy! Y si por casualidá yegan a saber... ..

—Quién ba a desir?

—Nunca farta un chismoso lenguón... ..

—No. Bamo, no más.

—Bueno; pero prontito y en lo más ocurto, que no puedo embromarme.

Ella pide helados y pastas. El se da la importancia de una media de cerveza.

Coincidencia: El salón tiene un nombre muy elocuente: se llama «El Resbalón».

* *

Menor dificultad costó al mozo en la segunda entrevista hacerla entrar y conseguir que lo acompañara con cerveza.

—Ay! Y si me hace daño?

—La cerbesa no marea.

—Y si doy er tufo en la casa?

—Antes dir te comes unos durces u tomas cola.

—Ay! Esos questán ahí me conocen. Porque ella jué labandera de la casa antes y ér es el yejno.

—Y van a la casa?

—No; pero puede que buerba... ..

—Uuuh... ..! Diaquí a entonces... ..

—Diaquí a entonces, qué?

—Nada.

—A ver, díme?

—Salus!

—Salus!

* *

Ya no se recata. Entra casi desenfadadamente con ér en los bares de cerveza y música. Ya la ven todos. Y muchos la codician. Una vez un audaz la invitó a bailar. Guál Y por poco hay un chivo.

Pero otra vez sintió mucha alegría con la cerveza, y se atrevió a salir a bailar con su pareja y hasta

a irse a dar unas vueltas en auto por las afueras. Luego fué a cines distantes y en la primera combinación casual de ausencia de los patrones, conoció —siempre con él— el Cabaret. Qué lindo el cabaret! Allí pudo poner en práctica los tangos, fox y shimis que aprendió de teoría al verlos en la sala de su casa y no poderlos ensayar en la cocina ni el cuarto de baño.

Volvió a pasear en auto con unos amigos *intimos* de *ér* —que se envanecía de hacer aguas las bocas con su conquista.

Otra vez... .. entró a un bar con uno de los íntimos compañeros de excursiones sobre llantas. Y luego, con otro que le porfió tanto y tanto... .. hasta que ar fin... ..! Y más por tatarle la boca, porque era uno que ya la había visto varias veces en los bares con el otro; y luego con otro porque era mozo salonero del cabaret.

Pasaron semanas o meses. No sé. Sólo sé que ya no era ella la solicitada para entrar a los bares; era ella la que rondaba por las puertas ahora, en sed de cerveza y hambre de pastas y deseo de *farra*, para decirle al primer conocido o desconocido:

—Invitas?

*
*
*

Eh, amigo!— gritó el salonero sacudiendo del brazo a un parroquiano dormido.— Son las once de la noche. Vamos ya! Alza arriba!

—Ya voy, hombre... ..

—Y llévese a esta pelona que está grogui.

—Acaso yo vine con ella?

—Yo no sé: pero con usted se ha emborrachao y usted cargará con ella.

—Cara... ..i! Y yo qué hago? Bueno pues; oye, sarnosa! Levanta y vamos pa dejarte serca de tu casa.

—Y tú sabes onde bibo yo?

—Yo qué sé. Tú dirás. Upa!

Le dió el brazo y salieron zigzagueando entre las sombras.

....Y esos arrojos de la resaca siguieron orillando por los portales, mientras el río de la civilización seguía su curso por el cauce de la calle.

IV

LA VITRINA

—Señor: ¿Le lustro los zapatos?

—Bueno; pero con una condición.

—Cuál?

—La de que me cuentes algo de lo mucho que oyes y ves en los portales.

—¿Y para qué? ¿Para *imprentarlo* en los periódicos?

—Precisamente. Util es arriba saber lo que pasa abajo.

—Pero es que yo no sé contar las cosas así.

—No importa: Cuéntame tú, a tu manera. Yo lo repetiré, a la mía; y el público lo entenderá, a la suya.

—Bueno; entonces oiga usted lo que un señor contaba a otro mientras yo le embetunaba los zapatos:

—Iba yo de prisa por la calle; a mis negocios, en esta villa mercantilista, en donde es lirismo sujeto a mofa el ocuparse en otra cosa que no sea lo *práctico*: el negocio. Parecemos fenicios de los antiguos; judíos de todos los tiempos.

Y pasaba rápido ante la vitrina de un gran almacén, sin deseo de mirar nada. Pero ví parada ante ella una mujer joven y de belleza fulminantemente su

gestiva que irradiaba entre el casi desaliño de un vestido de pobreza discreta. Tal fué la impresión, que me detuve —a pretexto de ver la exhibición— cerca de ella.

Y ella miraba los mil cachivaches, con esa mirada como de codicia e indiferencia, mirada vagabunda con que mira el menesteroso las cosas que le veda su escasez; recorriéndolas todas sin detenerse en ninguna; pero dándoles en su fantasía o en su recuerdo una aplicación ideal a cada una si la tuviera suya. En tanto yo la miraba con codicia y haciendo también quién sabe cuántas groseras aplicaciones de sus formas y sus caricias, de mis egoísmos y mis lujurias.

La mujer adivina si la mira un hombre. Siente el efluvio dominante.

La comunicación mental se estableció, y ella me miró de soslayo, en primera inquisición. Era el instante: la miré con desenfado, y quizá puse en esa mirada toda la carga de esa amalgama de bestiales apetitos e infraternales falacias que para disculparnos llamamos pasiones, y que se va destilando poco a poco en los casos normales que dan más tiempo: deseo, insinuación, instancia, mentira de amor, de constancia, cinismo, audacia, humildad falsa, protección mendaz, sinceridad de pérfido, . . . qué sé yo cuánto ofrece una mirada de esas que es el primer heraldo del apetito y plenipotenciario del asalto?

Y ella leyó rápidamente todo el vulgar programa con una segunda mirada más franca que la primera, pero casi tan vaga e inexpresiva como las que seguía guiando hacia los chismes de la vidriera. Luego alargando un brazo negligentemente y separando la vista de la vitrina, posó la mano sobre la cabecita de una linda niña que estaba a su lado contemplando embobada una batita de muchos encajes que sin duda la veía como hecha en sus moldes, y envolviéndonos en esa mirada a la niña y a mí, parecióme oírle decir:

—Qué quiere usted . . . ? Míreme. Soy ya madre. ¿No me hace desmerecer esto en su empeño?

—No —(debo haberle dicho yo en otra rápida ojeada). Insisto!

. . . .Hubo toda una época de reflexión en un instante en que ella miró al suelo, luego hacia lo alto como en una imprecación, y después, mordiendo imperceptiblemente su labio inferior, corrió nuevamente como un manto su mirada para envolvernos en ella a su hija y a mí. Pero esta vez teníamos un compañero bajo el manto: era la bata; esa batita que la pequeña seguía mirando con codicia inocente.

—Este es el precio. ¿Acomoda?

—Aceptado.

—Pactado?

—Pactado.

Y la mirada entonces añadió este apólogo: — Tú eres la ocasión, yo la pobreza; mi hija el amor, la bata la tentación; yo la impotencia, tú el poderío; yo la abnegación, tú el egoísmo; ella la inocencia, nosotros la malicia tristemente experimentada; la bata un ensueño, la vitrina el mundo; mi belleza el medio, tu deseo el tirano, tu dinero el árbitro; mi sacrificio es mi paz y es tu triunfo, pero es la felicidad de mi pequeña. ¿Qué me importa? Me conocerás íntimamente, pero te desconoceré luego cumplido el pacto. ¡Vence y goza! La victoria es tuya; así lo quiere la ley de la vida. Cumple tu parte y cumpliré la mía. Pronto! Antes de que mi hija suspire

. . . .Me ví pequeño y miserable, grosero y bestia ante esa mujer que se erguía noble y heroica, amante y franca; que se embellecía más y más a cada instante con bellezas de otra vida; y que, sin pensarlo, me ponía como el guiñapo que sería más tarde la flamante batita que hoy nos servía de tentación a los tres bajo tan diversos aspectos.

—Es usted quien ha vencido. Espere —la dije en una rapidísima mirada.— Y como en fuga de vergüenza entré aceleradamente en el almacén. Pedí el precio de la prenda y lo satisface. Cuando salí, la niña apartaba triste sus miradas del objeto de su ensueño. La acaricié en su cabellera, y entonces sí, hablé de verdad a la madre en resumen bien interpretado de nuestro mudo diálogo de miradas:

—¿Señora? Puede usted llevar el vestido para su niña. Está pagado. Adios.

Y ella me dijo también muy emocionada: —Gracias, caballero... Tanta molestia....

Nos habíamos entendido. ¡Y qué armoniosamente me sonaba ese epíteto: CABALLERO....

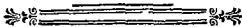
Me alejé tranquilo. Sin sonrojos ya; sin deseos. Y hasta creí que en esta última partida había sido yo el triunfador.

....¿Nos hemos vuelto a encontrar? Tal vez....

Y después de todo.... ¡Quién sabe si ella, al verme, habrá pensado: —Pero qué tonto es este tío....! Así es el mundo.

*
**

Y esos arrojos de la resaca siguieron orillando por los portales mientras el río de la civilización seguía su curso por el cauce de la calle....



La Ciudad Alegre y Confiada

....Y el extraño a esa Ciudad que en ella entra-
re, y viere su trájín callejero, y de ella juzgare por
sus bulevares, sus almacenes, sus bazares, sus ve-
hículos de lujo, sus clubes y sus saraos, sus fiestas y
sus músicas, sus teatros y paseos, sus bares y sus ho-
teles; ocupado todo, a toda hora, por gentes de ros-
tros festivos o frívolos; y oyere los charloteos anima-
dos y chacoteros, y observare las calidades y capri-
chos de las telas, aromas y tocados de que cada pa-
seante parece una *réclame*; y el esmerado llevar de
los atavíos y el estímulo de rivalidad que revelan; y
mirare hasta por las abiertas persianas de altos y ba-
jos balcones los rítmicos contoneos del baile y el fre-
cuente obsequio de sorbetes y golosinas a los invita-
dos; y fuere forzado a ceñirse a largos e intermitentes
ocios que le dijeren obligatorios; y viere que más se
huelga que se trabaja en ella. se creería trans-
portado como un Tartarín a una vida ideal, irreal, de
ensueño o de leyenda; a la genuina ciudad soñada por
Benavente: a la Ciudad Alegre y Confiada por con-
vicción de su dicha.

Y si —intimando más con ella— experimentare
que sin hacer fanfarronería, el conocido obsequia al
conocido con quien coincide en los establecimientos

de consumos, porque es cánon de urbanidad en ella entre señores *desprendidos*; y que sin esfuerzo ni gala se bebe y se convida de lo más caro, precisamente porque lo es, y se es espléndido como un gascón en los tributos de social etiqueta.

Y si mirare ante los mostradores de lujo y fantasía alineadas ante sus bordes a displicentes damas y lagoteras mocillas, a descocadas cocotas y a bien trajeadas menestralas, igualadas todas ante ese rígido nivel e impasible talla del mostrador, por la igual ostentación y solapada competencia. Y si viera que a contrapunto —el expendedor sirviendo de audifono— la disfrazada maritornes clamorea la preferencia en el despacho, pidiendo con recalcos las prendas más costosas y más en moda, para que todo lo oigan las vecinas damas y fregonas de la misma fila... creería no estar despierto o creería que en esa Villa dejó su lámpara Aladino, y que el solo pobre y preocupado es él, el espectador de esa película en corpóreo desarrollo.

Y creería loco o lúgubre iluminado al que a sus oídos se acercara y con la mano puesta en la entraña de la sinceridad le dijera:

—Mentira! Son los fingidos días de la última Roma...! Son las postreras horas de Pompeya...! Observa; penetra más: Es el carácter hijo de la educación, del ejemplo, del ambiente, de... ¿quién sabe qué? Es la república deslayada, es la educación moral y cívica aderezada en casa.

—Estudia el fenómeno: son los extremos que tanjen. Es el rictus de sonrisa del suicida; es el *sans souci* involuntario del que va a ajusticiarse; es la mueca similirrisa del dolor inexpresso; es el despilfarro del exhausto; es la largueza del despechado, el derroche del ebrío, del jugador o del suicida que arroja sus últimas monedas al río si no acierta a cruzarse con un polizonte o con un mendigo.

—Fíjate: es la última noche de los girondinos hecha programa de vida hasta que la luz haga ver la guillotina....

Hoy comamos y bebamos, que mañana moriremos! Es el lema y jaculatoria que en secreto titilan esas lenguas inquietas por la parla, esos labios colorados que sonríen, esos corazones que se engañan, esos cerebros que se aturden.

Hoy comamos y bebamos. Mañana.... seguirá el sainete, si no es el día del drama.

La oración ha perdido su virtud. Nadie responde al Pan Nuestro dánosle hoy, Señor.... Quien no lo arrebatara no lo comerá; al que no lo arrebató, nadie lo indemnizará; y el que desmaye, finja; y cuando se canse, muera, que ya los oídos están atrofiados para los ayes....

La proximidad fué un inventado título de semiparentesco muy primitivo; cuando éramos menos o estábamos más desparramados en el haz de la tierra.

Hoy somos demasiados, y hasta los lazos sanguíneos y voluntarios tienen sus restricciones, tienen sus límites, tienen sus reparos y sus cortesías. Cada uno para sí y nadie para nadie.

—Observa: Entra más. ¿Ves? En ese hogar no se ha comido hoy; pero de allí salen dos elegantes.

Esta damita que sale de la tienda no ha pagado la mercancía. ¿Quién sabe?

Aquella, recibió el dinero allá; viene a invertirlo aquí. ¿Por qué?

¿Oyes? En ese aposento se diserta sobre el suicidio. En el otro hay riña. En aquél, sollozos, consejos, reproches.... Allá, suspiros, réplicas, conjuros, malhayas.

Acá no hay cacerolas ni hay fuego; pero hay unas perchas con algunas ropas; hay un maltrecho peinador lleno de botes y chucherías; no hay lecho, no hay planchas, no hay agujas; hay chales y sombre-

ros; hay un piano, dos espejos, revistas de modas, pa-
peletas de retroventas; polvos, lociones, velos, mu-
chas horquillas y carmín; bastones, corbatas, smo-
king.

—Mira: Parece un corso permanente: A paso
de revista van los autos lujosos; todos ocupados.
¿Quién es ese? El estafador de ayer. Aún no ha si-
do descubierto. Ríe....

¿Esa?.... La de mañana... La de hoy... ¿Quién
sabe?

¿Este? El jugador de anoche.

¿Aquél? El suicida de más tarde.

—Quita allá, loco! ¡No es posible! Aquí todo
es gozo, confianza, indiferencia, despreocupación,
broma, abundancia y bienestar. ¿Oyes? Una bella
jovencita canta. ¿Qué dice?

«Corramos locamente
tras la alegría, tras el placer.
La vida es corta;
y sólo importa.
Pasarla bien!»

—Ah! Es un tango: Expresión del alma actual.

¿Ves? Déjame conocer de cerca a la genuina
Ciudad Alegre y Confiada.

—No lo creas ... Son las horas postreras de
Pompeya. El Vesubio ruge.... La ceniza obscure-
ce el cielo.... El suelo vibra....

—¿Sí? Pues bebamos y comamos, que mañana
moriremos!

EL BARCO MUNDO

Discurso de clausura de la Velada Solemne que el Comité de la Bandera de la Paz y de la Raza ofreció el 2 de Agosto de 1933, en la Universidad, bajo la Presidencia de la señora doña Rosa Borja de Icaza, Madrina de la Bandera en Guayaquil, por elección del Comité Central de Montevideo, y Presidente del Centro de Estudios Literarios de la Universidad, auspiciador de dicha fiesta, conmemorativa también del descubrimiento de América.

Señores:

Un acto tan simbólicamente consagrado al más hermoso de los ideales, debe ser clausurado con llave de oro. Mas, como por exigencias de ritualidad y protocolo, ha correspondido esta vez tal ceremonia a un incompetente Secretario, que sólo por benévolo compañerismo lo es de tan brillante Cenáculo, antes de que mi desaliñada palabra vaya a suplicar vuestra disculpa, he de implorar a la encarnada Musa tutelar que nos inspira y preside como Directora del Centro de Estudios Literarios y triunfante Madrina de la

Bandera de la Raza, sé digne poner un instante en mis rudas manos la joyesca llave con que ella abrió este día glorioso, llave creada con el oro purísimo de su intelecto y modelada en la forma exquisita de su expresión magnífica. Clausurado así el día, mi palabra no aparecerá osada de alternar con las apolíneas voces que en este girón del Olimpo habéis oído de los inspirados liridas hijos del Estro.

TESIS.

Nosotros vamos al Amor, al Bien, a la Armonía. Vivientes que flotáis en el enigma infinito, un mástil augusto que ven todos los ojos, conduce vuestro navío al través del abismo, ¡ Jesús abre sus brazos sobre el crucero sublime de ese mástil misterioso..... **VICTOR HUGO.**

Tres pequeñas y viejas barcas zarpaban el 3 de Agosto de 1492 del humilde puerto de Palos de Moguer, poblacho de pescadores que, agrupados en la playa, entre curiosos e incrédulos, estupefactos o burlescos, fueron el todo público que presenció la partida hacia la aventura más audaz que anotaría la historia de la humanidad hasta aquí. Tres grupos de marineros rudos e ignorantes, supersticiosos e indecisos, las tripulaban, sin saber la ruta que iban a seguir ni el puerto a que habrían de arribar. Sólo los tres pilotos presumían confusamente un enigmático propósito. Al mando y responsabilidad de la flotilla y el intento iba un televidente, un iluminado, un obseso hasta entonces, un loco, quizá, que había osado discutir con los sabios las Divinas Escrituras; que se atrevía a forzar las vedativas Columnas de Hércules, hitos del

fin de la tierra; a presumir que ésta era esférica; que exigía el contrapeso de otra enorme masa como la conocida hasta entonces, y que las aguas del Mar Océano no se desbordaban como del tazón de una pila o los barrancos de una catarata, a perderse en los espacios infinitos.

Audacia, más que audacia de reto y desafío a la Ciencia, a la Fe, a Dios mismo. Audacia más sorprendente que la del mito de Theseo. Audacia que habría de ser matriz de otras muchas que al través de 5 siglos se sucederían sin dejar, a pesar de su grandeza y del mundo todo por testigo, el surco que todavía marcan en las olas del Atlante las quillas de esas tres humildes carabelas.....

Retrovivamos un instante en esa época de ignorancia del medio-evo, de esa carencia o rudimentalidad de medios, de ese ambiente de torpeza en que el mundo dormitaba, bajo las pesadillas del feudalismo o los ensueños de las supersticiones, y la intuición de ese raro soñador se agranda y sobrepasa la del hoy ya familiar viaje a la estrato-esfera, la vulgar inmersión del submarino, el diario surcamiento del éter, y el anunciado viaje mismo del auto-impulsor a Marte.

En este siglo de lo asombroso, en que ya nada nos asombra, la audacia de Colón asombra todavía!

Los mundos, como que son organismos, tienen también sus sueños y sus vigiliat: tras de cada dilatada muerte aparente, en que nueva vida se ordena y organiza en sus entrañas, cada despertar es a una nueva faz de su progreso. La Geología nos revela estos sueños y despertares sucesivos. Así también su animancia pobladora se sujeta a metamorfosis perfectibles, y, como ella, la falange más noble, la humana, tiene, en lo moral como en lo físico, sus mutaciones, sus recesos y períodos de aparente inercia en los que, como en los pralayas y mahnvántaras de Brahma, en la Teosofía oriental, goza el subcons-

ciente en su Nirvana, mientras en su Bema espiritual se elaboran los gérmenes de su futura perfección. El medio-evo fue uno de éstos —para tomar el más cercano y definido—: La humanidad, llegada a punto de prepararse para una civilización más espiritual y más rápida, reposaba su intelecto y su espíritu mientras se despojaba de la ferocidad ancestral de la piel y de la jabalina, del basto y de la piedra. Ella parecía sumida en la ignorancia y la paz de inercia; pero las semillas de la nueva siembra, los misioneros de la nueva cruzada, velaban en los claustros y las criptas, preparándose y preparando los nuevos elementos. Afuera, la superstición, la nesciencia; en lo oculto la iniciación, la investigación, las nuevas disciplinas.

Los espiritualistas dicen que cada astro tiene en cada evolución un Espíritu tutelar que lo rige; y cuando éste y sus huestes escuchan la hora del FIAT de los inescrutables designios, suscitan al heraldo, al misionero espíritu superior que ha de ir a encarnarse en la especie, junto con sus auxiliares en la obra, para sacrificarse en la nueva redención y el nuevo avance. Así vino quizá el legendario Noé a su misión de repoblación tras un gran fenómeno meteorológico, astronómico o plutónico. Así Moisés, en su obra de fuerza, de liberación y de conquista, preparatoria también del próximo Enviado. Así, por fin, Jesús de Galilea, el más amable de los heraldos, que trajo para la nueva humanidad la nueva ley de «Amamos los unos a los otros», derogatoria de la anterior que ya dejaba de ser justa bajo los nuevos conceptos: «Ojo por ojo, diente por diente».

Amaos los unos a los otros..... Sabia y consoladora ley bajo la cual todavía vive en lucha la humanidad rebelde y reacia, si bien ya no bajo los odios de razas y religiones, sí bajo el de las codicias, de los intereses y la expansión, para el dominio y la

explotación del hombre por el hombre. Pero esa es la ley, y ella será, se impondrá y dará sus frutos de nueva redención, para finar otra etapa y comenzar la nueva: que las jornadas son seculares en la vida del mundo. Y con el Amor por lema y la Cruz por signo, en que murió el Misionero, la conquista del nuevo Credo recorrió el mundo conocido, y aunque entre errores y horrores de su mismo postulado, y aunque desobedecida pero no negada como buena, ella medra por todo el mundo ya: Las luces ocultas y silentes del medio-evo salieron del esoterismo y del misterio a iluminar las mentes, a alumbrar los nuevos rumbos a los hombres, y proyectando un poderoso rayo fue a conmover la mente de un nuevo Enviado, (que ya había venido desde un pobre puerto pescador de Génova, a otro portucho pescador, de Palos de Moguer), para diseñarle en su foco la silueta de un nuevo Continente, en donde el mundo había guardado sus reservas de humanidad y de inocencia, para en esotro nuevo mundo incrementar la nueva Ley. Y Colón surgió: De humilde origen como su predecesor: si el uno dictó su ley a medio mundo, éste iba a descubrir el otro medio para propagarla; si el uno fue el redentor de Oriente, éste iba a redimir el Occidente. «Amaos los unos a los otros; uníos los unos a los otros», era el dístico de los pendones del segundo; uníos bajo una sola bandera, bajo una lengua, bajo una fe, en una raza El pesebre de Belém y el Puerto de Palos.! Qué orígenes más humildes tuvieron las más grandes reformas! Humildes pescadores formaron el apostolado conquistador del uno; humildes marineros los compañeros de misión del otro; tres sabios iniciados Magos fueron los videntes que al uno llegaron a rendirle pleitesía, guiados por los astros; tres iluminados timoneles guiarían bajo los mismos astros las tres naves de la nueva conquista y redención, portadoras de la

nueva ley. Entre el silencio, el asombro, la superstición y la ignorancia de unos pocos pastores germina en Belem la misión del otro Enviado; entre el asombro, la ignorancia y la superstición de unos pocos pescadores se inicia la sin par aventura de estotro visionario, que iba nada menos que a darle nueva forma al mundo, y que en sus banderas y velamen llevaba como signo la Cruz en que murió su antecesor; y como él también habría de morir mártir, encadenado en una mazmorra, abrumado de ingratitud, desconocido y negado por sus mismos favoritos..... Así pasan los misioneros, pero así perduran sus reformas!

.....Al hacer este simil, la correlación de ideas nos lleva a otro que, lamentablemente, son muy raras las veces que se considera en esta etapa de absorbente positivismo en que ya no basta la luz del sol para el afán; en que la humanidad abandona la visión del firmamento, dejando a sólo los astrónomos el cuidado de mirar el rumbo de nuestro barco, y en que la mente obsesada por los cálculos del negocio y la búsqueda del metal, no tiene un instante para detenerse y preguntar su razón de sér: ¿Qué soy, para qué soy, hacia dónde voy, de dónde vengo? Oh, Genio de Colón, que en estos momentos nos presides, pues que millones de almas te evocan este día en la América que nos diste! Oh, tú, marino sin par que hallaste la estiva al barco Mundo que hasta entonces parecía navegar sin contrapeso y contra toda ley en el inmenso mar del éter sin riberas: ven a guiarnos en este viaje mental que nosotros vamos a intentar en nuestro barco mundo!

.....Si Colón encontró la ruta hacia las ignotas riberas del Caribe, ¿cuándo vendrá el nuevo Genio que nos diga el rumbo que lleva nuestro barco Mundo, y nos dé la nueva ley cuya bandera hemos de elevar al arribar al puerto? Fantástico viaje también el que la humanidad hace adherida a este gran

proyector Tierra, por los espacios inmedibles, sabe Dios con qué rumbos en este buque-escuela! El Progreso se dice hoy tu dueño: ¿Serán él y sus ciencias los que manejan el barco, los que lo impelen con sus remos y lo llevan por seguros derroteros al puerto ignoto de la Perfección? Millones de sombras vagan por sus bordas, evocadas por estas preguntas. Sus corifeos las presiden: Budha, Zoroastro, Hermes, Moisés, Sócrates, Aristóteles, Pitágoras, Copérnico, Galileo, Bruno, Descartes, Huigens, Newton y hasta el mismo Colón que, ayer no más, tuvo la osadía de presumir que nuestro barco era esférico. Y tras de ellos y otras magestuosas sombras, se agrupan a escuchar, con expresión de pena, las ya emancipadas almas de aquellos que anegaron en sangre la cubierta, bajo el manto de las Cruzadas y la Santa Inquisición; en la penumbra de la noche de San Bartolomé; en Roma, en la Galia, en la Hesperia, en Oriente y Occidente; en los circos; bajo la guillotina; bajo el hacha; en la hoguera, en las aras, en las ergástulas, bajo todos los fanatismos y pretextos llamados razones; bajo la jabalina, la lanza, la honda o la cimitarra; bajo Moisés y Mahoma; bajo Genghis, Nabuco o Saladino, bajo todos los audaces hijos de la aventura que se han arrebatado o pretendido el mando con millares de banderas que se enarbolaron ofreciendo venturanzas, desde las de Gedeón y Josué a las de Sesostris y Alejandro; de las esterilizantes huestes atilanas a las triunfales águilas de Roma y Bonaparte, que proclamando la soberana conquista de los Derechos del Hombre, logró arropar al mundo con su bandera de redención: Libertad, Igualdad, Fraternidad..... Ilusión..... ilusión..... Brotes de algo que late en el arcano anímico, pero que se malogra al concretarse en fruto, porque el tiempo de la mies no ha llegado todavía. Anhelos, pergeños, ensueños, presentimientos de lo que tendrá que ser. Ansias de re-

generación latente, invívita pero inexpressa; porque la criatura perfectible, así como en lo fisiológico fue perdiendo la cola rudimentaria y la prehensibilidad del pie, la pelambre y el pabellón auricular movable, perderá lenta pero progresivamente los instintos ancestrales de su semibestial origen, el de la guerra incluso.

Navegue entre tanto nuestro buque de insurgentes, buque fantasma, de origen desconocido; barco que rota en el negrísimo mar del éter sin riberas, en viaje más inquietante y misterioso que el del audaz Colón. ¿Quién es su capitán, cuál su piloto? Quién rige sus máquinas maravillosas invisibles, de tan múltiples funciones y efectos? Buque pirata, sin documentos de procedencia, sin carta de rumbo, sin guía de destino a puerto alguno; buque naufrago, buque al garete, buque sin nombre. ¿Cuándo, dónde y para qué empezó a viajar? En dónde tomó sus viajes? Qué propósito lleva; quién es su armador, quién su consignatario? Misterio. misterio. Sus mismos tripulantes ignoran todo: Hace tanto tiempo que navegan y tantas generaciones se han sucedido guardando el mismo secreto o la misma ignorancia.! Otros buques andan en ese mismo mare-magnum, conservando desde tiempos inaverguables las mismas distancias infranqueables por ningún medio.! No podemos comunicarnos. Quizá alguno de ellos pudiera decirnos algo respecto al nuestro. Pero, por lo visto, van como éste: hacia la constelación de Hércules. Es todo lo que han podido averiguar —dicen— y esto sin certeza, los que a tesón de siglos de mirar al cielo se llaman prácticos en esas investigaciones. ¿Será ese el puerto final? De escala? De arribada a la deriva? ¿Será tranquila nuestra entrada? Encallaremos? ¡Oh, piloto, en dónde estás? Que somos insurrectos, no hay duda, pues aquí se erige en jefe el que puede. Mu-

chos se han sucedido en el mando de los amotinados: en el gobierno del buque, nadie: ese es el misterio. Los patriarcados, los reinos e imperios, el sacerdocio, las religiones, la conquista, el feudalismo, la guerra, el derecho, la civilización, han impuesto sus decretos y desvíos y sus ministros y secuaces. Legislaciones; pactos, doctrinas, armas, éxitos, errores, razas, y hasta siervos disfrazados de profetas y sacerdotes, de maestros y redentores, se han llamado Filosofía y Razón para servir a sus caudillos. Y avances hemos llamado todo bajo el cetro de los «Conductores de Hombres» en nuestro barco. Desde el supuesto Adán a los patriarcas, de éstos a los reyes, a los caudillos, a los iluminados, a los jueces, a los conquistadores, a los faraones, kanes, emperadores, tiranos, sultanes, czares, césares y presidentes de las modernas nacionalidades, todo lo hemos ensayado, y no es gran cosa lo que hasta aquí dice nuestro diario de viaje, bajo los mil credos, programas y pretextos, desde la primitiva ley del CRESCITE, al Decálogo sinaico, a los Vedas, a los Kings, al Zend-Avesta, a la Biblia, al Corán; del gobierno natural del patriarca al de la tribu, al del clan, de la horda, de la casta, de la nación, de la patria. Del hombre unívoro, quizá herbívoro o antropófago, desnudo y libre, al omnívoro, vestido, civilizado y esclavo. Qué rumbos fijos te dieron tu enigmático Adán, tu Noé el ignoto, que dizque tomó el mando después de una tormenta que diezmó a la tropa y puso en peligro nuestro barco; Moisés, el que quiso imponernos un plagio y una raza elegida bajo el pretexto del Dios que todas las guerras invocan. Qué Atila, qué Jerjes, qué Ramses, Ciro, Genghis-khan, Alejandro, Omar, Barbarroja, Carlomagno, Saladino, Augusto, Napoleón, Guillermo Hohenzollern, Wilson..... Dónde están, en qué sitio lucen los tesoros, los botines que hemos obtenido de nuestras hecatombes, las disciplinas siquiera bajo

el innúmero desfile de banderas de delirios del patriarcado, del caudillaje, del arcontado, del juezalato, de la demagogia, del feudalismo, de las aristocracias, plutocracias, teocracias y democracias?

Pocos siglos hace que alcanzó el lauro el vigoroso Progreso, materialista embaucador que hoy domina a las soñadoras gentes de este barco de locos. Le creen un taumaturgo, porque como hábil jugador de manos transforma los mismos chismes y tiene en movimiento continuo su escenario de maquinismos; pero el hastío o la desilusión, la ignorancia o la malicia de esta inquieta y tornadiza gente, comenzó a germinar desde que lo exaltó. Y ese descontento se hizo rumor, y ese rumor murmullo; el murmullo, protesta; la protesta, rugido; y ese rugido estalló en la más colérica y feroz, inhumana y primitiva de las guerras; en la más gigantesca y egoísta que el mundo presenció; y la tripulación de este fatal barco probó una vez más que nada había adelantado bajo el gobierno de este Progreso; que el hombre era el mismo de la edad de piedra, y que el ingenio de la experiencia sólo le había servido para hacer más eficaces los medios del fratricidio; que en el fondo de los pulidos aceros se reflejaba la misma quijada de asno del primer asesinato, sólo que en más cobardes y terribles metamorfosis; que en nada se había aliviado la pena del trabajo; que ni un dolor se había suprimido, ni un afecto ganado, ni una pasión olvidado; que el hambre, el egoísmo y la miseria revestían mil formas más exigentes y miserables en la aglomeración asociada y legislada; y que, como al principio, y más penosamente que al principio, si antes el hombre tenía que luchar brazo a brazo con la bestia para arrancarle la piel con qué cubrir la suya, hoy tiene que luchar con el hombre y con la máquina; hoy tiene que hundirse en el corazón de la bola para arrancarle los negros pedazos de entrañas o la negra y oleosa linfa con que el Progreso fo-

menta las hornillas; y que el Progreso, y en su nombre mil tiranos más: el capital, las industrias, el comercio, la civilización, los gobiernos, le obligan a retostarse la piel en los antros, a asfixiarse bajo los mares, a estrellarse contra las rocas, a dejar sus miembros en las usinas, a irruir la atmósfera, a renunciar afectos, a hacerse máquina, a desdeñar la vida, a morir como un escarabajo, sin más galardón ni recuerdo que esta desesperante sentencia, resumen de sus conclusiones y triunfos: «El hombre es un accidente».

El farsante Progreso va a caer en sus propias trampas, y sus mismas hechuras van contra él: los decepcionados han puesto la dinamita bajo el decorado: medio escenario, Europa y Asia quedaron en escombros pregonando lo fantasmagórico y deleznable de sus obras. Dios salve el resto! Salva, Colón, tu medio mundo o surja del Atlante un Continente nuevo!

Los amotinados corren en todas direcciones recogiendo prosélitos, y en este buque insurgente toda violencia los adquiere pronto: Anarquistas, nihilistas, comunistas, terroristas, marximalistas, bolcheviques, corren, teas y bombas en manos, dando mueras al apócrito y embaucador Comercio disfrazado de Progreso, y proclamando el imperio de la igualdad por el retroceso, la igualdad imposible en este mundo que no soporta una recta igualitaria en su cubierta, pues por algo es redondo. El tumulto no llega aún a invadir las partes mayores y fortificadas de la nave; pero se le oye terrible, como la ola que avanza En el puente se alzan otros paladines adictos al Progreso, recientes triunfadores en el último motín. Un hijo de América la nueva se puso a la cabeza y proclamó sus Catorce Postulados. Aquí y allá surgen flamantes legionarios, corifeos, adalides: Lenine, Stalin, Mussolini, Hittler y sus huestes los acla-

el innúmero desfile de banderas de delirios del patriarcado, del caudillaje, del arcontado, del juezalato, de la demagogia, del feudalismo, de las aristocracias, plutocracias, teocracias y democracias?

Pocos siglos hace que alcanzó el lauro el vigoroso Progreso, materialista embaucador que hoy domina a las soñadoras gentes de este barco de locos. Le creen un taumaturgo, porque como hábil jugador de manos transforma los mismos chismes y tiene en movimiento continuo su escenario de maquinismos; pero el hastío o la desilusión, la ignorancia o la malicia de esta inquieta y tornadiza gente, comenzó a germinar desde que lo exaltó. Y ese descontento se hizo rumor, y ese rumor murmullo; el murmullo, protesta; la protesta, rugido; y ese rugido estalló en la más colérica y feroz, inhumana y primitiva de las guerras; en la más gigantesca y egoísta que el mundo presenció; y la tripulación de este fatal barco probó una vez más que nada había adelantado bajo el gobierno de este Progreso; que el hombre era el mismo de la edad de piedra, y que el ingenio de la experiencia sólo le había servido para hacer más eficaces los medios del fratricidio; que en el fondo de los pulidos aceros se reflejaba la misma quijada de asno del primer asesinato, sólo que en más cobardes y terribles metamorfosis; que en nada se había aliviado la pena del trabajo; que ni un dolor se había suprimido, ni un afecto ganado, ni una pasión olvidado; que el hambre, el egoísmo y la miseria revestían mil formas más exigentes y miserables en la aglomeración asociada y legislada; y que, como al principio, y más penosamente que al principio, si antes el hombre tenía que luchar brazo a brazo con la bestia para arrancarle la piel con qué cubrir la suya, hoy tiene que luchar con el hombre y con la máquina; hoy tiene que hundirse en el corazón de la bola para arrancarle los negros pedazos de entrañas o la negra y oleosa linfa con que el Progreso fo-

menta las hornillas; y que el Progreso, y en su nombre mil tiranos más: el capital, las industrias, el comercio, la civilización, los gobiernos, le obligan a retostarse la piel en los antros, a asfixiarse bajo los mares, a estrellarse contra las rocas, a dejar sus miembros en las usinas, a irruir la atmósfera, a renunciar afectos, a hacerse máquina, a desdeñar la vida, a morir como un escarabajo, sin más galardón ni recuerdo que esta desesperante sentencia, resumen de sus conclusiones y triunfos: «El hombre es un accidente».

El farsante Progreso va a caer en sus propias trampas, y sus mismas hechuras van contra él: los decepcionados han puesto la dinamita bajo el decorado: medio escenario, Europa y Asia quedaron en escombros pregonando lo fantasmagórico y deleznable de sus obras. Dios salve el resto! Salva, Colón, tu medio mundo o surja del Atlante un Continente nuevo!

Los amotinados corren en todas direcciones recogiendo prosélitos, y en este buque insurgente toda violencia los adquiere pronto: Anarquistas, nihilistas, comunistas, terroristas, marximalistas, bolcheviques, corren, teas y bombas en manos, dando mueras al apócrito y embaucador Comercio disfrazado de Progreso, y proclamando el imperio de la igualdad por el retroceso, la igualdad imposible en este mundo que no soporta una recta igualitaria en su cubierta, pues por algo es redondo. El tumulto no llega aún a invadir las partes mayores y fortificadas de la nave; pero se le oye terrible, como la ola que avanza En el puente se alzan otros paladines adictos al Progreso, recientes triunfadores en el último motín. Un hijo de América la nueva se puso a la cabeza y proclamó sus Catorce Postulados. Aquí y allá surgen flamantes legionarios, corifeos, adalides: Lenine, Stalin, Mussolini, Hittler y sus huestes los aclamaban.

an árbitros de los destinos del mundo! Es mucho decir Y Dios no ríe?

Nuevas banderas se alzan, brindando el régimen de la democracia universal; de la equidad por la fuerza; del desarme paradójico de armas ocultas; de la unión de las naciones en familia, bajo fronteras bien guardadas.... Otros sueños y treguas que ojalá duren para navegar tranquilos un tiempo más, tras la horrenda turbonada. Pero todas flotan combatidas entre las de Libertad, Igualdad y Fraternidad del espresstigiado régimen.

.....¿Por qué fué el tumulto? se preguntan. ¿Alacances o ingenuas las mismas falanges que lo promovieron .. Dicen que la política..... dicen que la superproducción..... dicen que las máquinas..... que los mismos excesos secuaces del progreso fueron los autores de esa horrenda carnicería que hizo crujir al barco en sus cuadernas; que ha hecho correr oleadas de sangre humana en su cubierta y por sus flancos; que ha dejado en el mar éter una estela rojiza y negra de humo de incendio, de vapor de sangre, y a su paso ha hecho crispas de horror a los otros mundos, con su enorme alarido de mundo enfermo; que ha llenado su sentina con cadáveres, y de espanto y odio, de lágrimas y penurias a los inocentes o imparciales. Y al tumulto recién acallado sucede el de los que piden el cruxificit del Progreso apócrifo, del audaz embaucador, del falso profeta que ha tomado el nombre del que está por venir. Proclaman la reforma. Otra, después de tántas estériles y que pedirá más víctimas y más rencores en este barco en que Cristo se dejó crucificar por enseñarnos el «Amaos los unos a los otros!»

Ascendemos? Descendemos? Llegamos? A vosotros os toca respondernos, paladines de la nueva faz. El tiempo dirá si fuísteis enviados o soñadores también; si os echásteis sobre los hombros, antes de

tomar pasaje en este barco anónimo mayor equipo del que podáis, y si trajisteis suficiente acopio de facultades y potencias para redentores y no acabar tristemente clavados en la picota, como tantos predecesores. Avanzamos? Los millones de muertos preguntan a estas horas por qué murieron. Llegamos? Traéis vosotros la carta de rumbo? Mirad que nuestro viejo barco sufre graves accidentes ya. Véis? El hielo polar nos invade por popa y proa, nos roba suelo, y la tripulación crece, a pesar de estos diezmos. La multitud se repliega contra el entrepuente, y más terribles y frecuentes serán los motines mientras más se densifique y apretuje.!

Inspíranos, sereno Almirante de las tres carabelas del más audaz de los viajes! Oh, buque fantasma, cuál es tu destino? No pareces sino un buque-presidio en el que hubieran embarcado los desechos heterogéneos de mundos superiores, para arrojarlo al azar, sin piloto ni brújula, en el mar negro y sin orillas del éter.!

Viejo barco que vas hacia la constelación de Hércules con tu colonia de presidiarios amotinados y sin concierto, bogando con invisibles máquinas en el negro mar del éter sin lontananzas! En dónde está tu puerto de descanso y paz, de abundancia y dicha? Estuvo en el de partida? Es en el de arribada? Progresas? Físicamente amenguas, caducas, te estrechas, te agotas, te extingues; el frío y la vejez te invaden.—Decae también tu raza?—No lo parece.—Lo afirmas?—El Eclesiastés dijo: «No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después».—Vamos hacia Hércules?—Así parece. Es ese nuestro puerto?—Es otra flota. . . .—Ingresaremos en ella?—Dios lo sabe. . . .—Allí estará la nueva evolución?—Quizá. . . .

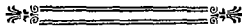
Nada sabemos. Pero de punto en punto, en nuestro barco van surgiendo, como fuegos fatuos, las llamaradas de la bíblica zarza de Horeb, señales de alianza entre Dios y su pueblo. PAZ, PAZ, PAZ, es la invocación, de ámbito en ámbito: aun bajo los falaces pactos internacionales; bajo las rudezas de las nuevas teorías; bajo los rigores de las nuevas reivindicaciones; bajo el grito de guerra mismo, es paz y paz el anhelo inexpresso; y la intuición nos dice en voz leda e íntima en el fondo de nuestras blasfemias mismas, que paz es nuestra ley final, y que sólo cuando ella impere y su bandera se ice en todo el mundo, la humanidad habrá cumplido su destino, y sólo entonces tendrá el hombre derecho a llamarse humano; entonces se habrá regenerado el precito encarnado en el barro de la expiación; que la tara que trajo de previda se ha extinguido en su perfeccionamiento, por su propio esfuerzo, como se extinguió su rudimento de cola: porque si el instinto de guerra es estigma atávico, la paz es su extinción consciente. Que así como a la flota de Colón vino una ave marina a anunciarle la proximidad del puerto, la paloma que voló del Arca al comienzo de la actual etapa, volverá a nuestro barco trayendo la oliva de paz, cuando nuestra arribada se avvicine. Ved hoy mismo cuántas naciones han elevado esta Bandera, entre cánticos de amor y por tan selectas manos. Y es América, tu hija, Colón, la que en paz descubriste y con la Cruz de tu predecesor conquistaste, la que hoy rinde con creces los frutos de esa paz, triplicada la cruz ante ese nuevo sol de redención que se alza en el blanquísimo cielo de la paz sin nubes... ..! (1).

..... El turbión ha pasado: Boguemos; que una premonición... dice que al llegar a ese puerto ignoto, la Bandera de la Paz será la que nuestro barco

11).—La Bandera de la Paz tiene tres cruces.

lleve al tope en todos sus mástiles! Y así como de la cofa de una de tus naves, Colón, surgió el saludo triunfal de ¡Tierra!, en el nuestro volverá a resonar la consigna ineludible que ha de cumplirse en la era que vivimos, como resonó en Belém de Judá, cuando tu predecesor llegó a conquistar el otro medio mundo: «Gloria a Dios en las Alturas, y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad»

Nosotros vamos al Amor, al Bien, a la Armonía. Vivientes que flotáis en el enigma infinito: un mástil augusto que todos los ojos ven, conduce vuestro navio al través del abismo, ¡ Jesús abre sus brazos sobre la envergadura sublime de ese mástil misterioso.....!



Mi amigo el loco

El trajín de hablar con los llamados cuerdos, aburre: Ocioso canje de ideas sabidas.... Convenciones, engaños, caretas.

Me he hecho amigo de un loco ex-erudito. Me place ir a visitarle en sus días de asueto.

Voy a ver si los locos guardan algo viejo en su alacena mental; algo inédito quizá; o algo—por viejo y olvidado— nuevo.

Y tal vez algo propio. ¿Por qué no? No afirman que los locos son anormales y los genios también?

Pues locos y genios van por la misma vía. Sólo que unos van a las celdas, por falta de suerte; y otros a los pedestales, tal vez por sobra de ella.

Mi loco discurre como un filósofo; así como hay filósofos que discurren como locos.

El fuerte de mi loco es discurrir. Y yo procuro en mis visitas coincidir con sus lucideces.... o sus crisis.

Las buenas monjitas que lo oyen siempre hablar del alma, creen que se ha hecho loco por averiguar tanto sobre ella.

¡Qué necedad! Los sesudos, los de cerebro claro y fuerte, han obscurecido tanto las más claras y sencillas verdades, las observaciones accesibles a la primitiva humanidad, que han hecho un laberinto de

un abecedario, y ahora vuelven locos a los que quieren colocarlo en orden para recordar lo primitivo y simple, lo innato, la primera y única lección de Dios, lección escrita en cada uno, sin Sinaís ni Decálogos, sin templos ni gobiernos, sin cánones ni concilios, sin ministros ni cultos, sin liturgias ni indulgencias.

Y oíd, cuerdos, lo que el loco dijo:

—«Tal vez voy a describir una vulgaridad; una sensación que experimenten a menudo ustedes, los que se llaman sensatos. Pero como otros no se han ocupado en describirla, y yo sigo el consejo de un pensador que dice que todo lo que se siente debe escribirse, por bueno, malo o trivial que parezca al autor, pues nadie sabe qué de útil pueda otro sacar de aquello, ahí va mi cuadro. . . . Pero no lo publique usted, eh?»

(Y haciendo una concha con la mano, me dijo el loco en alto secreto:)

«—Porque pudieran creerme loco. . . .

—Prometido. Venga.

«—¿Qué es esto? Hay épocas en que me siento «densificado». Quiero expresar: en que el YO íntimo —que algunos llaman el sub-consciente— se siente como envuelto en un manto espeso más que de ordinario; en una como niebla densa, oprimente, asfixiante; en esa como malla anímica que siente el que está en la altura extraordinaria o en el fondo inaccesible de algún barranco; en ese como anhelo deprimente del que espera el estallido de una tormenta tropical que ya se viene encima.

Y esto no es el peso de mi armadura de materia, no: esa cota la conozco y estoy habituado a soportarla. Mi espíritu se asfixia oprimido y embrutecido dentro de no sé qué capas o atmósfera de flúidos negros, gruesos, pesados como las aguas cienales de las

primeras épocas geológicas y prueba la sensación del neófito dentro de una escafandra de buzo.

Me siento aislado, solo en medio de toda compañía. ¡Qué cosa más ingrata y desesperante! Me veo suelto de improviso en un vacío, y cayendo... cayendo... o flotando, abandonado de todo: de Dios, de los hombres, de mis fuerzas, de mi inteligencia y voluntad; anonadado, somnolente, estúpido... ¿Serán así los prodromos de la muerte? ¿Será esto lo que sufre el que está en coma? ¿O es la etapa subsiguiente a la muerte, la que los psicólogos espiritualistas llaman el «estado de turbación»?

No tengo entonces discurso. Tengo, sí, una conciencia plena y lúcida de mi estado y lo que padezco; la conciencia de las sensaciones, la vida vegetativa y de relación, siguen; el animal vive y ejerce; es otro YO el que sufre esa especie de horrible catalepsia consciente. Esa inercia espiritual me agobia; un desaliento, una abulia, que me hace ir cayendo... cayendo impotente y sin que se me ocurra un medio de detenerme, de dar una sacudida a mi voluntad y recuperar mi albedrío, mi dominio, mi YO, que me lleva... que me lleva...

¿Atonía moral? ¿De qué procede?

Registro sinceramente, severamente mi pasado de esta existencia: Nada que a mi juicio humano sea causa de tal consecuencia. Me miro hacia adentro, sin pasión; me comparo a otros... Nó: mi conciencia no está encallecida; la creo veraz, y ella no me dice que esto sea resultado de mi culpa, actual, por lo menos.

Pero... ¿Quién ha contestado a esta mi pregunta? El YO consciente o externo? O el subconsciente o interno? Problema de estas dos almas, o de estas dos mitades de alma que llevamos! Por eso ha de ser que tanto pícaro se siente tranquilo, sin reproches.

Quiero elevar preces a Dios, y no puedo. . . . Mejor dicho: Dios? Esta idea no me expresa nada ahora: no me mueve ni a fe, ni a amor, ni a blasfemia; no me inmuta ni me espanta; ni me humilla ni me exalta, ni me sugiere. . . .

Miro al firmamento estrellado en noche apacible y silenciosa. Lo interrogo. Quiero dialogar con él. . . . Nada! Mil bagatelas corren en tropel, desbridadas, a ocupar los lugares dejados en ese rato vacíos en mi cerebro por la abstracción.

Y siempre el firmamento fué para mí un poema grandioso, inefable aunque perceptible, un himno deliciosamente reconfortante, de maravillosa estructura, cuyas estrofas diamantinas, dispersas en armonioso desorden, dicen de la Sabiduría de su Autor; porque ese poema es siempre perfecto por cualquiera de sus —al parecer— desordenadas estrofas, que se comience a leerlo.

La Naturaleza es la gran orquesta que acompaña la triunfal marcha de los mundos, y cuyas armonías siempre escuché en los torrentes, en el silencio de los bosques, en el rugido del mar, en las cumbres y los abismos, en los cataclismos como en las auroras, en los insectos y los monstruos, en la hoja que cae y el bólido que estalla, en el cráter y en la catarata, en el gemir del doliente como en el trinar del ave. Otro poema de innúmeras estrofas dispersas y congruentes.

Pues bien: en el estado anímico de que me quejo, ante el cielo y sus verberaciones, la Naturaleza y sus músicas, permanezco impasible, mudo, estúpido, como el sordo ante una orquesta, como el idiota ante un libro. Nada me dicen. Y solo allá, en el fondo, muy íntimo, algo así como la conciencia de una pena infinita. . . . lenta. . . .

. . . Ya. . . . Ya viene el recuerdo. . . . Sí. . . . Una sensación inexplicable de pena de mí mismo. . . . Sí. . . .

.... Ya vuelve el dominio Ya me recupero
Ya pasa mi crisis.... Una como gana de llorar
amargamente al recuerdo de que yo no he sido así, y
de que ahora lo soy sin culpa asignable.

¿Será esto uno de los aspectos de lo que llaman
infierno? Oh....! Y qué horrible es! ¡Mil veces
peor que el de los pseudo-cristianos.....! Peor que
los otros.....!

*
*

Y de pronto el loco, abriendo unos ojazos atóni-
tos, frenéticos; mirándome ávido, anhelante, me pre-
guntó:

—¿Me vé usted condenado? Yo estoy muerto...!

Y soltando una carcajada espeluznante, crisan-
te, tableteada, como la que oyó en su trágica agonía
Oliverio Cromwell, echó a correr, gritando:

—Los locos no lloran! No lloran! Ese es su in-
fierno! Ríen.... ríen.... Já já já jáááá....a... a....
Su rato de lucidez había terminado.

¿Sí? ¿O era que comenzaba?

Resuelvan los cuerdos.

EL GRAN SARCOFAGO

Cupio dissolvi et esse tecum.

Me gusta el cadáver bañado en sol.

Y más me consuela verle sobre la tierra, de bruces, como buscando acurrucarse en el seno de su nodriza, que embalado como un turrón en estuche de fantasía, acicalado en ceremonia, con ese continente tan discrepante y en actitud de muñeco de bizcocho, entre sedas y tules, acolchados y almohadones que no necesita ya la materia insensible.

¿Por qué hacer un triste muñeco de una estatua tan severa y elocuente? ¿Para qué sacar pomposa ceremonia de un caso tan natural, necesario y vulgar? ¿Por qué abstraer en esos almacenes de podre y vanidad, en bóvedas y sarcófagos, a ese hijo, del seno de su Madre consubstancial que lo reclamó para transmutarlo y devolver sus moléculas depuradas en su maravilloso filtro?

Boca abajo, en ademán de abrazo, de abandono, en esa posición de natural descuido del que cae fulminado, me parece más natural la muerte. Los cadáveres olientes a unturas y menjerges de farmacia, no me parecen hijos llamados hacia sí por la Natura Madre.

Mi tipo es el del caído en el campo de batalla, aunque sea en enfermedad de odio, en fiebre de lucha. ¿Qué hacer si su destino es ese en la Tierra: guerrear; si su pecado fué ese: odiar? Cayó fiel a su ley, si aquí no era sino bestia inteligente. Triste ley; pero ley. Ya no odia; allí está, buscando tu regazo depurador y benéfico, Madre Tierra. Recibe al hijo que tras el acceso de rabia y lucha ha venido a caer exhausto en tus faldas y se ha dormido. . . .

Acógelo en el suntuoso sarcófago que le tienes preparado. Prende los cirios alegres de tus soles o las suaves lámparas de lunas y de estrellas en el inmenso dombo de tu inimitable mausoleo. Despliega las cortinas polícromas de tus gasas impalpables. Suelta en el éter las inefables notas de tu silente armonio, y ordena el requiem que ha de hablar ante el Gran Padre por el hijo que ha dejado el cuerpo sobre tu ara.

Disgrégalo, depúralo, disuélvelo en la amplitud de tus elementos que son sus afines; y detén para éste, que te ha buscado, tus falanges de minúsculos obreros, los vermes, encargados por Tí de remediar el yerro de los hombres en cumplir tus leyes.

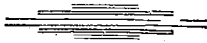
La necedad y la ignorancia de los vivos ha querido poner poesía de ternura en ese poema heroico de la muerte, cubriendo los cadáveres con flores; sacrificando miles de vidas lozanas en un búcaro de muerte. ¿Para qué? ¿Queréis poesía, poesía sublime y genuina? Dadle sol, dadle aire, amplio cielo, tierra extensa, mar profundo, cráter insondable, cima inaccesible, barranco arcano; y si no los habéis fáciles, ved que jamás un árbol negó su toldo ni yerba su felpa para su hermano en células y en destino.

Dejad a las flores en sus tallos; ellas son para alegrar la vida; son hijas del sol y del agua, el aire y la tierra. ¿Por qué las distraéis de su misión? ¿Por qué hurtáis poesía y vida a la Vida, para marchitar sus

frutos sobre la muerte, si no habréis de infundir en ella ni una sola palpitación? Ellas, sin morir, cubrirían espontáneas al cadáver sobre su lecho de tierra; pero ved que sobre el féretro mueren en protesta de vuestra estulticia y rebelión.

¿Quién canonizó esta necedad? La necedad.

La impresión más fuerte predomina y perdura; y con eso de enflorar los cadáveres se han igualado todos los actos de la vida y alegría para los que las flores están en su oficio. Hoy, para mí, el aroma neutro de las flores arrancadas me sugiere muerte; y ese ambiente tenuemente oloroso por efluvios de vida y lozanía que ya se mezclan con los acres aromas iniciales de pétalos marchitos, me queda pegado mucho tiempo al ultra-órgano olfatorio del subconsciente. Y hoy lo mismo me huelen un matrimonio, un festín, una apoteosis, un bautismo, que un entierro. ¡Oh, ignorancia! Cómo le cercenas tú misma poesía a la vida, para quejarte luego injustamente de ella!



EL NUEVO NACIMIENTO DE FLAMMARION

El gran espíritu de Camilo Flammarión acabó de librarse de su burda vestimenta de materia; de esa veste que empleada por tántos en el mundo como sonda y esponja de sensaciones materiales, fué aprovechada por él como un observatorio de su alma exquisita, cuerpo y estuche que a su vez encerró en las torres de sus observatorios astronómicos, en donde se embelesaba en la exploración y goce anticipado de la patria sin límites, que sabía era la verdadera y propicia para su alma. Hasta su nombre sugería el de algún astro.

Por eso cada uno de sus libros sobre ciencia astronómica era un himno, un canto insuperable y grandioso al Supremo Autor de esa armonía intraducta, de ese canto infinito y perenne cuyas notas son estrellas, son soles, son astros, constelaciones, sistemas y nebulosas; canto compuesto por Dios mismo para ensalzar su propia grandeza en la inmedible pauta polícroma del firmamento.

Flammarión ha sido el mejor cantor de Dios. Más sabio, más fiel y más espiritual que David y Salomón, sus psalmos y cantares no eran frases; eran hechos, eran descubrimientos, eran revelaciones traídas de esa patria soñada por todos y tenida como palacio del Hacedor maravilloso. Elevó a ese culto

templos más sugirientes, más útiles, más conquistadores y prácticos: Se llaman observatorios; y en ellos oficiaba con la unción y la fe de un levita que recibiera directamente las revelaciones de Jehová, y salía gozoso a derramarlas entre el pueblo, sin ritos ni cánones, sin conminaciones ni preceptos, llegando hasta las filas últimas con sus tablas de las leyes eternas, que modestamente llamó Astronomía Popular.

Fué el mayor profeta y el mayor apóstol, el mayor evangelista y sacerdote del Alto, haciendo poner en éxtasis y arrobos a toda alma que desde las páginas de sus libros alzara sus ojos al cielo a meditar en sus descripciones. Cada prólogo de sus libros era una creación, era un manvántara, era la más magistral reproducción de los siete simbólicos días del **In Principium**. Viendo salir de sus labios la leyenda, la imaginación le veía sembrando soles y sistemas, razas y vidas, como si con sus manos fuera regándolas y llenando los espacios inmensurables. Así se tenía idea de Dios, del Dios Padre, del Dios Bien, Vida, Razón, Causa y Seno, Legajo y Esperanza, Felicidad y Eternidad de existencia en la plenitud del Bien. Flammarión aniquiló a Satán y reconquistó en las conciencias el imperio del Dios sólo, inspirando para los avanzados la oración sencilla y profunda que reemplaza con nobleza de plegaria de hombre, la sencilla humildad del Padre Nuestro de los humildes principiantes, que Jesús el divino enseñó a su tiempo; oración que Emerson sintetizó: "Dios está en mí y yo estoy en El. El Mal no existe fuera de nosotros que somos Uno". "Somos Uno con El y El es Todo con nosotros".

Francia pierde el más grande de sus hombres. No hay otro comparable a ese gigantesco polisciente cuyo espíritu vivía en el plano mental, el mayor compatible con la naturaleza del humano terrígeno.

Ahora? Ahora goza del inefable deleite de su vida devachánica.

Quizá ha muerto verdaderamente para la Tierra y por siempre, si su amor humano sin mácula y su sed filantrópica no lo llaman a nuevo sacrificio por el bien ajeno, y en una nueva peregrinación y apostolado, regrese a este observatorio desde donde tantos secretos y verdades extrajo de la gran patria lontana y vecina al mismo tiempo, nó con la soberbia ambición de Prometeo, sino con la mansa y paciente súplica de Jesús. Otros impusieron la adoración de Dios en Espíritu y en Verdad; éste hizo la convicción de adorarlo en la Ciencia y en sus obras; en incommovibles principios de la Fe por la Evidencia.

Hace sesenta años —era Flammarión un joven de veinte— hizo ante la tumba de su maestro Allan Kardec, el modesto heraldo de la nueva Ciencia que necesariamente ha de conquistar al mundo y ha de abrir los ojos del espíritu a la revelación verdadera, los juramentos que sin una debilidad, sin un traspiés, cumplió hasta el día de su tránsito, que ha de haber sido tranquilo y risueño como el de un niño, indoloro y suave como el de la crisálida que deja el capuz.

Entonces dijo: "El Espiritismo no es una religión, sino una ciencia de la que apenas conocemos el abecedario. El tiempo de los dogmas ha concluído. La naturaleza abraza al universo, y el mismo Dios que en otras épocas fué hecho a imágen y semejanza del hombre, no puede ser considerado por la metafísica moderna más que como un Espíritu de la Naturaleza. Lo sobrenatural no existe; las manifestaciones obtenidas por los mediums, lo mismo que las del magnetismo y sonambulismo, son del orden natural y sometidas severamente a la comprobación de la experiencia. Los milagros han concluído; asistimos a la aurora de una ciencia desconocida. ¿Quién puede

prever las consecuencias a que conducirá el estudio positivo de esta nueva psicología?

“La ciencia física nos enseña que vivimos en medio de un mundo invisible para nosotros, y que no es imposible que seres igualmente invisibles vivan así mismo en la tierra, en un orden de sensaciones absolutamente diferentes del nuestro, y sin que podamos apreciar su presencia, a menos que no se nos manifiesten con hechos que entren en nuestro orden de sensaciones”. “Todo es metamorfosis. Arrebatados en su eterno curso los átomos constitutivos de la materia, pasan sin cesar de uno a otro cuerpo, del animal a la planta, de la planta a la atmósfera, de la atmósfera al hombre; y nuestro mismo cuerpo, durante nuestra vida toda, cambia incensantemente de substancia constitutiva, como la llama, sólo brilla por la incesante renovación de elementos. Y cuando el alma se ha desprendido de ese mismo cuerpo, tantas veces transformado ya durante la vida, entrega definitivamente a la Naturaleza todas las moléculas para no volverlas a tomar más. Al dogma inadmisible de la resurrección de la carne le ha sustituido la elevada doctrina de la reencarnación de las almas”.

“Ley suprema de la Naturaleza, el cuerpo material no es más que un agregado transitorio de partículas que no le pertenecen y que el alma ha reunido, siguiendo su propio tipo, para crearse órganos que le pusiesen en relación con nuestro mundo físico. Y mientras así, pieza por pieza, se renueva nuestro cuerpo por medio del cambio perpetuo de materias; mientras que, como masa inerte, cae un día para no levantarse más, nuestro espíritu, ser personal, ha conservado perennemente su identidad indestructible, ha reinado como soberano sobre la materia que lo revestía, estableciendo de tal modo sobre este hecho constante y universal su personalidad independiente, su esencia espiritual no sometida al imperio

del espacio y el tiempo, su grandeza individual, su inmortalidad”.

“Ciertos hombres pueden negar así la existencia del alma como hasta la de Dios; afirmar que la verdad moral no existe, que no hay leyes inteligentes en la naturaleza, y que nosotros, los espiritualistas, somos juguetes de una ilusión enorme. Otros pueden, por el contrario, declarar que conocen la esencia del alma humana, la forma del Sér Supremo, el estado de la vida futura, y tratarnos de ateos porque nuestra razón se resiste a su fe. Ni los unos ni los otros impedirán que estemos frente a los más grande problemas; que nos intereseamos en estas cosas (que muy lejos están de sernos extrañas) y que tengamos el derecho de aplicar el método experimental de la ciencia contemporánea a la investigación de la VERDAD. “Los hechos existen en el Espiritismo, aunque nadie conozca su modo de producción. Son tan reales como los fenómenos eléctricos, lumínicos, calóricos. ¿Conocemos, acaso la biología ni la fisiología? ¿Qué es el cuerpo humano? ¿Qué el cerebro, qué la acción absoluta del alma? Lo ignoramos como ignoramos la esencia de la electricidad, del magnetismo, de la luz. Es, pues, prudente observar sin prevención esos hechos y determinar sus causas que son acaso de diversas especies y más numerosas de lo que hemos sospechado”.

“No comprendan, en buena hora, los de vista limitada por el orgullo o por la preocupación; no comprendan estos ansiosos deseos de mi pensamiento ávido de conocer, y escarnezcan o maldigan esta clase de estudios. Nada importa: yo levantaré a mayor altura mis contemplaciones!”.

“Tú fuiste el primero, Oh, Maestro y amigo; tú fuiste el primero que desde el principio de mi carrera astronómica, demostraste una viva simpatía hacia mis deducciones relativas a la existencia de humani-

dades celestes. Con frecuencia departíamos sobre esa vida celeste y misteriosa. Actualmente, oh alma tú sabes por visión directa en qué consiste esa vida espiritual a la cual todos regresaremos y que olvidamos durante esta existencia". "Ahora tú ya has regresado a ese mundo de donde hemos venido, y recoge el fruto de tus estudios terrestres. Tu envoltura duerme a nuestras plantas, tu cerebro se ha extinguido, tus ojos están cerrados para no volverse a abrir, tu palabra no se dejará oír más... Sabemos que todos llegaremos a ese último sueño, a la misma inercia, al mismo polvo. Pero no es en esa envoltura en lo que ponemos nuestra gloria y esperanza. El cuerpo cae, el alma se conserva y regresa al espacio. Nos volveremos a encontrar en un mundo mejor, y en el cielo inmenso en que se ejercitarán nuestras más poderosas facultades, continuaremos los estudios para cuyo abarcamiento era la Tierra un teatro demasiado reducido. Preferimos SABER esta verdad a CREER que yaces totalmente en ese cadáver, y que tu alma haya sido destruída por la cesación del juego de un órgano. Hasta la vista, querido Allan Kardec; hasta la vista".

Así habló a los veinte años, y así —pero con un acopio inmenso de ciencia— las abarcó todas— ha hablado hasta los 85 años en que junto con sus párpados cerró la última página de su último libro LAS CASAS DE DUENDES. La anterior, en tres tomos, "Antes de la muerte", "Al rededor de la muerte" y "Después de la muerte" es otro monumento de ciencia experimental e irrefragablemente documentada, de los extraños fenómenos de videncia, presciencia, premonición, telepatía, aportes, materializaciones del astral, etc.: un emporio. Llevó sobre todos los experimentadores psiquistas la enorme ventaja de su profunda y vastísima ciencia astronómica que le servía de apoyo y comprobación, de corolario y am-

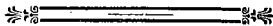
pliación a las otras. No queda en Francia ni en el mundo todo otro pensador y sabio que pueda compararsele. Maeterlinck puede seguirle a alguna distancia en alguno de sus caminos. Estos espíritus tan altos son de venida esporádica a este globo; y cuando acaban sus aprendizajes o sus misiones, se van para no volver. Pero suelen ser inspiraciones desde allá para los que les siguen aquí en la vida.

Este es un caso en que verdaderamente se debe decir que el mundo pierde un Hombre, porque ese Hombre se había conquistado al mundo.

Allá va, a la falange de los conquistadores: Moisés, Zoroastro, Budha, Hermes, Sócrates, Platón, Jesús, cada cual según sus tiempos y métodos, doctrinas y formas, abrieron los ojos de los hermanos, antiguos compañeros de evoluciones, y haciéndoselos elevar hasta el cielo, les enseñaron que esta humanidad no era tan mísera ni fatalmente condenada; que no estaba sola, que convivía con incontables humanidades hermanas repartidas en otros mundos, formando la única y enorme familia de los hijos del Gran Sér.

La verdadera vida de ese gran espíritu ha comenzado allá, y aquí también comienza la vida apoteósica de su recuerdo y de sus enseñanzas. Pronto lo glorificará también el mundo percedero, y su gloria seguirá ensanchándose como sus investigaciones ensanchaban minuto por minuto el inmenso escenario en que se mueve el Cosmos.

Ya está allá: entre su familia de astros.



ATAVISMOS ZOOLÓGICOS

Cuando se viaja en tren, las primeras horas se pasan alegremente.—Si los que viajan no sufren.

Presentaciones. Se intiman las amistades frías. Se jovializa el humor. Mutuos obsequios de pequeñeces: cigarros, fiambres, whisky, sales, espejitos, bombones.

Se comenta el viaje, el paisaje, el servicio de la línea, la política, el clima.

Poco a poco entra la calma: Unos sacan periódicos; otros, anteojos. Se traban en conversaciones de dos en dos, o tres. Unos abren los visillos, otros los cierran; cuales se acomodan a dormir; quien, bostezo; quien, cambia de asiento.

Todo se monotoniza: el ritmo de las ruedas, los jadeos de la máquina, el rápido pasar y pasar del paisaje, los decorados del carro; hasta las fisonomías de los compañeros....

Y el fastidio invade: los ojos se cansan de radios tan estrechos, si no hay flirt mediante; y en suave delirio se adormecen o abstraen todos. Y ponen el ambiente y el aspecto interior de esa caja de gentes, como el de un furgón de presos, como el de una antebala de enfermería, como de una prevención de policía. Todos están aburridos, abúlicos... y sinceros.

Este es el momento: Están flácidos todos los resortes que mueven el decorado facial para ocultar la tramoya y los bastidores. Cada cual se cree solo. Y deja sincera a su faz ofrecer su expresión base.

* *

Tengo la manía —sin causa— de viajar en los vehículos rodantes siempre de espaldas hacia el rumbo. No tiene fin meditado mi manía: es siempre elección involuntaria —no sé por qué.— Pero ya he visto que da ventajas: Primera: que voy más solo, generalmente, y cómodo, por ende. Segunda: que no me mortifican el polvo, la chispa o el viento. Tercera: que veo a mi sabor a todos los compañeros, de frente. Cuarta: que me evito soportar impertinencias a que se expone el que va a espaldas de los demás, en un recinto estrecho. Quinta: que voy viendo mi equipaje. Sexta: que no entero a nadie del estado de mis ropas por el dorso. Séptima: que tampoco recibo sobre mi pecho la radiación del calor de las espaldas ajenas. Y Octava: que llego con ocho metros de avance y puedo saltar primero.

—¿Ya ven que tiene sus ventajas el ir contra el sentido común?

—En veces....

* *

Comienzan el sopor, la modorra, la morriña.

Los párpados, los labios, las orejas, las cejas, las narices, los bigotes, las viseras, los velos, las alas, los brazos, los chales, los gabanes, todo laxo, todo flácido, son telones a medio caer. Es el punto de la sinceridad expresional.

Tengo enfrente un museo, una sala de estudio, un grupo de modelos, una colección de spécimens.

Esta vez se me ha antojado mi carro un carro del circo Barnum; una jaula zoológica. Porque —no sé por qué— recuerdo de un escultor genial de un drama de Ibsen.—El tal excéntrico, famoso por la exacti-

tud del parecido que daba a sus bustos, tenía dos galerías gemelas, de los mismos modelos. Y era: que de cada busto que tallara de algún notable, hacía dos: uno —el de la entrega— fiel trasunto del dueño; pero otro, —el de su colección— un animal, también fiel trasunto del modelo. ¿Cómo eso?

Así: porque el extravagante estaba imbuído de que cada cabeza humana tenía exactamente todos los trazos correspondientes a otra de algún irracional con el cual tenía también similitudes instintivas.

Y cierto: Un rasguito más o menos acentuado; una línea imperceptiblemente prolongada, acurvada, acortada o angulizada; un ángulo más o menos desviado, una nimiedad, al parecer, da en cada rostro, fuera muy bello, fuera muy clásico, si nos abstraemos un poquito de la pátina de la ilusión o el afecto, una cara de animal. ¡Oh! Ese chillado de escultor era un observador sutil!

A mí, desde que supe eso, no hay fisonomía en que me falle.—Salvo que no atine con el antecedente, o no lo conozca.

* * *

El primer tipo me lo ofreció mi inmediato vecino fronterizo, y ví que el Reino de Libia había tenido a bien enviarnos de Plenipotenciario un magnífico ejemplar de león, "para cultivar las buenas relaciones que felizmente etcétera".

Quizá por la humanización en que este león se encontraba, no era sino un león desdentado, si me ludo, vulgarón y ladino, de ojos felinos, eso sí, y voracidades no sé si diplomáticas o de desierto; porque era verdad que en la primera estación le había visto englutir vorazmente tres roastbeefs que había pedido al mozo: —¡Destilando sangre. . . ! Pero los había rociado con wisky, lo que probaba su adelanto en la carrera humana. Y en la diplomática.

Dormitaba.

No sé si mi prejuicio era el que me hacía oír en sus ronquidos las metálicas notas de los leoninos rugidos, que parecen salir de una gran ocarina o de un jarrón de bronce de estrecha boca.

Por una chistosísima coincidencia, el Secretario de la Embajada, que rebullía detrás de él espantándole las moscas, era todo un ratón, con su hociquito prolongado, sus agudos incisivos, sus bigotes ralos e hirsutos, sus ojillos vivísimos, sus orejas empinadas y diáfanas, su vocecilla melíflua y su movilidad ratonil. Los dos hacían una fábula viva; sólo que aquí el ratón era capaz de engullirse al león. Como todos los cancilleres.

Seguían una grulla con sombrero y velo, que hacía en esta jornada de la vida el rol de esposa del Plenipotenciario León; y una gentil girafa que había nacido de esta singular progenie, para figurar de hija del ex-rey del desierto, y de novia —probablemente— del sutil ratón hecho secretario en la diplomacia de los seres superiores.

Una gallina en estado interesante,— es decir: en esa majestuosa solemnidad de reina con que se arrepuja en el nidal, en el acto más noble de la vida, según los partidarios de la fecundidad, cacareaba, durmiendo, a pretexto de ronquido, en otro asiento de mi derecha; y hasta me pareció que de cuando en vez escarbaba a hurtadillas precipitadamente en la esterilla de la butaca. Era muy aficionada a las habas tostadas, a los guisos del maíz y de otros granos, según me dijo al brindarme, antes, unos granos de maíz tostados y de almendras garapiñadas que llevaba en un saquete.

Un chiquitín que había prestado su busto a un vampiro —o viceversa— para esta etapa de su evolución, se divertía chupándose el dorso de la mano para succionarse la sangre que le manaba de un des-

garro; en tanto que Su Ilustrísima un batracio, que ahora ejercía de Epíscopo, sonreía socarrón, las manos abiertas como arañas sobre el vientre orondo, prolongando las comisuras de sus enormes labios en media luna, hasta las vecindades de los lóbulos de las orejas.

En la búdica actitud del buho, meditaba inmóvil y se balanceaba rígida a los vaivenes del carro, una matrona con prez de pía, cuyos ojos circulares y sin luz parecían dormir abiertos en el fondo de sus pómulos vellosos, pared por medio de una nariz buída como daga, corva como hoz.

Ignoro si tendríá también similitudes características o instintivas; pero sí presumí que esa señora durmiera muy poco por la noche, y que —quizá por su piedad— fuera aficionada a visitar los campanarios.

Un cerdo y un buey, amodorrados, hablaban de negocios. Y un cuervo pensativo casi picoteaba a una dulce morronga que de vez en cuando le enarcaba el lomo al sentir la garra del galán deslizarse por la cola; pero que de repente daba un saltito haciéndole ¡fu! enfurruñada no sé por qué.

Y así, al través de la neblina que se nos hace cuando la mente se abstraee, seguí viendo focas y loros, gatos y cigüeñas, lagartos y vacas, asnos y cebras, águilas, simios, atunes, canes, cabros, corderos qué sé yo. Muchos habíá a los que nó alcanzaban mis ignorancias de Zoología; pero que, indudablemente, eran rostros reminiscentes. Lo que anoté de importantísimo es que no hallé ninguno con remembranzas antediluvianas; lo que estimé como prueba de un innegable progreso de las especies.

Casi sentí terror: Parecíame que viajaba en un circo. Pensé en el Arca, y no sé por qué asociación brusca de ideas —pensé en la sociedad.

Al fondo del carro habíá un espejo.

¡Horror ! No quise mirarme. Quisa con quién me encontraría? Aunque ya tenía mis sospechas. Imparcialmente: Ante otros espejos me había visto con mi pelo lacio, mis labios prominentes tirando a trompa y mis ojos vivos qué? — dirán ustedes— Un perro de aguas!

Menos mal: porque no ladro, ni muerdo. Ni soy servil.

Ah! Pero soy vellosa. Y me baño mucho, eh?

*
*
*

Una pitada y una sacudida me puso en danza todo el escenario: Todos los telones se plegaron al tope, todos los muelles faciales se pusieron en actividad, y todas las caras fundamentales se trocaron en movibles caretas que apenas dejaban pillar los más salientes rasgos del prototipo.

Eramos hombres: Habíamos llegado a una estación.

¿SUERTE?

Al escribir unas biografías olvidadas, de algunos guayaquileños que sí merecieron pasar en recuerdo a nuestros días, en tanto que varios don Nadie han pasado de matute y hoy sus nombres son repetidos hasta hostigar en las páginas de nuestra bibliografía, se me ocurrió esto:

«Unos nacen con estrella y' otros nacen estrellados». Hasta en esa nadería de aspirar a la prolongación o vibración de la personalidad post-mortem, por tiempito más o menos corto que llamamos la posteridad, o el futuro, o las generaciones venideras, simpleza a la que aspira el 99 por ciento de los mortales, por el solo hecho de haber sido personas; el 50 por ciento de los delincuentes, los guerreros entre ellos, para que su fama insuperable siga repercutiendo en las ondas mentales de la humanidad; y el 95 por ciento de los que se creyeron *creadores*, porque plasmaron la materia mental en unas cuantas formas más o menos aceptablemente regulares, con humana relatividad, en las concebidas como bellas artes y ciencias; hasta en esa simpleza de infantil vanidad, se mezcla el imprescindible intermediario de todos nuestros negocios en el mundo, nuestro contralor, administrador y tutor al parecer caprichoso, ciego, sordo e insensible: *la suerte*.

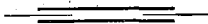
I por eso hay tantos Bertoldos medrando en la perduranza y tantos Quijotes de quienes nadie sabe nada.

¿Karma? Destino? Fortuitismo? Acaso? El nombre no hace a la cosa. El indefinido e indefinible *suerte* goza de más popularidad, quizá porque muchos prefieren no saber de dónde ni por qué vienen los porrazos, mientras están en este campo de foot-ball en donde nadie se libra de dar y recibir magullos, en ceguedidos por sólo el afán de meter su goal de bien-estar egoísta.

Suerte. Es preferible porque ella no filosofa ni da razones como el Karma. Suerte, porque cada cual prefiere creerse víctima fatal de inescrutables caprichos o fuerzas ocultas, que impunes juegan con las obras y propósitos de los mortales, a ver en cada papirotazo un rebote inesperado de sus propios procedimientos olvidados quién sabe desde cuándo ni desde dónde.

Pero la ciencia me sale al encuentro y por boca del sabio Dr. Alexis Carrell, me dice: «Ciertos factores fisiológicos y mentales determinan la felicidad o el infortunio, el éxito o el fracaso.»: Atomo blanco. Pero yo doblo mi cuartilla y la reservo para mi uso o el de otros ignorantes como yo: Atomo negro. Porque el instinto popular que es zahorí observador y sintetiza en aforismos sabios sus experiencias, ha dicho: «Unos van a ver a Dios y a otros Dios los viene a ver». Lo cual parece, a su vez, otro átomo blanco.

Sin embargo, Demetrio dijo: «No hay hombre más desdichado que el que nunca probó la adversidad»,



DIOS Y NOSOTROS

No es impío el que niega los dioses del vulgo,
sino el que atribuye a los dioses las opiniones vulgares.

Epicuro.

“—¿Puede descubrir el hombre el
PRINCIPIO RACIONAL de la crea-
ción, y el OBJETO de la vida de la hu-
manidad?”—CANTÚ.

Demasiado lato el desconsuelo sembrado por el buen Cantú para sus estudiantes. Efecto de no haber tenido tiempo —por la colosidad de su obra— de haber metido un poco más los ojos en las religiones antiguas.

A pesar de su catolicismo se le podría tomar punto de herejía o de blasfemia, si no fuera sólo una claudicación pesimista y un abatimiento débil de su investigación que allí rindió sus banderas a discreción.

Por audaz es más atinado el filósofo alemán Hegel, que dice que «El Inconsciente o Incognoscible ha desenvuelto el Universo con el fin de alcanzar conciencia clara de Sí Mismo, (de convertirse en hombre).

Y una vieja doctrina, más vieja que el diluvio del que ella se salvó, según afirma, dice también: que para llegar a las más altas jerarquías divinas o espirituales —(a la Unica y Causa de Causas nada ascendente,— porque es el Noumeno de TODO cuanto es o puede ser), hay que pasar por la fase humana, no sólo la terrestre, sino la de cualquiera de los incontables mundos, todos poblados de mortales en evolución de diversos grados. Cada entidad, agrega, debe haber conquistado por sí misma el derecho de convertirse en DIVINA por medio de la propia experiencia.

El simbolismo esotérico oriental, corrobora:— «Dios se halla constantemente movido por el deseo de crear». Y luego, describe sencillamente la evolución: «El soplo se convierte en una piedra; la piedra en una planta; la planta en un animal; el animal en un hombre; el hombre en un espíritu, y el espíritu en un Dios».

No alarmarse: la católica apostólica romana sigue la pauta no sólo con sus jerarquías divinas de Arcángeles, Querubines, Tronos y Dominaciones, Serafines, Angeles, Potestades, & &., sino con sus promesas de bienaventuranzas en mayores o menores cuantías según los méritos, para la distribución de plazas y localidades, gracias y poderes, en ese gran circo o coliseo que ha imaginado para regalo de sus elegidos. Sólo que ella, como adueñada que está de las llaves del cielo, sólo manda allá a los de su gusto, condenándolos a un suplicio de eterna ociosidad contemplativa y lírica para cantar en éxtasis u holgorio:—Santo! Santo! por los siglos de los siglos, sin esperanza de variación.

*
* *

Imaginemos una entidad corpórea e inteligente, espiritual: el hombre. Es un individuo, pero no indivisible. Es un microcosmos: hay en él tantos ele-

mentos y fenómenos como en el cosmos, en el macrocosmos, del que es una reproducción en miniatura, en ambos órdenes: en el material y en el espiritual, así como en la involución y la evolución. Su alma no es UNA ALMA, suya, personal, especial, para su uso exclusivo, nacadera o percedera con él. Es una absorción proporcional, en él, del alma universal; una misma con ella desde la suprema concepción de la Deidad hasta el infusorio, desde la nebulosa cósmica hasta el átomo. Cada átomo la lleva a su vez en su proporción de voluntad, de inteligencia, de vida, de deseo, de todo.

Los átomos se asocian, se atraen por simpatía, por afinidad; se repelen por las cualidades contrarias. Sufren, anhelan, como los seres integrados por ellos; al separarse, anhelan unirse; gozan ayuntándose; son felices uniéndose. En el desarrollo y vida el individuo asimila átomos que a él acuden solicitados por los deseos, las pasiones, los anhelos, los ideales, que no son sino el resultado de los trabajos o de las preponderancias de las falanges análogas que el individuo tiene ya incorporadas por las circunstancias—(educación, morbos, experiencias, ambiente, & &.); todo eso que forma el conjunto circunstancial del individuo. Por eso preponderan en unos unas cualidades sobre otras, buenas o malas, física y moralmente. En unos preponderan las falanges atómicas sentimentales, artísticas; en éste, las afectivas, las intelectuales; en aquél las físicas, favorables o desfavorables; en aquese las adversas morales. Todo puede ser modificado por el esfuerzo, el ejercicio, la voluntad, que son los reclutadores, digamos así, de los elementos del deseo. Y así puede hacer preponderar unas huestes sobre otras, accidental o perpetuamente, según su persistencia o abandono.

La molicie espiritual, como la corpórea, puede hacer crecer la cizaña y enmarañar o esterilizar el

campo, como el cuidado y la selección y la vigilancia constante, lo harán florecer. Las inquietudes espirituales son hijas de los anhelos de átomos que quieren unirse y están separados por distancias para ellos tan grandes como las interplanetarias. El más equilibrado y feliz es el que menos cantidad tiene de esas ausencias o separaciones.

El hombre no es dos instantes el mismo; se renueva incensantemente. La asimilación de átomos materiales forma, reforma, conserva, renueva la parte material; reintegra o desintegra, según el equilibrio, y el sér toma de la piedra, de la planta, de la tierra, del éter, de la electricidad, de la materia, en fin, para su veste, así como ha tomado del ánima mundi los otros elementos. Y avanza o atrasa, o se estaciona, pero evoluciona siempre y siempre tendiendo a más, con retardos más o menos según las circunstancias que él mismo se ha hecho: nada es fatal ni de acaso.

¿No hace tiempo que la ciencia estudia la inteligencia de los microbios? No combate con ellos, en lides de verdadera y sorprendente astucia? Y no es el hombre un compuesto de microbios? Y los microbios, a su vez lo son de otros seres o de átomos dotados?

Y el hombre es hecho a imágen y semejanza de Dios. Algo impropio es eso pero aproximativo. Es emanación, reproducción, reflejo, espectro, parte integrante, si el alma y el cuerpo universales infinitos, inmensurables, infigurables, inconcebibles, pudieran considerarse divididos en partes ni aun en abstracto.

Pues bien: salgamos del hombre; mejor dicho: introduzcamos al hombre en las humanidades; las humanidades en los mundos; los mundos y humanidades en los universos; los universos en el infinito y el infinito en el Incógnito. El hombre ha quedado respecto de El en condición más pequeña todavía —tan pequeña que es inconcebible— que la del infusorio, que la

del átomo en la entidad Hombre; pero ese hombre es, sin embargo, una entidad, y es inteligente, y opera por sí conscientemente y para el conjunto hombre, humanidad, universo, &., también conscientemente, ya por medio del consciente, ya del subconsciente siempre en vela. Esos hombres, esas humanidades dotadas, se buscan, se atraen, se repelen, se destruyen, se atacan, se unen, se ayuntan, se aman, se odian, se afianzan, se agrupan y operan en libertad e individualmente, sin percatarse tal vez de que no es así, de que están dentro de un gran cuerpo que integran, como el infusorio hacía dentro del hombre, y era elemento evolutivo del hombre y reintegraba al hombre y coadyuvaba a darle al hombre conciencia de su YO; quizá el átomo ignoraba su destino como lo ignora el hombre ahora dentro de este enorme organismo a cuya existencia coopera. Quizá el Inconsciente no se cura de las funciones de estos infusorios que obedecen ya a sus leyes e impulsos innatos e iniciales, y su existencia marcha despreocupada de los medios y agentes, hacia el día de la Conciencia, como iba el hombre o va. Y los mundos y los orbes, el polvo cósmico, el infinito océano de materia, vida y energía, es asimilado también consciente o indiferentemente por el Gran Cuerpo físico, inconocible, hasta su plenitud reintegrada y vida, para nosotros, eterna; lo que quizá no es sino un día más y otro nuevo de nueva desintegración y otro de reintegración hacia mayor perfectibilidad.

Tosca será, pero para nuestros alcances que tienen que encerrarse en relatividades, dimensiones, figuras, alegorías, sacad de aquí una idea aproximada de lo que llamamos Dios. El es respecto de nosotros lo que el átomo a nuestro respecto.

El gran pensador Anatole France nos da el gozo de un parecer análogo:

«El cielo no es inmutable; es un eterno derrumbamiento de las cosas».

«La vida orgánica se halla extendida por todos los universos, a menos de suponerla un accidente, un infortunado azar producido en la gota de lodo que llamamos Tierra solamente. Bóhdos mensajeros del cielo nos han caído trayendo carbono. Las estudiadas condiciones de astros cercanos los revelan habitables; y claro es que si son habitables estarán habitados».

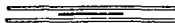
La unidad de composición de las estrellas la denuncia el análisis espectral. Luego es lógico suponer que las causas productoras de la vida que engendraron la Tierra en nuestra nebulosa, las engendrarán en las demás de modos diversos, a temperaturas muy altas o muy bajas y en formas insospechables para nosotros por razones de situaciones diversas en los espacios y las influencias, &. &. «Y hasta puede ser que se produzca en forma etérea, invisible, muy cerca de nosotros, en nuestra atmósfera misma, y que nos hallemos por esta causa rodeados de ángeles o seres a los cuales no podemos conocer ni percibir jamás tal como estamos ahora, porque el conocimiento supone una relación, y entre ellos y nosotros no existe ninguna, al menos sensible».

—También es posible —sigue Anatole France— que esos millones de soles, unidos a los millones de millones que no vemos, formen sólo en conjunto un glóbulo de sangre o de linfa en el cuerpo de un animal o de un insecto imperceptible, nacido en un mundo cuyo tamaño ni siquiera podemos concebir y que, a pesar de todo, sólo sería un grano de polvo —ese mundo— en relación con el tamaño de otro mundo».

«Las cosas no son grandes ni pequeñas por sí mismas. La grandeza que atribuímos al universo es un propósito completamente humano. Quizá siglos y siglos de reflexión y de inteligencia viven y mueren ante nosotros en un minuto en cada átomo». Si de

pronto quedara reducido el universo a las proporciones de una avellana y todo lo contenido en él se em-
pequeñeciera en las mismas proporciones que ahora
tienen respecto de él, nada nos haría advertir el cam-
bio. La estrella Polar, encerrada con nosotros en esa
avellana, tardaría los mismos 50 años en hacernos
llegar su luz; y la Tierra, reducida a un átomo ínfimo,
veríase regada por la misma cantidad de llanto y de
sangre que hoy la empapa. Lo admirable no es la
extensión donde campean las estrellas: lo admirable
es que el hombre haya llegado a medirla».

La colosal concepción de France deja tamañita
a la humilde nuestra. Pero consuela el verla apoya-
da por tan alto pensador.



HOMBRES Y RELOJES

Viejo reloj que estás adosado al muro de mi alcoba desde tiempos de mis abuelos: tanto has porfiado con tus monotónicas frases, que, ahora, en la madurez de mi reflexión, me has obligado a atenderte.

Y me has hecho discurrir: Viejo reloj; pareces la personalización de esos discurredores adocenados, vulgares, que dicen siempre lo mismo, que se repiten en las mismas ideas, en idénticas frases; cuyos cerebros son como un casillero ya lleno; como una caja de tipógrafo con sus cajetines repletos de las mismas letras y en la que sería vano empeño querer poner una más; en que sería hacer un laberinto introducir otros tipos de diversa forma.

Viejo reloj, dueño de un limitado número de frases hechas. Siempre: una . . . dos . . . dos y media . . . tres . . .

Siempre la misma cara; inmutable, como la aberración; intransigente, como el oscurantismo, como las religiones. Invariable . . . a pesar de que pregonas el progreso y el cambio del tiempo.

Retrato del mediocre: Doce signos, doce ideas, sesenta puntitos son todo tu acervo. ¡Y con esto te crees capaz de abarcar todos los tiempos y de indicar la llegada y la partida de todas las cosas! Y como el gallo de Chanteclair, crees que por tu tan . . . tan . . . tan . . . se eleva o se oculta el sol . . . !

Viejo reloj: Cuánto habrás mentido . . . ! Y para mentir te han bastado tus doce frases. ¡Cuánto mal,

cuánto desorden habrás causado con tu inexactitud! ¡Cuántos desvelos, cuántos goces, cuántas emociones, con sólo tus doce vocativos...! ¡Qué poco basta para trastornar la vida humana!

Viejo reloj: Te pareces a esos hombres graves y tontos que adquieren fama de sabios por su repetir sentencioso, lento y campanudo de doce ideas más viejas y repetidas que tus horas. ¿Y para eso martirizó tanto su ingenio tu inventor? ¿Y para eso se han ofuscado tantos cerebros en perfeccionarte, en complicar tu cuerpo, tu esqueleto, tu fisiología? Tal como hacen con el sér humano la Medicina y la Cirugía?

Tánta complicación en tu alma y tu esqueleto, para no más de decir Tic . tac... . Tic, tac... . como el corazón; y tan... tan... . tan... . como un niño, como un idiota, como un mudo...

Cuántos seres humanos hay como tú, viejo reloj! Tiempo mal gastado del Creador en hacerles el complicado mecanismo de la vida, para que no hagan en toda ella más que tac... . tac... . y repitan doce frases: Tan... tan... . tan... . y sin embargo digan de ellos los otros hombres-relojes, que marcó una época, que fué útil, que contribuyó al progreso, que fue justo, veraz y exacto, que cumplió su deber... . Todo lo mismo que yo creo de tí, viejo reloj irreformable. ...



LAS HUESTES CAIDAS

I

El ejercicio de la RAZON es una serie infinita de preguntas incontestadas.

Desde que el instinto o ánima inconsciente deja de animar al bruto, y pasa, graduada de INTELIGENCIA, a ser alma del racional, comienza el interrogatorio. Tal como la iniciación en la escuela de letras primeras. Programa, plan de estudios con preguntas de forma sencilla pero de fondo inagotable.

No hay profesor visible. El interrogatorio es secreto y el aprendiz cree examinarse a sí propio. Se presiente la presencia de un dómine que enseña a zurriagazos. Y lo llamamos EXPERIENCIA. Y de un bedel que cuando vela es exigente, cuando duerme es loco. Y lo llamamos CONCIENCIA.

Se termina o se trunca el curso. La mayor parte de las preguntas, inclusive la última, quedan sin solución. Las que creemos haber satisfecho se llaman DUDAS o ERRORES y quedan para sumarse al nuevo curso de cuestiones más graves.

Asueto o vacaciones llamado MUERTE.

Reapertura: nuevo curso en otro grado, o repetición del anterior. Olvido absoluto de lo que creemos aprendido. Acopio de ideas vagas, fugaces, como de un sueño muy remoto y confuso. Las llamamos ideas innatas, vocaciones, predisposiciones, pre-

cocidades, fenómenos, genio, porque como que nos brindan cierta facilidad como de cosas ya conocidas en tiempos remotos. Platón expresó eso en este aforismo: «Aprender es recordar».

Este regreso unos lo creen REENCARNACION, otros lo llaman simplemente el NACIMIENTO, como único.

Así continúan los cursos más dilatados o más numerosos, para unos; más cortos o menos repetidos, para otros. El acervo de dudas, vaguedades, remembranzas, aptitudes y vocaciones aumenta hasta acabarse por nacer Salomón, Jesús, Gautama Budha, Zoroastro, Aristóteles, Sócrates, Pitágoras, Platón, Diógenes, Miguel Angel, Pico de la Mirandola, Galileo, Leonardo da Vinci, Pascal, Pepito Arriola, Newton, Beethoven, precoces o genios que el mundo generalmente maltrata en vida para asignarles el premio de honor después de muertos.

Esos han terminado sus cursos en este liceo y pasan, probablemente a otro superior en su aprendizaje eterno; pero hacia él van con todas sus preguntas sin respuestas, sustituido sólo su fardo de ignorancia e inocencia con otro más pesado de dudas y problemas. ¿Se resolverán en los cursos sucesivos? Talvez; pero de fijo que allá surgirán nuevos cuestionarios y así seguirá el interrogar infinito y el ascender de liceo en liceo, quizá sin llegar jamás a resolver ni la enorme pequeñez de la pregunta primera y última: ¿QUE ES DIOS?

II

Sencillez de preguntas sobre las que se han escrito bibliotecas, sin contestar a ninguna. Trabajo perdido. Y en definitiva, quién sabe si ocioso. Quién sabe si somos una ilusión nosotros mismos y la tal inteligencia un sueño, un producto, una secreción, un

efecto natural específico, como el dolor, como el placer, como la atracción sexual, como el amor, como el odio, como otros afectos y sensaciones.

El globo que nos sustenta, el globo que nos alumbraba y calienta, los globos que nos rodean y equilibran, ¿no son accidentes? ¿No tuvieron infancia, adolescencia, pubertad y vejez? ¿No está sujeto a igual ley el Universo mismo? Y los seres parásitos que los pueblan, no son más accidentales y pasajeros aun? Y pasará la raza, y pasarán sus rastros y desaparecerán con ella ese bregar y esa angustia, ese inquirir y ese anhelar, ese soñar y creerse «ser».

Pero entre tanto: ¿De dónde procede esta rara raza humana? ¿Qué objeto llena? ¿Se parecerán a ella las otras que posiblemente pueblan otros mundos? ¿Son los mundos a modo de filtros de depuración o crisoles de estos cuarzos? ¿Fueron tan imperfectos ab-origene, o degeneraron, se desviaron o desnaturalizaron luego? ¿Está nuestra raza en vía de reascenso o descendiendo aún? ¿Es dueña y árbitra de su destino? ¿Se bestializó por su querer o es sujeto de una ley fatal? ¿Perdió su ciencia inicial y va a readquirirla por la experiencia y el esfuerzo? ¿O qué fué in principium y qué poder tiene para despertar, hacerse consciente, y progresar o descender?

Atrasada o primitiva ha de ser la nuestra. ¿Qué secreto informa su reunión aquí? ¿Por qué en este globo se alojan tantos enemigos? ¿Por qué el hombre detesta al hombre?

Porque es innegable que el estado genuino de esta raza es el de enemistad, es el de repulsa bajo los mil aspectos y variantes del estado base: Llámese indiferencia, antipatía, odio, egoísmo, crueldad, etc., etc. Por eso, toda primera palabra de religión —la palabra lo indica: religare, atar, unir con esos lazos a una porción siquiera de la humanidad en riña de

por sí— es, más o menos: «Amaos unos a otros»
«No hagas lo que no quieras para tí».

Destruir, devorar, matar, odiar, son los verbos de su vida; y de su acción las primeras víctimas y las menos perdonadas son sus semejantes, a pesar de los lazos y ligámenes talvez providenciales, talvez casuales, talvez pretéritos que los impulsan hacia la unión y fraternidad y patentizan más la enemistad congénita.

Consanguinidad, afinidad, sociabilidad, amistad, gratitud, nacionalidad, todos accidentales y fragilísimos, por la coraza repelente de nuestra naturaleza implacable para una reconciliación que parece rota para siempre desde una patria perdida y un pretérito remoto, en donde quizá existió el equilibrio con que hoy sueñan los avanzados; pero que parece ser tan profundo, tan íntimamente escrito en las almas, que con millares de evoluciones no ha avanzado cosa apreciable.

¡Amor, amor! nos dice el infinito. ¡Amor, amor!
(—la eternidad pregonal)

Así cantan los espirituales, los avanzados, repitiendo quizá ideas adquiridas en otros orbes. Pero como éste no es terreno para ellas ni es ya instituto para ellos, ellas dan frutos muy esporádicos, y ellos se van y no regresan, salvo casos de traer alguna misión. Y por eso aquí continuamos, en cuanto a esos progresos, en el mismo grado multiseccular.

Puede que por allá el amor sea verdad. Bueno: para allá me la guardan! Lo que aquí llamamos Amor, es producto adulterado y accidental en todas sus formas. A lo más egoísmo, amor propio. La concepción misma que de Dios nos hacemos nos da el EGOISMO SUMO.

III

Otras mistificaciones del amor: Amor sexual: egoísmo; satisfacción del YO que triunfa en su empeño de dominar y saciar su apetito propio, aun a costa del daño ajeno; afán de señorío sobre el objeto; ufanía de la conquista, de la posesión de lo que otros pudieran codiciar; goce de la privación para otros, y tras de la hartura, la repulsa de fondo; tras la insatisfacción, la burla o el odio, o la venganza. Y en lo íntimo siempre la enemistad, el deseo de hacer daño, el sadismo. Compenetración, dice Rodó? Sí: el amor en paroxismo quiere compenetrar hasta sus microbios. Y goza secretamente la fruición de compenetrarse hasta allí, y mayor goce aún si pudiera «reproducirse». Odio y ansia al mismo tiempo.

Amor filial, amor fraternal? Accidentes... necesidad... convenios. El maternal, ungido como el único desinteresado y sin mácula? Accidente y egoísmo. La madre ama al producto de su vientre, a la carne de la suya, como hembra que es, y nó al fruto del amor, eso es poesía.

Ama la madre al hijo, preguntadle ¿por qué? La madre civilizada os dirá mil causas; talvez la madre salvaje no diga muchas; pero la madre íntima os dirá: Lo amo porque es mío, porque de mi vientre sale, porque lo lacto con mis jugos, porque lo cuido, porque me cuesta dolores, porque es un apéndice mío.

—¿No es porque es hijo de su cariño?

—Qué! Si odio al padre!

—Qué! Si no conozco al padre!

—Qué! Si no puedo deciros quién es su padre!

—Qué! Si es hijo de un padre que no debió ser-

lo!

—Qué! Si es hijo del abuso, del crimen, de la fuerza!

—Qué! Si lo hube, porque lo hube.....

—Qué! Si fué contra mi deseo!

Y en todos estos y otros muchos aspectos, sea hijo del deber, del honor, del acaso, del placer, del incesto, del vicio o de la fuerza, la madre es madre y quiere porque es hembra; quiere físicamente aun odiando en veces esa carga, ese estigma, ese asco, ese reproche, ese recuerdo aciago de algo fatal y triste, que llora y patalea.

Preguntadle si puede dejar de amarle algún día? La madre social se escandalizará para responderos; la inculta dirá: . Quién sabe... La salvaje dirá: Por qué nó? La íntima..... Mientras dure el equilibrio, la mutualidad.

La civilización ha creado nuevos atractivos para ligar siquiera grupos en contrarresto de la enemistad general, y los llamamos nacionalidad, gratitud, beneficencia, filantropía, raza, doctrina, política, diplomacia.....

Todo accidental, porque ninguno puede fundarse en la naturaleza, que les es contraria. Ha habido que recurrir al egoísmo, segunda base de carácter netamente comercial cuyos cánones de reciprocidad son: Do ut des. Facio ut facias. Facio ut des. Do ut facias. Falte uno de los términos, cae el otro platillo de la balanza y en el primero comienza a acumularse como sutil polvillo la decepción, el dolor, el arrepentimiento, la venganza, el desdén, el odio.... Y ya reapareció el estado normal. Roto el equilibrio puede comenzar la reacción si se quiere y llegar hasta el perdón sincero; pero la malhadada levadura queda; el tiempo pasa, y grado por grado, nota por nota, la gama comenzada en la reconciliación termina en la revancha, de hecho o de pensamiento: En el odio, estado normal.

Todo falso por su base. En el fondo siempre el triste, el fatal sedimento que resurge y enturbia todo lo ganado en afectos a costa de tántos combates, de tántos intercambios; y vuelve el hijo contra el padre, el padre contra el hijo, el hermano contra el hermano, el hombre contra el hombre, la nación contra la nación, la raza contra la raza.

¿No es todo, estado de guerra en la humanidad? Hasta en los actos más ajenos a la guerra, al parecer, y a las intenciones mismas? Guerra es la industria, guerra el invento, guerra el llamado progreso, guerra el estímulo, guerra hasta la enseñanza, disfraces más o menos graves o bellos del egoísmo, la soberbia, la envidia, el orgullo, el odio. Equilibrio inestable, frágil al primer choque de la resistencia base. ¿Por qué se malquieren así estos copenitenciados del presidio Tierra? ¿Qué innatos reproches traen ocultos de fechorías antecedentes? Proviene de otro ciclo evolutivo estos rencores? ¿De otros orbes, de otras edades? ¿Qué lazo delictuoso los unió antes y los separa ahora, o los separó antes y los reune ahora?

¿Por qué un tercio de la humanidad vela armado contra el resto? ¿Por qué progresan más las armas para matar hombres que las herramientas o los medios de servirlos? ¿Por qué sin el menor escrúpulo urde el hombre nuevos medios de destrucción o aplica inmediatamente a ella lo que fué inventado con mejor objeto? Y es más loado y enriquecido quien prueba que su arma aniquila más en menos tiempo? ¿Por qué la sevicia en el matar se ha elevado a profesión honrosa con el nombre de milicia y en ella asciende quien más mata?

Y los dos tercios inermes y acosados, amarán como hermano al otro tercio que lo vigila, desarma y amenaza? ¿No son dos ejércitos que se atisban, listos a precipitarse con HUMANA furia, con alegría HUMANA al felinal festín?

Dos tercios de la riqueza se dispensan con entusiasmo para sostener ejércitos y escuadras para defender dizque derechos, gobiernos y fronteras, libertad e independencia, soberanía egoísmo y soberbias. Líneas imaginarias, arbitrarias en Derecho abstracto y en concreto; modos de separar, pretextos para destruirse. Y si del conjunto pasamos al detalle, ¿qué son las naciones? Agrupaciones accidentales de gente en riña: No hay que diluir este punto: todos estamos convencidos de ello por más que lo disfracemos con eufemismos.

Entremos en el trajín social. La misma idea que expresa la palabra SOCIEDAD, qué es? Equilibrio, mutualidad, convención, freno, defensa: egoísmo y temor. Convivencia entre indiferentes, extraños, desconocidos, o enemigos, bajo la razón social del DO UT DES, FACIO UT FACIAS.

Penetremos en la familia, último reducto de la defensa; la más pequeña fracción del ejército en liza; la guerrilla circunscripta a su trinchera el hogar. ¿Hay que decir que allí continúa el imperio del rencor latente? ¿Que esa guerrilla no ataca o se defiende, y que, entre ellos mismos, roto el equilibrio, se devoran como los saurios, como los ofidios, como los vermes?

Lucha armada y perpetua. Armada con las armas, con la palabra, con el pensamiento, con el gesto, con el deseo . . . hasta con el sueño!

Poned frente a frente a dos cababalleros cultos que NO SE CONOCEN, que NO SON AMIGOS —las mismas frases son expresivas.— Y peor si son dos damas distinguidas, pues más acervos y sutiles son los afectos en estos organismos delicados que *adornan y dulcifican* nuestra vida, según hemos convenido en decir.

Pero quedémonos con los caballeros. No hacéis aún la PRESENTACIÓN; no sois el mediador, el conciliador entre estos dos seres que se miran ya curiosos, ya turbados, ya aturridos, ya inquisidores, o graves o

estupefactos como si vinieran de planetas distintos. ¿Qué son hasta ese momento? Dos humanos que se miran, que se estudian, que se otean, que se miden, se critican, se mofan. Apresuraos a fortalecer ese equilibrio porque instante por instante se está debilitando en ese momento eterno que llamamos SITUACIÓN EMBARAZOSA, SITUACIÓN VIOLENTA. Apresuraos a «presentarlos», porque de los dos el más vehemente, el menos listo, el más espontáneo, el menos experimentado en el «arte de vivir» que es el arte de la alimaña para salvar de las trampas o el del tigre para cazar su presa, puede con un gesto, una sonrisa, una mirada, provocar el fracaso.

Presentadlos; haced una mueca, una genuflexión; dadles el santo y seña; todo falso, todo malévolo y convencional, para que ellos a su vez hagan lo mismo. Habéis evitado un desequilibrio por lo pronto, en la forma. En el fondo. ¡Quién sabe! Nadie puede saber la revolución que habéis provocado. Ya está hecho el balance de las conveniencias de esa amistad, la crítica prima facie, la atracción o repulsión, y quién sabe la parte que en ello habréis vos mismo ganado o perdido.

¿Véis cómo se saluda la gente inculta, el bajo pueblo? Mirad cómo se acarician dos toros: dándose cornadas; cómo se halagan dos perros: dándose dentelladas; cómo juegan dos potros: tirándose coces, luciendo sus dotes naturales, alardeando de su fuerza, agilidad o astucia. Pues cosa semejante es en el bajo pueblo; y si más atrasado es, más resalta la semejanza: un manazo, una puñada, un amago de ataque, una brusquedad, un ruidoso choque de manos, un sacudón, un apodo cuando menos, una broma deprimente, ofensiva o ridiculizante; todo eso que en el fondo es sólo una tregua llamada amistad; un armisticio inseguro llamado intimidación o confianza.

El barniz de CULTURA—(su sentido lo indica)—ha ocultado esa broza en las otras clases, pero refinando la malicia. Preferible la primera, que al menos se exterioriza y es llana y veraz. Cuando el equilibrio se rompe entre los bajos no hay las repugnantes escenas, los refinamientos de crueldad y sutileza de malicia que cuando se rompe entre los cultos.

Pero los plebeyos van a llenar los presidios; los refinados, los que no se exteriorizan de esos modos, siguen hiriendo, siguen matando: con la lengua, con la risa, con la pluma, con las influencias, con sus muchos MEDIOS.

Y la humanidad conoce su miseria fundamental; pero se ruboriza de reconocerla. ¿Y para qué en verdad, si sabe que el mal es común?

Extraña amalgama ésta: raza que tiene idea de lo bello, de lo bueno, de lo amable, de lo sublime, de lo justo. Lo canta, lo alaba, lo finge, lo premia, lo enseña; pero no lo siente suyo, de su naturaleza. Por eso mismo quizá lo admira y tiene que inculcarlo en los que educa; y en verdad de verdad, casi siempre lo supone en los objetos de sus loas: la humanidad es idealizadora.

Por esto es de preguntar: ¿Son grandes caídos? ¿Son pequeños en ascensión? Su odio básico revela lo primero; sus ensueños, sus ficciones, sus creaciones, revelan lo primero; la creación de su afecto llamado Amor y de sus diversas faces, revela lo segundo.

Finje y canta. Sólo en una manifestación de amor creo: en la que no tiene por objeto a sus semejantes. A la naturaleza y sus prodigios, al gran prosencio universal con sus millares de telones, las flores, las músicas, los colores, la armonía, los irracionales, todo eso y hasta a Dios mismo, creo que pueda llegar a amarlo; pero al hombre. ... niego.

El eminente Jesús trajo la clave de su doctrina, de su ley todavía irrealizable. Quizá otros Cristos en muchas etapas futuras repetirán la misma ley sufriendo otros suplicios, y puede que de etapa en etapa se le gane un palmo al «Diablo Mundo».

Conoce la humanidad su fatal condición; pero llama osado o loco al que la confiesa. Alce el dedo quien no se reproche a diario. Sin contar los que se odian a sí mismos; los que se ven ruines, asesinos, fracasados, malos y miserables aunque no anden ante jueces, aunque nada visible hagan, aunque vayan ungidos con el oleo de la santidad eterna.

¿Qué llamado virtuoso no se ve un afortunado, un favorecido? Si Dios quisiera un día hacer lo que Jesús en el templo... ¡qué desilusión! Cómo quedarían altares vacíos y menguado el santoral!

La humanidad sabe de su lepra y por eso creó el lujo para el cuerpo como hizo abundante guardarropía para el espíritu. Y los más exagerados han de ser los que se sienten más enfermos.

Y si tras de tantas evoluciones, experiencias dolorosas y esfuerzos, apenas este cuarzo irreductible humano revela entre su escoria partículas de oro que como gran conquista llevamos entre cantos triunfales como a las «Tablas de la Ley»; esos como reflejos apenas de lo que pudiéramos concebir como Amor y que hemos subdividido en tantos nombres, ¿cómo sería el hombre prehistórico, el primitivo, la bestia recién humanizada o el excelso recién animalizado? ¡Qué horrible y repugnante sería física y moralmente el incipiente Homo Sapiens, orgulloso Rey de la Creación.

Pero entre el malo instintivo de entonces y el malo refinado de hoy, me quedo al primero.



COLORED MEN

«Colored men are not shaved here».

Este severo edicto ví en una peluquería de lujo:
«Aquí no se afeita a negros».

Duro, ¿verdad? Pero cuando el peluquero lo puso, obligado presumo que fué por algunas negras intontonas. Porque el negro atisba la ocasión y entra audaz a pavonear su soberbia entre los blancos en cuanto le dejan el menor resquicio. Los yanquis saben bien esto y hasta en los W. C. plantan el dente.

El malvado rey Oro les ha dado tantos disgustos! abriendo puertas que clausuró la Naturaleza misma.

*
**

Mirando el rótulo me acordé de Shakespeare. Fué Shakespeare en su Oteló un malévolo? Un renegado? Un ultra-noble? Un simplón? Quizá nada de esto: un soñador, un iluso; más se me parece a su Desdémona. O talvez quiso tomar el pelo a los blancos. Convengamos en esto, pues no es justo ser mal pensado respecto de un tan buen pensador sujeto.

Verdad que hay almas de negros encarnadas en cuerpos blancos: hasta allí se cuelan! Quién sabe si en el fondo le quedaba a Shakespeare algún residuo atávico no depurado aún en el filtro lentísimo de las evoluciones vitales; y allí, en su Oteló, resurgió el lazo de raza como último crespón de cielo que se des-

peja, como último REMEMBER de una alma que se redime, y fué su Otelo su adiós a la etapa inferior, su último grito de negro?

Pues si no: ¿qué se propuso en su Moro de Venecia? Méritos literarios aparte. Supongo también que fué un atrevido ensayo de emociones y mezclas de afectos, de pasiones, de vicios, de defectos y virtudes, para hacer una revolución en el teatro de su época. Alquimista investigador quiso ver qué salía de esa amalgama, y en el negro crisol de su héroe funde el valor, la gloria, la riqueza, el honor, la gentileza y la virilidad, las prendas envidiables masculinas, con el candor, la belleza, la fidelidad, la ternura, la sensibilidad exquisita, la nobleza, las virtudes adorables de la mujer; la codicia del esclavo, el odio de la raza, el grito de la carne salvaje, el despecho, la humillación, los celos, y hasta el sentir común mismo que siempre ve incompatibles esas conjunciones de razas antagónicas. Todos esos venenos mezcló con todas esas esencias en repugnante potpourri y lo puso en el negro crisol al fuego vulcánico, infernal, de la soberbia de un negro irritado.

Así como en el teatro moderno los Echegaray y otros sugestionan, convencen durante dos o tres horas al público más reacio y frívolo, con sus imposibles naturalizados en la escena, Shakespeare entonces, y hoy, por la fuerza de su genio, impuesto sobre los siglos, deslumbra con su pirotécnica bengala en el desarrollo; pero al fin descubre el alquimista su retorta para ver la amalgama, y así como los colores espectrales se funden en uno solo: el negro, él encuentra en el fondo el único resultado fatal: la paradoja.

Se rinde del mejor modo posible ante el inevitable uno y su negro termina como negro.

El grito de la raza apaga la voz del amor. El grito de la raza es el amor de sí misma, y aunque el

negro deteste su propia raza se ama a sí propio aunque sea con rabia y con despecho, como se ama el abyecto, como se ama el criminal, como se aman la víbora, la hiena, el escarabajo, el cuervo. ¿Por qué no? Y el amor de sí está sobre todo: hasta el abnegado que se sacrifica por otro, piensa en sí primero: en su gloria, en la gratitud, en su heroísmo, en el premio humano, en el divino, en algo que es para él.

El grito de raza es imperio ineludible; el amor, esclavitud voluntaria; y en la raza soberbia, en la raza maldita de Cam, ese imperio dice:—domina, humilla, pisa ahora que es el turno, pues en tu conciencia escrito está que de obra o deseo se te humilla, se te aborrece, se te avasalla. Razas antagónicas, irreconciliables, mientras dure ese ciclo evolutivo, mientras se efectúe la selección natural de la especie. Imposible el amor forjado por Shakespeare entre esos dos seres. La ley es fatal, universal la lucha que desde in principium fué en el seno mismo de la materia increada y en reposo; roto el equilibrio, átomos negros y átomos blancos dieron y darán por los siglos de los siglos las transformaciones infinitas, creación y destrucción, fuerza y resistencia, polos, luz y tinieblas, muerte y vida, resurrecciones, transformaciones, evoluciones, bueno y malo relativos, dinámica e inercia, blanco y negro

Unión, simpatía, fusión, solidaridad, compenetrabilidad, amalgama, asimilación, atracción . . . amor? Similia similibus: cada uno en su plano evolutivo, hasta que se transforme y depure y pase a otros.

Quién cree en el amor del negro cuando no es a los de su raza? Amor! Penetremos en la idea de la palabra y retrocederemos avergonzados de su profanación.

De negro a blanca: orgullo satánico, rabia saciada, amor de fiera a presa, de cuervo a paloma. Satán y el alma según el mito eclesiástico; egoísmo diabólico, sevicia de negro.

De negras a blancos? Lo mismo en el fondo, atenuado por la inferioridad sexual y por ser el objeto de las caricias o caprichos del ente superior.

De blancos a negras? Estragamientos físicos, curiosidad maliciosa, vicios sexuales, ocasiones fáciles, mero comercio de la materia, circunstancial todo, como el dipsómano, como el sádico, como el reo de bestialidad, como el cretino, como el sodomita, como todos los anormales. Amor? Nunca! Extravío, accidente, choque fortuito, conjunción súbita, repulsa inmediata. asco.

De blancas a negros? Los mismos motivos afe-minizados, caprichos, romanticismos, morbosidades, neurosis, ambición, vicios; todo, todo, menos el imposible psíquico Shakesperiano.

El amor de Satán hacia el Alma, dije, según el símil de los místicos; y ese símil me sugiere la escena del tenebroso ladrón penetrando furtivo en el alcázar bellissimo y en calma; en el alcázar ornado con todas las bellezas, con todas las esplendideces, aromas, colores y armonías, morada de todas las virtudes y candores, a mancharlo todo con su tacto, emponzoñando con su aliento, destruyendo, relajando, convirtiendo en antro y ruina esa mansión hermosa; corroyendo, empañando como el sulfuro ennegrece, corroe y deslustra los metales fulgurantes. He allí el amor de Otelo: el demonio dentro del alma; esa impresión me da ver su negra figura en el palacio entre espejos y tapices, blondas y flores, luces y cristales.

Fué un extravío de altruismo el de Shakespeare; un paroxismo de amor a la humanidad? Un rapto de ultranobleza? Ni que hubiera escrito esa obra para negros! Quiso reivindicar para la humanidad la estirpe precita? Si eso fué no lo obtuvo, y él mismo se da el fiasco: Viste a su héroe de valor, de instrucción, de cultura, de amor, en lo psíquico; de oro y seda lo recama; de fortuna, de apostura, de gentileza,

en lo físico, dejando al buen corazón del público olvidar todas las repugnancias que encubre esa veste. Y al fin Cam resurge y como negro acaba.

Desdémona es una alucinada, una sonámbula cuya hipnosis comienza con los relatos del moro, en los balcones del Dux, en la poética Venecia, bajo su cielo hermosísimo, su luna límpida, el arrullo del manso Adriático y los lánguidos adormecedores cánticos de los gondoleros.

Qué cámara más sugerente para la predisposición al ensueño?

Pobre víctima del romanticismo; pobre sonámbula a quien el puñal de su verdugo la libra del asqueroso despertar. Si Shakespeare no mata tan a tiempo su creatura, el público la habría matado; esa muerte salva al autor, a Desdémona y a Otelo.

Creería Shakespeare de buena fé que Otelo estaba convencido de lo absoluto de ese amor supra-humano? Nó. El negro se veía negro, bajos sus sedas, bajo sus orlas, sus oros, sus laureles; se olía, se sentía esclavo, se veía inferior a las plantas de la blanca, nó cual caballero que voluntario avasalla su corazón a los pies de la dama que aclama por su reina, sino forzado fatalmente por el imperio de una ley natural tan imperativa como la de gravedad.

Muy pocos elementos disponibles tuvo el gran dramaturgo para exaltar la raza negra, si eso quiso. Cualidades comunes, neutras, posibles en cualquier raza; nada característico admirable o amable que sea de ella propio. No consigue lo primero; pero en cambio parece avasallar, humillar, vilipendiar, echar por el suelo a la blanca con su Desdémona.

Quiso esta extravagancia? No lo creo.

Desdémona arrobada, Desdémona amorosa, Desdémona a los pies del negro, me da asco; en su lecho me da asco y vergüenza. Desdémona muerta me tranquiliza, me solivianta; cuando ella expira yo respiro;

la perdono pero no la absuelvo. Aplaudo a Otelo castigador de la infracción de la ley natural; a Otelo desmentidor de Shakespeare; a Otelo el vengador fatal del ultraje a la raza selecta, de la extravagante blasfemia, del salivazo gratuito.

Pobre Desdémona! Pobre loca! Pobre alucinada! Qué mal te quiso el autor. Ante esa paradoja soy capaz de creer que mejor te quiso tu idealizado trasgo; que más te amó el que te dió muerte obedeciendo a un grito de la naturaleza, que quien te dió vida por contradecir esa voz.

*
*
*

Los libertadores de negros tuvieron otras razones secretas para la manumisión de esclavos; razones que exteriorizadas se llamaron amor a la humanidad, liberalismo, equidad. Mentiras! El desprecio del caucásico al negro es atávico y destruye a gritos esas bellas mentiras de los libertadores. Ah! Si los yanquis por ejemplo, pudieran encadenarlos otra vez sin escandalizar al universal convencionalismo! Pero los elimina, los boicotea y colored men no tienen cabida en parte en donde el blanco se estime. Pero de esto a lo del dramaturgo inglés media un abismo.

Felizmente las especies imperfectas van a su extinción y ésta no se exceptúa, aunque es una de las más tenaces y rebeldes. Al través de varios cruzamientos todavía resurge al menor esguince de Natura. Y mientras tanto va dejando su gran reguero de producto mixto que siempre participa más en lo espiritual, de lo que más denuncia su epidermis.

*
*
*

En esto me hizo volver la faz el barbero para afeitarme la otra mejilla, y también varió de faz el asunto de mi estudio.

Pensé en los negros vulgares, en los negros reales, no teatrales. y los ví bellos!

Cómo cambian los aspectos con el cambio de un ángulo de visión, con el simple cambio de posición de la cabeza!

Los ví bellos con la belleza de lo horrible; bellos con diabólica belleza.

* * *

Bellos son los negros al aire pleno cuando en grupo se les mira en un vasto trigal; cuando matizan sus acurvados dorsos negros la rubia sabana, parecen manchas de sol. Y son bellos.

Un negro es hermoso cuando sus amplias ternillas agita como fuelles el calor; cuando su piel de hulla luce desnuda al sol, cuando de sus grandes poros manan gruesas gotas de límpido sudor, como de un filtro de hulla caprichosamente modelado figura.

Los negros ¡Qué hermosa la tupida lana que cubre su cabeza! Ese como cabello retorcido y achicharrado revelador del gran esfuerzo hecho para surgir; esa como escoria con que se corona el bloque de hulla requemado; esa especie de espuma betunosa solidificada que parece acusar una combustión interior antigua.

Bello es el inamovible peinado del negro. El negro se peina con polvos de luz.

Los negros bailando, ¿verdad que son bellos? Y si es a la luz de la luna o en torno de hogueras o al fulgor de bengalas, qué cuadro más fiel de un aquelarre, de una danza macabra, de un cuento de fantasmas y trasgos, de una escena dantesca!

Un negro que canta me embelesa: su móvil bocina es ideal; esa boca en trompa con los belfos labios terminales a propósito para graduar la expansión de

la voz, con esas hileras de dientes parejos y limpi-
simos, es hecha para el canto. Sus muecas de simio
completan la armonía.

El negro que ríe causa impresiones extrañas. Pa-
rece que la risa no fuera de su naturaleza.

La risa del negro es estridente, explosiva, escan-
dalosa. Cuando abre su bocaza una carcajada, la
rosada cavidad simula una boca-mina que denuncia
incendio en el interior; el eco del estrépito, de la ex-
plosión, es la carcajada del negro. Otras veces me
parece un extraño fonógrafo que repitiera la risa de
un diablo.

La risa del negro es lúgubre en veces. Cuando
un negro ríe me figuro que oigo el grito de una alma
en prisión; las maldiciones de un desesperado; las blas-
femias de un soberbio precito yo no sabría ex-
plicar qué de todo eso oigo, presiento, adivino que hay
allí dentro. Y la risa me parece la carraca que un mal-
vado carcelero agitara a la puerta de la cárcel, para
ahogar los lamentos de la víctima a quien martirizan
en el interior. Y me parece que el mismo negro es el
verdugo, verdugo de una alma blanca con cuyo mar-
tirio goza y lo expresa con sus muecas de gnomo, con
el vaivén de sus ojos de esmalte, en la agitación de su
lengua de rubí, en los espasmos de su cuello de guta.

Otras veces es para mí el negro la encarnación
del Angel caído, del soberbio todavía irredento, ciego
aún por su soberbia impotente, rebelde contra el tra-
bajo de la reconquista de su primitivo sér, que es su
expiación. Un forzado reacio y cínico que muerde
la cadena y rechina los dientes delante de los libres o
de los que le aventajan en la vía. Cada negro me pa-
rece entonces la escafandra de un demonio. Un ge-
nio malo pero divinamente blanco, radiante y bello
encerrado en la más humillante de las prisiones; aso-
mando furioso y revelando sus blancuras por los dien-
tes y los ojos. . . .

Los ojos de un negro en quietud parecen tragaluces de lúgubre castillo, alumbrado por un rayo de luna, y en su interior se adivinan las guaridas de los trasgos, duendes y vampiros.

Y los veo bellos con terrífica belleza.

*
*
*

Qué hermosos los negros ataviados con colores vivos: el rojo, el gualda, el verde, el azul, el blanco. Las aves negras así matizadas son las más bellas.

Bellos los negros esclavos de amos espléndidos; adornos de los salones, orgullo de sus amos, codicia de los concurrentes. Un negrito así es siempre recibido entre risas y palmadas; predispone a la simpatía y al buen humor, y así le aclamo el verdadero rey de los animales, el más inteligente de las especies inferiores a la humana.

Y los negros chiquitines, los bebes negros? Qué monos! Son unas terracotas admirables, unos finos bibelots, unas figuritas de laca para anaqueles de buen gusto. Un negritín, si está limpio, me hace más gracia que el más amaestrado chimpancé. Yo hasta los he besado en los carrillos.

*
*
*

Así me agradan los negros. Pero lejos! Eso sí! El negro es nuestro enemigo más inteligente. Cada vez que siente la mirada de un blanco encima, su sér se agita, su reposo se desequilibra.

Cada vez que mira su piel, su sambenito, cuando establece el cotejo de su cabeza, conjunto más notable y abundante de sus diferencias con las razas superiores, surge su rabia, su SOBERBIA EPIDERMICA, y si pudiera destruir todas las superficies reflejantes, desde los espejos y las aguas hasta las pupilas de los otros destruiría sin compasión.

*
**

El negro segrega como la mustela cuando está irritada, como el batracio, como otros animales en estado de excitación, un humor acre y nauseabundo, un almizcle penetrante y aun corrosivo, como lo acusa la pronta putrefacción de sus ropas en la parte de contacto con las axilas, en donde lleva su BOLSA DE RABIA.

Cuando el negro se huele, lanza un voto contra la humanidad, una maldición a Dios; se recalcitra la secreción por sus axilas; entreabre éstas como para dar mayor escape al tuferente humor y goza sinceramente con las bascas que produce al blanco.

ES LA RABIA AXILAR.

*
**

Y yo ni creo en la regeneración de los criminales natos por medio de la suavidad penitenciaria, ni en la habilitación de los negros para las gradas superiores de la sociedad, por medio de ese liberalismo suicida, de esa bonhomía sin fundamentos que les abre puertas para un favor que jamás agradecerán tampoco y que sólo aprovecharán como arma contra sus benefactores.

Y luego.... Qué se ha ganado con ello? Ese cráneo no da para más. Contemos los negros sobresalientes y nos sobrarán dedos.

Lo que no es de Natura..... tararura!



AHRIMAN Y ORMUDZ

DEGENERACION—REGENERACION

¡Regeneración! Sí: Es el grito síntesis; el clamor de los clamores, en que se condensan, como el haz de rayos en el foco de la lente, las diversas imprecaciones y reproches, alaridos, apóstrofes y decepciones; despechos y malhayas; rebeldías, amarguras, debilidades, angustias y lágrimas de una época que llega a ser la fatal heredera de los morbos que gestaron paulatinamente en las pretéritas.

Regeneración! Es el ¡ay! de los ayes. El extremo tangente con el de Degeneración. Cuando se unen, salta la chispa *fiat*, que marca el minuto del álgido fermento; de la descomposición, disgregación y disolución, para que la reacción se inicie bajo el dilema: «Renovarse o morir», que es el conjuro a un pueblo inerte para levantarse a nueva vida o disolverse en los elementos de otros más robustos.

Regeneración! gritó un día la Roma prostituida en los brazos de sus soldados borrachos. Regeneración! gritó por las bocazas cálidas de sus *sans-culottes*, la Francia envilecida por sus reyes. Regeneración! grita la Rusia exhausta de sangre i dignidad por el chicotear de la nagaska en siglos de idiota pasividad, despierta hoy al raciocinio, entre los alaridos

de sus mujicks y los ahullidos de sus lobos, hermanos en condición de acosamiento.

Y ese ululato de angustia, entre viril y pusilánime, entre imperativo y suplicante, cruza los océanos y hace eco hasta en las repúblicas mismas cuya ideal forma de convivencia en vida civilizada también se relajó al pasar de los tiempos y el infiltrarse de las pasiones, para hacer el más insoportable sistema de tiranía, del más bello sueño realizado un día por los hombres de buena voluntad.

Y no es traer parangones paradójicos entre viejísimas y recién nacidas entidades nacionales, por el tonto gusto de *hacer literatura* (como se dice en el estilo de filfa a la moda, al tratar de estas cuestiones) —Es una realidad ya que en adolescentes naciones de América ha sonado también la solemne palabra: espontánea porque es condensación que el sabio instinto del pueblo encontró para apocopar todos los ayes de sus malestares.

Y no es prematuro su clamor.

Oportuno, porque si acaso no se hubiese llegado aún al máximum, el camino que a él conduce es el seguido, y la pendiente es de catarata. Porque las entidades nacionales de reciente inauguración, conforme rápidamente se adecúan porque todo lo *reciben hecho*, céleremente también degeneran si asimilan los vicios o los gérmenes que, *hechos también*, como los cultivos virulentos, les vienen de las viejas entidades enfermas, en natural efecto de la intensa y estrecha vida de comunidad actual.

Regeneración, sí. Y pronto, a ella! Porque en el *modus vivendi* de hoy, ya no se permite a cada cual hacer de su capa un sayo, *vivre a son mieux*; ni a una nación *disolverse en sus propios jugos*. Nó: las leyes humanas;—peor o mejor fundadas hoy en las universales,—imponen la *selección natural*; el renovarse o perecer: La que se atrasa perjudica; lo

que se debilita, lo que se degrada, lo que degenera, se hace estorbo, impedimenta, carga molesta de la caravana, y debe recibir el golpe de gracia para el bien del resto comunal: sus tierras, sus jugos, sus frutos, sus vidas son patrimonio de la raza entera.

Esta atroz verdad, este hecho dolorosamente necesario no atributivo a teoría, porque es esencia de la evolución misma, vislumbró el pobre Nietzsche y cargó con el sambenito de la delación; pero es tan producto suyo como las leyes planetarias fueron de Keplero, de Copérnico y de Newton.

*
**

A medida que los sentimientos buenos, que son opimos frutos de la cultura asidua, del ejemplo de los cercanos, de la edificación de los que vemos, de la herencia misma, del hábito hecho célula, se debilitan y menguan, sobre esas debilidades, como los hongos en los organismos, germinan las pasiones que son las más altas expresiones de los instintos sedimentarios, base de la común animalidad.

El del egoísmo es el más fuerte, por coesencial con la vida; va a la vanguardia, cubierto con su escudo de la *propia conservación*. Los asociados, entonces, van despojándose de las primeras *preocupaciones* de: amor patrio, interés público, nacionalismo, y siguen en el desprendimiento otras más concretas: humanidad, altruismo, filantropía, fraternidad, dignidad, hombría de bien, fidelidad, honradez. Todo se refugia en los últimos reductos: el hogar, la familia, los suyos, y entonces *se vé claro* como al sol de medio día, a la luz del *nuevo criterio*, que la única finalidad del hombre es *vivir*, por cualquier medio; su único deber procurar su satisfacción y, por ende, la de los suyos por lo que a su egoísta interés contribuyen y sólo en tanto en su bienestar personal refluyan.

Desde ese deplorable momento el hombre ha retrocedido a la selva en plena civilización de palacios y bazares; y, así como en el bosque el utilitarista no vería de cada árbol, de cada piedra, de cada arroyo, de cada animal y cada fruto sino el provecho, la explotación, el placer, la hartura que podría obtener por fuerza o por astucia, así en el tráfigo diario en su urbe, no ve en cada coasociado sino la unidad explotable. Ya todo es negocio y todo ha cambiado de faz: la amistad es fórmula o máscara traidora; la sociabilidad un modo de operar; cualquier delito es vínculo, cualquier estado sacramento; todo es objeto valorable: honra, opinión, talento, gestión, crédito; la persona, la carne, los hijos, la sangre, cada unidad tiene su precio como muñecos en un bazar. La mentira, el soborno, la corrupción, el cohecho, la venalidad, la fuerza, la celada, el fraude, la frivolidad, la reserva, la desconfianza, la calumnia, toda la pravedad y su cohorte es el programa triunfador. Estos son los reemplazos de la sinceridad que causa lástima; del altruismo que da risa, del patriotismo que se desdeña, de la política que espanta, de la prudencia y el consejo que son inútiles; del deseo del bien común utópico, y de otras prendas que fueron los lazos y medios de la antigua convivencia.

Desde entonces el respeto mutuo desaparece de entre ese afanoso tumulto de anormales, porque cada uno sabe de las liviandades del otro; y si no sabe las presume o las inventa, y el delito es nivel igualitario.

Hasta el respeto de sí propio, el pudor, primer asomo de la superioridad animal, acabará en cinismo. La opinión pública es añagaza de unos pocos *des-equilibrados* retardatarios a quienes no se hace caso mientras no estorben; los periódicos más leídos son los de avisos, o los híbridos, y, por amenidad, los de escándalos que nos hagan reír de las comunes primicias de ese carnaval de almas. Y a mayor libertad

de la prensa se opone mayor desenfado como mejor coraza.

Y a vivir! Vivir es el mandamiento *moderno*—dicen los encenagados—Vivir es la ley; no importa el medio! Y fingen creer que ese es el espíritu del siglo. Procurarse abundancia para estar a cubierto de las hostilidades de los otros, del desvalimiento de los poderosos, de la impiedad de los ricos, de las zancadillas de la *justicia* (?) y, sobre todo, de las solicitudes de la Patria, de las exacciones de los gobiernos y de las necesidades de la política juzgados ya como calamidades que hicieron padecer tanto a nuestros antepasados.

Ese pueblo se ha trocado ya en una lonja, en una bolsa, en un zoco, en una logia, en un dock; es una feria cosmopolita, heterogénea, enemiga, rival, sin más nexo ni cópula que la accidental del mutuo engaño, del negocio, del trasiego del dinero, de la satisfacción del yo.

Patria! Unión.... Independencia! Boberas de antaño! Ensueños de nuestros buenos viejos. El mundo es de todos y cada cual a su negocio—Time is money—Business is business—Haz dinero; si puedes honradamente, y si no.... haz dinero.

—Maldita política! Cuidado con la política!

—La política nos pierde!

—Yo no *me meto en política* ni entiendo de patriotismos!

—No hay más patria que el dinero!

Más o menos son las enseñanzas hogareñas que al amor del buen pan y el humo de la sopa, da, entre bocanadas de humo de un cigarro, el padre tranquilo en sus intereses, a los aguiluchos educandos de la nueva escuela.

—«No soy tan... patriota» es el sarcástico adagio en que el pueblo desnaturalizado condensa su concepto de lo que ve vilipendiado por los de arriba.

Y el hombre se atrafaga, se hunde y aturde en el sudar cotidiano de los negocios. Hasta el idioma cambia en pueblos así; y el que no habla en la jerga mercantil provoca los bostezos de sus oyentes, cuando no la ojeriza o la burlilla espaldera para el chiflado o el ocioso.

—Dime cómo habla tu pueblo y sabré de su estado, contestaba un augur consultado por los mercaderes fenicios. ¡Y así acabaron esos pueblos!

El campo de acción se va estrechando para los rezagados. El que conserva todavía sus remembranzas las va restringiendo y cifrando en su *menagerie*. Patria, para éste, es su empresa; su almacén o su fábrica para aquél; sus fincas, su tienda, para éstos; su carreta para estotro, su barca para el de más allá; sus herramientas para los últimos; sus armas, el hospital y la cárcel para los de la hez.

Perdidas o trabucadas las ideas sobre antiguos sentimientos pasados a recuerdos, el exsociable cree ingenuamente lícito su *negocio* de usura o lenocinio, de tahúr o de alcahuete, de comprar y vender conocidos robos a menores o a pecheros, y para todo ello abre establecimientos y ostenta llamativos rótulos. El empleado juzga inherente la *rebusca* por sobresueldo sabido y tácitamente autorizado por sus superiores que la hacen en grande; el juez no ve delito en ir a la parte con profesionales, litigantes y curiales y agentes esquilman a los clientes; el guarda hace ajuste con el contrabandista, el recaudador con el cajero, éste con sus mandantes; el magistrado recibe obsequios en traspuertas. Astrea, envilecida, inclina su balanza al lado que lleva el contrapeso metálico del expediente, y los profesionales olvidan sus juramentos de moral a cuya guarda se confían vidas o haciendas, salud o reputaciones. Ni metros ni libras son fieles, ni calidades ni precios; y todos han de ser Argos contra Argos, si no han de sucumbir.

Hay que defenderse del fisco, de los municipios, de los tribunales, de las instituciones administrativas, de los testigos, de la denuncia, de la ley, de todo lo que anda en atisbo del haber particular para la imposición odiosa y la coacción inmisericorde que no han de refluir sino en beneficio de unos pocos.

Nada hay allí de verdad sino el egoísmo. El que sorprende está en *su derecho*: al otro le cumple *no dejarse*: es la lucha declarada, el regreso del hombre aleccionado a la selva plena de pavimentos y de focos.

¿Qué es robar? Qué despojar? Para qué son entonces los cerrajes o las armas? Es la filosofía.

Y todo es un cinismo en unos: un descoco, una audacia o insolencia en otros; risilla despectiva, concepto ridiculizante o fuerza bruta para los majaderos *débiles*, para los ciegos u obsesos, estacionarios y ñoños.

Patriotismo? A ver? Si es eso un resorte para algún género de explotación, bueno: venga y patrioticemos; cantemos en la música que place a estos ilusos: no quedará por falta de programas, arengas y discursos; hagamos el culto externo; venga una palma, entremos en la procesión y si es menester cantar himnos a la patria, hacer votos y ofrendas al bien público, simularla amores y tributos, liturgias, doctrinas y sacrificios, simulemos todo; seamos los más fanáticos adoradores de sus ídolos, y ello nos abrirá los rangos hasta llegar a ponernos a la cabeza del desfile, tomar sus guiones y pendones, ponernos bajo el palio, y entonces, sí, el rumbo y el provecho serán de cuenta nuestra, y nuestras falanges ebrias o sedientas, esas que hemos preparado con el pávulo y animado con el botín, se encargarán de la Barthelemy decisiva del imperio del orden *práctico*.

Y así surge, cuando los pueblos decaen, el nuevo enfrentamiento de Ormuzd y Ahriman, en esas épocas caóticas en los espacios como en la tierra. Y las cri-

sis y las convulsiones son hasta el vencer del buen principio, porque Ahriman cree que Ormuz *duerme*, y Ormuz sabe que Ahriman *sueña*.

Pero es: que cuando los pueblos sueltan ese alarido de angustia, ya están resueltos, ya están prestos a la convulsión. Antes, alzan sus ojos hacia los que le hablan en su nombre, y distingue; y su mirada tranquila ese momento, con tranquilidad crispante, es una interrogación y un conjuro. El principio de regeneración ha germinado en su alma y su cerebro; el gigante de millones de ojos y de brazos distiende sus incontrarrestables músculos y.... ¡ay de los falsos profetas que le engañen en nombre de su *Bien* ya comprendido!

Y luego? La misma clepsidra; la misma revolución para volver a empezar otro ciclo.



LOS DOS PROGRESOS

Progresar la humanidad?

—Progresar— dice el Occidente.

—Se humaniza, se entorpece, retrograda aún; se inhuma, se entierra todavía, dice calmamente el Oriente.

Y destila sus palabras, lentas, pesadas, sentenciosas, graves, entornando sus párpados somnolentos, sin esperar réplica ni disponerse a objetarlas, en la impassible y estática postura de Gautama.

Así está dividida la opinión; y la historia antigua, en verdad, lleva al que lee sus primeros capítulos a la opinión segunda.

Y si progresar es avanzar, tanto progresa en su ascenso el que se eleva en un avión, como en su descenso el que baja en una plataforma a la sima de una mina, pues progreso es secuencia del impulso inicial.

Las urgencias crecientes de esta vida de vértigo cada día más álgidas, van quitando a este hormigueo desterrado los minutos que pudiera dedicar de vez en cuando para detenerse en el camino y preguntarse: ¿Qué soy? Para qué soy? De dónde vengo? A dónde voy?

Comer . . . dormir . . . procrear . . . vestirme . . .
¿Estas trivialidades, esto que todos los animales ejecutan sin afanes, angustias, dolores y trabajos animi-

cos y mentales, son el único objeto de mi vida? Vaya! Buen Dios! Entonces, nos hiciste más infelices que a los brutos, oh, Padre de los mortales....

Hay millares de gentes que hoy se pasan años sin alzar la vista al firmamento. Día llegará en el que el humano pierda esa noción instintiva, luego el hábito y por último la función que era el único que la gozaba entre los pobladores de esta gran pelota. Y entonces, claro es que va inhumándose.

Y yo juzgo acto fraternal y humanitario el que los que piensan para los demás, llamen de vez en vez la atención de algunos hacia estos temas, mejores—si bien se los saborea— que las fruslerías de literaturas amatorias o sensualistas.

Hay quien eche un terno contra esos temas? Es prueba segura de que ese va a su entierro. Y va ciego e inconsciente, como un suicida.

Es sensible. Vamos con los que aún oyen:

—¿Ascendemos?..... Oid a Cantú: «La infancia del hombre es asombrosa por su mucho saber. Todo nos conduce a suponer una inmensa luz que brilló ante los primeros hombres, y que se fué obscureciendo más o menos, ora por el transcurso de los años, ya a causa de los errores con que se mezcló.

«Del mismo modo que la Naturaleza nos demuestra que todo el imperio de la vida ha sido sometido a violentas sacudidas, así en el hombre la lucha de las pasiones con la razón, del instinto del placer con la ley del deber y de la caridad, del interés personal con la generosidad que refiere todas sus acciones a Dios y a la humanidad, son testimonio de un desacuerdo surgido en la conciencia, de la pérdida de un estado mejor».

«El hombre está dotado de inteligencia capaz de modificar el encéfalo y por medio de este órgano las formas exteriores: ejercida esta facultad dentro de prudentes límites conduce a la belleza de la raza

blanca; pero si se abusa de ella o se deja de practicar, el hombre puede descender hasta el nivel del hotentote».

«Que el hombre ha perdido un estado mejor lo confirma también el pudor; así lo atestiguan los mismos filósofos cuando se quejan del presente, cuando sueñan con un estado perfecto y cuando se deleitan con ese deseo que parece nacido de un recuerdo».

«Las ideas religiosas de todos los pueblos se obscurecen y se confunden en razón inversa de la marcha de la civilización». «En los pueblos más sabios posteriores no se halla un solo dogma que valga más que los antiguos». «Los principios fundamentales de ciencias especulativas que suponen largas y continuadas observaciones, allá están». «Si los griegos admiran con sus sabios, es porque esos hombres fueron a adquirir la ciencia entre los más antiguos». «Produce asombro ver que apenas aparece en la Historia la raza humana, ya posee los conocimientos más variados». «Pitágoras aprendió el verdadero sistema del mundo en su iniciación en los Misterios, muchos siglos antes de que Copérnico nos diera el suyo como nuevo». «Las claves de sus cálculos maravillosos e inaccesibles no se adivinan aún». «Han habido maravillas que superan cuanto intentara realizar vanamente el arte moderno con todos sus medios actuales; que exceden a cuanto pueda hoy imaginarse, y el espíritu se pierde en lo maravilloso quitando a la posteridad toda esperanza de igualarlos en magnificencia».

—¿Ascendemos? Oid aún: Es ahora una comisión de sabios modernos la que dice: —«Se cansa uno de escribir y de leer, porque aturdida la mente ante trabajos tan gigantescos, apenas cree posible su ejecución».

Y la vanidosa civilización de Occidente que se cree autónoma, cuando apenas si mal sabe lo muy poco desvirtuado que recuerda de esas sendas sobre

las que camina en círculo, creyendo, como los niños, que es ella quien descubre lo que por vez primera la sorprende!

Oh, el Progreso! Orgullosa gargotero en su almacén repleto de curiosos juguetitos fundados en principios viejos!

Seguid, Cantú:—«Si el hombre hubiera nacido salvaje era imposible que se hubiera dedicado a esas profundas investigaciones, siendo así que más tarde apenas si ha aprendido a satisfacer urgentes necesidades.

Imposible que por su sola intuición hubiese descubierto lo que la ciencia no alcanza más que a fuerza de enormes esfuerzos, largas y complicadas observaciones, sutilísimos cálculos e instrumentos de precisión. Muchas fórmulas de su gran sabiduría se conservan aún sin ser comprendidas. Sus restos prueban desde cuándo en aquellas comarcas se cultivaron las artes y las ciencias, muchas desconocidas aún. Qué hombres debían ser aquellos! Qué naciones aquellas! Qué inteligencia más vigorosa para crear aquellos sistemas filosóficos que hoy asombran a los cerebros más robustos y de donde han derivado las hipótesis brillantes y las sutilezas metafísicas y teorías ingeniosas que han podido imaginar en lo sucesivo los sabios y los hombres de Estado! ¿Quién creerá que tan asombradoras maravillas sean ensayos de una generación que acaba de enderezarse sobre sus dos pies, de dejar las costumbres del mono y de abandonar las selvas natales?»

—¿Ascendemos?—Los indos consideran la edad presente de decadencia, y creen que hace millones de años que no se ha hecho nada que merezca ser conservado en la memoria».

Dios dijo a Zarathustra: «El mundo será peor a medida que envejezca». Y dice el Eclesiastés, libro inspirado por Dios, al afirmar de la Iglesia: «¿Qué

le queda al hombre de todas estas fatigas?—Viene una generación, se va otra, y el mundo permanece. Nada nuevo bajo el sol, y de nada sirve decir:—Esto es nuevo, puesto que hace siglos que otros nos han precedido. El sabio y el insensato tienen el mismo fin.» Y NADIE SABE SI EL ALMA DE LOS HIJOS DE ADAN SUBE Y LA DE LOS ANIMALES DESCIEENDE».

—¿Ascendemos? Entre Ormuz y Ahrimán sigue la lucha. Al principio venció el Bien; luego en la segunda aparece Ahrimán; en ésta, que es la tercera, el Mal ha declarado la guerra al principio del Bien, y la venidera permanecerá hasta que se consume, al final de los siglos, otra vez el triunfo del Bien, olvidada la del Mal que fué su pérdida, y vuelto el hombre al SIMPLICISSIMUS que parece ser el primitivo.

—Bienaventurados los pobres de espíritu.

—¿Ascendemos? La sabia doctrina del viejísimo Oriente consuela a sus adeptos diciéndoles de los pralayas y mahnvántharas, de los sueños de Brahma, de sus días y sus noches. Con eso se entretiene un pequeño grupo allá, en un lado de babor, como los azorados compañeros de Colón querían engañar sus terrores en el para ellos también fantástico viaje, narrándose maravillosas aventuras de antiguas excursiones, soñando con los panoramas de los países que tan poco confiaban en descubrir.

Descendemos ascendiendo —dicen—. Puede ser. El ciclo es forma invariable, matriz, en toda evolución conocida hasta aquí; la evolución —NECESIDAD—LEY, universal también, por lo que se ve; y toda marcha en ella se efectúa en círculo, y todo es circular, desde los cuerpos celestes; pues parece que el círculo es la figura base de la Geometría universal y cosmogónica. De modo que es posible que ascendamos descendiendo, como diríamos de un cometa —si en el espacio hubiera arriba y abajo— que desde

el instante que pasa el punto matemático de su perihelio se aleja aparentemente del foco; pero como mientras más se aleja hacia el afelio, más, en verdad, se acerca al centro que lo atrae, reascenderíamos.

Consuélese los blandos de voluntad. Pero esto no destruye que hayamos pasado un perihelio.—Quién sabe cuántos!— y que estemos en la vía del alejamiento, en el polo opuesto al hemiciclo que pudiéramos llamar propiamente de ascensión.

Conque, compañeros del viaje en globo: Descendemos. Aún el hombre no está «enterrado»; aún se densifica, se materializa, se inhuma. Todas sus manifestaciones lo revelan, y si ello no estuviera claro Venga Cantú: Este Gran Italiano, otro de los grandes hijos de ese jirón al que el mundo debe muchos de sus débiles relámpagos que, si no le han dado ruta, siquiera le ha indicado en qué elemento navega y qué forma tiene y cómo se mueve y en qué compañía va, se esfuerza en pro de la dignidad humana y del dogma religioso, en presentar a los primeros hombres dotados de ciencia admirable, infusa o adquirida en evoluciones anteriores, y se opone a la presunción —que también honraría a la raza— de haberse elevado por sus esfuerzos desde la condición de semi-bruto, desbastando lentamente su tosquísima veste primera de materia y sus pesadas cadenas de instintos y apetitos, hasta pulir y gallardear la una, moderar y humanizar los otros.

Gracias por el consuelo Ah! Pero comienza con esta advertencia desoladora:—¿Puede descubrir el hombre el principio RACIONAL de la creación y el OBJETO de la vida de la humanidad?

MI PAIS IDEAL

Podrá ser un ideal pero no es una utopía. Y no es una utopía, porque, si bien lo analizamos, hay países que realizan estos anhelos que nosotros expresamos para el nuestro.

Los conceptos de asociación política, de gobierno, su razón, su origen, su naturaleza y peculiares funciones; el principio de autoridad, el derecho de imperio, todo ese diccionario, en fin, que la evolución anterior desde la edad media vino creando para expresar las relaciones entre gobernantes y gobernados, derechos y obligaciones correlativas, ha sufrido y sufrirá fundamentales reformas en los días y horizontes que suceden a la *gran guerra* que marcó una nueva etapa en la marcha de la humanidad hacia su perfección.

Pueblos *adelantados* hemos llamado y con razón, sin notarlo en toda su propiedad, a los que en mucha parte realizaban ya *desde antes* las reformas que ahora a los demás les imponen las nuevas circunstancias que nadie pudo prever antes de la guerra.

No precisa poner ejemplos.

No somos videntes; pero parécenos ver lo que dentro de muy poco quizá, serán los pueblos todos, incluso los románticos o frívolos, los jóvenes y los más familiarmente llamados *líricos*, especialmente los

neo-latinos y sus hijos. Algunos nos dan la muestra, y hasta la conservadora España se agota en gestación de vida nueva.

Parécenos ver un pueblo embebecido en los nuevos cánones y ritos de la vida humana social, bajo el dictado de los consejos sin palabras que le ha dado la hecatombe, formando así como un inmenso taller, como una enorme aula, como una colosal colmena, como una gigantesca usina en que se han reunido todas las labores que le dan vida, solaz, bienestar, holgura, paz, abundancia, alegría, prosperidad, respeto, soberanía, fortaleza, todo, en fin, lo que es su *vida* y sus *ideales*.

Ese pueblo ha renunciado a la falacia que se había dado el nombre de *política* para encubrir la relación de los que fueron ideales en Grecia y Roma, y para sostener un *modus vivendi* hecho industria de unos pocos. Este pueblo convertido en una colmena, había aprendido de las abejas la sabia política que les dió natura en su instinto; y la había reducido a los simplísimos actos de ponerse un zángano y una portera, de dividir sus falanges en reinas y obreras; de ordenar sus habitaciones y reservorios y no ocuparse más del gobierno ya bien confiado, sino para suprimir a todo elemento extraño, inerte, ladrón y pernicioso que fuera a alterar el ritmo de su trabajo; y llegado el tiempo, cambiar pacíficamente de zángano, de portera, de reinas y seguir en su labor como si tal renovación no se hubiera hecho.

Y vió el pueblo en esa juiciosa vida que así y sólo así las colmenas subsisten íntegras, inalterables, felices, ricas, cultivadas y estimadas y puestas como ejemplo y símbolo de laboriosidad y unión, de convivencia y nobleza, de equidad y paz, desde su creación hasta nuestros días.

¿Por qué preocuparse tanto de reyes, presidentes, dirigentes y gobiernos, considerándolos como *causa*

de nuestro bienestar, cuando por su naturaleza no deben ser sino *efecto* de nuestra conveniencia?

¿Por qué considerarlos alma mater cuando el alma y el motor somos nosotros y el impulsado debe ser él, hacia los rumbos y fines que a nosotros nos convengan?

Siendo inteligente el motor, el piloto no tendría más que hacer obedecer al mecanismo los ordenados rumbos. La voluntad del pueblo sería el polo magnético, la aguja tendría que obedecerle y al piloto no correspondería sino cuidar de que él no se aparte de la aguja.

Por ahora, y mientras la reforma se haga con la reivindicación de los abandonados derechos que sólo recuperaremos con la nueva disciplina, y poco a poco, la cuestión gubernamental se resolvería de suyo, ya por los usuales y viciados métodos, ya por cualesquiera otros imprevistos. Nuestra situación reclama que todos bajemos los ojos sobre los libros, las facturas, las revistas y los mapas, la estadística, las letras, las máquinas, los laboratorios, la tierra, el agua; sobre todo lo que constituye producción o consumo, comercio, vida, actividad, impulsión, mejora, bienestar, holgura, instrucción, desarrollo, y que sólo los levantemos para mirar el reloj, para observar la atmósfera y saber si es o no propicia a la siembra o la cosecha. La llamada atmósfera política tronaría o estaría diáfana por sus propias reacciones; y cuando con trompetas o sin ellas se nos avisara por esta vez que ya tenemos el personal de establecimiento, entonces le haremos el honor soberano de levantar la vista hacia él y juzgarle; dedicarle unos minutos de observación y volver a nuestra labor de abejas, que será la única que nos esté haciendo fuertes, unidos, poderosos, altivos y dirigentes, sin sentirlo, como nos hace suavemente fuertes la gimnasia.

Entonces, sí, en ese estado, infundiremos respeto y temor a todo pretensu abusivo o negligente o inepto del poder. Así sabrá él que su *poder* no es el poder del *poderoso*, sino el poder del apoderado o mandatario. Que el mandatario es *mandado* y que el *mandante* es el pueblo, ideas que la corrupción política ha trocado delictuosamente hasta hacer creer a los mismos ungidos que esos hierros eran sus *facultades*.

Entonces harán ellos lo mejor por cumplir programas acordes con nuestros trabajos e ideales, con nuestro deseo e *imperio*. Tendrá el gobierno la vista atenta sobre el pueblo y el pueblo sobre él su observación de rato en rato. Entones una sola mirada de disgusto de ese coloso de millones de brazos que se ven cada uno armado de algún pacífico instrumento de trabajo; de alguna herramienta industrial o científica, de algún libro o de alguna llave mecánica, bastará para imponer a los administradores el proceder que debe seguir obediente al que es único amo y dueño de sus destinos: la nación.

Las grandes reformas tuvieron símbolos por armas: martillos, cinceles, rastrillos, barretas, palas, azadas, zapapicos, escobas, hoces y guadañas hicieron escombros de la secular Bastilla.

Pero para llegar a este carácter y derecho, a esta fuerza y eficacia, es preciso que todos trabajemos, que hagamos nuestra riqueza, prosperidad y fuerza, nuestra energía fundada en decir: «esto es mío, es mi obra, es mi esfuerzo, soy el dueño». Usted es mi administrador, mi apoderado, mi inspector y mi guardián; pero sépalo bien: *de libre nombramiento y remoción del Ejecutivo* y el único y grande EJECUTIVO soy YO: el conglomerado de asociados bajo el pacto constitucional; el enjambre laborioso que es el que hace al país grande o pequeño, bueno o malo: no las obras de usted. Sépalo y ... cuidado, eh?

EL NUEVO EVANGELIO—LA NUEVA ERA

Laboremos: Cantemos el *hossanna* al Trabajo. Hagamos fiesta en su honor. Porque el trabajo es ley originaria que el hombre viene a cumplir en este mundo de expiación y pruebas, como lo califican todas las religiones. Llevemos con unción nuestro voto a sus altares en testimonio de acatamiento a esa ley natural que, como las de nacer y morir, las de la propia conservación y el amor a sí mismo, no están escritas en ningún código de mandamientos. Pero como esa ley es evolutiva y multifacial, su observancia, su culto y su rito tienen también que variar en pos de las nuevas ideas, de las nuevas exigencias que la vida siempre renovada y variante en sus aspectos le va presentando.

Trabajemos. Pero trabajemos de conformidad con los temas y tareas que las leyes naturales o providenciales, o sobrenaturales o terrenas mismas nos ha promulgado con su voz terrible la guerra, entre vaho de sangre en ríos, entre el horrísono estampido de los volcanes de acero hechos por el hombre contra el hombre, y entre las nubes de gases, pólvora y dinamita, en una apocalíptica revelación de los Nuevos Mandamientos que han sido ya necesarios para llamar a la raza evolucionante a salir de sus errados caminos.

La incomparable Guerra fratricida ha sido un medio: duro, gigantesco, como que era voz para llamar a juicio a todo un mundo. Así habla la Naturaleza: entre diluvios, entre erupciones, entre tempestades, entre cataclismos. La hemos oído; pero sólo ahora, pasados la crepitación y estrépito y el estupor primero es que nos llegan sus voces perceptibles. Oígasela con atención y fe.

La guerra mundial más que guerra de hombres al fin y al cabo hermanos y copenitenciados en la correccional morada, fue guerra de vicios y defectos; uno como fermento enorme de reacciones de elementos morales que dieron su estallido en el gran crisol mundo, a la manera que en lo físico sucede en las retortas de la Química. Sus elementos fueron las viejas pasiones que produjeron todas las guerras desde que al mítico Caín le pusieron en la mano la quijada del asno, hasta que dió a los progresados el fuego líquido y los bertas y el dominio del aire y el submar trocándoselos de medio de unión en elementos de destrucción, pero también en antecedentes para severísimas lecciones de punición y enmienda.

La ambición, la codicia, el orgullo, el egoísmo, la sed de oro, el materialismo, la sensualidad, el olvido del amor al prójimo, el ateísmo, la idolatría, la prevaricación en los antiguos Mandamientos, progresivos y reformados así, entre derrumbamientos y ayes a cada exceso de infracción de las leyes, desde el Primer Día de la leyenda bíblica hasta Abraham, y de allí a Moisés, Zoroastro, Budha, Cong-Fu-Tseu, Jesús, Mahoma y, ¿por qué no? Wilson y Roosvelt, ya lo dirá la historia.

La guerra no ha sido sino un producto secundario de los hombres: primordialmente, ella TENIA QUE SER: era tiempo de quemar en ella sus mismos combustibles elementos de la colosal hoguera. Los hombres y los hechos no fueron sino los medios agentes;

como que en ese inmenso auto de fe eran interesados por tratarse de sus errores. Ninguna evolución se debe a inspiración ni obra exclusiva del hombre: todo obedece a leyes universales, a reacciones del equilibrio alterado por otras leyes o por hechos contra las leyes. El hombre no unificará las lenguas, pero ellas se unificarán; el hombre no hará la Nación Mundo bajo un sólo código y una bandera; pero ello será; el hombre no borrará los desniveles, no traerá la paz y la bienandanza a la raza, como quiso Prometeo traer la llama de la inmortalidad; pero eso y más será siendo él mismo el agente consciente.

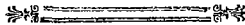
No ha sido esta vez entre las tempestades del Sinaí; no ha sido en la pequeña fogarada de la zarza de Horeb; no ha sido entre las cataratas del diluvio; no ha sido desde la triste cumbre del Gólgota en que vertió su sangre el justo y gran hermano Jesús; no ha sido bajo las tajantes cimitarras sarracenas que la Nueva Ley se ha promulgado. Esta vez Jehová, para unos, el Progreso para otros, la Naturaleza para éstos, la Providencia para aquéllos, el Acaso para algunos, las Leyes Inescrutables para los demás; pero siempre ALGO o ALGUIEN, proclamó el Nuevo Mandamiento durante tres años, ante millones de hombres de una vez reunidos como en un simulacro de Juicio Final, entre horrores de hecatombes, ayes de todo tono y rechinar de dientes.

A cada tiempo sus modos: así hemos recibido el Nuevo Mandamiento del nuevo trabajo en la Era Nueva que habrá de vivir la peregrina raza. Hércules conmueve el mundo con cada uno de sus enormes trabajos.

Trabaja, dice el Nuevo Decálogo, por la fraternidad mundial. Trabaja, nó para ocio futuro, nó para el lujo y la soberbia, nó para la molicie egoísta, nó para los vicios y despilfarros, nó para preponderancia de clases que no las hay de origen. Trabaja por

la reconciliación y la unión; trabaja por hacer la vida frugal, honesta, parca y tranquila, sobria y sana, y no angustiada, exigente y difícil por tu misma sensualidad. Trabaja en pos de serenos goces y no de los estenuadores estimulantes que te hacen una vida ficticia y una decadencia llena de tristezas. Trabaja por la paz y no para la guerra; haz de la tierra todo un campo de hogares y de mieses y no un Haceldama maldito de matanza fratricida. Trabaja por instruirte, por perfeccionarte y no por explotar con más ventaja; trabaja por modelar tu morada y el sistema de social convivencia. Trabaja por que no vuelva a crecer la cizaña cuya extirpación ha convertido en una hoguera a medio mundo. Trabaja, en fin, por seguir en el nuevo camino que la cara experiencia te ha enseñado como indicado por el equilibrio universal mismo que con tus extravíos alteraste y que no puede ser impunemente roto, porque en lo moral como en lo físico, él recobrará su imperio entre sacudimientos enormes para nosotros. Trabaja por la nueva y verdadera democracia que es la nueva Ley impuesta al mundo de modo enérgico, ya que se olvidaron las promulgaciones de los apóstoles pretéritos, ya que esos sencillos Mandamientos fueron desnaturalizados por los falsos sacerdotes y mercaderes de religiones.

El Ignoto, el Inefable, el Incognoscible, el Universal, el Creador, el Organizador, el Invisible, la Gran Causa El, nos ha hablado. Oigámosle. Regenerémosnos, y rectifiquemos nuestra ruta, celebrando el bendito y universal rito del Trabajo en la Gran Misa de nuestros humanitarios votos.



LA NAVIDAD DE AMERICA

Navidad. La celebración del nacimiento de Jesús, me ha sugerido esto:

América es un Nuevo Mundo. Pero es un nuevo mundo que no ha tenido su Redentor, porque nació para la vida de la raza redimida, quince siglos después de Jesús. América hace sólo cinco siglos que nació a la vida de la «Ciencia del Bien y del Mal», sin haber pecado en ningún Paraíso; sin haber violado la Antigua Ley; sin haber prevaricado; sin haber olvidado al Dios único; pecados, esos, que vino a redimir Jesús y a dar la Nueva Ley que ya requerían los avances de los tiempos y de las nuevas ideas. Pero todo eso fué para el Mundo Viejo, para el mundo de entonces. América dormía todavía en un recodo secreto de la creación; no había sido entregada a la humanidad prevaricadora y rebelde. Era la reserva para nueva raza y nuevo tiempo. «América es tierra de libertad, el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras creaciones», dice García Calderón.

El Nuevo Mundo reclama, pues, su Redentor, si ha pecado; su exoneración, si no pecó. Pero si ha pecado, culpa suya no fué, sino de la religión desnaturalizada que le dió la raza prevaricadora; la que supo del Diluvio, supo de Moisés y supo de la crucifixión. América no crucificó ningún Dios ni entregó a los tormentos a sus apóstoles; al contrario: sufrió el

degüello de los inocentes y sufrió los martirios de la Inquisición. Atahualpa contestando a Valverde, dió un sabio resumen de la verdad y murió mártir de esa religión relajada.

Necesita su Redentor, que la absuelva de los pecados involuntarios que les impusieron las razas viejas deicidas.

Ella no tuvo la Ley de Jehová ni crucificó al Sol, su Dios.

Si para esos pecados involuntarios reclama su Redentor, Jesús debe renacer en América. Dicen los orientales que Jesús había venido ya en la India en Budha; en Hermes en Egipto, en Zoroastro en Persia y por último fué Jesús en Palestina. Dice la doctrina secreta que cada globo tiene su Gran Espíritu tutelar que lo gobierna, encamina y evoluciona reencarnándose de edad en edad en diferentes lugares, nombres y aspectos. Y por eso yo lo espero en América, para otras razas, para otros tiempos, para otra doctrina, así como los avanzados pensadores de América profetizan este suelo como el centro de la humanidad nueva.

El «Ama a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a tí mismo» ha sido ley incomprendida o impracticable hasta aquí. Tal vez imposible para ésta humanidad; tal vez muy prematura. Quizá sea la futura y deba ella realizarse en América. Por algo guardó el Creador tántos siglos oculto y de reserva este mundo nuevo.

La ingenua y sencilla doctrina de Jesús la hicieron Religión, sus apóstoles; política, sus Papas; armas y ardidés, sus Reyes; negocio, sus sacerdotes; y todos la relajaron, la corrompieron, la hicieron criminal y odiosa. El Viejo Mundo malversó su patrimonio; peor para él; por eso anda como anda.

«La abominación de la desolación está en el Templo». Allá. Del escenario de ese drama no quedan huellas. En Jerusalem chufflan los automóviles. En los cielos en que se oyeron las voces celestiales del Gloria in Excelsis, zumban las hélices de los aviones, y Jerusalem y Egipto saben de los cañonazos con que los hombres se aman los unos a los otros, y de las bombas con que se da «gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

A América se le trajo e impuso esa religión relajada; no es la suya; no debe serlo; por eso medró poco y prospera menos en este suelo, a pesar de haberle sido impuesta a látigo, sangre y fuego a millones de hombres. Es que necesita SU doctrina y SU Redentor.

«Todas las razas se congregan en la América para realizar en el Continente el milagro esperado.»

«Quizás está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus doradas mesetas nazca, hijo del Sol, como en la leyenda de los Incas, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Super-Hombre», dice Francisco García Calderón.

Yo creo que Jesús vendrá, en la forma que estos tiempos lo requieren. No ya en establo; sin adoración de magos ni pastorcitos obsequiosos. Puede ser todo un gentleman, todo un criollo. . . . ¿Quién sabe? Pero los signos parece que se repiten: ¿No fué Bolívar el Moisés de América que dió a la raza la Tierra Prometida, ubérrima y libre? ¿No fué el Conductor de Pueblos que les dió leyes arrancadas entre rayos

y truenos en las cumbres de los montes Andes? ¿No murió, como él, al vislumbrar la América libre, la Tierra de Promisión, sin gozarla? ¿No vinieron en su pos los apóstoles: Rodó, Ingenieros, Vasconcelos, Ugarte, Blanco Fombona, Vigil. . . . tantos que predicán el advenimiento de la Buena Nueva en América, su nueva vida, su triunfo, su redención? ¿No ha pasado Wilson el Precursor? ¿Qué nos falta sino la venida de nuestro Mesías; del Mesías de América, del Nuevo Mundo?

¿Quién será? ¿Dónde será? ¿Cuándo será? Esperemos las Nuevas Navidades.



CANTO A LA MUERTE

EN LA ALCOBA MORTUORIA (1)

..... Ha expirado el mortal.....
Reina el silencio..... Fúnebre está la al-
coba..... Todo es duelo.....

Los negros atavíos, más que el recinto enlutan el alma, que, anonadada, aturdida, se defiende en uno como mar de ondas negras en que no distingue ni la cenicienta luz de un horizonte incierto.....

Los hombres somos crueles con nosotros mismos cuando queremos expresar nuestras tristezas. Qué sugestivamente paramentamos el tétrico escenario en que queremos relatar el drama de la muerte!

(1).--El sabio químico y bacteriólogo don Ramón Flores Ontaneda murió víctima de la ciencia y de su humanitarismo, haciendo análisis y experimentos en la pavorosa primera invasión de la peste bubónica a Guayaquil sorprendida sin recursos ni estudios ni experiencias, preventivos ni curativos, y bajo un pánico semejante al de la primera aparición de la fiebre amarilla.

Era este profesor entonces el único quizá mejor preparado por su ciencia vocacional enriquecida en Europa y dueño de un laboratorio con sólo lo más genérico e indispensable por entonces. Con estos elementos y su gran corazón afrontó la lid y salió al encuentro de la muerte. Y ésta le dió el fatal golpe en su propio arsenal. En menos de 24 horas murió el abnegado sabio, atacado del bacilo.

La Universidad de Guayaquil, en que era catedrático, hizole días después, en su Salón Máximo, transformado en Sala Fúnebre, una solemne velada a cuya tribuna fue invitado este autor. Y por estimar este discurso cónsono con el aspecto de este libro, se inserta en él.

Como nota anecdótica confirmativa de fenómenos hoy más estudiados, se supo entonces que el señor Flores tuvo la premonición de su muerte, pues al terminar la que habría de ser su última clase en la Universidad, se despidió entre bromas y veras aquella tarde de sus alumnos, invitándoles a su sepelio para 48 horas después, extraña broma que los dejó intrigados. Y así fué.

Impíos para con nuestro propio corazón que llevamos al sacrificio, acumulamos todas las negruras, distribuimos todas las lobregueces para circuir un sarcófago de ruinas; saturamos el ambiente con todos los hielos del desamparo, de la soledad y del olvido; todos los ayes y los silencios alternan para formar una extraña y lúgubre armonía; sobre el altar de los afectos es colocado el corazón en holocausto; chisporrotean los macilentos cirios; el dolor desata el haz de flébilés notas de su intraducible gama; y entonces, solo, hurraño, cual loco trágico que huye a las alegrías de la vida, entra a oficiar en esa catacumba, su refugio, el augusto sacerdote del RECUERDO....

Así llora el hombre.

Y es que evocar la memoria de los muertos es viajar hacia el Reino de las Causas; es golpear en las murallas de lo Ignoto, es penetrar en las cohortes del Misterio. I a ese reino no se viaja en cualquier vehículo; a esas puertas no se llama en cualquier tono; a esa córte no se penetra en cualquier traje.

Por eso nuestro Montalvo el Grande vistió de estricta etiqueta, como Embajador del Mundo, al sentir que se acercaba su conductora La Muerte para presentarlo en las celestes salas.

Por eso nosotros, para evocar el recuerdo que evocamos, hemos prestado al caos un girón de su noche triste, a la simpatía sus corceles invisibles, y su pálida luz a los blandones, para en este vagón fantástico salir al encuentro de la Muerte.

..... I ya estamos ante ella: ¿Quién osa interrogarla? Quién es el esforzado que arrogante formule la pregunta y confíe no temblar a su respuesta?

Venga el audaz Edipo que declare el gran enigma de la eterna Esfinge, y pregúntela:—¿Qué has hecho, oh Muerte, del hermano a quien lloramos?

He aquí la puerta a que la Humanidad viene lla-

mando desde que vió extinguirse la primera de sus vidas. ¿Alguien nos trajo una respuesta? Nadie.

Tan sólo el eco de la fe retumba consolador dentro esos muros y nos responde:—Espera. Mas sin abrirnos aún ese infranqueable dique entre lo intangible y lo palpable, entre dos ilusiones, quizá.

Y la Muerte sigue, emperatriz despótica invencible, triunfante siempre mientras más se agrandan las huestes de la Vida, aunque esas huestes tengan capitanes tan denodados como el que hoy ha caído.

El Saturno eterno devorando sus hijos. Siempre el negro túnel de la tumba en cuyo arco se quiebran los más atrevidos destellos de la luz más vívida, insaciable traga y extingue y en su fondo aniega a las audaces mariposas de luz que quieren alumbrar sus senos.

Hasta allí, hasta su entrada, no más, pueden acompañar nuestros auxilios a esos tenaces mineros de la Existencia que, como el que hoy nos congrega, con la linterna de su fe fulgente, y en su indoblable mano la piqueta del examen, penetran decididos, heroicos y sublimes, para sorprender la vida en el seno mismo de la muerte; para encontrar la muerte en la primer palpitación de vida.

Admiremos, sí, ensalcemos a esos Prometeos; pero no los lloremos, nó: que eso es egoísmo; no les demos eternas despedidas: que eso es desconfianza; no apostrofemos a la muerte: que eso es ceguera; no nos aferremos al cuerpo: que eso es cobardía.

Menos se enlutará la humanidad el día que mire sobre el biombo del deleznable presente; menos llorará el día que emancipada de su burda veste, observe sobre los hombros de su fantasma Muerte y la estime sólo como uno de tantos fenómenos naturales; una transformación de lo menos a lo más; que esa es ley invariable del progreso, tan natural como la transición de la ninfa al dejar su célula, y cese entonces de

plañir salmodias al pie de los muros de la muerte, como los judíos ante las vallas de su Salem perdida.

Admiremos a esos Prometeos que no temieron irruir el Empíreo ni quemar sus alas de genios, a trueque de arrebatarse para sus hermanos una flama de la eterna, inextinguible lumbre de la Vida. Pero seamos, también, como ellos, valerosos, y no lloremos la Vida vistiendo luto en sus etapas.

Tengamos, como ellos, fe y valor para seguir sus senderos, y no entonemos himnos de convencionales engaños en que cantamos nuestra fe en la vida del espíritu, al mismo tiempo que esa fe negamos vistiendo lutos por la extinción de la materia.

..... Ah Y es que hay verdades que no quiere saber todo hombre. Sólo los del temple y talla del que aquí nos reúne, afrontan la terrible incógnita; inquietan, exigen al Misterio lo que sólo la Ciencia tiene derecho a pedir, y esperan serenos, altiva la frente, la sináfrica respuesta, aun cuando ella venga envuelta en el rayo que los fulmine en las gradas mismas del santuario.

Bella muerte es esa, porque no es la muerte del sacrilego; ésta es la consagración del Genio; ésta es la conmoción siguiente a la unión rápida de la parte con su todo, de la causa con su efecto; es el salto de la chispa encerrada en ese sér, hacia el Gran Foco a que vuelve tras su ciclo evolutivo.

Veamos, pues, en la separación de este hermano, nó su aniquilamiento, sino su apoteosis; nó su martirio, sino su palma.

Llenó su misión, cumplió su deber. ¿Qué más querríamos exigirle, egoístas? ¿No nos ofrendó sus vigiliass? ¿No nos dedicó su juventud? ¿No nos regaló con sus preciosas conquistas? ¿No nos ejemplarizó con su conducta? ¿No nos sacrificó, por último, su vida terrena?

Lejos de llorarle, si hemos de creer que ese háli-

to noble y ansioso que dentro de nosotros palpita, sobrevive, acompañemos con hurras su ascenso. Contemplémosle, allá, donde la mente fulge sin opacidades y sin trabas, como un astro nuevo rutilante en el diáfano dosel de Urania; oigámosle como una nota más en la inmensa armonía del infinito; sintámosle como una inspiración más para los sabios que quedan y serán; veámosle en su tránsito como al bíblico Elías, arrebatado en ígneo carro hacia el imperio de la luz perenne. Saturemos este templo del Recuerdo en lóz effluvios de luz que a él le circundan; extingamos las llamas vacilantes de las teas y los blandones; éntre a torrentes en la enlutada cámara la luz vivificante que ávidos pidieron los moribundos ojos de Goethe, y bulla y juguete sobre nuestros negros trajes de Cruzadas de la Muerte, esa Luz del infinito que todo lo mueve y vivifica; y queden, así, en la enlutada estancia, las maravillas polícromas que haría en la negra cámara la fotografía del espacio en que se mece el Cosmos!

Desgárrense las negras colgaduras del templo de la Muerte; calle el melancólico armonio el morituri, y rompa el agobiante silencio del pesar la alegre trompeta de la Fama que entona el inimitable himno del Resurrexit. . . .!

Un Angel de Luz ha vuelto a tomar su sitio entre los buenos. . . .

CON LUPA Y MICROSCOPIO

REGRESION APARENTE (1)

En una de mis abstracciones se me ha ocurrido preguntarme si en este ciclo evolutivo el hombre va hacia la bacteria nuevamente, a la alga, a la ameba, al infusorio, al átomo, a la mónada?

No afirman los sabios que ese fue nuestro camino ascensional a racionales humanos? Y si de allá salimos ¿no es ley natural que allá volvamos recorriendo el ciclo de todas las formas en los tres reinos que nos siguen? No empezamos en una célula y en ella estaban ya todas las características del maravilloso universo físico-psíquico que habríamos de ser? Qué repugna el que cerremos el ciclo en otra célula síntesis del nuevo hombre o sér, con lo adquirido o desarrollado en el precedente recorrido? Y que las adquisiciones humanas las conserven los minúsculos en su subconsciente, sin expresión por falta o no necesidad de medios expresionales en sus nuevas formas, así como nuestro subconsciente guarda las reminiscencias de nuestro paso por los otros reinos, especial-

(1).—Para el sabio entomólogo Prof. Francisco Campos R., mi muy querido amigo y compañero que escruta la humanidad minúscula que evoluciona bajo la forma de los insectos. En correspondencia a su inquietante estudio sobre la inteligente vida de las arañas.

mente el de la animalidad en millones de siglos de evolución y adaptacionese? Como guarda quizá sus facultades primigenias superiores del in principium, cuando espíritu pristino, antes de su involución en la materia, y hoy inexpresas aún, por falta de órganos en su estado actual de evolución biológica? ¿No han pasado, acaso, antes de los cataclismos que nos precedieron, por el haz del mundo, dejando huellas hoy palpables, razas o humanidades asombrosamente más inteligentes y felices que la nuestra, como la misteriosa Atlante, una de ellas, que a su vez no fue sino un saldo degenerado y corrompido de otras superiores, abismando sin embargo hasta hoy a nuestros científicos con sus maravillas en Egipto, India y México, que no eran, tampoco, sino unas de sus lejanas provincias?

No están en el inexpresivo niño todas las potencias del sér humano? No están en la cromatina biológica todas las características de la especie? ¿No está a nuestra vista que toda la *animantia* y aun la vegetación han venido y van disminuyendo en dimensiones y vitalidad y ganando en instintos y perfección formal?

“La mente subconsciente o inconsciente—dice Upton Sinclair—posee una sabiduría oculta que rebasa los límites de nuestra fantasía, y un grado de credulidad, de ingenuidad y de excitabilidad extraordinarias”.

Si ya fuimos eso y agentes en todos los fenómenos, experiencias y actividades en la película vida, naturaleza, materia, universo, involución, evolución, y pasando de lo imperceptible a lo monstruoso y gigantesco, ¿no es lógico bajar por la otra falda de la cumbre, ya ricos en espíritu, minúsculos en materia?

Las cavernas, los dólmenes, la gráfica rupestre, la esfinge, las pirámides, las catedrales y castillos, la Eiffel y los rascacielos, el submarino, el avión y el

dirigible, los puentes colgantes, las represas y canales, los bertas, el telescopio, el microscopio y el inalámbrico, los rayos X y la radio, la telepatía y la criptestesia, van señalando etapas y jalones de robustez mental—material. Pero de allí para *abajo*, como hasta hoy decimos impropriamente, están los átomos y las células; allí están los insectos planteando, con sus obras y sus *instintos*, problemas científicos irresolubles por el hombre.

Mas va alejándose el espíritu en el hombre, es cierto, o quizás eclipsándose en las formas minúsculas; pero allí latente y en potencia inexpressa de sus adquisiciones, por efecto de la debilidad de las formas; y bien puede creerse que el hombre va hacia la ciencia constructiva y el instinto, que es quizá la síntesis intelectual, de las abejas, de las hormigas, de los castores, de los microbios, de las células, que hacen maravillas.

¿No estarán en esto los espíritus ex-humanos en vía de desmaterialización, de empequeñecimiento corporal y de formas compatibles con la época geológica, que se avecine, para reevolucionar en nuevo ciclo?

Nuestro erudito compatriota don Marcos B. Espinel dice en su enjundiosa obra "De Urano a Jesucristo": "Dudaríamos de la existencia de Dios si, pudiendo penetrar en el cerebro de los animales, viéramos ahí escrito el dogma de un Dios omnipotente, eterno, causa primordial de todo lo que existe?"

En el mundo de los insectos hay maravillas que superan a las obras de los humanos. "Hay allí—dice el multisapiente Maeterlinck—arquitectos, geómetras, mecánicos, ingenieros, tejedores, físicos, químicos, cirujanos, meteorólogos, médicos, políticos, etc., que superan a la mayoría de las invenciones humanas. Pero no hay ningún medio de comunicación entre el universo de los insectos y el nuestro, y quizá nos sea

menos difícil saber y comprender lo que pasa en Saturno o en Júpiter que lo que acaece en el hormiguero o en la colmena. Ignoramos en absoluto la calidad, el número, la extensión y hasta la naturaleza de los sentidos de esos seres. Para ellos no existen varias de las leyes fundamentales de nuestra vida. Parece que habitan nuestro planeta, pero en realidad se mueven en un astro enteramente distinto. Nada se saca en claro de estos seres extraordinarios que no son, como los demás animales, nuestros "hermanos inferiores", sino unos extraños, unos desconocidos caídos, de no se sabe dónde, supervivientes o precursores de otro mundo".

Es admirable la inteligencia de los minúsculos. ¿No acabará el globo o su germinación por donde comenzó? Por ser una morada de bacterias, orígenes quizá de nuevos minerales, vegetales y animales, nuevos acuáticos, aéreos, anfibios y terrestres de naturaleza y formas y esencias superiores, en nueva evolución terrestre y humana?

En la manifestación espiritual humana que es el arte, ¿no parece que se van confundiendo, disfutando, retrocediendo las concepciones como en los prodromos del sueño?

¿Qué es el cubismo, qué hace del dibujo, de la pintura, de la arquitectura, de la escultura? ¿No van quebrándose los ritmos en la música y la poesía? ¿No parece una regresión a las lindes de lo primitivo?

¿Qué sabemos de la conciencia del átomo? Y que la tiene, y muy grande, lo comprueba Alice Bailey (1). Y el átomo es un sistema planetario en miniatura; luego en él hay la conciencia planetaria, que es concepción incoada de la conciencia cósmica, germen, a su vez, de la conciencia universal. Luego allí hay con-

(1).—«La conciencia del átomo».

ciencia universal. ¿Y no es hacia la conciencia universal que dizque va el espíritu humanizado?

¿No irá, pues, nuestro espíritu a ser infundido en último término en el átomo, que por sí y en social función opera tantas maravillas que nosotros no comprendemos ni sospechamos siquiera?

¿No será en la vuelta al átomo donde adquiriremos esa conciencia universal, microconciencia cuyo conjunto forma la macro-conciencia Dios?



ANALISIS LOGICO

Dios necesita del hombre para proyectarse en la historia y para ser por él conocido y revelado y encarnado.

Rodrigo Beyle.

(«Esencia del individualismo cristiano»).

Si nosotros, la humanidad que de este mundito conocemos, somos también parte integrante del Gran Todo, ¿no tienes derecho a preguntarte, insolencia humana: ¿qué sería del Gran Todo sin nosotros?

Claro es que podríamos ser otra cosa en vez de humanidad, y ya estaría lleno el vacío; el nombre no hace nada a la cosa. Pero mientras seamos así, el Todo estaría diminuto sin nosotros y diminuto no sería absoluto.

Sin nosotros haber existido, el Todo podría ser lo que es; pero desde el instante en que fuimos y somos, no podríamos ser suprimidos, aniquilados aun en esencia y potencia, sin su desmedro.

Si Dios no se hubiera manifestado ¿quién lo sospecharía? Y pues nosotros somos parte de su manifestación ¿qué sería de Dios sin nosotros? (1)

[1] Muchas mentes se han acostumbrado a exclusivizar el nombre de Dios como vocativo de la religión católico-romana, y no familiarizadas con los conocimientos de las religiones madres orientales de que ésta deriva, se sorprenden de ciertas cuestiones que más osada y asombrosamente fueron planteadas por aquéllas que, por remotísimas precisamente, estuvieron más cercanas a los orígenes de las primeras razas humanas, poseedoras de dotes y conocimientos que aún hoy para nuestras ciencias de más avance son secretos y misterios.

Llamemos, pues, a esa ignota e inaccesible Causa Primera que en toda inteligencia se impone de toda necesidad, El, Aquello, Brahma, Thoth, En Soph, Jehová, Dios, el Verbo, Jove, Adonai, Alá, etc., etc. y sepase que a ese Principio sin principio, Causa sin causa, o como quiera llamársela, nos referimos.



Si no hubiera creado o no se hubiera diversificado en entes de razón e investigación que lo contemplaran, presumieran y buscaran, ¿qué sería el Todo sin ellos?

Bien podría existir El en su soledad, exclusividad e inedición como está en su arcano; pero si nadie hubiera que de El se apercibiera, para nadie existiría; y entonces: ¿qué sería de El sin nosotros?

«Dios ha hecho inteligente al hombre para que pudiera admirar la gloria y magnificencia de los cielos», dice Cicerón.

No repugna a la mente el que pudiera existir *per se* y para sí, sin que nada afuera existiese manifestado; pero aun así, siempre estaríamos nosotros en El, en latencia, esencia o posibilidad, en cualquier forma o estado, y por tanto siempre integrándole. No será talvez así que en realidad existe, y que nosotros, los que preguntamos esto, los que inquirimos, los que lo buscamos, suponemos o sentimos, somos El mismo que se averigua ¿qué soy yo?, puesto que nada concebimos fuera de El?

El Rig-Veda, libro el más antiguo de que haya conocimiento y el más alto en sabiduría humana hallado hasta hoy, dice: «Quién sabe, quién puede decirnos de la *creación*, y si los dioses no nacieron sino después de ella? ¿De dónde procede esa creación, si fue creada o no lo fué? (2). Tan sólo Aquel cuya

[2] Maeterlink deduce muy lógicamente lo que la Doctrina Secreta de la India insinúa: en rigor de verdad no hay tal *creación*. Dios no ha creado nada, porque El solo es *todo* y todo está en El mismo por siempre y de toda eternidad. Lo que vemos y llamamos creación no es sino su manifestación, su emanación, su reflejo en el plano de la materia; es El mismo, que a sí propio se crea.

Y a mayor abundamiento la misma Doctrina nos dice que vivimos en *maya* (ilusión) y que el universo manifiesto es *maya* porque sólo es reflejo, imagen de la Causa, como en un espejo, quizá más propiamente un espejismo, una ilusión, una visión nuestra, pues no tenemos sentidos ni alcances bastantes para ver el cosmos como él es, sino como podemos alcanzar a verlo a nuestro modo. ¿Quién puede describirnoslo tal como sea en verdad? Y esto se impone. Qué astronomía conoce sus límites, sus formas, sus mien-nismos; qué microscopios sus linderos de vidas y de combinaciones, si mientras más aumenta sus ojos el humano, la meta se aleja más y más allá en proporciones de vez en vez más inconcebibles e incalculables?

mirada vela por ella desde el más alto cielo, tan sólo Ese lo sabe; y aun Ese mismo. . . . ¿lo sabrá?

Atrevida pregunta la de esa raza arcana de maravillosa inteligencia. Y puesto que lo inaccesible, incomprendible, inconcebible e inexplicable no lo podemos inquirir a la misma Causa, preguntemos a sus efectos; y si nosotros somos un efecto y somos a su imagen y semejanza, observemos lo que pasa en nuestro sueño.

En nuestro sueño creamos y sin embargo no tenemos conciencia de que dormimos. Los períodos de actividad universal, pues, ¿no serán los sueños de Brahma, en vez de sus días, como dice la ciencia antigua? El espíritu se sumerge en la materia, dice; la echa de sí y se infiltra en ella, involuciona y evoluciona en ella por millares de siglos. Es el día de Brahma, el Manhvántara. Hasta recuperarse, reintegrarse, reabsorberse el Espíritu puro; y es la noche de Brahma, el Pralaya, el reposo, la aniquilación y cesación aparente de todo movimiento y vida, hasta nuevo despertar tras millares de siglos. (4.320 millones de años cada período).

El Logos está en evolución incesante en cuanto a espíritu (instintos e inteligencia) en todos los seres que los llevan: animales, hombres, ángeles o humanidades superiores o inferiores a la nuestra; y en cuanto a materia, su otro elemento, que también en el espíritu se confunde, su otra mitad, llamémosla así, como llamamos a la nuestra, en todo lo que es concebible en la materia.

Descenso y diversificación en la materia; reascenso, recuperación, reintegración en el espíritu-materia. ¿No nos pasa igual a nosotros? Luego la Causa Primera evoluciona también y se supera al través de su materia, como nosotros al través de nuestros sueños y reencarnaciones, análogas a los pralayas y manhvántaras de su gran Causa.

Pero si en la reasunción del espíritu está la conciencia ¿no sería el sueño, la fantasía mental de Brahma la que crea el universo de que nos damos cuenta? Pues una vez reasumido en El, no sabríamos de ese universo, no veríamos esa *creación*; mejor dicho: el universo no existiría, y por ende, nosotros como realidad o realización.

Su reasunción, su recuperación, reintegración o despertar, la época en que todo se refunde en El, y nada ni nadie existe entonces fuera de El, sino solo El, y nada ni nadie se da cuenta de su existir sino sólo El, ¿no será este su *día*, tal como nuestro yo activo y consciente en nuestras vigiliass está reabsorbido y enfrenado por nuestra voluntad, en tanto que en nuestro sueño opera él solo bajo su impulso esencial?

Los entes personales son instrumentos conscientes del Espíritu creador inmanente y de allí deriva la responsabilidad de la persona y su función única en la historia, que es función de tener consciencia de Dios y de revelar a Dios y de encarnarlo. La inmanencia divina es inmanencia cósmica, en el sentido de que Dios es el comienzo, el medio y el fin de toda existencia.—dice Beyle, autor de nuestra tésis.



Esto se entraba con las conclusiones últimas de la ciencia: las células son entes y entes de inteligencia, de discurso inicial, incoado, o de instinto, al menos. Tienen sus oficios, sus afinidades y facultades, sus especialidades y aficiones, sus simpatías y repulsiones; se agrupan por elección en familias, falanges, multitudes y regiones, naciones pudiera decirse y hasta independientes algunas; se reparten sus labores en el organismo en los reinos vitales, e integran, desintegran, equilibran y desquician a sus individuos; luchan, riñen, se conciertan, viven, actúan, se enferman, mueren, se transforman, convalecen y son ellas

y sus funciones en último análisis las que constituyen la unidad viviente respecto de la cual ellas son el microcosmos y aquella el macrocosmos; ellas las humanidades, la *animantia* y los vegetales. Cada sér no es nada por sí, sino un compuesto, un resultado de ellas, mantenido en alternativas de equilibrios y desequilibrios, de vida o muerte, por la corriente del flujo de vida que a ellas las compenetra y rige.

Las células tienen memoria; pongamos entre mil ejemplos el conocido fisiológico llamado «la memoria del dolor». Sus funciones para la conservación, reacción, defensa, reconstitución, recuperación y adaptación del individuo a que integran, son de maravillosa inteligencia. Ellas recuerdan el pasado y así lo demuestran en los embriones y los fetos, agrupándose para recorrer todas las formas ancestras que en la serie animada revistió el sér humanizable. Conocen el presente y en todo instante actúan conforme a él, y, superiores al hombre mismo, saben el futuro, pues van preparando el camino de mil vías que para su desarrollo recorre el sér. Ejemplo entre millares: la preparación de los tejidos en el aparato útero-vaginal para la fácil salida del feto, poniéndolos dúctiles, suaves, elásticos, fuertes y lubricados, con precisa anticipación al parto; y su retiro luego de terminada su misión, volviéndolos a enjutar, contraer y normalizar para sus futuros habituales desempeños.

Las células tienen órganos; más aún: ellas *son* ya lo que los seres que han de formar *han de ser*, pues ellas contienen los genes y los cromosomas desde los ancestros más remotos hasta los padres actuales, y son las que han de imprimir el tipo físico y el espiritual del nuevo sér, al que acompañarán en sus nuevas adaptaciones a los ambientes en que se desarrollen y actúen.

Y el hombre físico, (volvamos al hombre), en rigor no tiene derecho de decir *yo soy*, sino: *ellas son*.

Qué ciencia puede conocer al universo que nos constituye?

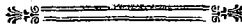
Ascendamos más: Ellas son las que nos hacen alegres o coléricos, tristes o indiferentes, sabios o tontos, suicidas o genios, perversos o benéficos, según hagan la caja-cuerpo buena o mala conductora de las disposiciones del espíritu.

¿Pero saben ellas a quién integran, dentro de qué macro están? ¿qué piensa, siente o quiere ese gran sér, que somos cada uno de nosotros para ellas, que ellas ignoran, que no han visto jamás, ni presumen siquiera ni imaginarlo pueden, a pesar de que son él?

Y así mismo el hombre, el ser integrado, ¿se cuida acaso de esas minúsculas invisibles e insentidas multitudes que lo están haciendo? Sabe en un momento dado lo que una de esas células hace, siente, piensa, clama, quiere, pide, sufre o goza? Clamarán ellas a una providencia y esperarán ser oídas y satisfechas por ese ente, directamente con conocimiento y audición de su clamor? ¿sabrán de sus propósitos, de su interior de conciencia?

Todo esto es visiblemente negativo.

Pongámonos en el caso de la célula: no repugna que el conjunto de lo compuesto sea a su vez parte de otro conjunto de igual naturaleza. Y no habría sino que considerarnos células de ese otro macro-sér que estamos integrando, y hacernos las mismas preguntas: Habrá providencia? El Macro-Sér, sabe de su existencia, pero se cuida de nuestras funciones, de nuestra obra, pensamientos, actos, voliciones, clamores o blasfemias? ¿O deja su desarrollo y evoluciones al curso de las leyes naturales y sus derivaciones y variedades de combinaciones y adaptaciones?



LOS CRUZADOS DE LA VIDA

Quien quería podía escuchar alguno de los variados monólogos que en tono bien audible se daba todas las noches secas un amable viejecito, en cualquier banco que encontrara desocupado en la alameda, de 8 a 11 de la noche, metódicamente.

Bastaba sentarse en el mismo banco, de espaldas al solilogante. El no se cuidaba de nadie, a menos que comedidamente se le insinuara conversación sobre cualquier otro tema que no fuese el de su tesis de esa noche; en contrario caso, muy sagaz y cultamente callaba o derivaba el curso del diálogo hacia otras cuestiones. I era entonces un interlocutor muy afable, sugestivo, ameno y atrayente, de hondísima y amarga ironía, pero siempre picante y festiva.

De los varios profundos que yo le escuché, transcribo éste, más mal que adecuadamente copiado:

«Siempre tarde! No es culpa mía. Yo tengo para mis experiencias el creer que cada humano trae a esta vida una divisa, una síntesis característica, como los cruzados llevaban sus motes o leyendas en sus escudos y sus armas. Sentencia emblema de su karma, probablemente. I la mía fue ésta: «Siempre tarde».

»La mayor parte de los hombres equivocan su vocación, dice un aforismo. Quizá sea por no resignarse a su divisa, o por no saber descubrirla.

«Yo me hice jurisconsulto, por vocación, bajo los muy pronto viejos cánones del Derecho, que hacían jurar una *profesión*, propiamente, como una profesión de fé sincera, incorruptible, vitanda.

«Un sacerdocio de equidad y desinterés, de justicia, de honor, de socorro, de consuelo, de verdad, vocacionales.

«Llegué tarde, probablemente. A poco se relajó ello, se acanalló, se hizo explotación despiadada, arteria, arte de malas artes de toda suerte para despojos y cohechos, concusiones, prevaricatos, colusiones y vilezas: «Patente de corsario», le oí decir a un profesor mismo de una universidad, al rubricar un título.

«Recorrí en mis recuerdos el trecho que venía de aquella *edad de oro* de la Ciencia, a ésta más propiamente *era del oro*, del *modo de ganarse la vida*. Ganarse la vida! No sabe lo que dice el que dice eso, cuando los medios de ganarla no son honestos. «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo si pierde su alma?» Esta pregunta del gran Rabí Jesús, debería estar en los frontispicios de todas las aulas.

«Cómo se corrompía la simiente de las Pandectas y se extinguían las luces de Triboniano, Justiniano, Papiniano, Alfonso y Napoleón!

«Recorrí la película: Los primeros maestros enseñaron bien y de buena fe lo que sabían, quizá poco. Los segundos enseñaron poco, por egoísmo y miedo a la abundancia y competencia. Los terceros no enseñaron bien porque aprendieron mal y la solidez de la cátedra dependía de la fortaleza de la renta y del apoyo del favor. Los cuartos enseñaron el mal, porque no sabían el bien. Los quintos enseñaron abierta y deliberadamente el mal, porque era lo solo que sabían. Así sucesivamente.

«I me avergoncé del vocativo y del ejercicio y

abandoné el bufete y desencajé la placa que antaño era blasón.

Había llegado tarde.... .

*
**

«Solté mi espíritu a vagar en sus planos afines. Me trajo, como Prometeo, la sagrada flama y yo la traduje en poetas para bien de mis semejantes. A poco la espiritualidad abandonaba los corazones; la estética, la inspiración, los sentimientos delicados eran golondrinas emigrantes del templo del Arte que se abatía bajo las insolentes picas de una horda que se llamaba de avanzada o de vanguardia y cuya misión, decía, era aniquilar las viejas ñoñeces para levantar la nada sobre la vacuidad y la estulticia.

«Las Musas huyeron humilladas, befadas, lapidadas, y sobre las ruinas de sus santuarios se alzaron vastos y suntuosos palacios a la Vanidad y sus acólitos el cinismo y la insolencia.

«El intelecto y hasta el sentido común mismo parpadeaban ya, faltas de óleo sus lámparas; y hasta el idioma estaba loco encerrado en los himnos, y el oído sordo no atinaba a orientarse entre los ritmos.

«Guai del que osara contrariar el programa! Líricos, románticos, anquilosos, cachivaches, momias para altillos y desvanes! Piedra y fuego con ellos! Callarse! Suicidarse! Enterrarse vivos! Paso a la algarabía del disparate! Viva el elogio mutuo convenido! Audaces fortuna juvat!

«Había llegado tarde! I mi último canto fue para esa desolación ante el *Dies irae*. Las liras se esparcían rotas por los suelos y en esos campos de Ilión sólo se escuchaban blasfemias u obscenidades, ignorancias e incongruencias, o las estridencias diabólicas del jazz entre berridos de negros y acrobacias de simios.

Había llegado tarde.....

*
*
*

«Un sacerdocio de los antiguos ritos del Bien se sostenía aún en medio de la hecatombe: El periodismo. Aún era tribuna de la verdad y la entereza, de la experiencia y el estudio, de la imparcialidad y el consejo, la reivindicación y el sacrificio.

«A sus amenazadas puertas fue a ofrecer su concurso, en tan crítica éra, mi compasión humana. . . .

«Había llegado tarde. . . .! A poco advino la invasión bárbara de los improvisados. El antiguo apostolado degeneró en mercantilismo y simonía. Los últimos ministros se acoquinaron en los postres santuarios, y eran los estandartes de todas las debilidades y pasiones los que precedían a la invasora hueste. No eran ya las Tablas de la Ley las que en andas se portaban en el Arca, sino el triste pan de la venta de los principios y las convicciones, de las verdades y los anatemas, de las conquistas y altiveces, por las que desde el patíbulo hasta el exilio, desde los azotes hasta la miseria, de los presidios a las carlancas habían sufrido los Levitas. Contados representantes sobrevivían predicando ya entre eufemismos bajo la hecatombe y las tiranías. I el disimulo y la osadía, la adulación y la falacia, el arribismo y la cobardía, la ambición y la ignorancia vistieron las dalmáticas y las mitras, las túnicas y sobrepellices de los incorruptibles sacerdotes, y oficiaban sacrílegos su Misa Negra, en las aras de Guttenberg y Demoulin. Había llegado tarde. . . .

«Víctor Hugo no habría encontrado ya qué decir si a su cáustica Leyenda de los Siglos hubiera querido agregar el capítulo de lo que va del siglo XX.

*
*
*

«Patriotismo y filantropía me impusieron la misión de volver a una cátedra desde la que otrora había visto extenderse a su pié un nutrido campo de

robustas espigas prometedoras de opima abundancia, renuevos ricos de excelentes mieses sabiamente cultivadas de generación en generación por expertos cultores.

«Imposible. El mal ya era profundo, la epidemia incombustible. El siglo! El siglo!

En todas partes el mejor llamado de los siglos interpretado por locos o depravados. Para qué la Ciencia? Fuera el estudio! Abajo la moral! Guerra al civismo! Burguesía! Vivan la holganza, el desnudo y el amor libre! Canceladas las deudas a los padres! ¿Qué es el respeto? La gratitud, ¿qué es? Quién inventó esa paparrucha llamada subordinación, orden o disciplina? Abajo la opresión! Adentro la vanguardia! Rebeldías y revolución! Vivan las izquierdas! Somos los únicos, los suficientes, los heraldos! De qué? No lo sabemos; pero lo somos! Qué traemos? Nada. Qué arruinamos? Todo! Abajo las cátedras! Campo al estadio y viva el culto de la patada y el puñete! Gloria al toro, al caballo, al ciervo y al tiburón!

«El mejor diploma el cinturón; la mejor muceta la toalla; la mejor aula el ring. El mejor diploma no es para la mejor tesis: es para el más formidable puñetazo!

«Afrodita y Ganimedes, Apis, Incitatus, Hércules y Narciso adornaron los areópagos y ocuparon los pedestales de Platón y de Aristóteles, de Arquímedes y Plinio, de Galileo y Dante, de Jehová i Budha, de Hermes, Zarathustra, Pitágoras y Cristo. Moisés se ha quedado en el Sinaí; Aaron ha elevado el Becerro. Los templos de Minerva los compró Plutus y sobre su demolición se alzaron grandes alcázaras a la Ignorancia.

«I la ignorancia me arrojó del claustro llamándome ignorante.....! Había llegado tarde.....



*
**

«Nunca busqué fortuna ni honores; pero hartos de mis desdenes, desesperanzados de mi culto, cuando ya vieron mi cabeza blanca, encorvado mi cuerpo y fría mi alma, vinieron a ofrendarme sus zalameros dones. Pero ya era tarde

*
**

«I así crucé por la milicia y el comercio, el magisterio y la magistratura, por las industrias y las artes, y en los areópagos y las ágoras, los santuarios y los templos, los gimnasios y las academias me sorprendió la evolución incomprensible, una como reversión de la raza, como una pesadilla de quién sabe qué tiempos si muy pasados o muy futuros; laberinto, pandemonium babélico, en que loca la eficacia de la brújula razón, el discurso me revelaba un atrasado, un retardatario. Había llegado tarde.

*
**

Quizá si me hubiera metido político habría llegado a tiempo. Allí siempre llega bien todo desafortunado, todo fracasado en el triunfo del personal esfuerzo. Tal vez habría llegado a tiempo. Pero a qué tiempos, Señor!

«Me horripiló entrar en eso. I con las mañitas y sutilezas y las picardías que la vida me había hecho conocer y de que me hubiera sentido más capaz que muchos! Nó! Dios Santo! Prefiero mil veces el negro pan de hogaza del Cid a las miserables grandezas del rey Don Sancho.

«No quiero vasija de oro si he de escupir sangre en ella»; era uno de los lemas de los cruzados de mi tiempo.

«Es un fracasado, pensarán de mí los flamantes avanzados sin horizontes. Bueno. Hay derrotas que son triunfos. Fracasar ante los rudos embates del

Mal, es sucumbir como fiel cruzado en las filas del Bien.

* * *

«Sólo el amor me llamó temprano; pero mi sino puso al ideal lejano, para hacerme llegar tarde Ironías crueles del sino: Nació en el niño de 10 años para la mujer de 22: Amor de alma, paradoja de cuerpos.

«¿Qué habría de sorprender una mujer la pasión precoz de un niño, ni cómo hubiera podido el niño tímido, sin malicia viril, cohibido por ese inexplicable afecto intenso mismo, complejo de inferioridad por la desproporción sin esperanza de balance, hacerlo sospechable?

«Arrobos mudos ante su belleza y gracias en plena eclosión; mezcla confusa de respeto y temor; ebullición de emociones inconcretas, inhibiciones, lloros, desesperaciones ocultas, desvelos, proyectos fantásticos, fracasos a priori. I como lento beleño letal las sonrisas, las caricias, las ingenuidades, las confianzas, los juegos, la convivencia íntima del mismo hogar con el pimpollo de mujer inteligente y bonita.

«Dos años así, y llegó lo natural e inevitable. El alma del niño, triturada ya en el matraz de los celos impotentes, se transformó súbitamente en alma vieja al golpe brutal de verla bajar una noche, ataviada novia, del brazo de un *hombre*.

«Pero las circunstancias preparadas por el sino hicieron posible la continuación del silencioso idilio, quizá ya más esbozado al exterior, y día llegó en que la mujer ya plena y sábia adivinó el algo que bullía en el alma del garrido mocetón. Pero él, sin más experiencias aún del mundo y de otros casos, pues su único amor fue éste, fácilmente y quizá por un tanto de imprudencia de ella en su entusiasmo de renuevo, la llevó a caer ambos sorprendidos por los alertas

avizores lebreles de los celos, y la catástrofe advino; las crueles circunstancias acudieron solícitas otra vez para separarlos y cortar de otro tajo brutal el idilio pre-*delincuente*, según los hipócritas convencionalismos sociales.

«I este amor redivivo siempre, mató los gérmenes ingenuos de todo otro, y fue el suplicio tantálico ante el ideal cercano inaccesible, estrangulación perenne con el dogal del disimulo de conformidad o indiferencia. I en esa tragicomedia de ensueños y realismos, de días y noches en que dos almas prisioneras sólo tenían el acerbo consuelo de mirarse por las dos únicas ventanas de sus castillos: los ojos, y tender de vez en cuando sobre el estrecho pero insalvable abismo de su interdicción los puentes levadizos de sus manos, o las entrevistas de los desprendimientos espirituales en el sueño, los estíos tostaron los cabellos, el tiempo marcó sus surcos y la dolencia definitiva anunció a la prisionera de ella que el día de su liberación terrena y eterna se acercaba.

«Sólo ante su cadáver supe que ella en esas solemnes horas últimas en que toda confesión se perdona, me llamaba. ¿Para qué? Más son las cosas que nos llevamos sin decir que las que dejamos dichas en la vida. Pero las circunstancias, siempre fieles mosqueteros del destino, me lo ocultaron todo y me llevaron tarde. Sin embargo, mucho me dijo ese cadáver para todos severo, sólo para mí risueño, bello, festivo, prometedor, joven y vivo como nunca.

«Me precedió con doce años en la vida. ¿Me precedería con doce años en la muerte? Ah, el tiempo no se cuenta allá como aquí. Mi amor huérfano trasiega ya sus horas postreras en la clepsidra de la vejez, en ensoñaciones de un reencuentro quién sabe? ¿Allá también se llegará tarde si el sino fatalmente fijado a las almas ha de cumplirse? I entonces? El Imposible! La separación, eterna como aquí

la vemos. Así parece ser, puesto que jamás volveremos a ser quienes fuimos una vez, como humanos. Seremos otros, muy otros, sin recuerdos de lo que fuimos, ni dónde fuimos, ni cuándo fuimos. Serán ellos pero nosotros, nó. Por siempre! Jamás!

«Jamás! Qué palabra más definitiva, más infinitamente desesperante cuando se une a la idea de vida y a la satisfacción de un anhelo!»

*
**

«Hay quienes creen volver a encontrar el amor... Amor! El amor que medita ya no es amor. Amor y reflexión parecen una sociedad mercantil en que la prosperidad del capital controla en disimulo a la sinceridad. Amor que suma y resta, multiplica y divide, inventaría, calcula y equilibra y prevé, tiene derecho pleno para tomar el nombre que lleva: *contrato civil*. El amor frente a la vida que come y viste, que duele y suda. Sólo el amor primero, prematuro o no; el inconsulto, el de simpatía pura, el indiscernido es el verdadero y generalmente el malogrado. El amor es como una planta primeriza que da bellísimas flores pero malogra sus primeras gemas, tiernas, jugosas y sanas, para echar sus verdaderos frutos, agridulces y ásperos, de la ciencia del bien y del mal.

«Amor que fuere fraternidad genuina, amistad firmísima, compañerismo perenne, entrega total mutua, intercambio equilibrado de impresiones, afectos, emociones, gustos, ideales y programas; amor de compenetración, consubstanciación, comprensión y equilibrio; amor sin sombra siquiera de interés egoísta; amor de abnegación resuelta a sacrificarlo todo en mutualidad espontánea; amor que hasta en su ayuntamiento físico no fuere sólo la grosera satisfacción animal fisiológica ni el trasunto del deleite egoísta, sino la sensual delectación de ansia de fusión de dos espíritus en el seno del eterno Amor, causa y

lleno de los universos.... Eso sería amor. Y ese amor que tan inefablemente se concibe pero tan torpemente se define, no es amor de la tierra. Quién sabe si sólo está en el primero, tímido y tonto.....

«Hay quienes creen volver a encontrar el amor tras el telón del escenario. Quizá sean las reacciones del espíritu contra los primeros fracasos; y ponen en el pseudo-hallazgo toda su fe, su sinceridad y abnegación, su espiritualidad y romanticismo, ideales y ensueños.... Ilusión. Generalmente son lucha paciente, catequismo y docencias imposibles. Y cuando la experiencia enseña que todo fue egoísmo, disparidad, desniveles, incomprensión, es ya tarde, demasiado tarde.... Como balance de esa peregrinación sólo queda atrás la estepa de una vida malograda, el erial de una experiencia inútil.... Y en la ya corta lontananza, la vejez, la tumba; esa en cuyo epitafio debiera grabarse la divisa: «¡Siempre tarde!»

* *

«El último: siempre hay un último, como hubo un primero. El ciclo ha de cerrarse. El espíritu rejuvenece. El alma huérfana e insatisfecha se ase a un último ideal de este mundo en los prodromos de su vuelo hacia el encuentro del amor sin formas.

«¿Por qué la vida provoca esas conjunciones cuando ya el mundo ha definido las posiciones de dos seres en trayectorias divergentes? I entonces todo es yugulación,.... silencio,.... disimulo,.... Un imposible llamando a otro imposible. .. *De profundis clamavit*: Siempre tarde.... Siempre tarde....»

* *

Este fue uno de los monologuios que escuché al viejecito de la alameda, a quienes muchos tuvieron por loco y yo por sabio. Introspeccione cada cual su vida y encontrará su divisa de Cruzado en esta guerra.

ITE, MISA EST

Aquí termina «Atomos Negros»

Por fin se pudo *tomificar* estas divagaciones. Quizá algunas de ellas hayan perdido su novedad y originalidad que tuvieron al nacer en el discurso de autor hace años, y hoy parezcan ideas repetidas de otros autores. Es frecuente perjuicio que a los creadores de libros de esta índole les acarrea el retardo en su publicación. Felizmente gran parte de estas producciones fueron editadas oportunamente en revistas o diarios, y esos lectores, si son los mismos de hoy, las situarán en su época.

También le ha sucedido al de este libro lo que al original autor del «Psico-análisis del Sueño Profético», Don César Camargo y Marín, quien dice: «A medida que voy leyendo más libros, son también más las ideas mías inéditas que veo expuestas por otros, y esto me hace pensar que si espero algunos años, talvez tuviere que exponer como ajenas la mayor parte de las opiniones y teorías que hoy ofrezco como propias».

Y así es.

Ahora: Yo quiero, lector, que tú completes este libro, o lo amplíes, al menos. Así quizá te interesará algo y talvez le tomarías cariño. Mucho le falta. Algo porque yo no supe decirlo adecuadamente; algo porque no quise decirlo; algo porque en lo célere de mi improvisación no pude captar al vuelo la expre-

sión justa. Lamentable es que la palabra sea una facultad muy deficiente. Tras de cada expresión capital queda un reguero de ideas que no puede recogerse; la palabra básica de una expresión es como el núcleo de un cometa tras el cual queda la cola brumosa de las ideas inexpressas. No hay, por eso, creo yo, palabra perfecta. I una vez más así se confirma que de la vida nos vamos sin decir mucho más de lo que dejamos dicho.

Por eso este libro tiene más páginas que las numeradas. En pos de cada línea y entre dos de ellas podrás hallar mucho de lo que yo quise decir, lector. Sus llanas son como esos poliescritos que tanto dan que hacer a los paleólogos, porque a unas escrituras se han sobrepuesto otras. Como esa red de líneas que se acoplan y entretejen en las palmas de las manos y causan la perplejidad de los quirománticos. Busca entre esas líneas; completa, aclara, adecúa mis esbozos e incongruencias y conocerás mejor y apreciarás mi libro, lector.



SINTESIS SIN TESIS

Algunas de estas síntesis son entresacadas de los artículos de «Átomos Negros», por considerarlas el autor propiamente síntesis o pensamientos capitales de esas disertaciones. Otras son síntesis o temas de propósitos que quedaron sin desarrollarse y que las cede al lector que quiera discurrir sobre ellas.

El mundo es una escuela politécnica.

Estudiantes los humanos. En el frontis de esa escuela hay este resumen de todo lo que allí va a estudiarse: «Noŕce te ipsum».

El cuerpo es un vestido de trabajo que el hombre toma y deja diariamente al sumergirse en el mundo y al salir de él, como el pescador de perlas, como el buzo. Hace buena o mala su tarea en la jornada y según eso avanza o pierde el tiempo. Propiamente el hombre no *vive* mientras vela, como el buzo no vive bajo el agua. Ejerce, trabaja. Su verdadera vida es allá, afuera, arriba; y esto es durante sus horas de sueño que aquí llama descanso, o durante sus vacaciones que aquí llama muerte.

No creo que pocos me odien, porque nunca hice mal a nadie y sí bienes, cuantos pude.

Pero hay odios gratuitos y entre ellos algunos me odian con odio de perro. Yo detengo sus dente-lladas con los puntapiés de mi indiferencia. Sé que es lo que más les enfurece

Sin la beneficencia amontonada en emporios, el nombre de Dios se oiría más frecuentemente bendecido y los hombres nos diéramos, más o menos sincera o dulcemente, el nombre de hermanos, al oír un «Dios le pague, hermano», o decir: «Perdone, hermano».

Yo no veo con aplauso esos extramuros crematorios de miseria y podre físicas; crematorios de recuerdos, de afectos, de piedad; cementerios de vivos so pretexto de caridad e higiene; de egoísmo e impiedad en el fondo. Los prefiriría en calles, plazas, portales y domicilios, para que, como entre los cartujos de San Bruno, nos recordaran todos los días: —Hermanos, de morir tenemos

Talento. Usualmente se promiscúa con intelectualidad, inteligencia o intelecto. ¿Serán lo mismo? No: Mi experiencia los distingue para su orientación.

Para mí el talento no es sino la acertada aplicación de las pocas facultades o aptitudes que cualquiera tenga, a un fin utilitarista, vulgo práctico. Ese es un dueño de esta vida; *ese es un rey del mundo, un triunfador*; a eso vino, está en su casa; es muy de *aquí*.

El otro? Es la personificación del aforismo de Jesús: —«Mi reino no es de este mundo».

Platón no hubiera podido hacer un alfiler. Rots-

child hizo millones, dicen, con un alfiler que recogió del suelo en el almacén donde trabajaba de aprendiz.

Immortalidad. ¿Conciencia post-mortem? Talvez..... la conciencia de la célula? Para mí la Vida es una, perenne, inmutable, indiferente, inconsciente; fluido universal que todo lo penetra, y según lo penetrado, lo agrupado en materia, por su acción misma, reviste estas o aquellas formas accidentales durante la cohesión molecular, la función orgánica, la *vida* según nuestros sentidos; pero desequilibrada la forma, resuelto el núcleo molecular, la vida sigue, pasa, se reasume ese girón, ese soplo, y el casco se disgrega, desaparece, sin conservar saturación ninguna ni remembranza de lo que fué *per accidens*.

¡ Nada, otra vez; las moléculas, los átomos, las células, toda la sociedad disuelta en el depósito infinito, a plegar aquí, allá, acullá, a nuevas formas, nuevos vasos, receptáculos, frutos, objetos, seres o lo que fuere.

Las definiciones no pueden ser permanentes; tienen que cambiar con las circunstancias. En el practicismo, el mecanismo y el materialismo de hoy el intelecto puro no es nada, a nada conduce, no lleva a ninguna parte, como se dice vulgarmente. La intelectualidad puede comprender mucho y no realizar ni aplicar nada; queda en meramente especulativa, contemplativa, ociosa, inerte. Es genérica, universal, pero no concreta.

El talento es el instinto superado, un afán, un deseo o una obsesión concretada por el egoísmo o por la ambición, a un propósito. ¡ Así un zapatero puede ser millonario y un sabio un hospiciano.



Ford, Rockefeller, talentosos; Einstein, Flammarion, intelectuales.

El hombre es un filtro a cuyo través pasan la vida y la materia dejándole algunas partículas de esencias y de escorias. Cuando estas últimas abundan, el filtro se obstruye y el ente muere.

Los llamados políticos se dividen en útiles, utilizables y utensilios.

Quieres abismarte en la visión de otro universo tan infinito e incomprensible como el que apenas adivinan los telescopios y microscopios?

Cierra tus ojos de carne, tus ojos exteriores. Abre los dos interiores. Cuatro ojos tienes; tus globos oculares son bifaces. La una cara mira hacia afuera, la otra hacia adentro. Así los tienes; haz la prueba. Obturados en su cara anterior, automáticamente abren la posterior si tú quieres ver hacia adentro y reconcentrarte. Obtura los lados faciales que son órgano de visión externa; abre los internos, que son órgano de la introspección, de la visión interna, y empezarás a ver en tu propio cuerpo otro universo, tan inabarcable, misterioso e infinito como el otro, y tardarías siglos de siglos en estudiarlo sin término. Porque tu cuerpo es el fruto también, como el otro universo, de millares de millones de siglos de evoluciones, adaptaciones y transformaciones.

Las personas de espíritu elevado son como los fósforos: Llevan en su propia cabeza el fuego que los consume para convertirlos en luz. I alumbran a los demás a costa del aniquilamiento propio.

Los fautores de una situación política se hacen llamar *sustentáculos* de la situación. Pero a poco de ello se interpone el tiempo- y los *sustentáculos* de la situación se convierten en *sus tentáculos*. ¡He aquí el pulpo.

Hay un gran Libro que nadie lo ha escrito pero que lo lleva todo el que tiene el buen uso de la razón. Se llama la Experiencia.

Las multitudes en sus oleajes llevan en su seno la ciencia y la justicia, como las aguas llevan sus sales en disolución; pero que en circunstancias dadas se concretan y cristalizan y se hacen visibles y palpables, cualesquieras que sean los elementos encontrados que agiten sus superficies.

Inscripciones para cementerios:

I «Aquí no se honra a los *bien nacidos*, sino a los que *murieron bien*».

II «Lugar en donde se dicen o esculpen las últimas lisonjas dichas a los que se quedan».

III «No basta ser hombre de *bien* para tener aquí monumento. Es preciso ser hombre de *bienes*».

IV Gran tribuna en donde se dicen mil tonterías a los vivos so pretexto de los muertos».

Hay emociones para las cuales la expresión no encuentra palabras en el léxico y en las que el gesto o el silencio son más sugestivos, porque hablan de pensamiento a pensamiento, de conciencia a conciencia.

Hay hechos y hay afectos que no pueden narrarse con fonemas; y talvez esas desesperaciones fueron, en ayuntamiento con los anhelos, las madres felices de la Música y el Dibujo.

Por tristes y vergonzosos que sean los hechos de una Historia, deben rememorarse para lección, escarmiento y prevención de los futuros y para la recordación punitiva de los culpables.

La misericordia del silencio no está inscrita como virtud sino como delito en el justísimo Código de la Historia.

El papel es también duradero como las rocas, cuando en él estampan sus rubros la Verdad y la Justicia.

El humo acre de los leños y la carne en las hogueras de los mártires, se depura y transforma en nubes, nimbos y fulgores al ascender de las almas, dejando a los chacales el festín de las despreciables vestiduras.

La fuente de las desdichas del hombre es su facultad de mirar al cielo.

Pobre globo Tierra. Mundo subordinado, dependiente, sin nada propio: ¿Qué fuera de tí sin el Sol?

La instrucción es un mal necesario.

Ningún abismo podría sobrecoger más al hombre que el de su propia alma, si se asomara a ella sinceramente.

~ Fulano sabe llevar bien la ropa.

—Fulanita no hace lucir sus vestidos.

Son frases muy al uso de los tiempos actuales. I son síntesis del estado psíquico de un pueblo.

I en verdad están en mayoría los sujetos que no son más que eso: figurines mecánicos; maniqués vacíos de espíritu que no saben otra cosa que ostentar y hacer lucir las ropas, como reclamos ambulantes de sastres y modistas, y en ello nace y germina su importancia, de la que florece el éxito social.

La Historia es una vieja copiacuentos que se da de bachillera y nunca está acorde consigo misma.

AÑOS NUEVOS Y AÑOS VIEJOS

La Vida es una coqueta
y cada Año es un galán.
Bien venido es el que viene
y mal haya el que se va.
La Vida es una coqueta
y cada Año es un galán.

El sentido común, el qué dirán y el así no se usa son los bedeles de la vida cursi.

Seviendo a Maeterlinck en «El Huésped Desconocido»:
«Ente singular, incoherente, fantástico, desconcertante (el subconsciente), sér desconocido que en el fondo de nosotros parece nutrirse únicamente de alimentos heteróclitos tomados de mundos a los que todavía no accede nuestra inteligencia. Vive tras de nuestra razón en una especie de palacio invisible y quizá eterno, como un huésped casual, caído de otro planeta y cuyos intereses, ideas, costumbres y pasio

nes no tienen ninguna relación con los nuestros».. etc.

Bien: y si todo se eslabona en el universo; si biología y zoología y ontogenia nos unen sin solución de continuidad a todos los vivos, desde el alga al homo, en lo físico: y en lo psíquico es innegable el poso y el ancestro de los instintos y facultades, suposición más, suposición menos en el profundo problema: ¿no podríamos entrever que nuestros consciente e inconsciente sean a su vez el subconsciente de otros seres, de esos seres inexplicables de que nos habla Maeterlinck?

La modestia también tiene su orgullo: el orgullo de saberse que es virtud.

Mi espíritu no se abruma con el odio de los unos. Son muy pocos y son muy poco. Mi abrumo es la estimación de los otros, que, aun si fueran muy pocos, sería muy mucho, y siendo muchos, es imponderable.

El hombre es un germen de idea en evolución hacia idea. Reviste todas las formas en la materia para desarrollarse con experiencias y formar consciencia. Evolucionada, cierra su ciclo reingresando a la Mente de su origen, que así con sus ideas evolucionadas se robustece, engrandece y eterniza. Pero el hombre y todas sus formas anteriores y posteriores desaparecen como tal entidad, para diluirse en esa Mente —océano. ¿Conservará, sin embargo, su consciencia e individualidad? La múltiple y suma, o la última y pináculo de su evolución?

Será eso el nirvana? He allí el problema. Pero la mente humana puede darnos un remedo, ya que en ella no se pierden sino que se archivan nuestras chis-

pas de ideas y se presentan a la evocación cuando los radios de correlatividades circunstanciales son propicios en el agente material cerebro y su polian-tena el gran simpático.

Hai figurómanos que por llamar la atención sobre ellos serían capaces de guindarse de una horca, con tal que sea pública.

Supe de un insignificante que no pudiendo alcanzar a ser mi amigo, se daba el blasón de llamarme *su enemigo*.

La guerra cabalga sobre el progreso, que es conquista y patrimonio de los demás, y detiene el avance del mundo con las cabriolas y retrocesos de su demencia en furia.

Suficientemente nivelado estaría el bienestar económico si cada cual tuviera el fácil valor de privarse de lo superfluo para dar a otro lo indispensable, y si el que tiene lo necesario no aspirara a lo superfluo.

Los más eficaces propagandistas del ahorro son los ladrones. Son los autores inconscientes de la formación del capital y, por ende, de la riqueza pública. Si no fuera por guardarse de ellos no se acumularía el dinero en los bancos o no se empleara en especies no robables o no transportables.

Cuánto les debe el progreso! Benditos sean los ladrones! Los bancos deben ser sus más agradecidos. Pero .. es que son rivales en el oficio.

Haces lista de tus malquerientes? Mejor es que no la lleves. Pero si lo haces, antes de consignar el nombre de tu enemigo, clasifícalo, que hasta entre los enemigos debe haber selección, discriminación y categorías, como en las amistades.

Las leches secas y todos esos artificios de laboratorios han reemplazado al jugo vital y connaturalizante de las madres que consubstancializaban con sus células a sus hijos.

Es que las madres modernas no tienen ya ese precioso irremplazable jugo nutricio? ¿También tiende a desaparecer eso en la fisiología, o tiende a secar esa fuente por vieja y *demodée*, el progreso?

Bien haya quien a los suyos se parece, era refrán antañón tenido por tan justo como el de *similia similibus*. También se va.

Por eso cuando veo tanto hijo *desnaturalizado*, (aquí está exacto el término); cuando observo tanta relajación social, tanto retroceso, tanto desamor y despego, tantos egoísmos, en las familias, tanto *practicismo* entre padres e hijos, pienso que esos seres no tienen la culpa.

Pobres Tienen armaduras de vacas holandesas o suizas; talvez si toparan con sus nodrizas las amarían más que a sus madres. Se sentirían, por lo menos, atraídos a sus ubres.

Però me oyó la Ciencia y me atajó el discurso con este cánon: «Los fermentos digestivos reducen las proteínas en sus aminoácidos constitutivos y les quitan su individualidad, su especificidad racial. De modo que los aminoácidos y sus grupos que derivan de las proteínas del buey, del borrego, del trigo, por ejemplo, pierden sus orígenes y construyen en el cuerpo que los acoge nuevas proteínas específicas de la raza humana y del individuo. La pared intestinal

proteje casi por completo al organismo de la invasión de moléculas de otros seres, oponiéndose a la penetración en la sangre de proteínas animales o vegetales».

Habló la Ciencia. Atomo blanco. Debo callar yo. Pero mi instinto insiste. Atomo negro.

Pero a seguido ella misma se limita y dice:

«Sinembargo, algunas veces les permite entrar. La barrera que alzan los intestinos frente al muro exterior, *no es infranqueable*». (1)

En qué quedamos? En que me quedo con un cacho de razón. ¿Verdad?

Más que un virus lentamente letal, un suplicio de precito es esa rabia que sienten los mediocres, los vulgares envidiosos; la rabia feroz, mordente de entrañas, de ambicionar ser algo y no poder llegar a ser nada. Es la peor de las rabias. ¿Pero por qué contra los que sin conocerles, sin cortarles su camino, sin aludirlos siquiera? Pues por eso: porque es rabia y ese mal incita a morder.

Hay viejos malos, muy malos, por más que se diga que la vejez hace bueno al humano. Los hay que ya están oliendo la cal de su sepulcro o la tierra de su fosa y todavía urden, intrigan, calumnian, matan moralmente, ya que son impotentes de otro modo.

¡Pobres...

Más hace un pan en hambruna que abundancia en la fortuna.

(1) «La Incógnita del Hombre» —Alexis Carrell. —1936.

¿Que no existe la *suerte*? Qué no hay ese algo que interviene en la vida, hasta de los irracionales? Digan lo que quieran los filósofos, todos los signos son de que la hay.

Yo he conocido muchos. I para tomar ejemplos públicos, señalo seres que no han sabido lo que es adversidad, y así se han ido muy orondos de este mundo de penalidades. Hasta sus males físicos fueron ligeros.

La buena suerte los tomó en brazos de aya amorosa desde la cuna y meciéndolos en blando arrullo los llevó por larga vía de vida sin accidentes hasta depositarlos suavísimamente en el sepulcro.

Nada aprendieron, en nada se esforzaron y en todo lo grato u honroso los emplearon; nada supieron, nada hicieron bien y en todo los alabaron; nada honorífico, lucrativo, decorativo, figurativo y blando hubo sin ellos. No trabajaron y tuvieron fortuna, ocio, lujo, placeres, sonrisas, respetos. A nadie sirvieron, a nadie favorecieron y en bocas de todos estuvieron con cariño.

Su vida fué una sola película sin remiendos, tendida en el espacio-tiempo; tersa, diáfana, sin arrugas, quebras ni repliegues.

Como esos íconos de los fervores de las aldeas, eran sacados en andas, de sus santuarios, los hogares, en épocas de fiestas o de calamidades; sahumados, rogados, loados, a ocupar algún público altar cada vez más alto y adornado; y terminado el caso el pueblo los devolvía con igual respeto y mayor fé, aunque no hubieran hecho el milagro y sí quizá una barbaridad, a su hornacina, hasta nuevo caso, nueva procesión y otro laudate para apoteosis mayor.

I así hasta su *tránsito*, en *olor de santidad*....
Karma? Talvez. Bienaventurados! Pero en-

tonces ¿a qué vinieron a este mundo, si dizque es de expiación y pruebas?

¿A corromperse en este presidio? Pobrecitos.
¿A probar de nuestros míseros y cochinos manjares?

Persona-personae es máscara y mascarón en una de sus acepciones latinas.

Siendo así, qué chusca, qué irónica, o qué adecuada resulta aplicándola en las usuales frases: Fulano es una máscara muy sincera. Zutano es un mascarón honorable. Don Mengano es una máscara de importancia. Doña Perengana es una mascarita muy caracterizada, en donde usted la ve. I así de los demás.

Por eso yo en cuanto miro una cara y conozco el epíteto de que disfruta, tengo que forzar la mía para que no trasluzca la impresión, porque me hace mucha gracia la ocurrencia del castellano. .. o del latín.

I unas veces río en latín, y otras en castellano....

Hay quienes roban a la ocasión o se hacen dar de las circunstancias títulos, dictados, epítetos o pre-seas que no merecen. Algunos los justifican a posteriori y se redimen del pecado. Menos mal. Otros los echan a perder pasada la ocasión y otros no hicieron nada que los justificaran, ni antes ni después.

EN UN BAUTISMO

¿Qué es el niño que en la cuna
su primer llanto musita?
Es un titán que se agita
bajo escafandra importuna.
Quién tuviera la fortuna
de interpretar su quebranto

y de expresar en un canto
lo que ese vagido encierra,
si no hay idioma en la tierra
que diga lo que ese llanto!

El Progreso es un juglar charlatán que lleva entrete-
nidos a los civilizados con su inagotable ilusionismo
de transformaciones y metamorfosis de una misma
cosa sin crear nada nuevo.

No quisiera ver la cara y actitud de un jefe militar
cuando con todos sus escenográficos arreos, ergui-
do y rígido gesto de bravura y energía reglamenta-
ria, ordene en tonante voz imperativa, perentoria, a
las filas:

—Apún . . . Fuego!

I las filas a una voz también le contestaran:

—No nos da la ganal

Con la última sílaba ¿qué se habría hecho la pose
del milico? Se me ocurre que no quedaría en más
triste aspecto un perro bajo el baño de lluvia.

I . . . pensar que en sólo esa pequeñez estribaría
la paz mundial, si los hombres fuéramos más dueños
y señores de nosotros mismos

Me parecía que los aviadores estaban llamados a ser
ángeles de esta moderna etapa de la humanidad.
Por su desprendimiento frecuente de la tierra y de sus
miserias; por las inspiraciones de sus nuevos panora-
mas e infinitos horizontes; por su visión de pequeñez
del mundo; por su apoteósica libertad en las alturas;
por su olímpico dominio de los elementos; por su ale-
jamiento del epidérmico contacto humano; por su in-
cursión en el vestíbulo del universo, y por mil moti-
vos más.

La maldita guerra, la perversidad de los que en ella medran, los convirtió en impíos asesinos a traición y mansalva. Uno solo puede aniquilar un imperio de civilización de siglos y segar millones de vidas inocentes. La guerra, que todo paso del bien se lo apropia para el mal, los convirtió en gigantes pajarracos de apocalipsis, siniestros agentes de dolores incurables, luciferos de exterminio y luto. Maldita sea la guerra. Malditos eternos los que lucran por medio de ella.

Los submarinos, bien está: hijos de la tierra, trogloditas de las aguas, precitos de los abismos, son los hombres que aún se inhuman, que se hunden más y más en el antro, que se incrustan más y más hondo en la pelota presidio, sufriendo la maldición de irredentos aún, para dañar, a traición y en silencio, como los monstruos marinos. Son inferiores hermanos en la escala del reascento.

Cumplen su sino, hijos del mal y de la tierra centripeta.

Pero los aviadores eran los arcángeles, en plano y zona opuestos, que cirniéndose en el éter podrían ser los portavoces de la admonición divina: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad!»

Pero la guerra..... Ah, la guerra!

Vivir..... Qué función más natural y más gratuita?
¿Por qué el hombre la ha convertido en un problema? ¡Qué problema! El único de la vida misma! ¡I a cada minuto más complicado. ¿Cómo lo resolverá el porvenir? Nunca, mientras el hombre no se convenza de que debe vivir conforme a las leyes de la natura madre. No es «renovarse o morir» la clave. O vuelve al primitivismo ayudado por lo compatible que su progreso le ha dado, o perecerá como la efi-

mera. El *modus vivendi* futuro será una sabia, extraña, pero adecuada amalgama del primitivo y del progresado. Todo al juste y no en contra de las leyes naturales.

En el vértigo de la vida de hoy son muy pocos los que tienen ocasión de alzar los ojos al firmamento.

Hay quienes han perdido la costumbre. Al andar de los tiempos se perderá la facultad, por la falta de ejercicio.

De nada te valdrá servir a los tontos infatuados, ni con el entusiasmo del aspirante, ni con el desinterés de un misionero, ni con la fe de un musulmán.

Los tontos ambiciosos son humildes, afables a solas y hurtadillas, mientras el motor es necesario, mientras necesiten el fonógrafo, mientras su fin se logre, mientras el ambiente se forme. Hasta entonces los verás con el alma de rodillas delante de tí en los ocultos sitios de las citas. Avergonzados luego de que «ese» conozca sus debilidades y miserias; ruborizados ante él con encono inicial y predispuerto ya, será como la mujer a quien algún accidente obligó a descubrirle sus ocultas partes a un extraño. I esa vergüenza se va convirtiendo en fastidio, en asedio, en obsesión, en suplicio, en un estorbo, mayor mientras mayor sea la prudencia y la nobleza del servidor y mayor el éxito de pega que el servido obtuvo a tu costa. Será tu enemigo de hoy, que te dañará, te aislará, y que, si puede ocultarse, te aniquilará para quitarse ese ojo del Autor que cree que lo sigue como a Caín.

Ah.....! Los reyes Midas no perdonan a sus barberos!

VIVIR es un verbo que se inicia sin PASADO; apenas esboza un PRESENTE IMPERFECTO y todo lo demás es FUTURO INDEFINIDO. A medida que avanza en su acción fija el PRESENTE, gana PRETERITO y disminuye FUTURO. Al terminar desaparece el FUTURO, se extingue el PRESENTE y ya todo es PASADO DEFINIDO.

La necesidad intransigente que el civilizado adquiere de leer siquiera un diario, me convence de la necesidad que la Mente Divina puso en la humana, de la oración diaria, de la elevación del espíritu emancipado, unos momentos siquiera, cada día, de la ley de pesantez del planeta que lo lleva, que lo arroja, que lo estrangula, que lo oprime y lo arrebatada como un gitano que lo roba de la morada de su padre y corre y corre desalado con él por senderos desconocidos a parajes ignorados.

La vida es una, sin solución de continuidad. Fuimos, somos, seremos. A pesar de estos tres tiempos en que para nuestra concepción tenemos que dividir el verbo vivir, todo es presente. La eternidad no tiene ni pasado ni futuro.

La vida es una; el cuerpo es un mero accidente, una excrescencia, una concreción, una enfermedad, una especie de tubérculo que la vida adhiere a su paso por la tierra, en su evolución a través de esta materia. Desaparecerá pasado ese período, y quién sabe cuántos cuerpos y formas más revestirá accidentalmente como habrá revestido en sus incontables pasos por incontables zonas.

El vanidoso hace lo que el pavo real: despliega su cola polícroma para ostentarla, sin percatarse de

que el eje de esa cola, su fondo, es el punto triste, humilde y repugnante del orificio.

La idea que nos hemos hecho del Universo, de la Naturaleza, ¿no es una ilusión? Si tuviéramos mayor número de sentidos o mayor potencia en los que tenemos, de qué modo tan diverso percibiríamos el Universo y a Dios mismo!

¿Quién dijo que los libros son los mejores amigos? No, señor! Los amigos son los mejores libros.....

El firmamento es un himno de maravillosa estructura de estrofas diamantinas dispersas en armonioso desorden. La sabiduría de su Autor se revela en que ese poema es perfecto siempre, por cualquiera de sus al parecer desordenadas estrofas que se comience a leerlo.

El Progreso es un cachivachero gritón que tiene un almacén muy vasto, lleno de curiosos juguetitos fundados en principios muy viejos.

El eco se parece a los hombres VIVIDORES: siempre está de acuerdo con el que grita más fuerte.

La muralla de la China ha sido una de las METAFORAS más activas de la Retórica oriental—dice Eça de Queiroz.—

Yo diría: Una de las hipérboles de la fantasía oriental.

En veces creo a mi cuerpo un barco en cuya cubierta voy de pasajero. I no me preocupo de su senti-

na, sus máquinas, sus bajos fondos ni sus nauseabundos materiales necesarios a su funcionamiento. Mi destino va en él. Si el barco se hunde ... si estalla ... si se incendia ... si llega ... Bien....!

El más alegórico y elocuente de los carros postrimeros, después del de la guillotina, es el de la basura. Carro que habla de la verdad sobre las grandezas, como el mortuorio fastuoso dice de la vanidad de los vivos y de la inutilidad y pobreza de los muertos.

Para los de moral codificada no es pecado ni virtud sino lo que está previsto en el precepto. I para lo que allí está señalado como pecado, los devotos cierran su despacho de misericordias en cuyo frontis el buen Jesús quiso en vano poner: «Amaos los unos a los otros».

Los hombres no son HIJOS de la Tierra: Son sus parásitos.

Evita servir al ignorante y ambicioso, a menos que lo hagas como disciplina para tu modestia o como estímulo de altruísmo, pues de seguro te será ingrato. Después de lucir a costa de tus dotes y noblezas, se ocupará en deprimirte, en desprestigiarte, en cortarte el camino, en impedirte el ascenso, siempre temeroso de que lo superes o lo descubras, y lo hará más ante aquellos de quienes recele que saben de su ineptitud y presumen el secreto de sus éxitos.

Oh, Tierra! Tan ufana de ser emporio de la vida! Mira que como satélite te sigue, te ronda y acompaña el cadáver de otra Tierra

Detrás del telón de fondo de la vida se habla más que en el escenario mismo. ¿Por qué no aguzamos la voluntad para escuchar?

Señor ! ¿Por qué has permitido que el hombre también opine?

Es un peligro ser poseedor del secreto de las debilidades de un «parvenu» infatuado. Muchos Sénecas y Petronios han sufrido esas experiencias.

Nunca veo a los hombres tan pequeños como cuando los contemplo al pie de sus grandes obras.

El ejercicio de la llamada RAZON es una serie infinita de preguntas incontestadas.

Hay discurredores que tienen el cerebro en la pantorrilla. I los hay que tienen la pantorrilla en el cerebro.

El Destino lleva una máscara para que ningún mortal se ufane de conocerlo.

Máscara de ilusión kaleidoscópica, que para cada uno que la mira tiene diversa fisonomía; porque esa máscara la modela nuestra propia ilusión según el boceto de nuestros anhelos.

Desde que la Doctrina se apoderó de la innata Caridad para hacerla uno de sus preceptos y le puso para su reclamo la gama gregoriana, la desnaturalizó y la hizo perder su eficacia.

La Historia? Bah!

Para mí la Historia no pasa de un cuento largo o pesado, ameno o ingenioso, a capricho o a interés de narradores o de exégetas. Antes los hombres hacían sus cosas sin cuidarse de que alguien viniera detrás tomando notas. Después se hicieron maliciosos; nació la política; los oprimidos lanzaron el grito de protesta impotente con la conminación de «responsabilidad ante la Historia», y esto les dió el aviso a los opresores. Ahora los tiranos nombran sus historiadores oficiales para que cuiden de dejar desfigurados los hechos y a su favor los saldos. Viene el tal historiador detrás: hojea, analiza, se confunde entre tantas contradicciones, artes y vulpejerías de los narradores contemporáneos ¿Dónde la verdad? ¡Escribe un cuento!

El lugar más adecuado para una confesión general sería un carro de basuras.

Hay risas que son como el TELON DE BOCA: Un decorado invariable que no tiene ninguna relación con los dramas o las comedias DE ADENTRO.

Hay muchos notables cuyas biografías se podrían compendiar en estas palabras: —No hizo nada....

¿Qué son las ciudades? Cada ciudad es un hato de hombres esclavos en zocos, en mehallas, llamados libres. Bazares, emporios en que techos y pavimentos, paredes y tapices están medidos y avaluados para hurtar luz, cielo, aire, nutrición de vaho de tierra, calor del seno materno. La industria se encar-

ga de suplirlo todo artificial; aire, luz, calor, yodo, hielo

Bazares de hombres y artefactos. De hombres... ¡Hombres catalogados, emperchados, entarimados, numerados, valorizados, inventariados, clasificados, vigilados, pastoreados, guardados como rebaño, castigados, explotados, arreados, engañados, disciplinados, sistematizados hasta en su modo de andar, de comer, de dormir, de hablar, de vestir, de mirar... de todo, en soberano uso y goce de la LIBERTAD INMANENTE y del INALIENABLE DERECHO NATURAL..... !

¿Cómo serán las ciudades futuras? ¿Para vivir así fué creado el hombre? Es ese el tal Soberano Rey de la Creación? Será éste el desideratum de la perfección terrenal?

Hay trances en que a ciertos espíritus no se les debe confortar con la familiar miel del consuelo: El acabar de ciertos dolores no se disluje sino en el tiempo.

Los preceptos del sentido común—tan bravamente defendido porque es dote común, precisamente—son como los vicios de que dijo Soiza Reilly: —Hacen daño a quien los practica y perjudican al que no los tiene.

Algunos en el bullicio de las ciudades oyen la voz del silencio. Otros en el silencio de las soledades escuchan el bullicio de las multitudes.

La presuntuosa ciencia de Occidente se cree autónoma, cuando apenas si mal sabe lo muy poco y desvirtuado que recuerda de las sendas en que camina

en círculo. Le pasa, candorosa o vana, lo que a los niños y a los ignorantes que se creen descubridores de lo que por vez primera les sorprende. Con su razón dijo Plotino: Aprender es recordar.

Es el firmamento una pauta de notas dispersas, pero no en desorden. Escrita en signos luminosos para que los vean los ojos de los terrestres. Allí está la música del cosmos, allí la armonía de los universos. Parece música arrítmica y anúmera; pero el alma la lee y en ella canta sus inauditas creaciones. Por cualquiera nota que se comience hay arpegios, hay melodías: Es el Gran Himno de Dios, compuesto por El mismo. Nos lo enseña en la noche, cuando el alma se ensimisma y expande, cuando el cuerpo deja su tarea. Como un refrigerio, como una esperanza, como un vago recuerdo

Esa risa de los hombres que ríen todo ... Oh! eso no es risa falsa no más: es risa criminal, porque en ella gestan todas las bajezas, todas las claudicaciones, todas las renunciaciones, todas las miserias del innato aprecio al Yo moral sacrificado sin piedad al Yo físico.

El Sentido Común es un almacén de ideas generalizadas. Es como un emporio de ropas de pacotilla: están a todo alcance pero nunca vienen justas.

Pocos son los que pueden oír el silencio de las soledades. I cuántos hay que buscan las multitudes y el bullicio para no oírse a sí mismos!

El ciclo es forma invariable y matriz en toda evolución conocida hasta ahora. Todo marcha y se

efectúa en círculo; todo es esférico, circular en el macrocosmos y en el microcosmos, desde los cuerpos celestes hasta el glóbulo y la célula; y el átomo y sus componentes, aunque la agrupación y la yuxtaposición den otras figuras en los cuerpos que constituyen, sus movimientos son circulares también. Parece que el círculo fuera la FIGURA BASE de la Geometría Universal y Cosmogénica.

La piedra y el metal no perduran sino en la roca y en la veta; puestos al servicio de la vanidad, del lujo deleznable y pasajero, su cuna los reclama, la tierra los reivindica. La tierra se labra sus propios monumentos cuando quiere que los tiempos hablen a todas las generaciones, o cuando quiere darse galas y ornatos para admiración de los mortales: Se llaman Chimborazo, Gorisankar, Monte Blanco, Vesubio, Gruta Azul, Calzada de los Gigantes, Gibraltar, Niágara.....

En la mayor parte de SUS COSAS al mundo hay que tomarlo en las condiciones en que pasa por nuestra época. Es un tren único y expreso; somos viajeros forzados; nuestras estaciones son inevitables y los aspectos y accidentes de la vía también.

Ni el itinerario, ni el paisaje, ni los compañeros de viaje pueden escogerse a nuestro gusto.

—Estación! Cinco minutos para la infancia!

—Estación! Cinco minutos para instruirse!

—Estación! Cinco minutos para aprender a vivir!

—Estación! Cinco minutos de salud! No hay descanso!

Pasajeros, al tren! Al tren!

Total: Una hora de vida. I en marcha! Hacia el TUNEL final..... o infinito.

El olvido es bien en la existencia terrena. La memoria es una conquista del Bien en las existencias ultraterrestres.

Si recordáramos haber vivido antes y tuviéramos la convicción de seguir viviendo todavía muchas veces en condiciones más o menos análogas, no habría desesperación que igualara a la nuestra, sabiéndonos inmortales, eternos. El olvido de las existencias pasadas nos hace más soportable la actual. Es una gran ley. Pero la variedad de las vidas es infinita dentro de la Vida una e infinita, y el olvido es el compañero en las jornadas penosas inferiores. La memoria acompaña gradualmente en las superiores y felices: entonces es felicidad creciente de grado en grado.

Si con olvido y todo, este mundo es un manicomio y un presidio con sólo esas vaguísimas remembranzas que por no saber explicarlas las llamamos simpatías o antipatías, atracciones o repulsiones.... Qué sería si recordáramos los POR QUÉS de ellas!

“Se suplica no enviar coronas”. Es una advertencia de buen juicio a la friyolidad tributaria de los últimos afectos que nos brinda el mundo.

Con eso de enflorar los cadáveres se han igualado con los actos fúnebres todos los de vida y alegría para los cuales las flores estaban en su oficio.

I como la impresión más fuerte es la que predomina y perdura, hoy para mí el aroma neutro de las flores arrancadas me sugiere muerte; y ese ambiente tenuemente oloroso por efluvios de vida y lozanía que ya se mezclan con los acres aromas iniciales de

pétalos marchitos y con los de cadaverina, me queda pegado por mucho tiempo al ULTRA-ORGANO olfatorio del SUBCONSCIENTE. I hoy lo mismo me huelen un matrimonio, un festín, una apoteosis, un bautismo, que un entierro. Oh, Ignorancia! Cómo le cercenas tú misma poesía a la vida, para quejarte luego injustamente de ella.....!

Quizá el convencimiento modesto de no valer nada puede ya servir de timbre para llamar a la puerta del faustoso palacio de la señora Vanidad, en donde tántos se pavonean sin esa legítima tarjeta.

Nunca la loca Vanidad vestida de sus falsas galas, detuvo su carruaje de chilladores cascabeles ante la honrada cabaña de mi modestia altiva.

La mueca muscular llamada RISA es uno de los más importantes RESORTES del MECANISMO social. Por algo se llama MECANISMO al modus vivendi en conglomerados.

El idioma es frecuentemente instintivo: le pone nombre a una cosa por intuición y la ideofonía resulta insubstituible.

A cuántos tontos, inútiles y pesados he visto yo elevarse a grandes alturas sin más motor ni avío que las plegadizas alas de sus carrillos! Aviadores de la risa: Excelsior!

La ciudad es un monstruo voraz y fascinante que se alimenta de miserias, de desgracias, de despojos, que son los anhelos, las ilusiones, los ensueños de quienes a ella ingresan o en ella cifran el nunca encontrado

secreto de VIVIR. Esos seres incautos son la CARNE DE CIUDAD, el alimento de la urbe.

¶ Parece que la ciudad irradiara como la mustela, como el boa, como el batracio, un efluvio o fluído estupefaciente más traidor, más terrible, más subyugante que la morfina, el opio y la cocaína. Es la URBEINA.

Engulle el monstruo a sus presas por sus bocas de cárceles, de hospitales, de casas de maternidad, de cabarets, de lenocinios, de garitos; los digiere en su vientre de miserias y dolores y los escupe en una morgue en fardos anónimos para la fosa común de sus detritus. Estos detritus son: los suicidas, los fracasados, los delincuentes, los mendigos ... toda esa bazofia con que nunca sacia el monstruo Ciudad su voraz PUTREFAGIA.

¶ Las urgencias de la actual vida de vértigo y afanes cada vez más álgidos, va suprimiendo en el humano los instantes que debiera dedicar de vez en cuando a detenerse en el camino, mirar a lo alto y preguntarse: —Bien: ¿Qué soy yo? ¿Para qué soy? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy?

Son y deben ser las preguntas más propias del sér racional, pensante y consciente. ¿Verdad?

Comer... dormir .. procrear ... ¿Estos actos instintivos que todos los animales ejecutan sin afanes ni desvelos; sin angustias, dolores ni trabajos anímicos ni esfuerzos mentales, serán el único objeto y fin de mi vida? Vaya, buen Dios! Entonces ¿nos hiciste más infelices que a los brutos, oh, Padre de los mortales?

¶ Hay millares de gentes hoy que se han pasado años sin alzar la vista al Firmamento ni para ver la al-

tura del sol, por FALTA DE TIEMPO ! Día llegará en que el humano pierda esa noción instintiva; luego el hábito y el recuerdo, y por último la función por inercia de los músculos y olvido del órgano. ¡ Era el único que poseía esa facultad entre los pobladores de esta gran pelota!

Ah, Progreso! Progreso! Cómo te entienden!

Jamás! Qué palabra tan definitiva, tan infinitamente desesperante cuando se une a la idea de vida y a la satisfacción de un anhelo. ¡Jamás! En la eternidad de las eternidades !

La historia es una vieja copiacuentos que se da por bachillera y nunca está concorde con la verdad ni consigo misma. Narradora que llamándose a cronista del viaje del viejo Barco Mundo, inicia sus relatos confesando su ignorancia de los primeros días, y trata de llenar a su guisa los vacíos con consejas y fantasías, cuentos de hadas y maravillas propios para lo que ella misma, en su disculpa, se apresura a llamar la INFANCIA del mundo y de las razas

CARNAVAL

El mundo es todo máscaras,
todo el año Carnaval,
cada costumbre una farsa
y la vida un festival.
Sólo que es Carnestolendas,
a mi modo de juzgar,
único día en que el mundo
se presenta sin disfraz.

Si en la película o monoplano del espacio-tiempo está como presente todo lo que nosotros dividimos

en pretérito, presente y futuro, más apropiada expresión nos da la voz *porvenir* que *futuro*; porque realmente por venir está lo que ha de llegar o viene fatalmente, como si imaginamos esa película como tal o como un río que corren, indefectiblemente por venir están sus aspectos o sus aguas. Como si trasladando mi visión en ese río a cien metros de distancia, sé que esas aguas vienen y están por venir ante mis ojos, no están en el futuro, no son aguas futuras, son por venir.

Según todas las religiones el hombre está llamado a ser un Dios *a la fuerza*.

Hay gentes que por vivir las vidas de los demás se van de este mundo sin vivir su propia vida.

Nadie trabaja con más tesón que el *nadie* que ambiciona hacerse una fama ficticia.

Quizá el llegar a conocer todos los dolores posibles en una especie, sea la felicidad del individuo, porque ya a ningún dolor es accesible.

Kriznamurti define así al hombre: (terreno?) «El hombre no es sino un conjunto de recuerdos».

Eso será el hombre considerado en una sola de sus vidas o reencarnaciones formales humanas. En efecto, y en general, cada individuo puede sentirse eso, si tiene buena memoria y recorre con esa guía gran parte de sus días, actos y sensaciones desde su más inicial infancia posible de recordar, hasta los días actuales de su observación. Que en el subconsciente están los recuerdos latentes? Aceptado; pero eso no es el hombre manifiesto.

Pero si es cierto que el hombre es un espíritu trasmigrante a través de muchas reencarnaciones, rarísimo será el que vislumbre, y esto muy vaga y fugacísimamente, algún lampo de otra de sus vidas; y aún así, lo dudaría, pues él no fue él, y le parecerá cosas de otro, un sueño o una ideación, pues nadie es lo que fué ni será lo que es, ni en cuanto hombre físico, unidad humana determinada por lugar, tiempo y circunstancias que no pueden repetirse, ni en cuanto hombre espiritual, puesto que su espíritu avanzó, o quedó estacionario o se modificó siempre.

Que en estado de espíritu desencarnado sí se recuerda todo? De veras? Desde que fué átomo en la piedra, célula en el vegetal y en el animal, instinto en el bruto, inteligencia en el hombre? ¿Sólo desde que fue investido homo? De todos modos, no resulta el hombre lo que dice Kriznamurti, pues ese que recuerda allá, no es ya el hombre, es *un espíritu* que fue humano per accidens, y si esos recuerdos vuelven a borrarse todos absolutamente al revestir nueva carne, no es el hombre terreno un conjunto de recuerdos.

La mujer que no ha sido madre llega a fastidiarse de sus senos convertidos en estorbos.

La guerra es un estigma atávico; la paz es su extirpación consciente.

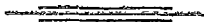
Hay humanos que parece no trajeran más misión a la vida que la de molestar la vida a los demás.

Sos sueños son siempre incoherentes, deshilados, paradójicos, anacrónicos. Parecen hechos de bregué; retazos, desechos, incluso asquerosidades. ironías en veces contra lo que el soñador es en la vida real.

Í así como la basura es la ironía de lo que fueron el lujo, el regalo, la golosina, la opulencia, la elegancia, etc. los sueños parecen la basura, la escoria, el arrojado, el bagazo que durante el reposo recoge para arrojar fuera de su laboratorio la fábrica del cerebro que ha vivido y trabajado en la vigilia con esos materiales cuando eran nobles y enteros.

Que los psicoanalistas dicen que son las realizaciones simbólicas de los deseos en vigilia? Que son la manifestación disimulada del inconsciente, al través de la censura del inconsciente? Que son reminiscencias de atavismos ancestrales? Que son reticencias de la infancia, que son qué sé yo cuántas cosas y misterios más? Atomo blanco—a mí me parece lo que dejo dicho: átomo negro—

El curso de una vida es una novela que no puede escribirse sino la Experiencia. I como esta sigue dictando hasta el último instante, todos nos vamos sin terminarla.



REFLEXIONES PARA LOS ENCARCELADOS

A pedido de un munícipe fueron escritas estas reflexiones para ponerlas en cartelitas o afiches en la Cárcel Municipal de Guayaquil. El I. Concejo dispuso hacer una numerosa edición de ellas para difusión. Se agotó. Ordenó una segunda; se agotó también. Un ejemplar llegó al Colegio de Abogados de Lambayeque (Perú), y un día tuve la sorpresa de recibir un ejemplar de mis Reflexiones, impreso en forma lo más semejante a la original, y la de verlos adoptados por ese importante instituto, solamente cambiado el título de "Reflexiones" con el más elevado de "Catecismo" y precedido del siguiente honrosísimo prólogo del digno Presidente de tan alto y serio Cuerpo.

Agotada, pues, también la segunda edición guayaquileña, y consagrada así con tan valioso voto, la he creído adecuada para incluirla en estas "Síntesis sin Tesis".

CATECISMO DEL PENADO (*)

*Al despuntar el alba
veza este catecismo y
practicalo a toda hora.*

EL COLEGIO DE ABOGADOS DE LAMBAYEQUE,
alcanza a los reclusos en las Cárceles de este distrito

(*) Chiclayo—Editorial Gricar—1936.



judicial las hermosas y profundas reflexiones del doctor Modesto Chávez Franco, abogado de Guayaquil.

DETENIDO:

Antes de libertarte de los muros de tu prisión, procura con estos sabios consejos, derribar los muros que la ocasión, la violencia, la irreflexión o el vicio levantaron en tu espíritu. Tu libertad para ser un bien positivo, debe comenzar en tu propio ánimo, cuando el Juez de tu conciencia pronuncie su fallo de auto-libertad y de enmienda.

Estos consejos son la llave de oro: úsala y reincorpórate al bello campo de la vida, donde no debe hallarse otra pena que ésta:

La de no poder ser virtuoso siempre.

Chiclayo, 12 de Noviembre de 1936.

J. RIVERA PIEDRA,
Decano.

PARA UNA CARCEL

La prisión no es una pena si se aprovecha en la meditación y en la reforma.

Todos somos hermanos en humanidad y factores en sociedad. Refórmate, hermano, y saldrás de aquí a ser útil a tí mismo, a tu familia y a tu patria. Aún es tiempo.

No medites en ser peor. Nada tienes de qué vengarte. Perjudicaste a tus semejantes; ellos te han recluso aquí, respetando tu vida y deseando devolverte a la libertad, corregido.

Lee, estudia, trabaja. Ese es el camino del bienestar físico y de la conciencia.

Olvida tu pasado. La sociedad también lo olvidará si no reincides en el mal. Piensa en ser hombre, en recuperarte.

La hombría no consiste en la ferocidad sino en el honor de saber ser humano.

De qué te sirve la vida si la has de dividir entre prisiones y fugas, entre azares y escondites?

Pon tu honor en ser querido y no en ser temido.

De qué te aprovecha lo mal adquirido, si lo has de gastar en defenderte, y siempre así vivirás en miseria y tu familia abandonada a mil riesgos y vergüenzas?

Piensa en los tuyos; serás el responsable de su conducta, por tu ejemplo.

Medita en que tu familia tendría orgullo de tu apellido si te reformas; tendrá como baldón su estirpe si persistes en unirla a tu mal camino.

Has conocido el resultado moral y físico de ser delincuente. Por qué no ensayas ya a probar la satisfacción de ser honrado?

No te martirices urdiendo cómo has de fugar, cómo has de recuperar lo mal adquirido que te quitaron. No fué el producto de tu delito lo que perdiste; fué tu honor, tu posición, tu tranquilidad, tu porvenir, tu bienestar; los consejos de tus padres, las oraciones de tu madre y de tu esposa: la estimación de tus seme-

jantes, el respeto de tus hijos. Purga tus faltas y sal resuelto a recuperar todo eso con la reforma de tu conducta.

Nada hay que no sea corregible por la voluntad. Nada hay que no se olvide con el tiempo. Nada hay malo que no lo borre lo bueno.

Educa tu fuerza de voluntad. Con actos y privaciones pequeñas aprenderás a dominarte y dominar grandes instintos sin gran esfuerzo. La caída en la delincuencia no es sino debilidad o pereza de la voluntad.

El maldito, el triste pan del delito es vergonzoso y hay que comerlo a escondidas y entre sobresaltos. El bendito pan del trabajo da gusto comerlo al aire libre y poder con orgullo partirlo en la mesa del hogar humilde pero tranquilo. Pan, cariño y unión, en un caso. Pan, vergüenza, secreto, miedo, desconfianza, en el otro. ¿Qué prefieres?

Tus hijos lloran, te olvidan, visten harapos, tienen hambre, aprenden vicios mientras tú estás preso. Tu madre, tu padre, no pueden aprobar lo que hiciste. Tu mujer está siempre sin amparo y sin respeto; acosada y débil. No la elegiste, de seguro, para tu compañera en un camino de delitos y vergüenzas. Tú soñaste para ella y con ella en vida feliz. Recupérate en esos bienhechores ideales y sal a reconquistarlos: Son tuyos. El robado, el perjudicado has sido tú mismo que te robaste tu dicha, que arrojaste tu bien. Anda y recógelos.

¿Y todavía llamas amigos a los que te encaminaron por esta senda triste? Abomínalos. ¿Por qué

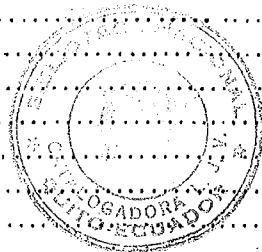
abandonaste tu oficio? Recuérdalo, recupéralo y serás un ciudadano digno de aspiraciones que podrás cumplir.

No emplees el tiempo en hacer nuevas armas y ganzúas. Fabrica con paciencia la llave de tu porvenir honroso; hazte las armas de fé y valor para luchar contra tus malas inclinaciones: y las vencerás y te sentirás otro y te aplaudirás a tí mismo, como te aplaudirán también los buenos.

— Fin —

INDICE

	Págs.
Credencial.....	3
I esto: Que es bombo, pero no auto.....	5
Mi Demonio en la noche o la autopsia de un notable.....	13
Mi amicoteca.....	21
Caras i caretas.....	27
Bondades decorativas.....	31
¿Por qué no rio?.....	35
Idiomas de otros mundos.....	37
El Adán de nuestros tiempos.....	41
El Alimento de la urbe.....	51
Beso a usted los pies. Historia de unos chanclos.....	57
En una pared de celda.....	67
Ultrasutilismo.....	71
El nuevo antropoide.....	79
La primera evolución del sapiens.....	81
Las sílabas inmortales.....	85
En el aire.....	89
Del Diario de un suicida.....	91
Fausto i su ama.....	93
La bestezuela.....	95
Mi piedad.....	101
Dos herejías.....	105
Los Establos de Augias.....	109
El baile apache.....	113
El gigante Pthos.....	123
La redención de Pthos.....	127
La frase de don Ramírez.....	141



	Págs.
Extravíos i paradojas.....	149
La última trinchera del pudor.....	153
Sinceridades en mi alcoba.....	157
La última hoja.....	167
¿Piensa el cadáver?.....	169
Campanas rústicas.....	173
Cuentos del arroyo.....	175
La ciudad alegre i confiada.....	185
El barco mundo.....	189
Mi amigo el loco.....	205
El gran sarcófago.....	211
El nuevo nacimiento de Flammarion.....	215
Atavismos zoológicos.....	223
¿Suerte?.....	229
Dios i nosotros.....	231
Hombres i relojes.....	239
Las huestes caídas.....	241
Colored men.....	253
Ahriman i Ormuz.....	263
Los dos progresos.....	271
Mi país ideal.....	277
El Nuevo Evangelio—La Nueva Era.....	281
La Navidad de América.....	285
Canto a la Muerte. En la alcoba mortuoria.....	289
Con lupa i microscopio. Regresión aparente.....	295
Análisis lógico.....	301
Los Cruzados de la Vida.....	307
Ite, Misa est.....	317
Síntesis sin tesis.....	319
Reflexiones para los encarcelados.....	351

